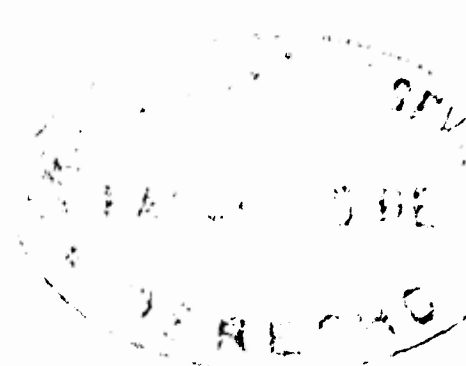


TH. RIBOT



La psicología de los sentimientos

Traducida por

RICARDO RUBIO

91924
May 20251

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
Pecados, 48.

1900

Á

M. L. LIARD

Director de la Enseñanza Superior

Homenaje de reconocimiento.

LA PSICOLOGÍA DE LOS SENTIMIENTOS

PREFACIO

La psicología de los estados afectivos está, según la opinión general, muy confusa y poco adelantada. Aun cuando se ha beneficiado en cierta medida de la pasión contemporánea por las investigaciones psicológicas, se debe confesar que no ha ejercido en estos trabajadores más que una seducción moderada; se han preferido otros estudios, los de las precepciones, de la memoria, de las imágenes, de los movimientos, de la atención. Si hiciera falta una prueba, la encontraríamos en las listas bibliográficas que se publican actualmente en Alemania, en América, en Francia y que dan el inventario psicológico de cada año. De la totalidad de los libros, memorias y artículos publicados, lo que se refiere al sentimiento viene á ser por término medio menos aún de la vigésima parte. Es bien poco para la función que las emociones y las pasiones desempeñan en la vida humana, y esta parte de la psicología no merece tal abandono. A la verdad, en estos últimos tiempos, W. James y Lange parecen haber puesto un término á ese estancamiento. Su tesis, en apariencia paradójica, ha suscitado, sobre todo en América, discusiones, críti-

cas, apologías en gran número y, lo que vale más, observaciones é investigaciones.

Es necesario reconocer que, para los que se preocupan algo de la precisión y de la claridad, el estudio de los sentimientos presenta grandes dificultades. La observación interna, guía poco segura y que no conduce lejos, es aquí especialmente sospechosa. La experimentación ha dado algunos resultados muy apreciables, pero mucho menos importantes y menos numerosos, que para las demás partes de la psicología. Las investigaciones de pormenor, las monografías faltan; de suerte que en nuestro asunto abundan á cada momento cuestiones muy confusas. En fin, el perjuicio dominante, que consiste en asimilar los estados efectivos á los estados intelectuales, á considerarlos como sus análogos, ó como dependientes de ellos, y á tratarlos como tales, no es propio sino para inducir á error.

En efecto, en todo el estudio sobre la psicología de los sentimientos, tenemos que elegir entre dos posiciones radicalmente distintas, y esta elección impone una diferencia en el método. Sobre la naturaleza esencial y última de los estados afectivos hay dos opiniones contrarias. Según la una son secundarios, derivados, cualidades, modos ó funciones del conocimiento; no existen sino mediante éste; son «inteligencia confusa»: tal es la tesis *intelectualista*. Según la otra son primitivos, autónomos, irreductibles á la inteligencia, pudiendo existir fuera de ella y sin ella; tienen un origen totalmente diferente: tal es la tesis que, bajo la forma actual se puede llamar *fisiológica*. Ambas tesis tienen variantes; las paso por alto, porque no escribo su historia, pero todo entra en la una ó la otra de estas dos grandes corrientes.

La teoría intelectualista, que es de antigua fecha, ha encontrado su más completa expresión en Herbart y su escuela, para el que todo estado afectivo no existe sino por la relación recíproca de las representaciones;

todo sentimiento resulta de la coexistencia en el espíritu de ideas que están acordes ó se combaten; es la conciencia inmediata de la elevación ó de la depresión momentánea de la actividad física, de un estado de tensión libre ó lleno de obstáculos; pero no existe por sí mismo; se parece á los acordes musicales y disonancias que difieren de los sonidos elementales, aunque sólo por ellos existen. Suprimid todo estado intelectual y el sentimiento se desvanece; no hay más que una vida de prestado, la de un parásito. El influjo de Herbart persiste aún en Alemania, donde (salvo algunas excepciones como Horwicz, Schneider, etc.) el intelectualismo, completo ó mitigado, predomina.

La tesis que he llamado fisiológica (Bain, Spencer, Maudsley, James, Lange, etc.) refiere todos los estados afectivos á condiciones biológicas, y los considera como la expresión directa é inmediata de la vida vegetativa. Es la que he adoptado sin restricción alguna en este trabajo. Según ella, los sentimientos no son ya una manifestación superficial, una simple florecencia; arrancan de lo más profundo del individuo; tienen sus raíces en la necesidad y en los instintos, es decir, en los movimientos. La conciencia no manifiesta más que una parte de sus secretos; no puede nunca revelarlos completamente; es preciso descender por bajo de ella. Sin duda que es fastidioso tener que invocar una actividad inconsciente, que hacer intervenir un factor oscuro, mal determinado; pero querer reducir los estados afectivos á ideas claras, netas, é imaginarse que por este procedimiento pueden fijarse, es desconocer completamente la naturaleza y condenarse de antemano al fracaso.

Por lo demás, no estamos ahora en él caso ni de criticar la tesis intelectualista ni de justificar la otra de pasada; toda la obra está consagrada á ello. Comprenderá dos partes.

La primera estudiará las manifestaciones más gene-

rales: el placer y el dolor, signos propios de esta forma de la vida psíquica, difundida por todas partes y de aspectos múltiples; después la naturaleza de la emoción, estado complejo que en el orden afectivo corresponde á la percepción en el orden del conocimiento.

La segunda tratará de las emociones especiales. Este estudio de pormenor es de una gran importancia, por razones que se expondrán más tarde, ante todo por no quedar reducidos á generalidades; es como un contraste y comprobación. La naturaleza de la vida afectiva no puede comprenderse si no se la sigue en sus transformaciones incesantes, es decir, en su historia. Separarla de las instituciones sociales, morales, religiosas, de los cambios estéticos é intelectuales, que la traducen y la encarnan, es reducirla á una abstracción vacía y muerta. Así, pues, nos hemos esforzado por seguir todas las emociones una tras otra en la marcha de su desarrollo, y en notar los momentos sucesivos de su evolución ó de su regresión.

La patología de cada emoción ha sido indicada á título de complemento y aclaración. Se ha tratado de hacer ver que bajo apariencias de confusión, de incoherencia y de promiscuidad, hay desde lo morboso á lo normal, de lo complejo á lo sencillo, un hilo conductor que puede siempre reconducirnos al punto de origen.

Este trabajo, que tiene por objeto exponer la situación presente de la psicología de los sentimientos, habría podido ser muy extenso. Eliminando toda digresión y toda exposición histórica, se ha hecho lo más corto posible.

Marzo 1896.

INTRODUCCION

LA EVOLUCIÓN DE LA VIDA AFECTIVA.

Hay en todas las manifestaciones afectivas dos elementos: los estados motores ó tendencias, que son primarios; los estados agradables ó penosos, que son secundarios.—La sensibilidad orgánica, protoplásmica, inconsciente; los micro organismos.—Interpretación química, interpretación psicológica.—¿Existen estados afectivos puros? Hechos en su apoyo.—Período de las necesidades; instinto de conservación.—Período de las emociones primitivas.—¿Cómo determinarlas? Método genealógico ó cronológico: el miedo, la cólera, la emoción tierna, la emoción personal, la emoción sexual.—La alegría y la tristeza ¿son emociones?—Las emociones abstractas; sus condiciones.—Las pasiones equivalente afectivo de la idea fija.

Para comienzo conviene trazar á grandes rasgos la evolución general de la vida afectiva, desde su humilde origen—la sensibilidad orgánica—hasta sus formas más complejas y más altas. Al terminar presentaremos el cuadro correspondiente é inverso, el de su disolución.

Cuando se toman al azar y tales como la experiencia diaria nos los dá, los estados conocidos bajo las denominaciones vagas de sentimientos, emociones, pasiones: la alegría y la tristeza, un dolor de muelas y un perfume agradable, el amor y la cólera, el miedo ó

la ambición, el goce estético ó la emoción religiosa, la pasión del juego ó la benevolencia, el estremecimiento de lo sublime ó el malestar del disgusto y así sucesivamente, puesto que son innumerables, se impone una primera advertencia, aun examinándolos superficialmente, á saber: todos estos estados, cualesquiera que sean, ofrecen un doble aspecto: el objetivo ó exterior y el subjetivo ó interior.

Observamos primeramente manifestaciones motoras, tales como movimientos, gestos, actitudes del cuerpo, modificaciones en la voz, enrojecimiento ó palidez, temblor, cambios en las secreciones y otros fenómenos corporales, los cuales varían según los casos. Esto lo observamos en nosotros mismos, en nuestros semejantes y en los animales. Aunque estos movimientos no sean motores en el sentido estricto, no hay inexactitud en nombrarlos así, porque todos son efectos de una acción centrífuga.

Observamos también en nosotros mismos, directamente y por el testimonio de la conciencia; en los otros indirectamente y por la inducción, la existencia de ciertos estados agradables, penosos ó mixtos, con sus modos y matices, extremadamente variables en cualidad y en intensidad.

De estos dos grupos, las manifestaciones motoras por una parte, los placeres, dolores y sus compuestos por otra, ¿cuál es el fundamental? ¿Podemos ponerlos á la par? Y si no podemos hacerlo, ¿cuál es el que sirve de base?

Mi respuesta á esta cuestión es sencilla: las manifestaciones motoras son lo esencial. En otros términos, los que se llaman estados agradables ó penosos no constituyen más que la parte superficial de la vida afectiva, pues el elemento profundo consiste en las tendencias, apetitos, necesidades, deseos, los cuales se traducen todos en movimientos. La mayor parte de los tratados clásicos (y aun otros también) dicen: «La sensi-

bilidad es la facultad de experimentar placer y dolor. Yo diría, empleando su terminología: que es la facultad de tender ó de desear, y *por consecuencia* experimentar placer y dolor. La tendencia no es ninguna cosa misteriosa; es un movimiento ó una detención del movimiento en el estado naciente. Yo empleo esta palabra (tendencia) como sinónima de necesidades, apetitos, instintos, inclinaciones y deseos; es un término genérico, y las otras son variedades, tiene la ventaja de abrazar á la vez los dos aspectos, psicológico y fisiológico del fenómeno. Todas las tendencias suponen una inervación motora; traducen las necesidades del individuo, cualesquiera que sean, físicas ó mentales; el fondo, la raíz de la vida afectiva está en ellas, no en la conciencia del placer y del dolor que las acompaña, según que sean satisfechas ó contrariadas. Los estados agradables ó penosos no son más que signos é indicios, y lo mismo que los síntomas nos revelan la existencia de una enfermedad, no su naturaleza esencial, que debe ser buscada en las lesiones ocultas de los tejidos, de los órganos y de las funciones, así también el placer y el dolor no son más que los *efectos* que deben guiarnos hacia la investigación y la determinación de las causas ocultas en la región de los instintos. Si la opinión contraria ha prevalecido generalmente, si se ha concedido la prioridad al estudio de las manifestaciones agradables ó penosas, consideradas como lo esencial de la vida afectiva y sirviendo para definirla, ha sido resultado de un mal método, de una fe exclusiva en el testimonio de la conciencia y de una ilusión común que consiste en creer que el aspecto consciente de un acontecimiento es su aspecto principal, pero sobre todo la consecuencia de esta idea, radicalmente falsa, de que los fenómenos corporales que acompañan á todos los estados afectivos son factores despreciables, exteriores, extraños á la psicología y sin interés para ella.

Por el momento, todo lo que precede no es más que

una afirmación; las pruebas vendrán después, que son: las que llenarán toda la obra; aquí se trata solamente de indicar con claridad desde el principio la posición adoptada. Podemos ahora seguir la evolución de la vida afectiva, notando sus principales etapas, que son: la sensibilidad preconsciente, la aparición de emociones primitivas y sus transformaciones, bien en emociones complejas y abstractas, bien en aquellos estados permanentes y crónicos que constituyen las pasiones.

I

El primer período es el de la sensibilidad protoplásmica, vital, orgánica, preconsciente. Se sabe que el organismo tiene su memoria; que conserva ciertas impresiones y ciertas modificaciones normales ó morbosas, y que es capaz de adaptación; este punto ha sido bien determinado por Hering (el cual había sido precedido en este camino por Laycock y Jessen). Es el bosquejo de esa forma superior: la memoria psíquica, consciente. Igualmente existe una forma inferior, inconsciente, la sensibilidad orgánica, que es la preparación y el bosquejo de la vida afectiva superior, consciente. La sensibilidad vital es al sentir conscio, lo que la memoria orgánica es á la memoria tomada en el sentido corriente de la palabra.

Esta sensibilidad vital es la propiedad de recibir excitaciones y de reobrar por consecuencia de ellas. En una memoria muy conocida, y ya antigua (1), Cl. Bernard escribía: «Los filósofos no conocen y no admiten en general más que la sensibilidad consciente, que es aquella que les atestigua el yo. Es para ellos, la modificación psíquica, placer y dolor, determinada por las modificaciones externas..... Los fisiólogos se colocan

(1) «La sensibilité dans le regne animal et le regne végétal» (1876), en la *Science expérimental*, p. 218 y siguientes.

necesariamente en otro punto de vista. Deben estudiar el fenómeno objetivamente, bajo todas las formas que revista, y observan que en el momento en que un agente modificador obra sobre el hombre, no provoca sólo placer y dolor, ó lo que es lo mismo, no afecta solamente al alma, sino que afecta también al cuerpo, y determina otras reacciones que las psíquicas; y estas reacciones automáticas, lejos de ser la parte accesoria del fenómeno, son por el contrario el elemento esencial». Después demuestra, por medio de experiencias, que el empleo de anestésicos, llevados al extremo, suprime en primer término la sensibilidad consciente, después la sensibilidad inconscia de los intestinos y de las glándulas, después la irritabilidad muscular, y por último, los movimientos muy vivos del tejido epitelial. Lo mismo sucede con los vegetales: bajo el influjo del éter, la sensibilidad pierde sus propiedades particulares, las semillas cesan de germinar, la levadura de fermentar, etc. De todo lo cual resulta la conclusión de que la sensibilidad no reside en los órganos ó en los tejidos, sino en los elementos anatómicos.

Después, estas investigaciones sobre la sensibilidad protoplásmica han sido continuadas con mucho ardor en el reino de los micro-organismos. Estos seres, tanto animales como vegetales, simples masas de protoplasma, son en general monocelulares y parecen homogéneos, pues sus tejidos están sin diferenciar. Ahora bien, se observan en ellos *tendencias* muy variadas. Los unos buscan la luz, y los otros huyen de ella obstinadamente. Los mixomicetos, masa protoplásmica que vive en la corteza de la encina, colocados en un cristal de reloj lleno de agua, se están quietos; pero si se coloca cerca de ellos serrín de esa madera, emigran al momento hacia ella, como impulsados por la nostalgia. Los actinopfrios hacen lo mismo para con el almidón. Las bacterias descubren en un cuerpo vecino hasta una trillonésima de milígramo de oxígeno. Algunos ciliados

sedentarios parecen escoger su alimento. En fin, se ha creído ver una tendencia electiva en el movimiento que arrastra al óvulo macho hacia el óvulo hembra. Y no refiero más que una pequeña parte de los hechos que se han anotado.

Si pudiera invocar ejemplos, citaría además los casos estudiados en nuestros días bajo el nombre de «fagocitosis». La lucha por la vida existe no solamente entre los individuos, sino también entre los elementos anatómicos que constituyen el individuo. Todo tejido, muscular, conjuntivo, adiposo, etc., posee fagocitos (células devorantes), cuyo papel consiste en «devorar» ó destruir las células de la misma naturaleza débiles ó envejecidas. Además de estos fagocitos especiales, hay los fagocitos generales, como son los glóbulos blancos de la sangre, que vienen en socorro de las primeras, cuando éstas no bastan para tal tarea. Estos resisten á los microbios patógenos y sostienen contra ellos una lucha interna, oponiéndose á la invasión de los gérmenes infecciosos. Esta propiedad de apariencia teleológica parece á primera vista muy chocante. Investigaciones posteriores han mostrado que los fagocitos están dotados de una sensibilidad (llamada quimiotáctica), gracias á la cual distinguen la composición química del medio, acercándose ó apartándose de ella: los tejidos degenerados atraen á algunos de ellos, que se asimilan las células lesionadas ó muertas; en cuanto á los elementos sanos y vigorosos, tal vez se defiendan segregando alguna sustancia que los preserve de la fagocitosis.

Estos hechos, tomados entre muchos otros, sobre los cuales insistiremos á propósito del instinto sexual (segunda parte, cap. VI), han sido interpretados de dos maneras muy diferentes: la una psicológica, la otra química.

Para los unos, hay en todos estos fenómenos una conciencia rudimentaria. Puesto que los movimientos son adaptados, apropiados, variando según las circuns-

tancias, es menester, dicen ellos, que haya una elección, y la elección implica un elemento psíquico: su movilidad es la revelación de una «psiquis» oscura, que está dotada de tendencias atractivas y repulsivas.

Para los otros (y adoptamos esta opinión nosotros), todo es reductible á explicaciones físico-químicas. Sin duda alguna, aquí hay afinidad, atracción y repulsión, pero en el sentido científico; estas palabras son metáforas derivadas del lenguaje de la conciencia que deben ser purgadas de todo elemento antropomórfico. Diversos autores han mostrado con numerosas observaciones y experiencias las condiciones químicas que determinan ó impiden esa pretendida elección. (Sachs, Verworn, Löb, Maupas, Bastian, etc.)

Sobre este punto, como en todas las cuestiones de origen, no se puede optar más que entre probabilidades, y éstas aparecen todas en favor de la hipótesis química. Por lo demás, esto no tiene para nosotros más que un interés secundario. Si se admiten tendencias conscientes, entonces el origen de la vida afectiva coincide con el origen mismo de la vida fisiológica. Si se elimina toda psicología, queda todavía la tendencia fisiológica, es decir, el elemento motor, que en ningún grado, desde el más humilde al más elevado, falta jamás.

Esta excursión por el período preconsciente—puesto que por tal lo tenemos nosotros—nos pone en posesión de un resultado. Al término de esta investigación nos encontramos ya dos tendencias físico-químicas, orgánicas, aunque bien delimitadas: la una de atracción, la otra de repulsión: las cuales son los dos polos de la vida afectiva. ¿Qué es la atracción aquí? La asimilación simplemente, la cual se confunde con la nutrición. Por consiguiente, con la atracción sexual, notémoslo bien, vemos ya un grado más elevado; el fenómeno es más complejo; el sér monocelular no obra solamente para conservarse, sino para mantener la especie. En cuanto á la repulsión, podemos notar que se manifiesta de dos

maneras. De un lado se confunde con la desasimilación: la célula ó el tejido rechaza lo que no le conviene. De otro, en un estado un poco superior, es ya defensiva de una cierta manera.

Hemos dado así una base á nuestro asunto, mostrando que existe por bajo de la vida afectiva consciente, una región muy inferior y muy oscura, cual es la de la sensibilidad vital ú orgánica, que es una forma embrionaria de la sensibilidad consciente y la que la sostiene.

II

Pasemos ahora de las tinieblas á la luz, de lo vital á lo psíquico. Pero antes de entrar en el período consciente de la vida afectiva y de seguir en la marcha progresiva de su evolución, es tal vez aquí el lugar conveniente para examinar una cuestión bastante importante y que ha sido generalmente resuelta con error en el sentido negativo. ¿Hay estados afectivos puros, es decir, vacíos de todo elemento intelectual, de todo contenido representativo, que no estén ligados ni á percepciones, ni á imágenes, ni á conceptos, que sean simplemente subjetivos, agradables, desagradables ó mixtos? Si se responde negativamente, se sigue que, jamás y sin ninguna excepción, puede existir por sí misma ninguna clase de sentimiento, pues necesitará siempre de un sostén y no será jamás más que un acompañamiento. Esta tesis tiene de su parte á la mayoría; ha sido adoptada naturalmente por los intelectualistas, y recientemente Lehmann la ha sostenido bajo su forma radical: un estado de conciencia emocional puro no se encuentra; el placer y el dolor están siempre ligados á estados intelectuales (1). Si se responde afirmativamente, en-

(1) «Ein rein emotioneller Bewusstseinszustand kommt nicht vor; Lust und Unlust sind stets an intellektuelle Zustände geknüpft.» *Die Hauptgesetze der menschlichen Gefühlslebens* (1892), p. 16.

tonces el estado afectivo es considerado como teniendo, por lo menos algunas veces, una existencia propia, independiente, no sujeto perpetuamente al papel de acólito ó de parásito.

Siendo ésta una cuestión de hecho, la observación es la única que puede responder. Aunque nosotros tengamos otras razones que dar en favor de la autonomía y aun de la primordialidad de la vida afectiva, las dejamos para la conclusión del libro, para quedar por ahora en la experiencia pura y sencilla. Es incontestable que, por lo general, á los estados emocionales acompañan los intelectuales; pero que no pueda suceder de otra manera, es decir, que las percepciones y representaciones sean la condición necesaria, absoluta y sin excepción de toda manifestación afectiva, es precisamente lo que yo niego.

Hay una primera clase de hechos que no menciono más que como recuerdo, que aunque hayan sido invocados, me parecen poco convincentes. Hablo de ciertas emociones que aparecen bruscamente en los animales, sin ninguna experiencia anterior que las explique. Habiendo presentado Gratiolet á un perro muy joven un pedazo de piel de lobo tan usada que parecía un pergamino, al olfatearla, el animal fué atacado de un espanto indecible. Krøener, en su libro sobre la cenestesia (1), ha señalado hechos análogos. Sin embargo, es tan difícil saber lo que pasa en la conciencia de un animal y deslindar la parte que corresponde al instinto de la que corresponde á la trasmisión hereditaria, que no insisto sobre esto. Además, en todos esos casos la emoción es suscitada por una sensación *externa* que, puesta en movimiento, pone en juego el mecanismo del instinto; de suerte que se podría deducir de aquí que no es un estado afectivo puro é independiente. Para no dejar ninguna duda se necesitan casos en los cuales el estado

(1) «*Das körperliche Gefühl*» (1887). p. 80-81.

afectivo preceda al estado intelectual, que no sea provocado por éste, sino que, al contrario, el afectivo provoque el intelectual.

El niño no puede tener al principio más que una vida puramente afectiva. Durante el período intrauterino no ve, ni entiende, ni toca; aun después del nacimiento, se necesitan muchas semanas para que aprenda á localizar sus sensaciones. Su vida psíquica, por rudimentaria que sea, no puede evidentemente consistir más que en un vago estado de placer y de dolor, análogo á los nuestros. Es incapaz de ligarlos á percepciones, puesto que todavía es incapaz de percibir. Es una opinión muy acreditada la de que el niño entra en la vida por el dolor; Preyer la rebate; veremos después por qué razón. Sin embargo, no insistamos más sobre estos hechos, pues que tampoco nosotros podemos interpretarlos más que por inducción. Los adultos van á suministrarnos argumentos irrecusables y abundantes.

Regla general: todo cambio profundo en las sensaciones *internas* se traduce de una manera equivalente en la cenestesia y modifica el tono afectivo; ahora bien, las sensaciones internas no tienen nada de representativo, y este factor, de una importancia capital, lo han olvidado los intelectualistas. De ese estado puramente orgánico que deviene inmediatamente afectivo y después intelectual, encontraremos más tarde numerosos ejemplos, al estudiar la génesis de las emociones; basta por el momento notar algunos. Bajo el influjo del haschich, dice Moreau (de Tours) que lo ha estudiado muy bien, «el sentimiento que se experimenta es un sentimiento de bienestar. Entiendo por esto, un estado que no tiene nada de común con el placer puramente sensual. No es el placer del glotón ó del borracho, sino más bien un placer comparable á la alegría del avaro ó á la que produce una buena noticia». Yo conozco mucho á un hombre que durante

diez años había tomado haschich continuamente y á grandes dosis; soportó esta costumbre más de lo que parecía probable y murió loco. Recibía yo sus confidencias orales y escritas, más veces de lo que hubiera deseado. Durante este largo período observé siempre ese sentimiento de satisfacción inagotable que se traduce de vez en cuando por invenciones extrañas ó por medianas elucubraciones; pero superiores á todo, en su opinión. — En la época de la pubertad, cuando sigue ésta su marcha normal, se sabe que se produce una metamorfosis profunda. Condiciones de cualquier clase, conocidas ó desconocidas, obran sobre el organismo y modifican su estado (1.^{er} momento); traducidas en la conciencia, estas condiciones orgánicas engendran un tono afectivo particular (2.^o momento); este estado afectivo ya formado, suscita representaciones correspondientes (3.^{er} momento). El elemento representativo aparece en último lugar. Fenómenos análogos se producen en otras circunstancias en que la cenestesia es modificada por el estado de los órganos sexuales (menstruación, embarazo): el estado emocional se produce primero, el estado intelectual ulteriormente. — Pero la fuente más abundante de donde se podrían sacar á voluntad es ciertamente el período de incubación que precede á la eclosión de las enfermedades mentales. En la mayor parte de los casos es éste un estado vago de tristeza. Tristeza sin causa, dicese vulgarmente: con razón si se entiende que no es suscitada ni por un accidente, ni por una mala noticia, ni por las causas ordinarias; pero no sin causa, si se tienen en cuenta las sensaciones internas cuyo papel, desapercibido en estos casos, no es por eso menos eficaz. — Esta disposición melancólica es también la regla en las neurosis. Muchas veces se encuentra que el estado afectivo, en lugar de ser una incubación lenta, es un *aura* de carácter emocional, de una duración muy corta (algunos minutos ó algunas horas á lo más). Cier-

tos enfermos, por experiencias repetidas, se dan cuenta clara de ello; saben por este cambio que el acceso vá á venir. Féré (*Les Epilepsies*) ha citado muchos ejemplos, entre otros el de un hombre joven que en estas circunstancias cambiaba totalmente de carácter, lo cual expresaba de un modo original, diciendo: «Siento que cambio de corazón.» Es *ulteriormente* cuando este estado afectivo toma cuerpo, se fija en una idea, como la que se nota á lo mejor en el delirio de persecución.

Sin insistir más, lo cual sería fácil con una enumeración de hechos, se pueden reducir estos estados afectivos puros á cuatro tipos principales:

1.º Estado agradable (placer, alegría): el que produce el haschich y sus análogos, ciertos períodos de la parálisis general de los enajenados, euforia de los tísicos y de los moribundos; muchas gentes que han escapado de una muerte que consideraban como cierta, se han sentido dominados á su aproximación por un estado de resignación, sin ser capaces de tomar ninguna determinación, todo lo cual no es tal vez más que la ausencia de todo género de sufrimiento (1).

2.º Estado penoso (tristeza, amargura): el período de incubación de la mayor parte de las enfermedades, la melancolía de los períodos menstruales.

3.º Estado de miedo: sin razón, sin causas aparentes, sin justificación y sin objeto; miedo de todo y de nada: estado bastante frecuente que se examinará detalladamente bajo el título de *fobias*.

4.º Estado de excitabilidad: se asemeja á la cólera, y es frecuente en los neurósicos; es un modo de ser inestable y explosivo que, apareciendo al principio vago é indeterminado, acaba por tomar una forma, asociarse á una representación y descargar sobre un objeto.

(1) Para las observaciones sobre este punto, véase la *Revue philosophique* de Marzo de 1896.

Por último, hay estados mixtos de la coexistencia ó alternancia de los estados simples.

De todo lo que precede resulta que hay una vida afectiva pura, autónoma, independiente de la vida intelectual, que tiene su causa en lo más hondo, en las variaciones de la cenestesia, que es á su vez una resultante, un concierto de acciones vitales. En la psicología del sentimiento, el papel de las sensaciones externas es muy pequeño comparado con el de las sensaciones internas, y se necesita no ver más que las primeras para sentar como regla «que no hay estado emocional que no esté ligado á un estado intelectual».

Aclarado este punto, volvamos á nuestro cuadro general de la evolución.

I.—Por encima de la sensibilidad orgánica, encontramos el período de las necesidades, es decir, tendencias puramente vitales ó fisiológicas, con conciencia además. Este período existe sólo en el hombre al principio de la vida y se traduce en sensaciones internas (hambre, sed, necesidad de sueño, fatiga, etc). Está constituido por un conjunto de tendencias de carácter principalmente fisiológico, las cuales no tienen nada de sobrepuesto y de exterior; son la vida en acción. Todo elemento anatómico, todo tejido, todo órgano, no tiene más que un fin, ejercer su actividad, y el individuo fisiológico no es otra cosa que la expresión convergente de todas estas tendencias, las cuales pueden presentarse bajo una doble forma. O bien expresan una falta, un déficit, porque el elemento anatómico, el tejido ó el organismo tienen necesidad de alguna cosa. Bajo esta forma la tendencia es imperiosa, irresistible: tal es, el hambre del animal carnívoro que se come su presa viva. O bien manifiestan un exceso, algo supérfluo; tal es, una glándula que necesita hacer la secreción, un animal bien nutrido que siente necesidad de moverse; esta es la forma embrionaria de las emociones del lujo.

Todas estas necesidades tienen un punto de convergencia, la conservación del individuo, y, para emplear la expresión corriente, encontramos en ellas el *instinto de conservación* en ejercicio. Con motivo de este instinto, ha habido en estos últimos tiempos discusiones que me parecen bastante ociosas, como las siguientes: ¿el instinto de conservación es primitivo? ¿es derivado? Algunos autores están por la primera hipótesis; otros (principalmente W. James y Sergi) se inclinan hacia la segunda. Según el punto de vista donde se mire, cada una de las dos soluciones es admisible y verdadera. Desde el punto de vista sintético, el instinto de la conservación es primordial, puesto que no es otra cosa que la resultante, la suma de todas las tendencias particulares de todo órgano esencial: no es más que una fórmula colectiva. Desde el punto de vista analítico, este instinto es secundario, puesto que supone anteriores á él todas las tendencias particulares, en las cuales se resuelve; puesto que cada uno de sus elementos es simple y él no añade nada, no es más que su traducción en la conciencia. Se podría preguntar igualmente si una sensación de sonido es simple ó compuesta, y es claro que la respuesta variaría según el punto de vista que se tomara. Para la conciencia el fenómeno es uno, simple, irreductible; para el análisis objetivo, el fenómeno es compuesto y reductible á un número determinado de vibraciones. En diversas partes de la psicología se encontrarán muchas cuestiones del mismo género.

Lo importante es comprender que el instinto de conservación no es una entidad, sino la expresión abreviada que designa un grupo de tendencias.

II.—Saliendo del período de las necesidades, reducible á tendencias de orden fisiológico, acompañadas de placeres ó de dolores físicos, entramos en el período de las *emociones primitivas*.

Nosotros no podemos, por el momento, determinar

con rigor y en detalle lo que hay que entender por emoción (véase la primera parte, cap. VII); basta con una característica exagerada, aunque razonable. Para nosotros, *la emoción es, en el orden afectivo, el equivalente de la percepción en el orden intelectual*, á saber, un estado complejo, sintético, que se compone esencialmente: de movimientos realizados ó contenidos, de modificaciones orgánicas (en la circulación, respiración, etc.), de un estado de conciencia agradable, penoso ó mixto, propio de cada emoción. Es un fenómeno de aparición brusca y de duración limitada que se relaciona siempre con la conservación del individuo ó de la especie; directamente por las emociones primitivas, indirectamente por las emociones derivadas.

La emoción, aun ateniéndose á las formas primitivas, nos introduce en una región superior de la vida afectiva, donde las manifestaciones devienen bastante complejas. Pero estas formas primitivas — las emociones simples, irreductibles — ¿cómo determinarlas, ya que es éste nuestro principal objeto? Muchos descuidan esta determinación, ó la hacen al azar, de un modo arbitrario. Los antiguos autores parecían que en este punto habían seguido un método de abstracción y de generalización que no podía conducirlos más que á entidades. Esta es una doctrina acreditada entre aquellos que reducen en último término todas las «pasiones» al amor y al odio; esta posición es muy frecuente. Para llegar á tal conclusión, parece que han confrontado y comparado las diversas pasiones, deducido las semejanzas, eliminado las diferencias, y, de reducción en reducción, abstraído de esta multiplicidad los caracteres más generales (1).

Si se entiende por amor y por odio los movimientos de atracción ó de repulsión que se encuentran en el

(1) Descartes es una excepción notable de esta manera de proceder; ya insistiremos sobre el método que ha seguido (segunda parte, c. VII.)

fondo de las emociones, no hay contradicción; pero si no se nos dan más que abstracciones y conceptos teóricos, una determinación tal es ilusoria y sin utilidad práctica. Si se entiende el amor (¿qué amor?, no hay nada tan vago como esta palabra) y el odio en un sentido más concreto, y se pretende considerarlos como la fuente primitiva de donde se pueden derivar todas las demás emociones, esto es una pura visión del espíritu, una aserción que nada justifica.

La determinación de las emociones primitivas debe hacerse, no por abstracción y generalización, sino por *comprobación*. Para esto yo no veo más que un procedimiento que seguir: un método de observación, que nos enseñe el orden y el momento de la aparición de las diversas emociones; que nos dé la lista genealógica y cronológica. Tendremos por primitivas todas aquellas que son irreductibles á las manifestaciones anteriores, todas aquellas que aparecen como una manifestación nueva; y nada más, porque todas las demás son secundarias y derivadas.

Los materiales para este trabajo no pueden ser buscados más que en la psicología de los animales y en la de los niños. La primera nos da una ayuda muy débil. Sin duda, que tratados especiales y autorizados nos dan la enumeración de las emociones de los animales; pero sin distinción entre las simples y las compuestas, sin ninguna indicación precisa sobre el orden de su aparición. No pasa lo mismo en la psicología de la infancia: los estudios, bastante numerosos, publicados sobre este asunto desde hace una treintena de años, han hecho posible una tentativa que era antes imposible.

Se trata de determinar, según los hechos, en qué orden aparecen las emociones, no teniendo en cuenta más que las que parecen primitivas, es decir, irreductibles á las precedentes. Yo me limito á la simple enumeración, indicando sus caracteres principales; cada

una de ellas será objeto de un estudio especial en la segunda parte.

1.º El temor es la primera emoción que aparece, según la unanimidad de las observaciones. Según Preyer, se manifiesta en el segundo día después de nacer. Sin embargo, el hecho que cuenta me parece que es más bien de sorpresa que de temor propiamente dicho. En todo caso, según el mismo autor, se nota éste fácilmente á los veintitrés días; Darwin no cree haberlo observado hasta el fin del cuarto mes; Pérez á los dos meses. Este último se inclina á creer que esta emoción es suscitada primero por las sensaciones auditivas, y más tarde por las visuales. Su precocidad en aparecer ha sido atribuída á la trasmisión hereditaria, aserción que examinaremos.

2.º Después de la emoción defensiva nace la ofensiva bajo la forma de cólera. Pérez la nota entre los dos y los cuatro meses; Preyer y Darwin, á los diez; éstos se refieren á la cólera verdadera, manifestada con el fruncimiento de las cejas y otros síntomas muy claros (revolcarse gritando, etc.) Naturalmente que los datos indicados para cada emoción no tienen nada de rigurosamente fijo, pues deben variar según el temperamento del niño y las circunstancias.

3.º Después viene la emoción tierna (afección). Algunos autores emplean la palabra simpatía, que es muy vaga á mi juicio. Ésta se manifiesta por su modo de expresión fundamental, el movimiento de atracción y el buscar el contacto. Darwin la ha descrito muy bien: «La afección nace probablemente muy pronto en la vida, si podemos juzgar por la sonrisa del niño (segundo mes). Sin embargo, no tengo ninguna prueba terminante de que él (el niño) reconociera y distinguiera algo antes del cuarto mes. A los cinco meses mostró deseos de ir con su nodriza; pero no es más que hasta el año cuando mostró la afección espontáneamente y por gestos manifiestos. En cuanto á la simpatía (?), la

manifestó á los diez meses y once días de una manera muy exacta, aparentando gritar á su nodriza (1).» Según Pérez, aparece á los diez meses. Es de esta fuente de donde deben derivar más tarde las formas complejas de una gran importancia, las emociones sociales y morales.

Con el temor, la cólera y la ternura quedamos en el campo de las emociones que el hombre comparte con el animal; pues la misma emoción tierna se encuentra muy baja en la serie animal, á lo menos bajo la forma de amor maternal. Estas tres emociones tienen un carácter muy claro de universalidad. Aquí damos ya un paso que nos introduce en una región puramente humana.

4.º Este estado está caracterizado por la aparición de las emociones ligadas á la personalidad, al yo. Hasta aquí teníamos un individuo, un sér viviente con una conciencia más ó menos vaga de su vida; pero el niño (ordinariamente hacia la edad por lo menos de tres años) llega á ser conscio de sí mismo como persona. Entonces aparecen nuevas manifestaciones emocionales, cuya fuente puede ser llamada, á falta de un término mejor, el amor propio, la emoción egoísta (*Self-feeling*, *Selbtsgefühl*), que puede ser traducido bajo dos formas: la una negativa, sentimiento de impotencia, de debilidad; la otra positiva, sentimiento de fuerza, de audacia. Este sentimiento de plenitud y de exuberancia es la fuente de donde saldrán más tarde numerosas fuerzas emocionales (orgullo, vanidad, ambición). Tal vez sea menester relacionar con él todas aquellas que manifiestan un exceso de vida; la necesidad de la actividad física, el juego bajo todas sus formas, la curiosidad ó deseo de conocer, la necesidad de producir por medio de la imaginación ó de la acción.

5.º Por fin, la emoción sexual, la última en el orden

(1) Darwin, en *Mind* II, 285. — *Biographical Sketch of an Infant*.

cronológico cuyo momento de aparición es fácil de fijar puesto que tiene notas objetivas y fisiológicas. Es un error suponer que pueda ser derivada de la emoción de ternura, ó que ésta se derive de aquella, como se ha sostenido con frecuencia. La observación de los hechos echa á tierra completamente esta tesis y muestra que son irreductibles la una á la otra. Después daremos pruebas evidentes de ello.

Pero ahora se nos presenta una cuestión embarazosa: este asunto está lleno de ellas. ¿Hay que poner fin á nuestra lista de emociones ó hay que añadir otras dos, la pena y la alegría? Es posible inclinarse por la afirmativa. Así Lange las ha incluido entre las cuatro ó cinco «*emociones*» simples que él ha escogido como tipos de sus descripciones. He aquí á mi juicio las razones contra esta solución. Es incontestable que la alegría y la pena presentan todos los caracteres que constituyen una emoción, á saber: movimientos ó suspensión de movimientos, cambios en la vida orgánica y un estado de conciencia *sui generis*. Pero es menester entonces que el placer y el dolor físicos sean comprendidos también entre las emociones, puesto que presentan el uno y el otro los caracteres arriba enumerados; además hay identidad de naturaleza entre el placer físico y la alegría de una parte, y entre el dolor físico y la pena de otra, como tendremos ocasión de mostrar en lo que sigue de nuestro trabajo; la sola diferencia está en que la forma física tiene por antecedente un estado del organismo, mientras que la forma moral (alegría, tristeza) tiene por antecedente una representación. En otros términos, es menester clasificar el placer (sin cualificación ni restricción) y el dolor (sin cualificación ni restricción) entre las emociones primitivas. Ahora bien, estas dos pretendidas emociones presentan en relación con las otras cinco precitadas una diferencia evidente y capital á saber: su carácter de generalidad. El miedo es

completamente distinto de la cólera, la emoción tierna de la egoísta, y la sexual de las otras cuatro, por su nota específica. Cada una de ellas es un estado complejo, cerrado, impenetrable, independiente, como lo es la visión con relación al oído, ó el tacto con relación al olfato. Cada uno traduce una tendencia particular (defensiva, ofensiva, de atracción hacia el semejante, etcétera,) y está adaptada á un fin particular. Por el contrario, el placer y el dolor, traducen las condiciones generales de la existencia; están difusamente en todo y penetran en todas partes. Hay un dolor sin miedo en ciertos momentos de la cólera y de la emoción egoísta; hay placer en la emoción sexual, en ciertos momentos de la cólera y de la emoción egoísta. Estos dos estados no tienen dominio propio. La emoción es por su naturaleza particularizada; el placer y el dolor son por su naturaleza, universales: son las notas generales de la vida afectiva, y si coinciden como las emociones, con fenómenos motores, vaso-motores y demás, es, porque ninguna forma de sentimiento puede existir sin condiciones fisiológicas.

Tales son las razones, por las cuales rehusamos clasificar los estados agradables y penosos, entre las emociones primitivas y considerarlos como de la misma naturaleza. En cuanto al momento de su aparición, el dolor físico se cree que coexiste con el principio mismo de la vida extra-uterina; el placer físico resultante del apetito satisfecho de la sensación de calor, etc., debe ser poco más ó menos contemporáneo. La alegría y la pena son más tardías. Según Preyer, la sonrisa y el brillo de los ojos á las tres semanas indican la alegría; «desde el segundo mes, un niño tiene placer en oír cantar y tocar el piano». Yo no estoy muy seguro de que este ejemplo sea muy comprobante, pues veo aquí más bien un placer físico. Darwin lo ha observado hacia el cuarto mes, tal vez antes, pero muy claramente hacia el año, al volver á ver una persona ausente. La pena pue-

de manifestarse según Preyer hacia el cuarto mes (las lágrimas antes de la cuarta semana). Darwin pone su primera aparición á los seis meses de edad, por la observación citada precedentemente. En suma, los datos son poco abundantes y concuerdan poco, en razón á la gran dificultad en este momento de la vida, de diferenciar con seguridad las dos formas del placer y las dos formas del dolor.

En la raíz de cada una de las emociones primitivas, hay una tendencia, un instinto; pero no pretendemos que esta lista agote la de los instintos en el hombre; tendremos que volver á insistir sobre este punto (2.^a parte, Introducción, párrafo 2.^o). Admitamos, á título de hipótesis provisional, que sólo esas cinco emociones son irreductibles; todas las demás deben derivarse de ellas. Trataremos de indicar después cómo las emociones secundarias proceden de ellas por efecto de una evolución completa, de una suspensión de desarrollo, de una mezcla ó de una combinación (2.^a parte, cap. VII).

III

Sobre estas emociones que, aunque compuestas de muchos elementos, son sencillas en cuanto emociones, y pueden calificarse de innatas, puesto que están dadas por la organización misma, se encuentran las numerosas formas de sentimiento que se manifiestan en el curso de la vida, suscitadas por representaciones del pasado ó del porvenir, por construcciones de imágenes, por conceptos, por un ideal. Como se estudiará cada emoción primitiva en su desarrollo total, desde su forma inferior á sus formas más intelectualizadas, es inútil ensayar en este momento un bosquejo de esa marcha ascendente que, reducida á generalidades, sería vaga y confusa. Alcanza su última etapa en las más altas regiones de la ciencia, del arte, de la religión, de la moral.

Se puede asegurar sin riesgo, que esas formas superiores son inaccesibles á la inmensa mayoría de los hombres. Apenas un individuo quizás de cada cien mil ó de cada millón, las alcanza; los demás no las conocen ó no las sospechan, sino de oídas ó poco más. Es una tierra prometida en que entran pocos elegidos.

En efecto, para experimentar los sentimientos de orden superior se requieren dos condiciones: 1.^a es preciso ser capaz de concebir y de comprender las ideas generales; 2.^a estas ideas no deben quedar como simples formas intelectuales, sino que deben poder suscitar ciertos sentimientos, ciertas tendencias apropiadas. Si falta una de estas dos condiciones, la emoción no se produce.

En cuanto á la fórmula de evolución durante este período, es bien sencilla; el orden de desarrollo de las emociones depende rigurosamente del orden de desarrollo de las ideas generales; la evolución de las ideas regula la evolución de los sentimientos. En esto nos encontramos de perfecto acuerdo con la teoría intelectualista.

La facultad de abstraer y de generalizar está repartida muy desigualmente. Depende de la raza, del tiempo, de los individuos. Algunos hombres no traspasan el nivel de las imágenes genéricas, que no son sino un concreto simplificado y condensado. Otros alcanzan esas formas medias de la abstracción en que la palabra juega un papel de sustituto de la realidad, pero en las que necesita, para ser comprendida, que las cualidades de las cosas que representa estén figuradas por su esquema vago concomitante de la palabra. Algunos alcanzan el grado de la sustitución completa, en que la palabra ocupa el lugar de todo el resto, y no tiene necesidad de ningún auxiliar para asegurar las operaciones del espíritu. Cada uno de estos grados (que implican subdivisiones de que no hablo) tiene su resonancia afectiva posible. Así cada hombre, según el alcance de

su inteligencia, puede franquear algunos estados ó todos los estados, y según la naturaleza de su temperamento, sentir, en cada uno de ellos, un estado emocional ó no sentir nada. Las emociones que son susceptibles de una evolución completa nos ofrecerán pruebas de ello. Puede indicarse de pasada un ejemplo bien sencillo; es la tendencia sexual, que puede ser alternativamente fisiológica, psico-fisiológica, predominantemente psicológica, y por último, intelectual. En su grado más bajo (en los micro-organismos y sus similares) encontramos hechos de orden puramente vital y orgánico, inconscientes en mi opinión. Después, la conciencia aparece; pero la emoción sexual se manifiesta bajo una forma completamente específica, sin elección individual; es un puro instinto, «el genio de la especie, que se sirve del individuo para conseguir sus fines». Más tarde la individualidad se dibuja; encontramos la elección; hay emociones tiernas completamente extrañas al período primitivo. Después viene el momento de equilibrio entre los elementos orgánicos y los elementos psíquicos; es el caso ordinario para el hombre medio, formal. Este estado es muy complejo, resultado de la fusión ó convergencia de numerosas tendencias; de aquí su gran fuerza é impulso. Después viene una ruptura de equilibrio, un período de interversión; el elemento fisiológico se desvanece gradualmente, y el elemento psíquico gana en intensidad, lo cual es la repetición del período primitivo, pero al revés. Es la fase propiamente intelectual del amor; la idea surge primero, los fenómenos fisiológicos vienen después. En su grado más elevado de refinamiento la imagen personal, concreta, está reemplazada por una representación vaga, impersonal, por un ideal, un concepto; es el amor puro, platónico, místico, cuyo acompañamiento orgánico es tan débil, que es corriente negarlo.

Estas formas sutiles y refinadas, que los intelectu-
listas tienen por superiores, no son en realidad más

que un empobrecimiento en el orden afectivo. Por lo demás, son raras, y salvo algunas excepciones, sin eficacia, porque es una regla que todo sentimiento pierde de su fuerza á medida que se intelectualiza, y la fe ciega en «el poder de las ideas» es una fuente inagotable de ilusiones y de errores en la práctica. Una idea que no es más que una idea, un simple hecho de conocimiento, no produce nada, no puede nada; no obra si no es *sentida*, si no la acompaña un estado afectivo, si no despierta tendencia, es decir, elementos motores. Se puede haber estudiado á fondo la *Razón práctica*, de Kant, haber penetrado todas sus profundidades, haberla cubierto de glosas y comentarios luminosos, sin haber añadido por eso una jota á su moral práctica; ésta viene de otro lado, y es uno de los más lamentables resultados del influjo intelectualista en la psicología de los sentimientos, el de haber inducido á desconocer una verdad tan evidente.

IV

Se puede observar que en los tratados contemporáneos la palabra *pasión* ha desaparecido casi por completo, ó no se encuentra sino incidentalmente (1). Hay, sin embargo, un extenso pasado, que sería interesante seguir si yo no me hubiese prohibido toda digresión histórica. Actualmente, el término emoción es el preferido para designar las manifestaciones principales de la vida afectiva: es una expresión genérica; la pasión no es más

(1) Höffding, *Psychologie*, p. 392-394, segunda edición alemana.— J. Sully, *The Human Mind*, t. II, p. 56, considera la emoción como un género, cuyas especies son la afección y la pasión: la afección es una disposición emocional fija; la pasión es la forma violenta de la emoción. Por lo demás, nada es tan vago é inconstante como la terminología de nuestro asunto, y sin embargo, como lo ha demostrado Wundt en sus *Ensayos*, ha hecho progresos muy apreciables cuando se la compara á la confusión del comienzo de este siglo.

que uno de sus modos. El lenguaje vulgar conserva la palabra, y con razón, porque responde á una realidad, y la pasión es un acontecimiento de demasiado grande importancia para que sea posible dispensarse de hablar de ella, de decir en qué difiere de la emoción, cuál es su naturaleza, en qué condiciones aparece.

Se está casi de acuerdo para definirla, y, bajo fórmulas diferentes, según que emanen de un moralista ó de un teólogo, de un filósofo ó de un biólogo, se encuentran siempre los mismos caracteres esenciales; «es una necesidad desarreglada»; «es una inclinación ó una tendencia llevada al exceso»; «es un deseo violento y duradero que domina al ser cerebral entero» (1), etc.: sólo varía la terminología.

Si buscamos cuál es la marca propia de la pasión y su característica en el conjunto de la vida afectiva, es preciso, para responder á tal cuestión, distinguirla de la emoción, de una parte, y de la locura, de otra, porque está situada entre ambas, á mitad del camino.

Es bastante difícil indicar con claridad y exactitud la diferencia entre la emoción y la pasión. ¿Hay diferencia de naturaleza? No, puesto que la emoción es la fuente de que nace la pasión. ¿Hay diferencia de grado? Esta distinción es incierta; porque si hay emociones tranquilas y pasiones violentas, lo contrario suele darse también. Queda una tercera diferencia: la duración. Se dice generalmente que la pasión es un estado que dura; la emoción es la forma aguda, la pasión la forma crónica. Violencia y duración, tales son los caracteres que se le asigna ordinariamente; pero se puede precisar aún más lo esencial de su naturaleza. *La pasión es en el orden afectivo lo que la idea fija es en el orden intelectual* (se podría añadir: lo que la contractura es en el orden motor). Es el equivalente afectivo de la idea fija. Esto exige alguna explicación.

(1) Letourneau, *Physiologie des passions*, lib. III, c. I.

El estado intelectual normal es la pluralidad de los estados de conciencia, determinada por el mecanismo de la asociación. Si, en un momento dado, una percepción ó una representación surge y ocupa sola el campo principal de la conciencia, reinando como soberana, haciendo el vacío á su alrededor y no permitiendo más que las asociaciones que estén en relación directa con ella misma, eso es la atención. Este estado de «monoidismo» es por naturaleza excepcional y transitorio. Si no cambia de objeto, si persiste ó se repite incesantemente, tenemos la idea fija, que se podría llamar la atención permanente. No es necesariamente morbosa; la frase célebre de Newton es una prueba de ello, y hay otras; pero la soberanía latente ó actual de la idea fija es absoluta, tiránica.

De un modo semejante, el estado afectivo normal es la sucesión de los placeres, penas, deseos, caprichos, etcétera, que, en su forma moderada y con frecuencia amortiguada por la repetición, constituyen la marcha prosáica de la vida ordinaria. En un momento dado, cualesquiera circunstancias suscitan un choque; es la emoción. Una tendencia anula todas las demás, confisca, momentáneamente, toda la actividad en su provecho; esto es el equivalente de la atención. Ordinariamente esta reducción de los movimientos á una dirección única, no es durable; pero que, en lugar de desaparecer la emoción, permanezca fija, ó que se repita incesantemente, siempre la misma, con las ligeras modificaciones que exige el paso del estado agudo al estado crónico; esta es la pasión, que es la emoción permanente. A pesar de aparentes eclipses siempre está pronta á aparecer, absoluta, tiránica.

Sobre el origen de la pasión, los moralistas y los novelistas han hecho esta observación: que nace de dos maneras diferentes; como por un disparo ó por «cristalización», por acción brusca ó por acciones lentas. Este doble origen denota un predominio ya de la vida afec-

tiva, ya de la vida intelectual. Cuando la pasión nace de pronto, sale directamente de la emoción misma y de ella conserva la naturaleza violenta, en cuanto lo permite su metamorfosis en una disposición permanente. En el otro caso, el papel iniciador corresponde á los estados intelectuales (imágenes, ideas), y la pasión se constituye lentamente por efecto de la asociación, que no es en sí misma sino un *efecto*; porque obedece á un influjo latente, á un factor oculto, á una actividad inconsciente que sólo se revela en su obra. Las representaciones no se atraen, ni se asocian, sino en razón de su similitud afectiva, del tono emocional que les es común; por adiciones sucesivas esos arroyuelos forman un río. Esta forma de pasión, por razón de su origen, tiene menos vehemencia y más tenacidad.

PRIMERA PARTE

Psicología general.

CAPÍTULO PRIMERO

EL DOLOR FÍSICO

Sus condiciones anatómicas y fisiológicas; nervios del dolor; transmisión á los centros.—Modificaciones del organismo que acompañan al dolor físico: circulación, respiración, nutrición, movimientos.—¿Son efectos del dolor? El dolor no es más que un signo.—Las analgesias: inconsciencia del dolor y conciencia intelectual.—Retraso del dolor respecto á la sensación.—Hiperalgia.—Naturaleza del dolor; dos teorías actuales: es una sensación; es una cualidad de la sensación.—El dolor puede resultar de la cualidad ó de la intensidad de la excitación.—Hipótesis sobre su última condición: depende de una forma de movimiento; de una modificación química.

Se han intentado, bien inútilmente, muchas definiciones del dolor. Unas son puras tautologías; otras emiten implícitamente una hipótesis sobre su naturaleza, refiriéndola á las excitaciones fuertes (1). Considerémosle como un estado interior que cada cual conoce de propia experiencia y cuyas innumerables modalidades nos revela la conciencia; pero que por su generalidad y su multiplicidad de aspectos escapa á toda definición.

Bajo su forma primitiva el dolor es siempre físico, es decir, está ligado á sensaciones externas ó internas.

(1) «El dolor es una vibración fuerte y prolongada de los centros nerviosos conscientes, que resulta de una excitación periférica fuerte y, por consecuencia, de un cambio brusco de estado en los centros nerviosos» (Richet). «Es la más violenta excitación de algunas partes sensoriales, excitación que pone simultáneamente á contribución las excitaciones más extensas de otras partes» (Wundt).

Bastante precisa en las partes superficiales del cuerpo, especialmente en la superficie cutánea, su localización es más vaga, cuando tiene por asiento partes profundas, vísceras, instrumentos de la vida orgánica. En este último caso, cuando el dolor es de origen interno, no periférico; cuando procede del gran simpático, ó de su pariente el nervio vago, va acompañado de un estado de ansiedad, de aniquilamiento ó de angustia, que tendremos que señalar frecuentemente y que ha hecho decir que «parece que el paciente tiene conciencia de que se han suspendido en él las operaciones de la naturaleza». Por el momento, sin distinguir sobre estos dos orígenes, externo é interno, estudiemos los caracteres *objetivos* del dolor físico tomado en general; primero sus condiciones anatómicas y fisiológicas; después las modificaciones corporales que le acompañan, y que en el lenguaje usual se llaman sus efectos.

I

La trasmisión de las impresiones dolorosas de la periferia á los centros corticales, está lejos de haberse determinado en todas las etapas de su recorrido.

Las terminaciones nerviosas, por su posición de vanguardia, reciben el primer choque; pero ¿cuál es su función? Se sabe que los nervios de los órganos profundos y que los filetes del gran simpático no tienen terminaciones de una estructura especial. En cuanto á los nervios de los sentidos especiales, de la vista, del oído, del olfato y del gusto, en los que, por el contrario, los aparatos periféricos (retina, órgano de Corti, etc.), son de una anatomía extraordinariamente compleja, se sabe que su papel es, sobre todo, sensorial; son, ante todo, instrumentos de conocimiento, rara vez de dolor ó de placer directos: de suerte, que la cuestión en lo que concierne á las terminaciones nerviosas, con relación al dolor, se reduce principalmente á los nervios del

aparato táctil, tomando estas palabras en el más amplio sentido. La extrema dificultad de aislar la impresión puramente periférica de la que toca al nervio mismo, hace casi insoluble la cuestión planteada más arriba, referente al papel de esos aparatos periféricos. Beau-nis (1), apoyándose sobre los hechos de anestesia localizada en que el paciente no siente el dolor, pero percibe aún el contacto, piensa que la analgesia alcanza al nervio, antes de actuar sobre sus terminaciones, encerradas en cápsulas más ó menos resistentes.

¿Existen nervios especiales para transmitir el dolor? Desde luego, Goldscheider, bien conocido por sus investigaciones sobre los puntos de calor y de frío, lo había sostenido (2). Según él, los filetes nerviosos doloríferos están entrelazados con los nervios sensoriales, más numerosos para los nervios de la sensibilidad general (tacto, calor y frío) y menos para los de los sentidos especiales. Si la existencia de estos nervios específicos del dolor estuviese bien establecida, tendría una importancia para nuestro asunto tan grande como los descubrimientos de Sachs y otros sobre los filamentos nerviosos propios de los músculos la han tenido para el estudio del sentido quínestético. Pero este fisiólogo ha repudiado (3) después su primera afirmación, ó ha sostenido que se la había comprendido mal; admite puntos dolorosos (sensibles al dolor), no un órgano específico del dolor ni de los nervios especiales para transmitirlo. Por el contrario, Frey (4) pretende haber dado pruebas experimentales de uno y otro: nervios doloríferos y órganos terminales apropiados. Sus experimentos se han rechazado como inexactos. En el estado actual nada establece la existencia de los nervios del dolor, y la

(1) *Sensations internes*, cap. XX; debe leerse para el pormenor.

(2) *Archiv. fur Anatomie und Physiol*, 1885.

(3) Goldscheider, *Ueber den Schmerz* (Berlín, 1894).

(4) Frey, *Beiträge zur Physiologie des Schmerzsinnns* (Leipzig, 1894).

mayor parte de los autores han dado razones fuertes contra la verosimilitud de este descubrimiento. Rechazada esta hipótesis, se admite que la impresión dolorosa, como cualquiera otra, se trasmite por los nervios de la sensibilidad general ó especial.—Cuando ha entrado en la médula espinal por las raíces posteriores, el camino que sigue para llegar á los centros superiores ha dado lugar á muchas investigaciones y discusiones. Según Schiff, la transmisión se verifica por la sustancia gris, y las impresiones táctiles caminan por los cordones posteriores; habría así dos caminos distintos, uno para el fenómeno afectivo y otro para la sensación propiamente dicha. Brown-Séquard admite también vías distintas, pero sólo á través de la sustancia gris; la región anterior está consagrada al tacto, la región media á la temperatura, la región posterior al dolor. Según Wundt, hay para las impresiones del tacto y de la temperatura un camino primario por la sustancia blanca, cuando las excitaciones son moderadas; un camino secundario por la sustancia gris, que serviría de derivativo cuando las excitaciones son violentas. La hipótesis de vías separadas, cualesquiera que sean, tiene la ventaja de estar de acuerdo con un hecho muy conocido, sobre el cual tenemos que insistir: que la transmisión del dolor está retrasada con respecto á la transmisión sensorial. Lehmann, cuya posición es rigurosamente intelectualista, no puede admitir que el elemento afectivo tiene una cierta independencia respecto al elemento sensorial, que existe aisladamente. Según él, el retraso se explica por el hecho «de que el dolor exige en el órgano sensorial una excitación más fuerte que la sensación sin dolor, y que, por consiguiente, el dolor debe producirse después de la sensación, á medida que la excitación aumenta en intensidad (1)». Esta explicación es

(1) Lehmann, *Die Hauptgesetze des menschlichen Gefühlslebens*, página 46 y siguientes.

aceptable; pero supone que el dolor depende siempre de la intensidad de la excitación, cosa que no está probada.

De la médula espinal llegamos al bulbo, al cual asignan un papel capital ciertos autores. El más reciente, Sergi, en su libro *Dolore e piacere* (Milán, 1894), pone en él el asiento de los fenómenos afectivos en general (dolores, placeres, emociones). Lo que, según él, atestigua la importancia del bulbo en la vida afectiva, es el número y la naturaleza de los núcleos nerviosos situados entre la protuberancia y el suelo del cuarto ventrículo; núcleos que obran sobre el corazón, los vasos, los pulmones, las secreciones, los movimientos intestinales. «El nudo vital de Flourens es el centro vital, y debe ser también el centro del placer y del dolor, que no son más que alteraciones de las funciones de la vida orgánica (1).» En su opinión (que es también la nuestra), se ha encarecido el papel del cerebro en la génesis de los estados afectivos; sólo obra de dos maneras: como medio de hacer conscientes todas las perturbaciones de la vida orgánica, base física de los sentimientos, y como causa de excitación por medio de las ideas.

Por dispuesto que se esté á restringir el papel del cerebro, es decir, de la capa cortical, no por eso deja de ser un factor preponderante y el término final á donde va á parar el proceso de trasmisión. Pero aquí nos sumimos en la oscuridad. Las investigaciones sobre las localizaciones cerebrales no nos muestran en esta cuestión nada que esté admitido generalmente. Durante el primer período de estos estudios, que se podría

(1) Sergi, en su prefacio, ha indicado sumariamente los «antecedentes de su teoría». La encuentra en el anatómico inglés Todd, en Hack Tuke, Laycock, Herbert Spencer, Brown-Séquard, etc. Nótese que Vulpian, apoyándose sobre experimentos de una interpretación dudosa, localizaba las emociones exclusivamente en la protuberancia: *Leçons sur l'anatomie du système nerveux*, XXIV.

llamar de las localizaciones circunscritas hasta el extremo, D. Ferrier colocaba en los lóbulos occipitales el asiento de las emociones; porque, según él, esta región de la corteza recogía las sensaciones viscerales, porque tenía bajo su dependencia al instinto sexual, y finalmente, porque estos lóbulos están más desarrollados en la mujer que en el hombre. Es inútil exponer las numerosas críticas que se han hecho de esta tesis. Durante el segundo período actual de las localizaciones, que se podría llamar, por oposición al otro, de las localizaciones diseminadas, más bien funcionales que anatómicas propiamente, los autores están poco dispuestos á admitir un centro particular de la vida afectiva y especialmente del dolor. Todos los centros sensoriales, y aun todos los centros motores (quizá en el fondo sólo hay centros sensorio-motores, con preponderancia de uno ú otro elemento), pueden en ciertas condiciones de actividad producir en la conciencia un sentimiento de placer ó de dolor.

La hipótesis de un centro cortical es, pues, muy poco verosímil; insistiremos sobre este punto al tratar de las emociones.

II

Las modificaciones del organismo que acompañan al dolor físico se han descrito con tanta frecuencia, que basta trazar un cuadro sumario de ellas. Se pueden reducir á una fórmula única: el dolor va unido á la disminución ó á la desorganización de las funciones vitales:

1.º Obra sobre los movimientos del corazón; en general disminuye su frecuencia; en los casos extremos, el retardamiento puede producir el síncope. En los animales sometidos á los experimentos de laboratorio, aun después de la ablación del encéfalo, las impresiones dolorosas producen una disminución de las contraccio-

nes cardiacas. En el hombre, aunque á veces hay aumento en la frecuencia del pulso, se produce siempre, en una ú otra forma, una modificación del ritmo, apreciable en el esfigmógrafo. Bichat tenía razón al decir: «Si queréis saber si un dolor es fingido, explorad el pulso.»

2.º El influjo sobre la respiración es más irregular y más inestable: el ritmo se hace anormal, ya rápido, ya lento; las inspiraciones son sucesivamente cortas y profundas. Pero el resultado final es una disminución notable del ácido carbónico exhalado, es decir, un retardamiento real de las combustiones. La temperatura disminuye. «Yo me había figurado, dice Mantegazza, que el dolor iba acompañado de un aumento de calor, por ser muy intensa la acción muscular bajo el influjo de los grandes sufrimientos. El experimento hecho sobre los animales y sobre mí mismo, probó todo lo contrario (1).» Heidenhain y Mantegazza han notado, en efecto, una disminución media de dos grados centígrados, que puede, según el último, durar hora y media y aun más; se debe á la contracción de los vasos sanguíneos y periféricos.

3.º La acción del dolor sobre las funciones digestivas es muy conocida y se traduce por un retardamiento ó perturbaciones: disminución del apetito, suspensión de las secreciones, indigestión, vómitos, diarrea, etc. Cuando es permanente, obra sobre la nutrición general y se traduce por modificaciones de la secreción urinaria, por una decoloración estable de la piel, del vello, de los cabellos. Abundan los ejemplos de cabellos, barbas y cejas, encanecidos en algunos días bajo el influjo de un gran dolor (2).

4.º Las funciones motoras traducen el dolor de dos modos opuestos: la forma pasiva, depresión, suspensión

(1) Mantegazza, *Fisiología del dolore*, cap. III.

(2) Para los casos históricos y otros véase Hack Tuke, *l'Esprit et le corps*, p. 243.

ó supresión total de los movimientos, el paciente parece aniquilado; la forma activa, agitación, contorsiones, convulsiones y gritos. Este último caso parece en contradicción con la fórmula general que liga el dolor con una disminución de actividad y me parece que se ha interpretado mal por ciertos autores. En realidad esta excitación violenta es un gasto que se hace sentir rápidamente y deja, por último, muy empobrecido al individuo. No se deduce, como en la alegría ó el juego, de un exceso de actividad; es debilitante, irregular y espasmódica. Me parece, por otra parte, que tiene su origen en la expresión instintiva de las emociones. El animal herido sacude la parte dolorosa de su cuerpo, su pata ó su cabeza, como si quisiera expulsar de allí el sufrimiento. Todas estas reacciones motoras, desordenadas y violentas, son una defensa del organismo, defensa inútil y en muchos casos perjudicial, pero que resulta de actos que, en otro tiempo ó en otras circunstancias, estaban adaptados á su fin.

Lehmann ha sometido á la experimentación á cinco personas, á las que ha hecho sufrir alternativamente impresiones agradables y desagradables, y ha registrado en los dos casos los cambios de la respiración y del volumen del brazo, con ayuda del pletismógrafo de Mosso (1). Deduce de sus experimentos las conclusiones siguientes:

Toda impresión agradable produce un aumento del volumen del brazo y de la elevación del pulso, con aumento de la profundidad de la cavidad respiratoria.

La impresión desagradable, cuando es débil, produce inmediatamente una disminución del volumen del brazo y de la elevación del pulso. Casi en seguida el volumen aumenta, á pesar de la disminución del pulso, y pasa ordinariamente del estado normal cuando el

(1) Para el detalle de los experimentos, véase *Hauptgesetze*, etc., páginas 77 y siguientes, con trazados gráficos.

pulso ha vuelto á su estado primitivo. Si la impresión es fuerte, pero no dolorosa, estos cambios se acentúan más y desde su comienzo van acompañados de profundas inspiraciones. Finalmente, si la impresión es dolorosa se producen además de los cambios considerables de volumen, movimientos respiratorios poderosos y perturbaciones de la inervación de los músculos voluntarios.

La excitación desagradable produce primero un espasmo de los vasos superficiales, un aflojamiento de los vasos profundos y una disminución de amplitud de las contracciones del corazón. Los dos últimos factores reunidos producen una disminución de la elevación del pulso, y á consecuencia del debilitamiento de las contracciones cardiacas se produce un estancamiento de la sangre venosa que se traduce por el aumento de volumen del miembro.

Estas modificaciones corporales, cuyos principales rasgos hemos resumido, son, en la opinión general, *efectos* del dolor, y muchas obras de psicología parecen admitirlo. Esta tesis es inaceptable. El dolor considerado como fenómeno psíquico, como hecho interior, como puro estado de conciencia, no es una causa sino un síntoma. La causa es la excitación (de cualquier naturaleza que sea) que, proviniendo del medio exterior, obra sobre los sentidos externos, ó viniendo del medio interior obra sobre la vida orgánica. Se manifiesta de dos modos: de una parte, por el estado de conciencia que llamamos dolor; de otra, por los fenómenos físicos enumerados anteriormente. Lo que la conciencia expresa á su modo, el organismo lo expresa al suyo. Esto no es un simple punto de vista del espíritu; porque hay experimentos que muestran que las modificaciones circulatorias, respiratorias y motoras se producen allí donde es verosímil que falta la conciencia. Mantegazza ha demostrado que si se somete á un animal intacto á pica-

duras, cortes, quemaduras, se producen perturbaciones cardíacas; pero que el mismo fenómeno se produce después de la ablación del encéfalo. François-Frank, buscando los efectos de la excitación dolorosa en el corazón, ha comprobado que la anestesia clorofórmica suprime las perturbaciones del corazón, y que por el contrario, la supresión de los hemisferios cerebrales no las destruye. En otro tiempo Longet y Vulpian han sostenido que en los animales reducidos á la protuberancia y á las partes inferiores del eje cerebro-espinal, los gritos y los movimientos que producen cuando se los pincha son puramente reflejos: esta interpretación ha sido discutida por Brown-Séguard. En anencéfalos humanos se han observado en los pocos días que les es dado vivir, gritos, movimientos de succión y otros. Hay que admitir pues, ó que el estado de conciencia que llamamos dolor puede producirse con ausencia del cerebro, ó bien que los físicos pueden existir sin su concomitante psíquico.

El dolor (como estado de conciencia), no es más que una señal, un indicio, un fenómeno interior que revela al individuo vivo su propia desorganización. Únicamente el dolor es causa cuando, una vez instalado sólidamente en la conciencia, y llenándola toda, se convierte en agente de destrucción; pero entonces no es causa más que secundariamente. Este es uno de los casos frecuentes en las ciencias de la vida en que lo que es primitivamente efecto se convierte en causa á su vez. Aun cuando sea común á la mayor parte de los psicólogos, es, pues, un error considerar el dolor y el placer como elementos fundamentales de la vida afectiva; no son más que *signos*, el fondo es otra cosa: ¿qué se diría de un médico que confundiese los síntomas de una enfermedad con su naturaleza esencial?

Tocamos aquí un punto demasiado importante para no insistir en él. Esta tesis de que el dolor no es más que

un signo, y, en suma, á pesar de su papel soberano en la vida humana, un fenómeno superficial en relación con las tendencias que constituyen el fondo de la vida afectiva, encuentra apoyo en los casos de *analgesia*, es decir, desaparición del dolor. Esta insensibilidad se presenta en dos formas: espontánea y artificial.

La analgesia espontánea es de regla en los histéricos; puede variar de grado, de posición y de extensión. Los demonólogos de la Edad Media y del Renacimiento conocían estas migraciones de la insensibilidad en las diversas partes del cuerpo, que exploraban con cuidado para descubrir los *stigmata diaboli*, es decir, las regiones insensibles al dolor. Algunos autores le asignan una causa puramente psíquica: las impresiones penosas no se sienten, porque quedan fuera del campo de la conciencia que, en estos enfermos, se encuentra en estado permanente de disgregación, de difusión, de destrucción (1). También es cierto, por el contrario, que la idea fija intensa, la concentración profunda de la atención, la exaltación fanática, pueden producir una analgesia temporal ó duradera. Muchos soldados, en el ardor de la batalla, no han sentido las heridas. Pascal, sumido en sus problemas, se libraba de las neuralgias. Los Aissaouas, los Fakires, ciertos Lamas del Tibet, se desgarran y se cortan, garantizados contra el dolor por sus delirios, y no se puede dudar que muchos mártires, en medio de sus torturas, no han experimentado sino un estado de arrobamiento. En ciertas formas de enajenación mental (excitación maniática, melancolía, idiotismo, etc.), esta analgesia espontánea es frecuente y se produce en formas extraordinarias. Se encontrarán numerosos ejemplos de ella en las obras especiales (2). Uno, masca vidrio durante media hora sin sentir ninguna molestia. Otro, en una

(1) Pierre Janet, *État mental des hystériques*.

(2) Véase en particular Morel, *Traité des maladies mentales*, que ha resumido muchos hechos curiosos, p. 324 y siguientes.

lucha, se rompe una pierna, un fragmento de la tibia sale al exterior, después de desgarrar la piel; no deja por esto el objeto de su cólera, y después va á sentarse á la mesa para comer, sin que su cara revele el menor sufrimiento. Son muy numerosos los que, intencionalmente ó por descuido, meten un brazo en agua hirviendo, ó se apoyan en una estufa al rojo; la piel se les cae en pedazos, sin que parezcan inquietarse por ello, La enumeración de hechos análogos no tendría fin (1).

Las analgesias artificiales, producidas por el cloroformo y los diversos anestésicos, como se los emplea en las operaciones quirúrgicas, son más instructivas. Se ha preguntado si los movimientos, las objurgaciones y los gritos de ciertos pacientes no probarán que la analgesia no es completa, aunque lo parezca. Richet ha emitido la opinión de que lo que desaparece no es la conciencia, sino el recuerdo; el dolor debe ser tan rápido, que sólo dura un momento matemático, y no deja ninguna resonancia tras sí; debe ser una serie de estados que se desvanecen sucesivamente. Esta hipótesis es muy sostenible; pero lo que encuentro más notable en

(1) Weir Mitchell (*Medical Record*, 24 Diciembre 1892, citado por Strong, *Psychological Review*, 1895, t. II, p. 332), cuenta el siguiente hecho extraordinario de analgesia natural. Se trata de un hombre que murió á los cincuenta y seis años, corpulento, de 250 libras de peso próximamente, de vida alegre. Inteligente, vigoroso de cuerpo y de espíritu, había adquirido reputación considerable como abogado y político. «Durante una campaña política, habiéndose herido un dedo en un tumulto, se lo cortó mordiéndoselo y escupiéndolo después. Tuvo una úlcera en un dedo de un pie, y se resistió tres años al tratamiento sin producirle un solo momento el menor dolor. Tuvo también en la mano un absceso que se propagó al brazo y al antebrazo y produjo una enorme inflamación que puso su vida en peligro: se usaba la lanceta sin precaución y, durante todo ese tiempo, no sintió ningún dolor. Lo mismo sucedió en la operación de las cataratas en los dos ojos: guardó la inmovilidad de una estatua. Sólo en su última enfermedad se quejó de algún dolor; pero pasó pronto, y había vuelto á su estado de insensibilidad natural cuando murió.

los hechos referidos por este autor es que, habiendo desaparecido el dolor, persiste un cierto grado de conocimiento. En otros términos, hay una excisión: el hombre afectivo ha desaparecido, queda el intelectual. En gran número de operaciones sencillas, muchos sienten el contacto del instrumento: dolor, ninguno. Pero he aquí casos más complejos. Operación de una fisura en el ano, con fístula: la enferma siente el contacto de las tijeras, y distingue bien que se le hacen cuatro incisiones; no puede hablar, pero no padece. — Operación análoga. «Mientras se la opera, le pregunto: ¿Qué edad tiene usted? Y responde: cuarenta y un años. No siente nada; despierta, no se acuerda del corte ni de la quemadura, y se queja de que no la hayan operado.» — «A otra, durante la operación, le pregunto: ¿Cómo vamos? Contestación: no vamos mal. En aquel momento le pellizco con mucha fuerza; no siente nada. — Introduzco con fuerza en la boca una pinza para coger la lengua: «Vamos, quítenme este cigarrillo», dice el operado. Al despertar, ningún recuerdo.» Otro, á quien se pasa las barbas de una pluma por debajo de la nariz, dice: «No me hagas cosquillas.» Esta respuesta tuvo lugar mientras se le ligaban las grandes arterias, momento muy doloroso de la operación. — Por último, un hombre cloroformizado, mientras se le ligaba el cordón espermático, oye sonar el reloj, y dice tranquilamente: «Son las once y media. Al despertar, ningún recuerdo (1).»

Si he citado estos hechos es porque prueban hasta qué punto es *separable* el dolor como estado de conciencia, cómo puede estar unido y separado, y hasta qué punto ofrece los caracteres de un epifenómeno.

Esta independencia relativa del fenómeno-dolor, contra la cual se han rebelado siempre los intelectua-

(1) Richet, *Recherches expérimentales et cliniques sur la sensibilité*, págs. 258-259.

listas (1), me parece corroborada por el hecho del retraso que hemos señalado más arriba de pasada. Si se recibe un golpe en un callo al andar, se siente el choque antes que el dolor; se siente el frío del bisturí antes que el dolor de la incisión. Beau estimaba que el dolor se retrasa algunas décimas de segundo con respecto á la impresión táctil. Burckhardt, según investigaciones precisas, fija la velocidad de trasmisión á la médula en $12^m,9$ por segundo para las impresiones dolorosas, y en $43^m,3$ para las demás. En ciertas enfermedades, como la tabes dorsal, la distancia entre el contacto de una aguja y el dolor sentido pueden ser de uno á dos segundos. — Se pueden citar muchos otros hechos. Si se coge con una pinza de presión un repliegue de la piel y se detiene la presión en el momento en que ésta es suficiente, el dolor, que no existía en un principio, acaba por aparecer. Viene gradualmente, como por ondas, y acaba por hacerse insoportable. — Un hombre, á quien una máquina cogió el pulgar, no notó la herida sino porque sintió el brazo atraído, y sólo empezó á padecer al cabo de un cuarto de hora. Se ha observado también que el síncope, causado por choques violentos y por traumatismo, no se produce inmediatamente (2); entre el accidente y el desvanecimiento pueden pasar varios minutos.

El dolor es el resultado de una repetición. Naunyn ha mostrado que en los tabésicos, una excitación mecánica (como la de un cabello en la superficie cutánea del pie) que permanece por bajo del dintel de la conciencia como contacto y como dolor, si se la repite de 60 á 600 veces por segundo, es percibida al cabo de 6 á 20 de éstos, y pronto se convierte para el enfermo en un dolor intolerable.

(1) Véanse, sobre esto, las explicaciones difíciles de Lehmann, *op. cit.*, p. 51 y siguientes.

(2) Richet, *op. cit.*, p. 289-290 y 315 316; muchas observaciones.

Aunque la sensibilidad excesiva al dolor (hiperalgesia) pertenece á la patología de nuestro asunto, que se estudiará en otro capítulo, conviene decir aquí algunas palabras acerca de ella para oponerla al estado contrario, la analgesia, y sobre todo en vista de nuestras conclusiones. Este estado es más difícil de determinar que la insensibilidad, porque aquí no hay más que una diferencia de grado, no una diferencia de ser á no ser. Pero, en ciertos casos, hay entre la excitación y la reacción del sujeto que siente una desproporción tal, que se puede decir sin vacilar que la sensibilidad no es normal.

Se ha notado que, de una manera general, las razas inferiores son poco sensibles al dolor. Los negros de Egipto sufren casi sin padecer las mayores operaciones quirúrgicas (Pruner-Bey). Mantegazza ha referido un gran número de ejemplos de ello (cap. XXVI). En el campesino, la sensibilidad es de ordinario menos viva que en el hombre de ciudad, y se puede decir sin vacilar que la susceptibilidad al dolor aumenta con la civilización; en gran parte, lo que se llama estoicismo sería mejor llamado grado débil de sensibilidad. Donde mejor se ve la hiperalgesia es en los casos de extrema sobreexcitabilidad nerviosa. En algunos está generalizada, es el *supplicium neuricum*, el paciente se dice presa de indecibles tormentos. Es menos frecuente en lo referente á los nervios especiales, pero hay casos. Uno padece con el más ligero ruido, no puede tolerar el menor olor. Pitres cita el caso de una persona encerrada en una cámara oscura, de la cual no salía más que de noche, con los ojos protegidos por una visera espesa contra la radiación de las estrellas. Los que penetraban por el día en la Cámara oscura, debían llevar vestidos oscuros y ocultar con mucho cuidado el cuello de la camisa, cuyo reflejo blanco era para el enfermo horriblemente desagradable (1). La hiperalgesia cutánea es

(1) *Leçons cliniques sur l'hystérie*, I, p. 182.

muy común, ya en toda la superficie, ya hemilateral, ya diseminada por islotes. Weir Mitchell, en su libro *Les lésions des nerfs*, ha referido muchos ejemplos de ella, entre otros el de un soldado herido á quien el simple roce del papel producía dolores atroces. Los fumadores de opio, cuando interrumpen sus costumbres, sienten el menor soplo como un frío glacial y se quejan de dolores intolerables en todas las partes del cuerpo. La hiperalgesia de los tejidos profundos es también frecuente en los histéricos y los hipocondriacos.

Conviene notar de paso que, así como la insensibilidad al dolor (analgesia) es independiente de la incapacidad de percibir las impresiones sensoriales (anestesia), así también la hiperalgesia es independiente de la hiperestesia. Esta es una capacidad de percibir que está por encima del término medio: sabido es que ciertas razas, ciertos individuos, tienen una acuidad visual, auditiva, olfativa, extraordinarias; es conocida la hiperestesia táctil de los ciegos; por último, en los hipnotizados, la finura de los sentidos ha parecido á veces milagrosa. La hiperalgesia, como la analgesia, muestra, pues, la independencia relativa del dolor respecto de las sensaciones que lo suscitan.

III

Podemos concluir de lo precedente que, aunque el dolor físico (no se trata más que de él en este momento), esté siempre unido á una sensación interna ó externa, aunque forme parte de un *complexus* psíquico, puede estar separado de aquella, desunido. Tiene, pues, sus condiciones propias de existencia, y otro tanto podemos decir, por anticipado, del placer.

¿Cuáles son estas condiciones de existencia? ó de un modo más sencillo, ¿qué es el dolor, por naturaleza? A la hora presente, hay sobre este punto dos doctrinas muy distintas: una, que cuenta pocos adeptos, sostie-

ne que el dolor físico es propiamente una *sensación*. Otra, generalmente admitida, lo considera como una *cualidad* de la sensación, ó más exactamente, como un acompañamiento, un concomitante (1).

La primera, aunque muy reciente en su forma completa, no deja de tener antecedentes. Ha encontrado un punto de apoyo momentáneo en el pretendido descubrimiento de los nervios odoríferos. Nichols, uno de los promotores de esta hipótesis, la ha desarrollado al principio orientándose en este sentido; se ha tenido que renunciar á él. Strong, uno de sus más fervientes partidarios, la ha sostenido apoyándose en otras razones. Según él todo el mal proviene de la ambigüedad de la palabra dolor que puede expresar dos cosas: *disgusto* (*déplaisir, displeasure, Unlust*) ó dolor físico en el sentido positivo. Reduce éste á las certaduras, pinchazos, quemaduras, en una palabra, á todos los que afectan á la piel. Es, según él, una sensación en el sentido estricto, como la del azul ó del negro; «no es un atributivo, sino un sustantivo». El dolor de la quemadura, por ejemplo, es la mezcla de dos sensaciones: calor y dolor. La sensibilidad general está compuesta de cuatro especies de sensaciones: tacto, calor, frío y dolor. Cada una de ellas puede ser abolida por separado. La cocaina y el cloroformo suprimen el dolor, no el contacto; la saponina suprime el tacto, no el dolor; la siringomielia destruye la sensibilidad térmica y dolorosa, no la del tacto; en ciertas neuritis, existe la supresión del tacto sin analgesia. Estos diversos hechos se invocan como argumento principal en favor de la hipótesis del dolor-sen-

(1) Los debates sobre este asunto han tenido lugar sobre todo entre los psicólogos americanos. Consúltese: Rutgers Marshall, *Pain, pleasure and Aesthetics* (1895). — Nichols, *Origin of pleasure and pain* (*Philosophical Review*, I, 403 y 518). — *Psychological Review*, Strong, Julio, 1895; y para las críticas y réplicas, Setiembre y Noviembre de 1895, Enero de 1896 — *American Journal of Psychology*, 1895, t. VII y siguientes.

sación, aunque pueden ser tan bien explicados en la otra como en esta doctrina.

Tal hipótesis está llena de dificultades. Desde luego, la ausencia de base anatómica: órganos, nervios especiales. Ya volveremos sobre este punto importante (cap. III) al tratar del placer. Dice Nichols que no hay más pruebas contra la existencia de nervios del dolor que el no haberse establecido objetivamente;—esto ya significa algo,—que el estudio histológico no podría, en definitiva, determinar en los aparatos periféricos cual sirve para tocar y cual es propio del dolor y que la prueba debe deducirse de los casos de sensaciones táctiles sin dolor y *vice versa*—lo cual no constituye una prueba en modo alguno.—Además, la separación establecida entre el disgusto (dolor moral?) y el dolor físico es arbitraria, facticia, absolutamente nada motivada. Pero hay una separación todavía más inaceptable. Strong declara expresamente que se limita á los dolores localizados en la superficie cutánea. Ahora bien, ¿con qué derecho separar del grupo de los dolores físicos—estrictamente físicos—los estados de tormento, de tortura, que provienen de los órganos internos, las múltiples neuralgias más intolerables que ningún otro dolor externo, sin hablar del malestar, de la postración, del agotamiento? ¿Son también sensaciones ú otra cosa? Nada se nos dice. Por último, y Strong mismo se ha puesto la objeción, hay que confesar que nos encontraríamos aquí con sensaciones de una clase extraña, que no se proyectan fuera de nosotros, que no se exteriorizan. En tanto que las impresiones visuales, auditivas, táctiles, olfativas y gustuales se refieren á las causas que los provocan, los dolores de pinchazo, de cortadura y de quemadura, permanecen rigurosamente subjetivos y no son localizadas en la aguja, el cuchillo ó la brasa, como localizamos el sonido en la campana, ó el amargo en el ajeno. La única contestación posible (y no la han dado los partidarios del dolor-sensación), sería que este

fenómeno tiene un carácter propio: queda siempre como sensación, sin llegar á ser percepción; de aquí su falta de proyección al exterior. Pero entonces ¿por qué asimilarlo «al azul ó al rojo»? Además, la sensación pura, si es que existe en el adulto, se relaciona de tal modo con el estado afectivo, que la tesis del dolor-sensación, en lo que tiene de esencial, se desvanece. «Piénsese lo que se quiera de la posibilidad de un descubrimiento futuro de órganos terminales para el dolor físico, me parece obligado conceder que no hay ninguna prueba de la existencia en el medio de un estímulo especial cuyo correspondiente especial sea el dolor físico: aunque no hubiese más razón que esta, sería un error colocar en la clase bien determinada de las «sensaciones» un estado especial al que faltan todos los caracteres de la sensación en general». Esta conclusión de Rutgers Marshall es también la nuestra.

La doctrina contraria, á la cual se ha llamado en estos últimos tiempos *teoría de la cualidad (quale-theory)*, se sostiene muchas veces en una forma poco satisfactoria; porque, en efecto, se reduce á una afirmación de *cantidad*. El dolor que acompaña á la sensación puede depender, ya de la intensidad, ya sólo de la cualidad de aquélla.

Es inútil insistir en el primer caso, porque casi todos los autores no cesan de repetir que la impresión dolorosa es el resultado de una excitación fuerte, intensa, violenta, prolongada.

Por el contrario, importa notar que esta afirmación exclusiva no es aplicable siempre y en todos los casos. Muchas veces, en efecto, el dolor no exige la intensidad de la excitación. Esto resalta con evidencia en los casos de hiperalgesia, y es lo que nos ha movido á citarlos. La sensación muy desagradable, producida por un cuchillo que rasca el cristal, procede ciertamente más de la naturaleza que de la intensidad de la excitación. Beaunis hace notar que ciertos olores ó sabores,

ciertos contactos, son penosos desde luego, y que no es necesario que sean intensos. El roce de una barba de pluma, que producía la angustia al paciente de Weir Mitchell, ¿obraba por su intensidad? Sin duda, hay que reconocer que las hiperalgesias constituyen un grupo que no es estrictamente comparable con los casos ordinarios: son formas patológicas, variables en grado; pero la patología no es más que la exageración de un fenómeno normal. El error de los que refieren el dolor sólo á la intensidad de la excitación consiste en no considerar más que las condiciones *objetivas*; olvidan demasiado el papel del sujeto que siente. Los dolores que dependen de la cualidad de la excitación son de origen predominantemente *subjetivos*; porque el grado de excitabilidad de los elementos nerviosos, en el paciente, es la condición esencial que lo regula todo.

Admitido que obran una y otra, ambas condiciones — la intensidad y la cualidad; — ¿qué ocurre enseguida? ¿Cuál es la naturaleza íntima del proceso que produce el dolor? La hipótesis más natural, la más sencilla, la más conforme con las concepciones mecánicas, actualmente predominantes en las ciencias biológicas, consistiría en admitir que el dolor corresponde á una forma particular de movimiento. En este supuesto, la vía nerviosa aferente, de la periferia á los centros, podría ser recorrida por tres especies distintas de movimiento ó de cambio molecular: el primero, que daría origen á la sensación pura, es decir, á un estado intelectual, á un conocimiento; la segunda, unas veces presente, otras ausente, que daría origen al dolor; la tercera, unas veces presente y otras ausente, que daría origen al placer.

Todavía habría otra hipótesis posible, completamente distinta de las demás, sobre la génesis del dolor, y hacia la cual me inclinaría con gusto; pero que no puede presentarse sino como un punto de vista del espíritu. Consistiría en atribuir aquél á *modificaciones*

químicas en los tejidos y los nervios, y muy especialmente á la producción de toxinas locales ó generalizadas en el organismo. El dolor sería entonces una de las manifestaciones y una de las formas de la auto-intoxicación. Creo que sólo Oppenheimer (1) ha investigado en este sentido. Según él, en lo que concierne al origen del dolor «en todo órgano, sensorial ó no, la causa real está en una alteración del tejido, particularmente una alteración de especie química, por la cual, ó bien los productos de destrucción se elevan por cima de la media normal, ó bien las modificaciones resultan del influjo de un cuerpo extraño, presente en el organismo». En cuanto á la relación entre el tejido periférico y los centros, se produciría por los nervios vaso-motores (contractores y dilatadores). Tendríamos, pues, los tejidos como órganos terminales del dolor, los vaso-motores como vía de conducción. En los órganos que no sufren más que ligeros cambios, cuando están en actividad (los tendones, ligamentos, huesos, etc.), la sensibilidad consciente es casi nula. «El dolor no es, como creen muchos, el grado superior de la sensación que se produce en los órganos de los sentidos especiales, sino la sensación más intensa que se produce en los nervios vaso-motores, bajo el influjo de una violenta excitación.»

Esta hipótesis quizás sea justificada por el porvenir. Volveremos sobre ella al estudiar las emociones, y veremos que éstas por lo menos, van acompañadas en el organismo de modificaciones químicas profundas y bien comprobadas.

El dolor físico es un asunto muy amplio que, como se ve, no ha sido descuidado en los últimos tiempos, y sobre el cual queda mucho por decir; pero hay que limitarse, porque no es más que una porción bastante restringida de la psicología de los sentimientos.

(1) *Schmerz und Temperaturempfindung*, Berlín, Reimer, 1893.

CAPITULO II

EL DOLOR MORAL (EL DISGUSTO, LA TRISTEZA)

Identidad de todas las formas del dolor. — Evolución del dolor moral: 1.º resultado puro de la memoria; 2.º unido á representaciones: forma positiva, forma negativa; 3.º unido á conceptos. — Su estudio desde el exterior; sus signos físicos y su terapéutica; conclusiones que se deducen. — Caso tipo de la hipocondría.

Pasando del dolor físico al dolor moral, ¿entramos en otro mundo y cambiamos de objeto? De ningún modo. Las lenguas, con sus términos especiales: tristeza, disgusto (*tristesse, chagrin, sorrow, Kummer*), etc., crean una ilusión, de la cual parecen haber sido juguetes los psicólogos: la de que entre estas dos formas del dolor hay una diferencia de naturaleza. En todo caso no se explican claramente sobre este punto, y parecen compartir la opinión común (1). El objeto de este capítulo es establecer que, por el contrario, entre el dolor físico y el dolor moral hay una *identidad* radical, que no difieren uno de otro más que por el punto de partida; pues

(1) No veo que haya tratado este punto más que Hartmann, que lo ha hecho incidentalmente, pero con mucha claridad. «Que me duelan las muelas, un dedo ó el estómago; que pierda á mi mujer, á un amigo ó mi empleo; «si en todos estos casos se distingue lo que es dolor, y no es más que dolor, y no puede confundirse con la percepción, la idea, el pensamiento, se reconocerá que este elemento especial es idéntico en todos los casos.» — *Philosophie de l'inconscient*, t. I, segunda parte, cap. III.

el primero va unido á una sensación, y el segundo á una forma cualquiera de representación, imagen ó idea.

I

A primera vista parecerá paradójico y hasta irritante á muchos, sostener que el dolor que produce un callo en el pie ó un forúnculo, el que ha expresado Miguel Angel en sus *Sonetos*, por no poder alcanzar su ideal, ó el que siente una conciencia delicada á la vista de un crimen, son idénticos y de la misma naturaleza. Reuno de intento casos extremos. No hay, sin embargo, por qué indignarse, si se advierte que se trata del dolor sólo, no de los sucesos que lo provocan, que son, por su parte, fenómenos extra-afectivos. Por otra parte, la mejor manera de justificar nuestra tesis es seguir la evolución del dolor moral en su marcha ascendente, de lo inferior á lo superior. Bastará notar sus principales etapas.

Primer período. — El dolor moral va unido en un principio á una representación sumamente sencilla, es decir, á la copia inmediata de una percepción. Se le puede definir como la reproducción ideal del dolor físico. No supone más que una sola condición: la memoria. El niño que ha tenido que tragar una medicina desagradable, el que se ha hecho sacar una muela, cuando tienen que repetir la operación experimentan un dolor que no se puede llamar físico, puesto que va unido á una simple imágen; no es más que la copia debilitada de ésta y su eco. Se puede decir en el lenguaje de las matemáticas, que en este caso el dolor moral es al dolor físico como la imagen es á la percepción. Es una forma tan sencilla, que se encuentra hasta en muchos animales, no de los más elevados. Todavía no es el dolor moral (tristeza, disgusto) en el sentido completo y riguroso, pero debía ser notado porque responde á lo que los naturalistas llaman una forma de paso.

Segundo período. — Está unido á representaciones complejas y forma una clase muy extensa, cuyas manifestaciones son las únicas que se encuentran en el promedio de la humanidad. En este grado el dolor moral supone la reflexión, ó más explícitamente, primero la facultad de razonar (deducción ó inducción) en seguida la imaginación constructiva. Se pueden citar ejemplos en montón, tomados al acaso: la noticia de una muerte, de una enfermedad, de la ruina, de una ambición frustrada, etc. El punto de partida es un hecho muy sencillo y escueto, pero el dolor se une á todos los resultados *vistos* que se derivan de aquél. Así, por ejemplo, la ruina es todo un cortejo de privaciones, de miserias, de trabajos que hay que volver á empezar, de fatigas, de agotamientos. En esta traducción del detalle, variable según los individuos y los casos, es en lo que consiste el dolor moral. Claro es, y la observación lo prueba, que el hombre dotado de una imaginación ardiente y constructiva, sentirá un dolor intenso; mientras que otros, de imaginación fría y pobre, quedan indiferentes, no viendo en su desgracia más que lo presente, lo actual, es decir, poca cosa: la suma de los dolores evocados es igual á la suma de las representaciones evocadas. El niño aparece insensible á la noticia de una muerte ó de una ruina, y si se conmueve es por imitación; porque no tiene nada en su experiencia que le permita deducir lo que contienen esas palabras funestas ni representarse el porvenir.

El dolor moral se presenta en diversas formas:

Positiva: es un gasto de movimiento, la representación de un trabajo que agota, de un esfuerzo incesante que hay que recomenzar y que se siente ya en la conciencia por anticipado. Tal es el caso de un candidato reprobado en un examen, y que no puede renunciar á él.

Negativa: es una suspensión de movimiento, una disminución, la conciencia de un déficit, de una priva-

ción, de necesidades renacientes sin cesar y sin cesar frustradas. El ejemplo más perfecto es la muerte de una persona querida.

Mixta: como en el millonario arruinado ó el monarca destronado que vuelven á emprender la obra de reconstituir su pasado. Por una parte, representación de los largos trabajos de una nueva conquista; por otra, tendencias de todas clases satisfechas en otro tiempo y ahora refrenadas de una manera inexorable.

Un estudio completo de nuestro segundo grupo de dolores morales comprendería dos momentos: la forma egoísta, primera en fecha, y la forma simpática ó altruísta. Esta parece producirse desde muy temprano, puesto que Darwin la ha notado á la edad de seis meses y once días en uno de sus hijos que se mostró muy conmovido porque su nodriza hizo ademán de desolarse y gritar. Preyer hasta pretende, como hemos visto, que el disgusto aparece desde la edad de cuatro meses. Esta forma simpática del dolor se encuentra en ciertos animales, particularmente los que viven en sociedad. En ciertas parejas monógamas, la muerte de uno de los conyuntos produce con frecuencia el decaimiento del otro. No nos detendremos, por el momento, en la descripción de estas dos grandes formas de la vida afectiva que nos ocuparán tantas veces en el curso de nuestro estudio.

Tercer período.—El disgusto va unido á puros conceptos ó á representaciones ideales. Es el dolor intelectual, mucho más raro y que de ordinario no aflige, al menos por mucho tiempo, á la mayoría de los hombres.

Tal es el dolor del hombre religioso que no se juzga demasiado ferviente, del metafísico atormentado por la duda, del poeta y del artista que tienen conciencia de una creación abortada, del sabio que persigue, sin éxito, la solución de un problema.

Estas formas del dolor son principalmente negativas y de un modo secundario positivas. Consisten, ante

todo, en necesidades no satisfechas, privaciones, lagunas en la existencia; después, en esfuerzo, gasto de fuerza, fatiga, para no conseguir nada.

II

Después de haber mostrado que el fenómeno-dolor, en el curso de la evolución, va unido á representaciones cada vez más elevadas hasta llegar á concepciones superiores, examinemos el dolor moral objetivamente, *desde fuera*, para mostrar de nuevo su identidad con el dolor físico, ó más exactamente, para establecer que el dolor es fenómeno invariable en su naturaleza, sea cualquiera la forma en que se manifieste.

1.º La tristeza va acompañada de las mismas modificaciones en el organismo que el dolor físico. Es inútil repetir su descripción: perturbaciones en la circulación, constricción de los vaso-motores, síncope; descenso de la respiración ó cambios perpetuos de su ritmo; repercusión brusca ó prolongada sobre la nutrición, inapetencia, indigestión, suspensión ó disminución de las secreciones, vómito. Notemos que los casos de canicie rápida, recordados más arriba, se encuentran sobre todo en las violentas sacudidas morales (María Antonieta, Ludovico Sforza, etc.) Los músculos voluntarios de la voz, de la cara, del cuerpo entero, sufren los mismos influjos, tienen el mismo modo de expresión; para el dolor moral, como para el físico, hay formas mudas y formas agitadas.

2.º Si se admite el antiguo adagio: *Naturam morborum medicationes ostendunt*, como quiera que vemos todos los días aplicar la misma terapéutica general para ambas formas del dolor, este es otro testimonio más en favor de su identidad; sin duda, cada una tiene medios curativos que le son propios: para el dolor moral, los consuelos, las distracciones, los viajes; pero ¿no

se emplea para curar una y otra el opio, los sedantes, los tónicos?

3.º Hemos asimilado más arriba los casos más groseros de dolor físico á los más refinados de dolor moral; pero hay formas compuestas en las que las sensaciones y las representaciones parecen estar en equilibrio, de suerte que esos estados dolorosos deben inscribirse bajo uno y otro título. Tales son ciertos melancólicos de que tendremos que hablar más tarde; pero podemos tomar como tipo el hipondriaco: encontramos en éste el punto de unión de ambos dolores. La descripción de las perturbaciones físicas de la hipocondría se ha hecho con mucha frecuencia. Hay dolores localizados; pero además, ¡cuántos dolores simplemente representados, aumentados como con una lente, atribuidos al corazón, al hígado, al bazo, á los riñones, al estómago, á los intestinos, á las articulaciones que crugen! ¡Qué de conjeturas sobre el color de la cara, de la lengua, de las orinas, y sobre todo qué perpetua ansiedad! Uno de ellos decía: «Esto va muy bien hoy; lo cual me inquieta, porque no es natural.» ¡Es esto dolor físico, es dolor moral? Predomina ya uno, ya otro, según los individuos y los momentos. Clouston ha notado que, entre los melancólicos, muchas veces la tristeza disminuye cuando el dolor físico aumenta. Están tan íntimamente entrelazados, que no se puede establecer entre ellos un punto de partida. Este estado morboso, que no es raro, merecería ser recordado, porque es también una forma de paso. Se podría, sin temor, generalizar y decir: no hay ningún dolor físico (es decir, localizado), por ligero que sea, que no vaya acompañado de algún malestar fugitivo, ningún malestar que no vaya acompañado de algunas ligeras perturbaciones físicas.

Todo lo que precede no quiere decir que el disgusto sea un dolor físico muy refinado, que ha nacido de él, que de él sale, como, según la fórmula muy conocida: *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*, se

supone que las formas superiores del conocimiento salen de la pura sensación. El dolor físico no es un género del cual sea una especie el dolor moral. La tesis que yo sostengo es que el dolor es siempre idéntico á sí mismo, que tiene sus condiciones de existencia propias, que las innumerables modalidades que nos presenta en el orden físico (1) y en el orden mental dependen del elemento sensitivo ó intelectual que lo suscita y que están dentro de él.

Quedaría por averiguar por qué ciertas representaciones tienen el molesto privilegio de excitar el dolor. Esta es una cuestión que nosotros sólo podemos tocar de pasada, porque pertenece á otra parte de nuestro asunto. Por el momento, respondo sencillamente: porque son un principio de desorganización mental, como el dolor físico es un principio de desorganización física. El sér que siente, hombre ó animal, es un haz de necesidades, de apetitos, de tendencias físicas ó psíquicas: todo lo que los suprime ó los estorba se traduce en dolor. El padecimiento físico responde á la reacción ciega é inconsciente del organismo contra toda acción perjudicial. La tristeza responde á la reacción consciente con-

(1) Hahnemann distinguía setenta y tres especies de dolores físicos, Georget treinta y ocho, Renaudin doce, etc. Doy estos números á título de curiosidad. Más recientemente, Goldscheider (*Ueber den Schmerz*) estableció tres grados en los dolores físicos: 1.º Dolores verdaderos, reales (*echte*); dependen de los nervios de la sensibilidad general, y son producidos por excitaciones mecánicas, térmicas, químicas, por la inflamación, los venenos. — 2.º Dolores indirectos, pseudo-dolores, que consisten, sobre todo, en un estado de malestar (*Schmerzweh*); pueden en las enfermedades de la cabeza, del estómago, etc., ser tan opresivos y crueles como los dolores «reales». — 3.º Dolores psíquicos ó ideales (*ideel*), que son una hiperestesia de la actividad sensitiva; se encuentran en los neuróticos (neurastenia, histerismo, hipocondría), en las alucinaciones, el estado hipnotico, etc. Esta clasificación es quizá aceptable en fisiología. Para la psicología, todo dolor, á título de estado de conciencia, cualquiera que sea, y provenga de donde quiera, es «verdadero», «real».

tra toda disminución de la vida psíquica. El hombre aprisionado en el prosaísmo más estrecho y más limitado, no sentirá, seguramente, ningún dolor estético, porque no teniendo ninguna necesidad de este género, no puede ser por este motivo ni aminorado ni perturbado.

En resumen, el dolor, en todas sus formas, revela una identidad de naturaleza. La distinción entre el dolor físico y el moral, tiene un valor práctico, no científico.

CAPÍTULO III

EL PLACER

Asunto poco estudiado. —¿Es una sensación ó una cualidad?—Sus concomitantes físicos: circulación, respiración, movimientos.—El placer es separable como el dolor: anedonia física y moral.—Identidad de las diversas formas del placer.—De la pretendida transformación del placer en dolor.—Fondo común de los dos estados.—Hipótesis de una diferencia de naturaleza; de una diferencia de grado.—Simultaneidad de dos procesos contrarios: lo que va á la conciencia es el resultado de una diferencia.—Hechos fisiológicos que lo apoyan.

Cuando se trata del dolor, se está embarazado por la abundancia de datos y la dificultad de ser breve; pero en cuanto al placer, ocurre todo lo contrario. Sucede esto porque los médicos desde hace siglos, han recogido observaciones sobre el dolor, mientras que no existe ninguna profesión que tenga por fin observar el placer. ¿Es porque la humanidad está hecha de manera que sufriendo más con el dolor de lo que goza con el placer, estudia todo lo que significa pena para librarse de ella y acepta todo lo que es agradable sin reflexionar sobre ello? No se puede acusar, por consiguiente, á los psicólogos de haber descuidado este estudio, aunque la bibliografía del placer sea ínfima comparada con la del dolor. En general han considerado ellos estas dos materias como partes contrarias la una de la otra; el placer y el dolor se oponen como dos con-

trarios, de tal suerte, que al conocer al uno se conoce al otro. Pero ésta no es aquí más que una hipótesis verdadera tal vez, ó tal vez falsa, que no descansa en gran parte más que sobre el testimonio de la conciencia, siempre discutible y sospechoso. «Pudiera ser muy bien, dice Beaunis, que el placer y el dolor, que nos parecen dos fenómenos opuestos y contrarios el uno del otro, no sean en último término más que dos fenómenos de la misma naturaleza que sólo difieran por diferencia de grado. Pudiera suceder que sean dos fenómenos de orden diferente, pero no pudiéndose comparar el uno con el otro, de modo que no se pueda decir que el uno es el contrario del otro. Pudiera ocurrir que dependan sencillamente de una diferencia de excitabilidad de los centros nerviosos. Y pudiera ser, en fin, que estuvieran ya en una categoría, ya en la otra (1).»

I

Las fórmulas universalmente adoptadas para caracterizar el placer, indican esta posición vaga del problema: «Los estados agradables son la correlación de las acciones que contribuyen al bien ó á la conservación del individuo». «Generalmente hablando, el placer acompaña á las actividades medias, cuando estas actividades son por su naturaleza capaces de exceso ó de defecto.» (Herbert Spencer).—«La experiencia atestigua que en todos los dominios sensoriales, las sensaciones de energía moderada van especialmente acompañadas de un sentimiento de placer. Por esto tal sentimiento se une á las sensaciones de las cosquillas, debidas á excitaciones cutáneas de debil energía.» (Wundt).—Según este autor, la escala del placer es menos rica y menos extensa que la del dolor, y encuentra la prueba de ello

(1) Beaunis, *Sensations internes*, cap. XXIII.

en el lenguaje, que es el que traduce la experiencia universal. «El lenguaje, dice, ha creado numerosas expresiones para los sentimientos, las emociones y las inclinaciones penosas, mientras que las disposiciones alegres del alma tienen muy pocas denominaciones. Este fenómeno se debe menos á que el hombre observa especial y cuidadosamente sus estados penosos ó desagradables, que á que los sentimientos de placer poseen en realidad una mayor uniformidad. Esto es principalmente evidente para los sentimientos sensoriales (ligados á las sensaciones). El dolor tiene no solamente numerosos grados de energia, sino toda clase de matices, según el sitio en que se produzca.» Mantegazza, estableciendo la sinonimia del placer, parece sostener la tesis contraria (1). Por mi parte, me pongo del lado de la opinión de Wundt.

Las condiciones anatómicas y fisiológicas de la génesis y de la trasmisión del placer son un campo desconocido. En los casos del placer físico, ¿qué pasa en las terminaciones periféricas, en los nervios y en el eje cerebro-espinal? Estas cuestiones no se las plantean la mayor parte de los autores. La fisiología del dolor, á pesar de sus incertidumbres, es rica é instructiva, en comparación con la del placer.

En estos últimos tiempos se ha sostenido que el placer, así como el dolor, debe ser considerado como una *sensación*, no como lo concomitante de los diversos estados psíquicos: que son uno y otro sentidos fundamentales que tienen sus energías nerviosas propias y distintas de las otras sensaciones; en otros términos, las expresiones «sensaciones de placer y de dolor» deberían tomarse en el sentido estricto que significa la pa-

(1) *Fisiologia del piacere*, 2.^a parte, cap. II. Enumera las expresiones siguientes: *gusto, diletto, compiacenza, soddisfazione, conforto, contentezza, allegria, buon umore, gioia, giubilo, tripudio, delizia, voluttà, felicità, solletico, rapimento, trasporto, ebbrezza, delirio*. Tal vez sobre este punto la lengua italiana es más rica que la alemana.

labra sensación. Hemos hablado ya de ello á propósito del dolor. Sin embargo, no me parece inútil insistir, pues esta aserción, además de su carácter hipotético, no me parece afortunada. En efecto, si hay un estado psicológico que sea claramente delimitado y diferenciado de todos los demás, es la sensación.

La sensación es determinada y circunscrita por un órgano especial que no sirve más que para este fin, como la vista, el oído, etc., á lo menos por nervios específicos y terminaciones periféricas especiales, como el tacto y la temperatura. Las sensaciones internas, á pesar de su aparato propio, tienen un carácter más vago; por eso algunos psicólogos las llaman indiferentemente sensaciones y sentimientos. Las sensaciones quineséticas ó de movimiento, comprendidas mucho tiempo bajo el nombre de sentido muscular — término impropio que tiende á desaparecer—aunque difundidas en el organismo, tienen sin embargo nervios que les son propios; los del tejido muscular, de las articulaciones (del periostio, de los ligamentos, de las sinoviales, de los tendones). Pero para el placer y el dolor no se encuentran ni órganos ni nervios especiales. Hemos visto cual es la opinión admitida en la cuestión de los nervios doloríferos; en cuanto á los nervios del placer, yo no conozco ningún autor que haya aventurado la hipótesis por débilmente que sea. Es verdad que uno de los que admiten los nervios del dolor (Frey) ha salido cómodamente de la dificultad diciendo que el placer «no siendo más que la ausencia del dolor,» no supone nervios especiales. ¿No es, pues, falsear completamente la acepción de los términos clasificar, entre las sensaciones, fenómenos psíquicos que no tienen ninguna de las condiciones anatómicas y fisiológicas requeridas? (1).

(1) Esta tesis ha sido sostenida principalmente en América por Nichols, *Philosophical Review*, Julio 1892, y en Francia por Bourdon, *Revue Philophique*, Septiembre 1893. El primero la aplica al placer y al dolor «que son sensaciones fundamentales tan distintas

Se conocen mejor las manifestaciones que se producen en el organismo, cuando nos hallamos en estados de placer. Tomemos como tipo los placeres estables, separando aquellos que, por su exuberancia, confinan, lo veremos más tarde, con las formas patológicas. Que el punto de partida sea una excitación física, una representación ó un concepto, se produce como para el dolor dos acontecimientos diversos: de una parte, un estado de conciencia interior, que nosotros calificamos de agradable; de otra, un estado somático, exterior, cuyos principales caracteres son:

Tomados en su conjunto, se oponen, casi rasgo por rasgo, al cuadro que se ha hecho de las manifestaciones físicas del dolor, y expresan un aumento de funciones vitales. Este contraste no deja de tener importancia en favor de la tesis común, que opone el placer y el dolor como dos contrarios.

1.º La circulación aumenta sobre todo en el cerebro, lo cual se traduce por diversos fenómenos, especialmente por el brillo de los ojos. Los experimentos de Lehmann, citados anteriormente (cap. I), muestran que el placer físico, como el placer estético, van acompañados de la dilatación de los vasos y aumento de contracciones del corazón (1).

la una de la otra, como lo son de otras sensaciones». Su artículo contiene consideraciones ingeniosas sobre el papel de la asociación de las ideas. - El segundo la aplica solamente al placer, y considera al dolor como irreductible. Para él «el placer es una sensación especial y no una sensación común ni una propiedad de todas las sensaciones; es de la misma naturaleza que la sensación especial de las cosquillas». Comparando el placer del cosquilleo (según Descartes y otros, como él lo hace notar), Bourdon escapa en parte á la crítica expuesta más arriba. Es necesario por tanto notar, que el cosquilleo es por sí mismo una sensación en la que las condiciones orgánicas están muy vagamente determinadas. Además de la impresión cutánea, hay ciertamente acciones reflejas difusas que las relacionan tanto á la sensibilidad interna como al tacto.

(1) Después de la primera edición de esta obra, M. el Dr. G. Dumas se ha entregado á investigaciones experimentales sobre el

2.º La misma nota para la respiración, que deviene más activa; en su consecuencia, la temperatura del cuerpo se eleva, los cambios nutritivos, más rápidos, producen una rica alimentación de los órganos y de los tejidos. «En la alegría, todas las partes del cuerpo se aprovechan y se conservan más largo tiempo; el hombre contento y dispuesto está bien nutrido y permanece joven. Es una verdad común que las personas sanas están contentas» (Lange). Aumenta también las secreciones (láctea, espermática, etc.)

3.º La inervación de los músculos voluntarios se expresa por una exuberancia de movimientos, por los gritos de alegría, la risa y el canto. Ciertos casos de alegría extremada y brusca han producido todos los efectos de la embriaguez alcohólica. El químico Davy bailó en su laboratorio cuando él descubrió el potasio. Münsterberg, en el Congreso Internacional de psicología de Londres, 1892, ha comunicado los experimentos siguientes, bajo el título de *Fondement psychologique des sentiments*. Se traza con la mano derecha una línea de 10 centímetros de longitud. Cuando se está bien ejercitado en este movimiento, se intenta repetirlo con los ojos cerrados, dirigiendo la mano de derecha á izquierda, por un movimiento de flexión centripeta, después de izquierda á derecha, por un movimiento de extensión centrífuga. En ambos casos se cometen errores, ya en un sentido, ya en el otro. Repitamos los mismos experimentos bajo el influjo de ciertos estados afectivos (tristeza, alegría, cólera, etc.), y notemos los errores y sus direcciones. Münsterberg descubre aquí una ley muy precisa. En la pena, los movimientos de extensión (centrífugos) son muy cortos: error medio, — 10 milímetros, y los movimientos de flexión (centrí-

estado de la circulación durante los estados de alegría y de tristeza. Se encontrará el resumen al final de este capítulo. Han sido publicadas en la *Revue Philosophique*, de Junio á Agosto de 1896.

petos) son muy grandes: error medio, + 12 milímetros. En la alegría, por el contrario, los movimientos centrífugos son muy grandes: error medio, + 10 milímetros, y los movimientos centrípetos son muy cortos: error medio — 20 milímetros. De donde saca la conclusión de que, en el placer, los movimientos tienen una tendencia al aumento, y en el dolor, á la disminución.

Las manifestaciones de la alegría pueden resumirse en una sola palabra: dinamogenia.

Es supérfluo decir que consideramos el placer, con la misma razón que el dolor, como un fenómeno sobrepuesto, como un síntoma, un signo, una marca, que denota que ciertas tendencias están satisfechas, y que no puede ser considerado como un elemento fundamental de la vida afectiva. Como el dolor, el placer es *separable* del complejo de que forma parte, y en ciertas circunstancias anormales puede desaparecer totalmente. La *anedonia* (si se me permite este neologismo por oposición á la analgesia) ha sido muy poco estudiada; pero existe. No tengo necesidad de decir que el empleo de los anestésicos suprime á la vez el dolor y su contrario; pero hay casos en los que existe sola la insensibilidad del placer. «La sensación de la voluptuosidad sexual es, en casos muy raros, lesionada aisladamente. Brown-Séquard ha visto dos casos de anestesia especial de la voluptuosidad, persistiendo todas las otras especies de sensibilidad, de la mucosa uretral y de la piel. Althaus cuenta otro caso. Se encontrarían tal vez un mayor número sin la vergüenza, mal entendida, que impide hablar á los enfermos. Fonsagrives cita un ejemplo muy notable observado en una mujer (1).» Esta insensibilidad no existe solamente para el placer físico, sino también para el placer moral (alegría, contento). Sin hablar de casos de profunda melancolía, de los que nos ocuparemos des-

(1) Richet, *Recherches*, etc., p. 212.

pués, en los que ni el menor destello de alegría penetra en el individuo, hay casos de anedonia que parecen más sencillos y más puros. «Una joven fué atacada de una enfermedad al hígado, que alteró su constitución durante algún tiempo. Su carácter sufrió profundas modificaciones. No sentía ninguna afección por su padre ni por su madre. Hubiera querido jugar con su muñeca; pero le era imposible encontrar en ello el menor placer. Las cosas que antes le hacían reír á carcajadas no tenían para ella el menor interés (1).» Esquirol ha observado el caso de un magistrado, hombre muy inteligente, atacado de una enfermedad del hígado. «Parecía muerta en él toda clase de afecto. No mostraba, ni perversión, ni violencia, sino una ausencia completa de reacción emotiva. Si iba al teatro (cosa que hacía por hábito), no podía encontrar ningún placer. Pensar en su casa, en su interior, en su mujer y sus hijos ausentes, le afectaba tan poco, decía él mismo, como un teorema de Euclides.» Tenemos aquí una muestra de una existencia puramente intelectual, por así decirlo (el Sabio de los estóicos).

Estos hechos, y en otros capítulos, bajo títulos diferentes encontraremos otros análogos, muestran que el placer no depende simplemente de la *cantidad* de la excitación. La misma nota que para el dolor. Atribuir todos los placeres á las excitaciones de energía media, es equivalente á la fórmula: el dolor es debido á una excitación intensa y prolongada. En los dos casos se invoca solo la intensidad; pero hay placeres irreducibles á la energía media y que dependen de la *cualidad* de la excitación ó de la naturaleza del sujeto que siente. ¿Se dirá que los placeres sexuales son los concomitantes de una actividad media? El placer producido por bellos acordes, para un oído musical, es un asunto de cualidad, no de intensidad. Hay, pues, que renunciar

(1) Lewes, *Physical basis of mind*, p. 327.

á reducir las condiciones objetivas del placer á una sola fórmula.

Aunque la opinión común establezca una separación entre los placeres sensoriales y los espirituales, esta distinción es puramente práctica. El placer, como estado afectivo, queda siempre como idéntico á sí mismo; sus numerosas variedades no son determinadas más que por el estado intelectual que lo suscitan: sensación, imágen, concepto. Sería fastidioso para el lector comenzar de nuevo la exposición hecha al detalle para el dolor, para aplicarla al placer; basta indicar sus principales rasgos.

Todas las formas del placer van acompañadas de modificaciones orgánicas enumeradas precedentemente. En su origen, no puede ser más que físico, es decir, ligado á una sensación (placer de un contacto dulce y caliente, apaciguamiento del hambre y la sed en el niño y en los animales). Después el placer llega á ser una anticipación, como para el perro cuando se le lleva su comida; para emplear los términos de Herbert Spencer, éste es un estado presentativo-representativo. Después en esta evolución ascendente, aparece el placer unido á puras representaciones. Este es, como para el dolor, el gran grupo, el de las diversas y múltiples alegrías que consuelan á la humanidad de sus miserias: las alegrías se escinden también en placeres egoístas y en placeres simpáticos. Quedan las manifestaciones más raras y más altas, ligadas á puros conceptos: los placeres de la creación estética, los del metafísico, del sabio.—Se podría todavía mostrar cómo del placer considerado como estrictamente físico (el hombre sediento que toma á grandes tragos una bebida fresca), al placer intelectual más sutil, más etéreo, puede establecerse de hecho la transición, poco á poco, por grados; que los dos elementos, sensorial y representativo, coexisten siempre y que nosotros calificamos cada placer únicamente según la preponderancia del uno ó del otro. En fin, si hemos en-

contrado en la hipocondría una forma compuesta que puede ser clasificada á título de igual en el dolor físico y en el dolor moral; en el dominio del placer no es difícil encontrar formas análogas. El placer estético provocado por las formas, los colores, y sobre todo, por los sonidos, nos suministra un ejemplo. Es incontestable que estas tres especies de sensaciones únicamente, en ellas y por ellas mismas, producen un placer sensorial. Ciertos colores, ciertos timbres, ciertos acordes son agradables de golpe. Después las representaciones evocadas suscitan, ellas también, una cantidad de placer independiente de las sensaciones originales. Fechner, en su *Vorschule der Aesthetik*, distingue en su análisis de los elementos de lo bello, el factor directo, es decir, la sensación y el factor indirecto (ó asociativo), es decir, las ideas evocadas y asociadas. Estos dos factores coexisten, el análisis psicológico los separa solamente; y esto que Fechner establece en los elementos intelectuales tiene su equivalente para los estados afectivos (1).

II

La fórmula generalmente adoptada que une el placer á las actividades medias, se apoya sobre un hecho de observación corriente: esto es, que el placer llevado al exceso ó muy prolongado, se transforma muy á menudo en su contrario. Los placeres del paladar pueden conducir á la náusea, el cosquilleo deviene rápidamente una tortura, y lo mismo el calor y el frío, y no hay melodía favorita que se pueda tolerar durante dos horas consecutivas. En una palabra, una sensación ó representación agradable al principio, puede lenta ó bruscamente ir acompañada de su contraria. El elemento sensorial ó intelectual quedando el mismo, á lo menos

(1) Para más detalles sobre este punto, véase el cap. VII.

en apariencia, puede cambiar, sin embargo, el estado afectivo.

Un estado tan trivial bien conocido desde la antigüedad y de donde los filósofos habían deducido diversas consecuencias, no merecería detenernos, si aun con su pequeña apariencia no nos permitiera penetrar en lo íntimo de nuestro asunto.

Notemos que la misma transformación puede operarse en sentido contrario; un estado primitivamente penoso puede devenir agradable. Esta transformación se encuentra en la raíz de casi todos los placeres que se llaman *adquiridos*; un sabor, un olor repugnantes al principio, pueden llegar á ser deleitables. Lo mismo ocurre con ciertos ejercicios físicos ligados al tacto y al sentido muscular. El uso de los alcoholes, del tabaco, de todas las clases de narcóticos, nos suministran ejemplos con profusión. Complácennos ciertas formas de literatura que al principio nos han sublevado; otro tanto se puede decir de la pintura, y la historia de la música es un gran testimonio en favor de esta transformación de los gustos.

Conviene ante todo notar que esta expresión consagrada «transformación» del placer en dolor y *viceversa*, es inexacta. Ni el dolor se cambia en placer, ni el placer en dolor, más de lo que el blanco se cambia en negro. Esto quiere decir que las condiciones de la existencia del uno desaparecen para dar lugar á las condiciones de la existencia del otro. Hay sucesión, no transformación; un síntoma no se cambia en su contrario.

Esta sucesión, brusca ó lenta, conduce á preguntar si entre los dos fenómenos antagónicos no habría un fondo común, una cierta identidad de naturaleza. A la cuestión así planteada, se puede responder por dos hipótesis.

1.º Admitir que la diferencia es fundamental, irreductible, que el dolor es tan claramente distinto del

placer como la sensación visual lo es de la auditiva; aquí hay antinomia, antagonismo irreconciliable. La afirmación más clara de esta tesis se encuentra entre aquellos que hacen del placer y del dolor «sensaciones» comparables á las otras sensaciones, teniendo su carácter específico.

2.º Admitir que la diferencia es de grado, no de naturaleza; que las dos manifestaciones contrarias no son más que dos *momentos* de un mismo proceso; que no difieren entre sí más que como el sonido difiere del ruido, ó un sonido muy agudo de uno muy grave, que resultan el uno y el otro de una misma caja, el número de vibraciones en la unidad de tiempo. Sostengo esta segunda hipótesis.

Tomemos como ejemplo un caso sencillo en el que el proceso se manifiesta en su totalidad. Una persona en estado llamado de indiferencia neutra, media, es decir, que no se le puede calificar ni como agradable ni como penoso; se deja vivir sencillamente. Es sensible al perfume de las flores; se las pone en su habitación: placer. Después, al cabo de una hora, todo cambia; se incomoda y las hace apartar. Hay aquí tres momentos sucesivos: indiferencia, placer, pena.

Pero estos tres momentos en la conciencia tienen sus correlativos en las modificaciones del organismo: circulación, respiración, movimiento, fases diversas de la nutrición. El primero responde á la fórmula vital media del individuo; el segundo á un acrecentamiento de funciones vitales, y, siguiendo la fórmula consagrada (que examinaremos más tarde), á un aumento de energía; el tercero á un abatimiento de las funciones vitales, á una disminución de energía. Tales son los datos de la observación y de la experiencia. Las investigaciones de Féré sobre las sensaciones olfativas (sin hablar de otras), han mostrado que el agrado ó desagrado que las acompaña, se traduce por un aumento ó una disminución de presión en el dinamómetro. En

un sujeto en el que la fuerza dinamométrica es normalmente 50 — 55, un olor desagradable la rebaja á 45; un olor agradable la sube á 65. En otro (un histérico), el perfume del almizcle, primero muy agradable, da en el dinamómetro 46 en lugar de 23; al cabo de tres minutos, llega á ser desagradable, y las presiones dan 19 (1). Hay, pues, en el organismo fluctuaciones respectivas de que lo agradable y lo desagradable son indicios en la conciencia: los dos contrarios están ligados á una misma causa, las funciones vitales que son su fondo común, y yo me inclinaría á proponer la hipótesis siguiente:

En la mayor parte de los casos, si no en todos, pasan *simultáneamente* dos procesos contrarios, el uno en el sentido del aumento, el otro en el de la disminución: *lo que aparece en la conciencia no es más que el resultado de una diferencia.*

¿Diferencia entre qué? Entre lo que se recibe y lo que se gasta. Tomemos á lo menos á título esquemático, un momento en que las acciones destructivas y constructivas estén en equilibrio, lo cual responde al estado neutro ó de indiferencia de los psicólogos y representémosle por la fórmula numérica $50 = 50$. Sobreviene un segundo momento en el que las acciones destructivas predominan: supongámoslas iguales á 60, mientras que las acciones constructivas llegan á 40. Comparando este segundo momento al primero encontramos una diferencia en el sentido negativo = -20 , cuyo equivalente psíquico es un estado de conciencia penoso. Después un tercer momento en el que las acciones constructivas suben á 60, y las destructivas bajan á 40: diferencia en el sentido positivo = $+20$, cuyo equivalente psíquico es un estado de conciencia agradable. Ruego al lector que no tome esto más que á título de aclaración.

(1) Féré, *Sensation et mouvement*, p. 62 y 63.

Así entendida la «transformación» de placer en dolor, de dolor en placer, no es más que la traducción en el orden de la psicología del ritmo fundamental de la vida. Este se reduce al hecho último de la nutrición constituida por dos procesos recíprocamente dependientes, y en el cual el uno implica al otro: asimilación, desasimilación; integración, desintegración. Salvo los casos extremos, tales como la inanición y consunción de una parte y la plétora del otro, donde uno de los procesos reina casi sin contrapeso, de ordinario oscilan alrededor de un término medio, como el placer y el dolor alrededor de un estado reputado neutro. En fisiología, sucede que un fenómeno muy claro y fácil de comprobar recubre y oculta un fenómeno contrario; de suerte que la parte principal del acontecimiento es tomada indebidamente por el todo. Así se sabe que el músculo se calienta por el ejercicio, lo cual parece estar en contradicción con la ley de la transformación de la energía, por la cual el trabajo mecánico debía consumir una parte de este modo de movimiento que nosotros llamamos calor. Beclard y muchos otros después de él, han mostrado que hay una bajada real al principio del trabajo positivo, y que, en el músculo en acción, se producen dos fenómenos contrarios: uno, físico, absorbente de calor y que determina un enfriamiento del músculo activo; otro, químico, productor de un calentamiento del músculo. Este disfraza al otro. Igualmente los experimentos bien conocidos de Schiff, han mostrado que el cerebro se calienta cuando recibe impresiones y las elabora; debería enfriarse, puesto que trabaja; pero los experimentos de Tanzi parecen establecer oscilaciones alternantes de enfriamiento y de calentamiento, durante el trabajo cerebral. Sólo recordamos estos hechos, que no tienen una relación directa con nuestro asunto, para mostrar que la coexistencia de dos procesos contrarios, en los que el más aparente oculta al otro, no es una quimera. Hay á menudo

dos fenómenos simultáneos en los que el uno se ve y el otro no.

En nuestra hipótesis, pues, las condiciones de la existencia del placer y del dolor están implícitas la una en la otra y siempre coexisten: lo que la conciencia expresa es una demasía y lo que se llama su transformación, no es más que una diferencia en favor el uno del otro (1).

Añado algunas notas finales sobre la transformación del dolor en placer. Más raro que su contrario, presenta particularidades que se deben notar:

Los placeres muy vivos agotan rápidamente, condición muy propicia para la rápida aparición del dolor; yo no veo que los dolores muy vivos se cambien en placer, salvo tal vez en algunos casos que serán examinados en el capítulo próximo.

La «transformación» no se hace bruscamente, sino siempre por una acción lenta.

A título de explicación, se ha invocado al hábito; pero este es un término tan general, que pide ser precisado para cada caso particular. Se ha dicho también que la sensación penosa, yendo acompañada de una desorganización, de un debilitamiento vital, provoca por esto mismo una reparación orgánica, un acrecentamiento vital, que es la condición del placer; pero esto no establece que este período de reintegración coexista con la impresión primera y le confiera una marca afectiva contraria. El fumador novicio se ve al principio molestado (náuseas, mal de cabeza, etc.); sigue un período

(1) Tal parece también la tesis de Rutgers Marshall (*op. cit.*) En primer término, considera siempre «los placeres-penas» como estados conexos; el placer puro es experimentado todas las veces que la actividad física, coincidiendo con el estado psíquico al que el placer va unido, implica el empleo de una fuerza de reserva almacenada, la resolución de una reserva potencial en energía actual: en otros términos, todas las veces que la energía implicada en la reacción á un estímulo es superior en cantidad á la energía que el estímulo suscita habitualmente.

de reparación, pero ésta no está ligada directamente con el acto de fumar.

Me parece preferible admitir, con Beaunis, que los estados agradables de que hablamos no son simples, sino complejos, constituídos por un cierto número de elementos. «Puede suceder que, entre los elementos que componen la sensación, sean unos agradables y otros penosos; por el hábito y el ejercicio, lo que había de penoso desaparece poco á poco para la conciencia, y no subsisten más que los elementos agradables de la sensación. En este caso no habría realmente transformación de dolor en placer, sino extinción, desaparición de los elementos desagradables de la sensación y predominio de elementos agradables (1).»

La causa de este cambio me parece atribuible á esa función biológica, muy mal conocida en su fondo íntimo, que se llama la adaptación, y que parece reducirse á modificaciones nutritivas. La experiencia muestra que su eficacia es aleatoria; triunfa en los unos, y fracasa en los otros.

(1) Beaunis, *Sensations internes*, pp. 246-247. — Las investigaciones de G. Dumas, en un gran número de enajenados (mencionados en la p. 52), le han conducido á distinguir dos tipos diferentes de alegría y tres de tristeza, según los síntomas de la circulación y de la respiración. La alegría puede ir acompañada, sea de hipertensión, sea de hipotensión. La tristeza puede manifestarse, sea con hipotensión, depresión del corazón y de la circulación; sea con hipertensión, aceleración del corazón y de la respiración. Para los detalles de los experimentos, véanse los artículos antes citados.

CAPÍTULO IV

PLACERES Y DOLORES MORBOSOS

Utilidad del método patológico. — Investigación de un criterio de estado morboso: reacción anormal por exceso ó defecto, desproporción aparente entre la causa y el efecto, cronicidad. — I. Placeres morbosos; no son propios de las civilizaciones refinadas. — Diversos intentos de explicación. — Este estado no puede explicarse por la psicología normal: es la forma embrionaria de la tendencia al suicidio. — Clasificación. — Placeres semi-patológicos, destructores del individuo, destructores en el orden social. — II. Dolores anormales. — Tipo melancólico. — ¿De dónde proviene el estado penoso bajo la forma permanente? ¿De una disposición orgánica? ¿De una idea fija? Ejemplos de los dos casos.

El título de este capítulo puede parecer paradójico, siendo de ordinario el placer la expresión de la salud y aun de la exuberancia de la vida, y teniendo el dolor por definición un estado enfermo. Es preciso reconocer que para esto sería preferible la expresión *anormal*. Sin embargo, los hechos que vamos á estudiar no son raros, y merecen ser examinados aparte, porque las desviaciones y anomalías del placer y del dolor sirven para comprender mejor su naturaleza.

Al tomar por primera vez nuestra cuestión por el lado patológico — procedimiento que será aplicado más tarde á cada una de las emociones simples ó complejas — son indispensables algunas notas preliminares.

La aplicación del método patológico á la psicología no tiene necesidad de ser legitimada; tiene ya hechas sus pruebas. Los resultados adquiridos son muy nume-

rosos y muy conocidos para que yo tenga necesidad de enumerarlos. Este método, en efecto, tiene dos ventajas principales: primero, es un instrumento de aumento: amplifica el fenómeno normal; la alucinación hace comprender mejor el papel de la imagen, y la sugestión hipnótica aclara la sugestión que se encuentra en la vida ordinaria; segundo, es un instrumento preciso de análisis. La patología, se ha dicho exactamente, no es más que la fisiología desordenada, y nada hace comprender mejor un mecanismo que la supresión ó desviación de sus ruedas; las afasias producen una descomposición de la memoria y de las diversas especies de signos, que el análisis psicológico más sutil no podría intentar, ni aun suponer.

La principal dificultad de este método consiste en determinar el momento preciso en que ha de ser aplicado. La distinción de sano y de morbozo es á menudo muy difícil. Sin duda que hay casos en los que la duda no es posible, pero hay zonas medias que flotan indecisas entre la enfermedad y la salud. Claudio Bernard se ha atrevido á escribir: «lo que se llama el estado normal es una pura concepción del espíritu, una forma típica ideal enteramente separada de las mil divergencias entre las cuales flota incesantemente el organismo en medio de sus funciones alternantes é intermitentes.» Si esto pasa así en la salud del cuerpo, con mayor razón pasa en la salud del espíritu. El dilema: «este hombre es loco ó no lo es, dice Griesinger, no tiene sentido en muchos casos». El organismo psíquico, más complejo y más inestable que el organismo físico, deja más difícilmente aun fijar una norma. En fin, esta dificultad alcanza su *máximum* en nuestro asunto, porque la vida afectiva, la más movil entre todas las formas de la vida psíquica, oscila sin cesar alrededor de un punto de equilibrio siempre dispuesto á descender muy bajo ó á subir muy alto.

Como es menester, no obstante, resolverse á adop-

tar algunos caracteres que sirvan de notas patológicas, de *criterio* para distinguir lo sano de lo enfermo, en el orden afectivo, aceptaremos los que Féré ha propuesto. Para él una emoción puede ser considerada como morbosa:

1.º Cuando sus concomitantes fisiológicos se presentan con una intensidad extraordinaria (nos parece conveniente añadir: ó una depresión extraordinaria).

2.º Cuando se produce sin causa determinante suficiente.

3.º Cuando sus efectos se prolongan fuera de lo regular (1).

Estas tres notas que yo llamaré; reacción anormal por exceso ó *déficit*, desproporción (aparente) entre la causa y el efecto, cronicidad, nos servirán muchas veces en el estudio de las emociones. Por el momento no se trata más que del placer y del dolor.

I

Comencemos por el placer. Examinaré primero un caso típico estudiado por muchos psicólogos, del cual no nos han dado, á mi parecer, ninguna explicación satisfactoria: tal es el estado particular que se ha llamado *luxure of pity* (Spencer), placer en el dolor (Bouillier) y que sería más exacto llamar *placer del dolor*. Consiste en complacerse en su propio sufrimiento y en saborearlo como un placer.

Esta disposición de alma no es, como pudiera creerse, exclusivamente propia de las personas estenuadas y de las épocas de civilización refinada; al contrario, parece inherente á la humanidad, apenas salida de la barbarie. Bouillier (2) ha hecho notar en los autores de la antigüedad los pasajes en que hacen mención de ella; no

(1) Féré, *Pathologie des émotions*, p. 223.

(2) Bouillier; *Du plaisir et de la douleur*, cap. VII.

solamente en Lucrecio, Séneca y otros moralistas, sino en los poemas de Homero, reflejo de una civilización bastante primitiva, y en donde, sin embargo, «se gozaba con sus lágrimas». Lo habría podido encontrar en la Biblia y supongo que en las epopeyas de la India antigua. No estamos, pues, enfrente de un fenómeno raro; sin embargo, cuanto más se adelanta en la civilización, llega á ser más frecuente.

Algunos hechos valdrán más que las citas; se encuentran de toda especie: placer del dolor físico, placer del dolor moral. Ciertos enfermos experimentan una voluptuosidad intensa en atormentar sus llagas. «Yo he conocido, dice Mantegazza, un viejo que me confesaba encontrar un placer extraordinario, no inferior á ningún otro, según su parecer, en arañar los contornos inflamados de una llaga senil que tenía en una pierna hacía ya muchos años (1).» Un hombre célebre del Renacimiento, Jerónimo Cardan, dice en su autobiografía «que no podía pasarse sin sufrir, y cuando esto sucedía, sentía levantarse en él tal impetuosidad, que cualquier otro dolor le parecía un alivio». Así es que tenía la costumbre, en este estado, de martirizar su cuerpo hasta saltársele las lágrimas (2). Se podría continuar una larga enumeración de estos placeres del dolor físico. Como placer del dolor moral, no daré más que un ejemplo: la melancolía, en el sentido ordinario de la palabra, no en el médico, la de los amantes, de los poetas, de los artistas, etc.; estado que puede ser considerado como el tipo del saboreo agradable de la tristeza. Todo el mundo puede estar triste; pero, no todo el que quiera, melancólico. Mencionaré además, al paso, los placeres de lo feo en estética, el gusto de los es-

(1) Mantegazza, *Fisiologia del piacere*, p. 26.

(2) Se podría hacer un curioso estudio de psicología patológica en la *De vita propria*, de Cardan, que era manifiestamente lo que se llama en nuestro tiempo un neurópata y un desequilibrado

pectáculos sangrientos y de las torturas, que deberemos estudiar en otra parte.

Dejemos los hechos y veamos los ensayos de explicación que se han propuesto: no son numerosos. Boullier (obra citada) parece adoptar la opinión de un cartesiano, que dice: «Si el alma, en todos los movimientos de las pasiones, aun las más dolorosas, es en cierto modo coquilleada por una secreta dulzura; si se complace en su dolor; si no quiere ser consolada, es porque tiene la conciencia de que el estado en que se encuentra es el estado de corazón y de espíritu que conviene mejor á su situación.» Yo no comprendo esta pretendida explicación. Prefiero la de Hamilton, que pone la causa principal «en el aumento de actividad, que da á nuestro ser entero el sentimiento de nuestros propios dolores». Esto á lo menos es lógico, puesto que el placer está ligado á su correlativo ordinario, á saber: un aumento de actividad. — Spencer (1) ha examinado el problema más ampliamente: «Debo llamar la atención sobre otro sentimiento egoísta, sobre todo en razón de su naturaleza misteriosa. Hay un sentimiento agradablemente doloroso, cuya naturaleza es difícil determinar, y más difícil todavía trazar su génesis: hablo de lo que se llama muchas veces el placer del dolor. Parece posible que este sentimiento, que lleva al hombre víctima del dolor á desear estar solo con su pena, y que le hace resistir á toda distracción, resulte de que este hombre fije su atención sobre el contraste que existe entre lo que él cree merecer y el trato que recibe, sea de sus semejantes, sea de un poder superior. Si cree que ha merecido mucho, mientras que ha recibido poco, y sobre todo, si en lugar de un bien es un mal el que le ha sobrevenido, la conciencia de este mal es endulzada por la conciencia del bien que cree merecer, y hecha agradablemente dominante por el contraste. Hay en él la idea de

(1) *Principles of Psychology*, t. II, párr. 518.

una gran denegación de justicia y un sentimiento de superioridad respecto de aquellos que son sus autores... ¿Es esta explicación verdadera? Sospecho que esto no es evidente. La propongo simplemente á título de ensayo, y confieso que esta emoción particular es tal, que ni el análisis ni la síntesis ponen en estado de comprenderla completamente.»

Esta explicación me parece parcial, é inaplicable, por consiguiente, á todos los casos. En mi opinión, todas las tentativas de este género deben fracasar, porque los autores se quedan sobre el terreno de la psicología normal. Este hecho debe ser tratado por el método patológico. Se dirá tal vez que esto no es más que la sustitución de una palabra por otra. De ningún modo, como se verá por lo que sigue.

Se ha cometido el error de atacar en primer término fenómenos muy delicados y de considerarlos aisladamente. Es menester proceder, no por síntesis ó análisis, sino por aumentos; establecer una serie en que los términos últimos — enormes — aclaren los primeros. Indico las principales etapas de esta gradación: melancolía estética, transitoria é intermitente; *spleen*; melancolía (en el sentido médico) (1); después, llevándolo más lejos, tendencia al suicidio; finalmente el suicidio. Este es el último término, que hace comprender todos los otros. Las primeras etapas no son más que formas embrionarias, abortadas ó mitigadas, de la tendencia del ser hacia su propia destrucción, del deseo, que la considera como agradable. Suprimidas en la inmensa mayoría de los casos, las formas débiles son un camino hacia la destrucción, y no se explican más que si se las refiere al caso extremo.

(1) Un modo de sentir los melancólicos, nota Krafft-Ebing, se encuentra en la felicidad del dolor (*Leidseeligheit*): en ellos, las ideas que en estado sano provocarían dolor, despiertan en su conciencia afligida un débil sentimiento de satisfacción que representa el tono afectivo correspondiente.

Los evolucionistas han emitido la hipótesis de que han debido existir animales de tal modo conformados que en ellos el placer iría unido á las acciones destructoras, el dolor á las acciones útiles, y que, como todo animal busca el placer y huye del dolor, han debido perecer en virtud de su misma constitución, puesto que buscaban lo que destruye y huían de lo que conserva. Esta suposición no tiene nada de quimérica, pues nosotros vemos hombres que encuentran placer en actos que saben muy bien los han de conducir rápidamente á la muerte. Un ser, así constituido, es anormal, ilógico; encierra en sí mismo una contradicción que lo matará.

Pero, se puede decir, si el dolor y las acciones perjudiciales de una parte, el placer y las acciones útiles de otra, forman parejas indisolubles, de tal suerte, que el estado penoso en la conciencia es el equivalente de las acciones destructivas en el organismo é inversamente, habría aquí una inversión: el placer expresaría la desorganización, el dolor, la reorganización. Esta hipótesis, bien poco probable, no parece necesaria. Si se admite, como se ha hecho en el precedente capítulo, que existen siempre dos procesos simultáneos y contrarios, cuya diferencia únicamente es la que cae dentro de la conciencia, basta que uno de los dos procesos aumente, ó que el otro disminuya de una manera anormal, para que la diferencia cambie también en favor del uno ó del otro. Sin duda, que el resultado final está en contradicción con la regla, puesto que, en los casos anteriores, el exceso que debería ser negativo (dolor) es positivo (placer); pero ésta es una nueva prueba de que estamos enfrente de una desviación, de una anomalía, de un caso patológico que debe ser tratado como tal.

Nosotros hemos separado y estudiado un caso típico; nos queda, no que enumerar, sino que clasificar, los placeres patológicos para mostrar con ello su frecuencia. Tomemos como guía la buena definición de Man-

tegazza: «El placer morboso es aquel que constituye la causa ó el efecto de un mal»; los dividiré en tres clases:

1.º Los placeres semi-patológicos. Forman una transición de lo sano á lo francamente morboso. Tales son los que exigen un gasto excesivo ó prolongado de la energía vital. Se sabe que los placeres del gusto, del olfato, de la vista, del oído, del tacto, del ejercicio muscular, de las relaciones sexuales, producen la fatiga, el agotamiento, ó llegan bruscamente á ser penosos. Los placeres de la ternura, del amor propio, de la posesión, cuando se trasforman en pasiones, es decir, aumentan en intensidad y en estabilidad, cesan de ser placeres puros; se les agrega un elemento doloroso. Este fenómeno es natural y lógico, puesto que todo acrecentamiento de actividad lleva consigo pérdidas, y por consecuencia, las condiciones del dolor. Esta clase es apenas morbosa, porque el dolor *sucede* al placer. No pasa lo mismo con las otras dos, en las que el placer surge en medio de la destrucción y domina en la conciencia.

2.º Los placeres destructores del individuo: no me detendré en ciertas anomalías del gusto y del olfato, que serán descritas en otra parte; pero los placeres debidos á la embriaguez y á los narcóticos están tan exparcidos, que parecen inherentes á la humanidad. En todos los tiempos, en todos los sitios, aun entre las razas salvajes, el hombre ha encontrado medios artificiales de vivir, aunque no sea más que un instante, en un país encantado. Este placer es el que él mismo ha creado para su propia destrucción. Pero hay casos todavía más puros, no adquiridos é inventados, en los que el placer recubre y domina el trabajo de desorganización. Así pasa durante un cierto período de la parálisis general de los enajenados, en que el enfermo cree poseer en un grado supremo la fuerza, la salud, la riqueza, el poder, y en que la satisfacción y la felicidad se manifiestan en toda su persona. Así en ciertas formas de la

manía aguda: por un lado, que no nos interesa en este instante, se aproxima á la cólera; por otro, es un humor expansivo, una alegría que se desborda, un sentimiento de energía, de vigor; algunos dicen, después de la curación, que no se han sentido jamás tan dichosos como durante su enfermedad (Krafft-Ebing). Se puede citar todavía el caso de los tísicos: muchos no están nunca tan llenos de esperanzas y tan fecundos de proyectos como cuando van á morir. En fin, hay la «euforia» de los moribundos. Se la ha tratado de explicar por una analgesia, como si la supresión del dolor fuera idéntica á la aparición de la alegría. Féré, que ha examinado la cuestión en su *Pathologie des Émotions* (1), admite que esta exaltación es debida á condiciones momentáneas, pero positivas, de la circulación cerebral.

¿Es menester admitir que en estos casos, por una derogación inconcebible del determinismo natural, el placer devendría la traducción en la conciencia de una desorganización profunda, implacable? No hay ninguna necesidad. Es más racional admitir que este placer está ligado aquí, como siempre, á su causa natural, una sobreexcitación vital. Todo placer patológico va acompañado de excitabilidad, pero esta no es una actividad normal; pues, de lo contrario, el febril y el neurópata tendrían un exceso de salud. En realidad, estamos enfrente de un caso complejo: de una parte, una pérdida perpetua, enorme, que marcha á grandes pasos sin traducirse en la conciencia; de otra parte, una excitación superficial, momentánea y consciente. La anomalía está en esta desproporción psíquica, ó más bien en la miopía de la conciencia, que no puede pasar de sus estrechos límites y penetrar en el dominio de lo inconsciente.

3.º Los placeres destructores con carácter social están ligados, no al mal del individuo, sino al de los

(1) P. 170 y siguientes.

demás. Tal es el placer que se experimenta en matar, en ver matar, en los espectáculos sangrientos, en las corridas de toros, en los combates de animales, y en un grado mucho más tenue, en la narración ó en la lectura de acontecimientos sanguinarios. Estos placeres se explican; denotan la satisfacción de tendencias violentas, destructivas, que, débiles ó fuertes, inconscientes ó conscientes, existen en todos los hombres. Su estudio entra en la patología de las tendencias que se estudiará después; notemos solamente, al paso, que estas tendencias envuelven un cierto desplegamiento de energía, lo cual es una de las condiciones del placer activo.

Una última cuestión: el placer, particularmente la alegría, ¿puede ser la causa de una catástrofe grave, como la locura y la muerte?

Algunos alienistas, Bucknill, Tuke, Guislain, etcétera, citan casos de locura que atribuyen á una alegría brusca: una herencia imprevista, un puesto codiciado. Griesinger sostiene «que es extremadamente raro que una alegría inmoderada determine *por sí sola* la locura si es que esto sucede alguna vez.» Otros niegan el hecho absolutamente (1). Lo cierto es que en la enumeración de los casos de locura no se ve apenas figurar la alegría.

La misma tesis ha sido sostenida en cuanto á la muerte (2) que se produciría bruscamente ó á consecuencia de un síncope.

Esto es tomar la cuestión en una forma muy simple. En primer término, la alegría, á título de estado de conciencia, no podría tener esta eficacia. La catástrofe no puede explicarse más que por perturbaciones orgánicas repentinas y violentas que no pueden obrar de esta manera más que sobre los predispuestos. No es

(1) Féré, *Pathologie des émotions*. p. 293, 294.

(2) Para algunos hechos, auténticos ó no, véase Féré, obra citada, p. 234.

la alegría la que enloquece ó mata, sino el choque que es recibido por un sér cuyo estado es anormal. Sería más justo decir que un acontecimiento que para el común de los hombres, *debería* causar alegría, produce ahora un estado particular, patológico, que termina en la locura ó en la muerte.

II

La parte contraria puede ser tratada rápidamente. Se encuentran, aunque con bastante rareza, gentes que se afligen de lo bueno que les sucede: éstas tienen el dolor del placer. Yo creo que ningún psicólogo ha hablado de éstos, y me parece inútil hacer el estudio de tales casos. Contraria en la forma al placer del dolor, se le asemeja en cuanto al fondo. Esta disposición de espíritu, que se encuentra entre ciertos pesimistas, es calificada con bastante razón, de excéntrica, extraña, lo cual quiere decir que la opinión común la considera instintivamente como una desviación, una anomalía. Esta no es, por otra parte, más que un caso particular de una manera de ser más general, la tristeza morbosa ó patológica, que luego vamos á estudiar. Ya he hecho notar antes que el dolor y la tristeza envuelven siempre un elemento enfermizo; la expresión *anormal* sería más exacta ó menos expuesta á la crítica.

Para afirmar que un dolor físico ó moral está fuera de la regla y puede ser calificado de anormal, hemos recurrido á tres notas distintas puestas al principio de este capítulo y que podemos tomar como tipo único: la melancolía (en el sentido médico). Esta presenta los caracteres requeridos: larga duración, desproporción entre la causa y el efecto sentido, reacción excesiva ó insuficiente.

La descripción del estado melancólico es inútil y se encuentra en todos los tratados de enfermedades mentales. Esta afección tiene muchas formas clínicas, que

varían desde la *melancolía atónita*, que simula la estupidez, á la especie agitada é incesantemente gemidora; desde las formas ligeras á los estados profundos é incurables. Nos bastará con presentar los caracteres más generales: asimilando la melancolía á la tristeza ordinaria, practicamos el método del abultamiento, porque el estado morboso no es apenas más que el estado normal en alto relieve.

1.º Ya sabemos que los caracteres fisiológicos del dolor normal son reductibles á una sola fórmula: debilitamiento de las funciones vitales. Lo mismo para la melancolía; pero la depresión orgánica se acentúa todavía más. Constricción de los vaso-motores y de aquí la disminución de los calibres de las arterias, anemia y enfriamiento de las extremidades; disminución de la presión cardíaca que puede descender de una media de 800 gramos á 650 y aun á 500 gramos; lentitud progresiva de la nutrición con las manifestaciones diversas que de aquí resultan; perturbaciones digestivas, detención de las secreciones; movimientos lentos y raros, antipatía para todo esfuerzo muscular, para todo trabajo y para todo ejercicio del cuerpo; á menos que no haya, como entre los melancólicos agitados, momentos de reflejos desordenados y accesos furiosos. Tal es el cuadro general. Se ve que es el del dolor llevado al extremo y que nos encontramos aun aquí, como en la forma normal, los dolores pasivos y los dolores activos.

2.º Los caracteres psíquicos consisten primero en un estado afectivo que varia de la resignación apática á la desesperación; algunos están de tal modo aniquilados que se creen muertos. Se ha notado que en general los caracteres tristes se inclinan á la melancolía, y los alegres á la manía más bien: exageración en los dos casos del estado normal. La disposición intelectual consiste en la disminución de la asociación de las ideas, la pereza de espíritu. Ordinariamente una idea fija pre-

domina, excluyendo de la conciencia todo lo que se relaciona con ella: así el hipocondriaco no piensa más que en su salud, el nostálgico en su país, el melancólico religioso en su salvación. La actividad voluntaria es casi nula; la abulia, «la conciencia de no querer es la esencia misma de la enfermedad» (Schüle). Muchas veces los impulsos reflejos, violentos, inesperados, que son una nueva prueba del aniquilamiento de la voluntad. En suma, mientras que la tristeza normal tiene sus momentos de remisión, el melancólico está encerrado en dolor como en un muro impenetrable sin la menor rendija por donde pueda penetrar la alegría.

Aquí se presenta una cuestión que no podemos pasar inadvertida, porque se refiere á una de las tesis principales de esta obra, á saber: el papel fundamental de la vida afectiva. La melancolía pasiva, que es tomada como el tipo del estado penoso bajo su forma permanente y extrema, ¿qué es en su origen? Dos respuestas se pueden dar: admitir que un dolor físico ó una cierta representación engendra la disposición melancólica y emponzoña la vida afectiva, ó admitir que un estado general y vago de depresión y de desorganización se concreta y se fija en una idea. En la primera hipótesis, el estado intelectual es primitivo, y el estado afectivo no es más que una consecuencia. En la segunda hipótesis, el estado afectivo es el primer momento y el estado intelectual es el resultado.

Este problema, psíquico más bien que práctico, no ha preocupado más que á un pequeño número de alienistas. Schüle admite los dos orígenes (1). Ya el paciente es atacado de una depresión dolorosa, sin causa, de la que no puede librarse, y queda así; pero más á menudo refiere el sentimiento doloroso vago á un acontecimiento de su vida anterior ó actual. Ya, *aunque más*

(1) Schüle, *Traité clinique des maladies mentales*. Art. MELANCOLIE, traducción francesa, p. 21 y 28.

raramente, la idea obsesora aparece la primera, y forma el eje del estado melancólico y de sus consecuencias. El Dr. Dumas, que ha consagrado una obra especial á esta cuestión (1), apoyándose en sus propias conclusiones, hace suyas las de Schüle. Una de sus enfermas atribuye su incurable tristeza por turno, y sin razón suficiente, á su marido, á sus hijos, al trabajo que le ha de faltar. En otros el origen es intelectual: pérdidas de fortuna, ideas de condenación irremisible, etc. De todo lo cual somos llevados á admitir: una melancolía de origen orgánico, la más frecuente; una melancolía de origen intelectual, la más rara.

¿Podrían reducirse estos dos modos de aparecer á una causa común más profunda? Esta es la solución de Krafft-Ebing (2). «Es menester considerar el dolor psíquico y la suspensión de las ideas como fenómenos coordinados, y aquí ya hay lugar para pensar en una causa común: en una perturbación del cerebro (¿anemia?) que conduce á un gasto menor de actividad nerviosa. Tomada de una manera comprensiva, la melancolía puede ser considerada como un estado morboso del órgano psíquico, fundado sobre perturbaciones nutritivas, y caracterizado de un lado por el sentimiento del dolor, y un modo particular de reobrar de toda la conciencia (neuralgia psíquica), de otro por la dificultad de los movimientos psíquicos (instinto, ideas), y finalmente, por su suspensión.»

Yo no quisiera merecer el reproche de sacar de los hechos más de lo que contienen y desear la unidad á todo precio; pero resulta de todo lo que precede, que si el estado afectivo no es en todo y siempre primitivo, á lo menos lo es muy á menudo. Por otra parte, está estrechamente ligado á las perturbaciones tróficas que son fundamentales, de suerte que nosotros llegamos á

(1) G. Dumas, *Les états intellectuelles dans la mélancolie*. Aquí se encontrarán muchas observaciones detalladas.

(2) Krafft-Ebing, t. II, cap. I.

la misma conclusión por otro camino. Dumas (obra citada, páginas 133 y siguientes) ha insistido sobre los influjos deprimentes del paludismo, sobre el entorpecimiento, la apatía física y moral de los habitantes de las comarcas de Sologne, Dombes y las Maremmas y de otras regiones infestadas por la *malaria*, estado que se resume en dos palabras: tristeza y resignación. Estos hechos están en favor por completo del origen orgánico de las melancolías.

El estudio especial de las anomalías del placer y del dolor no es importante solamente por sí sola. La fórmula generalmente admitida desde Aristóteles, de que se une el placer á lo útil y el dolor á lo perjudicial, tiene muchas excepciones en la práctica. Tal vez la constitución de un grupo patológico en el estudio del placer y del dolor permiten resolver algunas dificultades; evitar que la regla y las anomalías sean puestas sobre el mismo plano y asimiladas indebidamente. Ya lo veremos en uno de los capítulos próximos.

CAPÍTULO V

LOS ESTADOS NEUTROS

Dos métodos para estudiarlos. — Tesis afirmativa fundada en la observación, en la deducción, en la psicofísica.—Tesis negativa; la trinidad psicológica; confusión entre la conciencia y la introspección.—Diversidad de los temperamentos.

Hasta ahora el placer y el dolor han sido estudiados separadamente, como dos estados perfectamente distintos, puros, por hipótesis, de toda mezcla; después hemos examinado esos casos singulares en que el dolor llega á ser objeto de placer y viceversa. Queda por hablar de aquellos otros casos en que lo agradable y lo penoso *coexisten* en proporciones variables en la conciencia, por ejemplo; en los ascensionistas, que sienten á la vez la fatiga, el temor de los precipicios, la belleza del paisaje, el placer de vencer las dificultades. Nada más frecuente que estas formas mixtas; serían la regla si se admitiese con ciertos autores que no hay ni penas ni placeres perfectamente puros: pero por su constitución compleja y compuesta, son de hecho emociones; ya lo veremos más tarde.

El objeto de este capítulo es completamente otro. Es el problema muy discutido, no resuelto, tal vez insoluble, de los estados neutros, de indiferencia, limpios de todo acompañamiento agradable ó desagradable. ¿Existen tales estados? La afirmativa y la negativa son sostenidas por autores de una gran autoridad; aún

hay algún psicólogo que me parece haber adoptado, una después de otra, las dos tesis (1).

La cuestión no puede ser abordada más que de dos maneras: por la observación y por el razonamiento. Examinemos los resultados de estos dos métodos.

I. El estado de indiferencia ¿existe como hecho observable? Bain es, entre los contemporáneos, el principal campeón de esta tesis, que ha suscitado una larga discusión (2). No pretende afirmar que haya un sólo estado de conciencia (*feeling*) que esté puro de todo elemento agradable ó desagradable; pero si estos no existen más que en cantidades infinitesimales, la psicología no tiene para qué ocuparse de ellos. El placer y el dolor son géneros definidos, y sin embargo hay aquí un interés práctico en saber si no existen estados neutros. Bain encuentra el tipo en los casos de simple excitación (*excitement*), que pueden ir acompañados de placer ó de dolor, pero que permanecen distintos. Quemarse, oler la asafétida, tragar áloe, he aquí modos de excitación que nosotros llamamos dolor, porque éste domina. Oír el ruido de un molino, el murmullo confuso de una ciudad populosa, hé aquí modos de excitación que nosotros podemos llamar agradables ó desagradables; pero la excitación es el hecho esencial; el placer y el dolor lo accidental. En la mayor parte de los ejemplos que ha escogido Bain, no me parece afortunado; citaré algunos: el choque que produce la sorpresa; pero la sorpresa no es más que una forma mitigada del temor, y es raro que no revista instantáneamente un carácter penoso ó agradable; el estado de espera: «la objetividad intensa de la mirada que sigue una carrera ó una gran operación quirúrgica no es estrictamente de la in-

(1) Para el curso histórico de la cuestión hasta la mitad del siglo XIX próximamente, véase Bouillier: *Du plaisir et de la douleur*, cap. XI.

(2) Véase *Mind*, números de Octubre de 1888, Enero y Abril de 1888, Enero de 1889; y J. Sully, *The Human Mind*, t. II, p. 4 y 5.

consciencia, sino un máximum de energía con un mínimum de conciencia. Esto es más bien un modo de indiferencia, una excitación más bien que un estado afectivo.» La misma nota; hay por otra parte en la espera un sentimiento de esfuerzo que deviene fatiga rápidamente; y más á menudo la espera envuelve la anticipación de un acontecimiento deseado ó temido.

Los que renuncian á establecer la existencia de estados neutros por la observación directa, la deducen de principios generales. Así, Sergi la considera como el estado necesario de determinadas condiciones biológicas. Siendo el placer y el dolor las dos formas fundamentales, los dos polos de la vida afectiva, debe existir entre ellos una zona neutra que responda á un estado de perfecta adaptación. El dolor es un estado de conciencia que revela un conflicto del organismo con las fuerzas exteriores, una falta de adaptación del uno á las otras; de aquí una pérdida de energía. El placer es un estado de conciencia que revela que la reacción del organismo se junta á las excitaciones exteriores, de lo cual nace por sinergia un aumento de actividad vital. La indiferencia es el estado neutro que manifiesta una adaptación perfecta del organismo á intensidades constantes y variables, como un calor ó una luz medios; en otros términos, las excitaciones que no disminuyen ni aumentan la actividad vital, sino que la conservan, producen un estado de equilibrio y no aparecen en la conciencia ni como placer ni como dolor (1). Esta hipótesis de que en ciertos momentos el sér que siente no pierde ni gana, y que tal es el substratum del estado psíquico llamado neutro, me parece muy probable, pero queda como una hipótesis.

Ahora interroguemos á los psicofísicos que han tratado esta cuestión según el método que les es propio

(1) *Psychologie physiologique*, lib. IV, cap. 1, p. 309 y siguientes de la traducción francesa.

y cuyas conclusiones son diversas. Es difícil adoptar un procedimiento más teórico que el suyo y que muestre mejor la insuficiencia del método intelectualista en el dominio de la psicología afectiva. A decir verdad, la materia que ellos tratan, es un carácter particular del problema, no su totalidad: buscan si en la «transformación» del placer en dolor é inversamente hay, en el paso de un estado contrario al otro, un punto neutro ó de indiferencia. Wundt representa el fenómeno gráficamente por una curva: la porción de esta curva que está por encima de la línea abscisa tiene un valor positivo y corresponde al desenvolvimiento del placer; la porción que está por debajo, corresponde al desenvolvimiento del dolor y tiene un valor negativo: el punto preciso en que la curva corta la abscisa (para subir en el sentido del placer ó descender en el del dolor), corresponde al punto neutro ó de indiferencia. Lehmann, que admite por otra parte, que las sensaciones débiles son los estados neutros, da una curva bastante diferente de la de Wundt. Según una observación hecha primero por Horwicz y por experimentos que le son propios (á Lehmann), si se meten los dedos en agua cuya temperatura varíe gradualmente de 35° á 50° centígrados durante 2 minutos 20 segundos, se experimenta primero un calor agradable, después algunos débiles pinchazos desagradables, después oscilaciones entre una picazón más intensa con momentos de reposo, por último, dolor. Su conclusión, contraria á la de Wundt, es que el paso del placer al dolor no se hace por un estado neutro (1).

Los experimentos no son de desdeñar, pero, en

(1) Wundt, *Grundzüge der phys. Psychologie*, cuarta edición (alemana), t. I, p. 557 y siguientes; Lehmann, *Hauptgesetze*, etc., párrafos 236 á 241. Uno de los discípulos más distinguidos de Wundt, Külpe, en su *Umriss der Psychologie* (1895), considera la existencia de un punto de indiferencia «como indubitable y aun probado por serie de experimentos» (p. 249).

cuanto á la configuración del fenómeno no es más que un señuelo. Es completamente arbitrario asimilar el placer á un valor positivo y el dolor á un valor negativo. Además el paso de las cantidades $+$ á las cantidades $-$ por el cero, es una operación que tiene su base en nuestra facultad de abstraer, y por materia cantidades abstractas y homogéneas. Los diversos grados del placer y del dolor no son nada semejantes. No sabemos aún si estos dos fenómenos tienen un fondo común, si hay para los dos una misma medida, si no son irreductibles por completo, y en el paso del uno al otro no tenemos ningún derecho para poner, teóricamente, un *Nullpunkt*. El problema es de orden concreto; lo que se plantea es una cuestión de hecho, soluble ó no.

II.—Escuchemos á los que no admiten estados de indiferencia.

Todo estado de conciencia es una trinidad en el sentido teológico: es el conocimiento de algún acontecimiento externo ó interno; encierra elementos motores y tiene un cierto tono afectivo. Nosotros [lo calificamos de intelectual, motor ó emocional según el predominio de uno de estos elementos, no según su existencia exclusiva. Es un hecho bien conocido que cuando más clara es una percepción, más débil es su tono afectivo, y que cuanto más intensa es una emoción más atenuado está el elemento intelectual que la provoca; pero disminución no equivale á desaparición. Si existieran estados neutros, uno de los elementos fundamentales de la vida psíquica cesaría de existir momentáneamente, bajo una forma intermitente.

Por otra parte, observémonos é interroguemos nuestra conciencia.

«Considéremos en uno de esos momentos de calma y de aparente indiferencia en los que parece que nada nos emociona y que nuestra sensibilidad entorpecida permanece como suspensa entre el placer y el dolor. Esta apariencia engañosa de insensibilidad y de se-

quedad emotiva. encubre siempre algunas sensaciones más ó menos debiles de contento ó de malestar, algunos sentimientos más ó menos ligeros y confusos de alegría ó de tristeza que, aunque no tienen nada de vivos y excitantes, no son por eso menos reales. ¿Cómo, por lo demás, nuestra sensibilidad no habría de estar constantemente impresionada en más ó en menos por tantas causas generales que, independientemente de las particulares, obran sobre nosotros tan constantemente, en cada instante de nuestra vida y que nos asedian, por así decirlo, sin descanso por dentro y por fuera?» Bouillier, el autor de este pasaje (obra citada, c. XI), aduce en su apoyo las innumerables impresiones que vienen de los órganos interiores, del estado del aire y del cielo, de la luz y de los incidentes más fútiles de la vida ordinaria.

Es cierto que la esfera de los estados de indiferencia, si existe, es exigua. Sin embargo, por hábilmente que Brouillier sostenga su tesis, no puede escapar á una objeción: el testimonio de la conciencia, siempre dudoso, lo es aquí más que en otro caso. Lo que él nos propone, en efecto, es *observarnos*. Desde luego no se trata ya de la conciencia natural, en el estado bruto, sino de esa conciencia un poco artificial que forma la atención. Nosotros miramos, no con nuestros ojos, sino á través de un microscopio; amplificamos, agrandamos el fenómeno; y aquí el método de la amplificación es engañoso. En ciertos estados subconscientes hace franquear el umbral de la conciencia; los hace pasar de la penumbra á la luz, y nos dispone á creer que así es su estado ordinario. Se sabe que ciertas personas, fijando intensamente la atención sobre una parte de su cuerpo, pueden hacer nacer en ella una sensación de pesadez, de hormigueo, de latidos arteriales, etcétera. Estas modificaciones ¿existen siempre, aunque desapercibidas, hasta que la atención se dirige á ellas, ó la atención las produce por un aumento de ac-

tividad vascular, aumentándolas, pero no creándolas? Esta última suposición es la más probable. El hipocondriaco, que espía obstinada y pacientemente los detalles de la vida orgánica, siente marchar en él el mecanismo vital, lo cual escapa á los demás hombres. Sería fácil aportar otros ejemplos que prueban que es menester distinguir entre la conciencia pura y simple y la observación interna, y que es tanto menos lícito deducir la una de la otra, cuanto que, en el caso actual, el problema se reduce á una diferencia de intensidad.

Esta cuestión ha merecido ser llamada «una de las cruces de la psicología» (S. Sully). Si se quiere tomar un partido, no es posible decidirse más que por probabilidades y preferencias. Yo me inclino hacia la tesis del estado de indiferencia. Me parece difícil admitir que ciertas percepciones ó representaciones, sin cesar repetidas, impliquen nada más que un conocimiento: la vista de mis muebles colocados cada uno en su lugar habitual, no me causa ningún placer ó disgusto apreciables, ó si existen como cantidades infinitesimales, la psicología, como Bain lo dice justamente, no tiene para qué ocuparse de ellos. Fouillée hace también notar que el sentimiento de indiferencia no es primitivo, sino que es debido á un desvanecimiento (1).

La repugnancia de ciertos psicólogos á admitir los estados de indiferencia, obedece á que esta tesis les parece introducir la discontinuidad en la vida afectiva. La serie, incesantemente móvil y alternante de las modificaciones penosas ó agradables, tendría momentos de interrupción, vacíos y lagunas. Tanto como cualquiera sostengo yo la continuidad de la vida afectiva; pero es menester buscarla en otra parte. Está en los apetitos, las tendencias conscientes ó inconscientes, los deseos y las aversiones que son siempre activas, per-

(1) Fouillée, *Psychologie des idées-forces*, 1, 68.

manentes é indefectibles. Encontramos también aquí esa ilusión que consiste en considerar el placer y el dolor, que no son más que signos, como el elemento esencial y fundamental.

Encuentro, además, extraño que en una materia tan estudiada y tan discutida, nadie haya hecho una observación que no me parece sin importancia. Cada autor supone que la fórmula que él adopta es aplicable á todos los hombres. Esto es plantear la cuestión bajo una forma filosófica y no bajo una forma psicológica, es decir, sin tener en cuenta las variedades individuales de temperamento y de carácter: lo cual no es un elemento que se pueda descuidar. Es suponer sin ninguna prueba, que todos los casos son reductibles á la unidad. Por el contrario, hay presunciones de que la solución que se adopte, cualquiera que sea, puede ser verdadera para ciertos hombres, y falsa para otros.

Un temperamento nervioso, excitable, en estado de vibración perpetua, constantemente despierto por el trabajo de la pasión ó del pensamiento, puede, por su misma constitución, no dejar ningún momento accesible á una intermitencia entre los estados penosos ó agradables incesantemente renovados.

Un temperamento linfático, un carácter frío, una inteligencia limitada y pobre de ideas, constituyen un terreno perfectamente apropiado á la aparición frecuente y amplia de los estados de indiferencia (1).

(1) Doy un ejemplo de un carácter semejante, descrito por un historiador según las fuentes árabes. «El emir Mohammed (de Granada en 1408), se sentía morir, y deseoso de asegurar el trono á su hijo, envió la orden de matar á su hermano Yusuf que tenía cautivo en Salobreña. El alcaide, en el momento en que recibió la orden, estaba jugando al ajedrez con su prisionero, el cual con su dulzura se había ganado el corazón de sus carceleros. Al leer el fatal despacho, se turbó y no se atrevió á dar conocimiento de ello al príncipe. Pero Yusuf adivinó en su turbación de lo que se trataba: «¿Es mi cabeza lo que se te pide?» dijo al alcaide. Este por toda respuesta le entregó la carta de su hermano. Yusuf exigió solamente algu-

Estas diferencias de observación corriente muestran que es menester desconfiar de una solución muy simplista.

nas horas para decir adiós á su mujer; pero el mensajero manifestó que la ejecución no podía retardarse, pues la hora de su vuelta se había fijado de antemano. «Pues bien, replicó Yusuf, acabemos á lo menos la partida.» Pero el alcaide estaba de tal modo turbado, que avanzaba sus piezas al azar y Yusuf se vió obligado á advertirle sus errores. Sin embargo, la partida no acabó. Unos caballeros que venían de Granada á todo correr, saludaron á Yusuf como emir y le anunciaron la muerte de su hermano. Al pasar así del cadalso al trono, el príncipe musulmán quedó dueño de sí mismo como lo había sido enfrente del suplicio. Dudoso todavía de su fortuna, se encaminó hacia Granada, en la que fué recibido con gritos de alegría por el pueblo. (Rossouw St. Hilaire, *Histoire d'Espagne*, t. V., p. 227). Se citan anécdotas semejantes de diversos personajes históricos.

CAPÍTULO VI

CONCLUSIONES SOBRE EL PLACER Y EL DOLOR

Comienzos de la vida. — I. Condiciones de existencia del placer y del dolor; disminución y aumento de la energía vital. — Experimentos de Féré. — Teoría de Meynert. — II. Finalidad del placer y del dolor. — Excepciones: casos explicables, casos irreducibles

No me detendré sobre una cuestión tan debatida, y todavía menos accesible que la que acabamos de tratar. En la conciencia ¿qué aparece primero, el placer ó el dolor? En nuestros días, sobre todo, optimistas y pesimistas, han batallado ampliamente sobre este punto, aunque, en mi opinión, apenas si les concierne. Sus doctrinas son dos concepciones antitéticas del mundo, que dependen únicamente del temperamento y del carácter, y que no serían ni confirmadas ni rebatidas por la solución del problema. Es claro que es una cuestión de origen, de psicogenesia, extraña á la psicología experimental, y que no permite más que probabilidades.

Descartes ha emitido esta opinión singular: «que la primera pasión del alma ha sido la alegría, porque no es creíble que el alma haya sido puesta en el cuerpo sino cuando éste ha estado bien dispuesto, lo cual da alegría naturalmente.» Otros, conforme á puntos de vista teóricos menos extraños, sostienen que teniendo el placer por causa el libre juego de nuestra actividad, el dolor va unido á su suspensión, y por consecuencia es

posterior (1). La mayoría me parece que está en favor de la tesis contraria; la impresión del frío, del contacto, el comienzo de la respiración pulmonar, etc., son invocados como prueba de la anterioridad del dolor, y sobre todo los gritos de los niños y de los animales recién nacidos. Sin embargo, Preyer, en dos pasajes poco notados, niega al grito toda significación afectiva, y no ve en él más que un reflejo (2). No parece dudoso que la vida psíquica, en su primera fase (intra-uterina y extra-uterina), esté casi reducida á las impresiones penosas y agradables. ¿Semejan éstas á las del adulto? Esto es probable; pero no hay que olvidar que, asimilar las formas plásticas de la época primitiva á las for-

(1) Para la historia, véase Bouillier, *op. cit.*, cap. XII.

(2) El primer grito del recién nacido era antes considerado como un reflejo. Es, por tanto, muy probable que esta primera manifestación vocal, que acompaña á una expiración, es un reflejo puro y simple.

Kant escribía (sin haber observado ciertamente niños ó animales recién nacidos): «el grito que se oye al niño apenas nacido no tiene la entonación de la queja, sino de la irritación, de la cólera. No es que sufra, sino que alguna cosa le disgusta. Sin duda, quisiera moverse, y siente su impotencia, como sentiría una cadena que atara su libertad. ¿Cuál ha podido ser el fin de la naturaleza haciendo que el niño que viene al mundo dé gritos peligrosos en el más alto grado? Ningún animal, sin embargo, excepto el hombre, anuncia su existencia, desde el momento del nacimiento, con gritos semejantes.»

Esta notable concepción ha sido muy comentada y adoptada. Actualmente muchas personas piensan que las lágrimas y los gritos del recién nacido tienen una significación psíquica considerable; pero todos los comentarios de este género vienen á estrellarse contra este hecho, muchas veces comprobado: que el recién nacido totalmente anencéfalo grita, sin embargo, desde su nacimiento; y que muchos recién nacidos sanos no gritan, sino que estornudan á su entrada en el mundo, como lo ha visto Darwin.

«Los reflejos de dolores, que en la vida ulterior se manifiestan de la manera más viva, son los menos desenvueltos en los primeros momentos de la vida. La observación (Gunzmer) de cerca de sesenta recién nacidos le ha mostrado que son, durante los prime-

mas fijas y rígidas del adulto, constituye un procedimiento que es á menudo la fuente de muchos errores.

Dejando á un lado esta cuestión de origen, es imposible terminar nuestro estudio sobre el placer y el dolor sin recordar sumariamente las teorías generales, que son la filosofía de nuestro asunto. Éstas se pueden reducir á dos títulos: el *cómo* y el *porqué*; cuáles son las condiciones de la existencia del placer, cuál es su utilidad.

I

Sobre el primer punto, desde la antigüedad hasta la época contemporánea, hay un acuerdo casi unánime y bien raro entre las diversas escuelas; el placer tiene por condición un acrecentamiento, el dolor una disminución de actividad. Empleo con intención esta fórmula vaga, porque resume las fórmulas particulares. Sería ocioso aún enumerar las principales. En el fondo, en un lenguaje que varía según los tiempos y las doctrinas, todos los autores dicen la misma cosa, empleando según el tipo de su espíritu una fórmula metafísica (Léon Dumont) física, fisiológica ó psicológica. Los intelectualistas mismos concuerdan con los otros: considerando la sensibilidad como una forma confusa de la inteligencia, dicen que el placer es un juicio confuso de perfección, y el dolor un juicio confuso de imperfección. Brevemente si se despoja á cada fórmula de las variantes que la adaptan á la filosofía particular de cada autor, hay un residuo común que en todas es lo esencial,

ros días, casi insensibles, y durante la primera semana poco sensibles á las picaduras de una aguja.

»Niños recién nacidos han sido, durante el primer día, pinchados con agujas finas en la nariz, en el labio superior, en la mano, bastante profundamente para hacer saltar una gota de sangre, y sin embargo, el niño no manifestó ningún síntoma de malestar: ni una vez se estremeció.» — (Preyer, *L'âme de l'enfant*, pp. 177 y 193.)

La historia de estas variaciones sobre un mismo tema sería monótona y sin provecho; es bueno, por tanto, notar que á medida que se avanza en nuestro siglo, la concepción teórica de los antiguos tiende á precisarse, á apoyarse sobre la experiencia y á hacerse legítimar por ella. Ya hemos visto más arriba las dos fórmulas—aumento, disminución—tomar cuerpo, traducirse en los cambios objetivos y observables de la nutrición, de las secreciones, de los movimientos, de la circulación y de la respiración.

Los experimentos de Féré «concuerdan perfectamente, nos dice él, para mostrar que las sensaciones agradables van acompañadas de un aumento de energía, mientras que las desagradables lo están de una disminución. La sensación de placer se resuelve, pues, en una sensación de potencia, la de disgusto en una de impotencia. Hemos, pues, llegado á la demostración material de las ideas teóricas emitidas por Bain, Darwin, Spencer, Dumont y otros (1)». Yo recuerdo que Féré ha aplicado sus investigaciones dinamométricas á todas las especies de sensación: al olfato, al gusto, á la visión modificada por cristales que tienen los principales colores del espectro; el rojo da una presión dinamométrica de 42, y desciende progresivamente á 20-17 con el violeta. Para las sensaciones auditivas encuentra que el equivalente dinámico está en relación con la amplitud y el número de las vibraciones. Iguales resultados para con los movimientos; el ejercicio del miembro inferior ó superior ejerce un influjo dinamogénico sobre el miembro correspondiente. Más todavía; una excitación, *no percibida por la conciencia*, una percepción latente, determina un efecto dinámico como la impresión consciente. Las alucinaciones sugeridas, agradables ó desagradables, van igualmente acompa-

(1) Féré, *Sensation et mouvement*, p. 64. Debe consultarse para el pormenor de los experimentos resumidos.

ñadas de acrecentamiento ó de disminución de la presión en el dinamómetro.

Si la fórmula «debilitación de la energía vital», de la cual hemos encontrado el caso extremo en la melancolía, no da lugar á ningún equívoco, no pasa lo mismo con la fórmula contraria: por eso algunos autores han pensado con razón que debe precisarse. El placer responde á un acrecentamiento de actividad; pero si se entiende por esto una mayor cantidad de trabajo producido, el placer resultaría de una *disminución* de la energía potencial del organismo, como lo ha hecho notar Léon Dumont, es decir, de un empobrecimiento, lo cual contradice la experiencia. Es menester, pues, entender este acrecentamiento de actividad en el sentido de que el trabajo producido no gasta más energía que las acciones nutritivas, intra-orgánicas, puedan producir; ó para emplear la fórmula de Grant-Allen: «el placer es el acompañamiento de una actividad sana en la medida de que no exceda el poder ordinario de reparación que el organismo posee (1).»

En fin, es menester notar que si toda sensación externa ó interna, cualquiera que sea su naturaleza, es una trasmisión de movimientos venidos de fuera, una aportación nueva para el sistema nervioso y el cerebro, *toda* sensación debería producir al principio un aumento de energía, á lo menos momentáneo. Féré, que ha previsto la posibilidad de esta objeción, admite siempre una excitación primitiva; «si hay casos en que los fenómenos de depresión parecen sobrevenir de golpe y existir solos, la observación es insuficiente (2)». Habría así una fase de aumentación muy corta, encubierta un momento después por la fase de disminución. Los fisiólogos, como hemos visto, tienden siempre á explicar el dolor por la intensidad de la sensación; pero

(1) Este punto ha sido bien discutido por Lehmann (*op. cit.* p. 205 á 208).

(2) *Pathol. des émotions*, p. 226.

si se tiene en cuenta su naturaleza, su cualidad, y sobre todo la susceptibilidad del sistema nervioso para ciertos modos de movimientos recibidos, nada impide que la pérdida sea inmediata.

Meynert, en su *Psychiâtrie*, es el único que ha intentado seguir más adelante en el camino de la explicación y de determinar el mecanismo que produce el dolor y el placer. Hé aquí su hipótesis en sus principales rasgos.

En cuanto al dolor, su teoría se resume en una acción de suspensión de dos categorías de reflejos: motores, vasculares. El estado penoso es la traducción en la conciencia de este mecanismo fisiológico.

1.º Reflejos motores. Supongamos un cosquilleo ligero en la mano de un niño dormido; como su sueño es bueno y el dolor es nulo, no hay más que una retirada suave de la mano. Supongamos una ligera picadura; á ésta siguen pocos movimientos, y limitados á una débil parte del cuerpo. Supongamos, en fin, un gran dolor, la extracción de un diente, una quemadura extensa sobre una gran porción de la piel, etc., y se producirán reflejos grandes y terribles en todas las partes del cuerpo, que pueden ser considerados (según nuestra opinión) como movimientos defensivos. Esto en cuanto á los hechos exteriores; ¿qué pasa en el interior?

Se sabe que la marcha es lenta en la sustancia gris (doce veces más que en la sustancia blanca, según Helmholtz). Cuando una excitación aumenta, como acabamos de ver, el número de grupos musculares puestos en movimiento, la resistencia y la trasmisión aumentan en la misma medida. «La sensación de dolor supone un movimiento reflejo y una suspensión de la conducción nerviosa en la sustancia gris de la médula espinal.» Este proceso de inhibición en grados variables es el que se siente en la conciencia como dolor.

2.º Reflejos vasculares. La excitación periférica tie-

ne también efectos reflejos sobre el sistema vaso-motor: contracción de las arterias espinales, de las carótidas, de las arterias cerebrales, y de aquí el síncope que acompaña frecuentemente á los dolores vivos y ese sueño (por anemia) que se ha observado más de una vez en los martirizados mientras sufrían la tortura. Esta constricción de las arterias produce un cambio químico, un *déficit* de oxígeno y de elementos nutritivos en las células de la corteza; la respiración de los tejidos se entorpece, y el estado del organismo se traduce psicológicamente por el dolor.

Al contrario, las excitaciones que contribuyen al bienestar del individuo van acompañadas de una libre transmisión de la fuerza nerviosa, de una dilatación vaso-motora, de una hiperemia de los centros nerviosos, y, en el orden motor, de «movimientos de agresión», como los cantos de los pájaros, el ladrido alegre de los perros y otras manifestaciones análogas en el hombre.

Meynert ha transferido su modo de explicación al dolor moral de una manera bastante vaga y apoyándose sobre la asociación de las ideas. No sería difícil adaptar esta hipótesis á las diversas formas de la pena, de la tristeza; pero con un mecanismo más complicado. El punto de partida no está en una percepción, sino en una representación. El fenómeno, no es de origen periférico, sino central; de suerte que parte del cerebro y vuelve á él, ó en términos psicológicos, comienza por un estado puramente intelectual y acaba por un estado de conciencia predominantemente afectivo. Si leyendo, por casualidad, en un periódico una lista necrológica, encuentro, sin género de duda, el nombre de un amigo, se produce en mí esto: que los otros nombres desconocidos desfilaban en mi conciencia como palabras vacías ó una simple percepción visual; bruscamente cambia todo: los movimientos reflejos y vasculares arriba descritos se producen, después la acción de suspensión de los centros medulares y cerebrales, cuya expresión

en la conciencia será la pena. Pero estos reflejos no son posibles más que si la palabra *leída* provoca la reminiscencia de muertes anteriores, es decir, de una suma de privaciones, de negaciones y de deseos fallidos—resultantes de experiencias acumuladas que surgen en montón, y que, conscientes, subconscientes ó inconscientes, obran.

Un alienista inglés, Clouston, que ha hecho una exposición crítica de esta doctrina de Meynert, la considera como la mejor en el estado actual de la fisiología nerviosa, aunque llena de lagunas, y después de todo, teórica más bien que experimental. Está en desacuerdo con diversos hechos; por ejemplo, en la cólera, que es un estado penoso, hay una afluencia sanguínea y movimientos agresivos (1). Por el contrario, concuerda con bastante número de manifestaciones observadas en las enfermedades mentales; por eso en el tercer grado de la parálisis general, una picadura causa un reflejo sin dolor, porque no hay ya poder de inhibición en la sustancia gris desorganizada. En la evolución de la melancolía, los pacientes tienen muchas veces, al principio, dolores puramente físicos (neuralgias, cefalalgias, etc.), los cuales desaparecen para cambiarse en estado melancólico, que desaparece á su vez cuando vuelven los dolores físicos. Los hechos diarios muestran que el dolor físico y el dolor moral no pueden coexistir con intensidad; una quemadura puede detener por un tiempo dado la melancolía, y se sabe lo que sucede á muchas gentes cuando entran en el gabinete del dentista. Parece que el organismo no tiene más que una capacidad limitada para el placer y para el dolor, y que el uno y el otro no pueden coexistir bajo su doble forma física y moral.

(1) *British Medical Journal*, Agosto 14, 1886, p. 319 y siguientes. Veremos más tarde que el mecanismo de la cólera no es tan simple como Clouston parece creer.

II

Se ha escrito mucho sobre la finalidad del placer y del dolor, pero procediendo de dos maneras bien distintas.

La primera, la de los teólogos y de los moralistas, es una explicación extrínseca; el placer es un atractivo, el encanto de la vida; el dolor es un maestro vigilante que nos advierte de nuestra propia desorganización. Ambos existen en nosotros por la gracia bienhechora de la Providencia ó de la Naturaleza; ambos tienen una causa trascendente.

La segunda, que no ha encontrado su expresión completa más que en la escuela evolucionista, es una explicación intrínseca. Esta se atiene al análisis de los hechos y muestra que el placer y el dolor tienen su *porqué* en las condiciones de existencia del animal, y, por consecuencia, que su causalidad es inmanente. Así entendido el problema del *porqué* es casi idéntico al del *cómo*: mecanismo y finalidad están cerca de confundirse.

Herbert Spencer, y después Grant-Allen, Schneider y otros, han mostrado bien que la asociación del placer y de lo útil, del dolor y de lo perjudicial, es una relación casi necesaria que deriva de la naturaleza de las cosas y que ha sido un factor importante para la supervivencia del más apto. Todo animal—con frecuencia no hay otra guía—persiste ordinariamente en lo que le causa placer, es decir, en un modo de actividad útil á su conservación; huye ordinariamente de lo que le causa dolor, que es el correlativo de las acciones perjudiciales: tiene dos buenos guías en el camino de la vida, para conservar y perpetuar su especie.

Si esta concomitancia fuera sin excepción, si siempre acompañara el placer á lo útil é inversamente, bastaría plantear la ley de las condiciones de existencia y

nada más. Pero las derogaciones de la regla son frecuentes y exigen un estudio crítico. Las unas son explicables, las otras me parecen irreductibles.

1.º Herbert Spencer nos desembaraza de un gran número de excepciones que son, de hecho, un resultado de la civilización. El hombre prehistórico (según él), estaba bien adoptado á su medio y á la vida de rapiña; pero cuando, bajo la presión de la necesidad, se ha producido el paso á la vida sedentaria y civilizada, el sér humano se ha encontrado mal adaptado. A las condiciones de existencia natural se han superpuesto las condiciones de la existencia social, constituyendo otro medio y exigiendo otras formas de actividad. En su consecuencia se han producido frecuentes desacuerdos que enumera ampliamente (1): supervivencia de tendencias de depredación difíciles de satisfacer, necesidad de un trabajo repugnante y monótono, exceso de trabajo compensado por excesos de placer, cosa tan frecuente en las grandes ciudades, etc. Todas estas intervenciones son la obra del hombre, de su lucha irracional contra la naturaleza, de su voluntad, de sus artificios. «En el caso de la especie humana se ha producido por largo tiempo un desarreglo profundo y complicado de la conexión natural entre los placeres y los actos aprobables, el dolor y los actos perjudiciales, desarreglo que oscurece tanto la conexión natural que es menester suponer algunas veces una conexión inversa». Spencer cree que la readaptación se hará á la larga: dejo este consuelo á los optimistas, sin participar de él.

2.º Además de estas excepciones debidas á la concurrencia de causas sociales, hay otras, de carácter individual que todavía pueden explicarse. Ciertos venenos son agradables y causan la muerte; una operación quirúrgica es dolorosa, pero útil; muchos sabo-

(1) *Principles of Psychology*, t. I, párrafos 125-127.

rean un *far niente* que los conduce á la ruina; es agradable vivir en el mundo de la pura fantasía, del cual se cae enervado é incapacitado de cumplir la tarea cotidiana. Muchos otros casos de este género se encuentran en la vida corriente. En todo esto no hay más que excepciones aparentes á la regla. La conciencia no revela más que el fenómeno *momentáneo* y, en estos límites, su veredicto es exacto; ella expresa los procesos que pasan en el organismo en el momento actual, como hemos visto por la euforia de los moribundos; pero no puede decir lo que seguirá. La explicación se reduce á la frase de Grant-Allen: ni el placer ni el dolor son profetas (1).

3.º Hay otros hechos que los partidarios de las causas finales pasan prudentemente en silencio y que algunos evolucionistas han intentado explicar.

Spencer hace notar (loc. cit., pár. 127), que mientras que el individuo es joven é infecundo todavía, su bien y el de la raza van á la par, pero cuando llega á la edad de la reproducción, se produce una escisión; frecuentemente el bien individual y el bien específico son totalmente opuestos. Muy á menudo, entre los invertebrados, la muerte de los padres es un resultado natural de la propagación. En la gran clase de los insectos, la más numerosa de todas las especies animales, el macho no vive más que hasta que engendra, y la hembra muere después de la postura. Hay que hacer pues, una restricción, dice el autor inglés.

Schneider, en su interesante obra *Freud und Leid*, inspirada en la hipótesis trasformista y en las ideas de Spencer, suprime la dificultad relacionando el placer y el dolor á las condiciones de existencia de la especie, no del individuo: el placer corresponde á una utilidad específica, y el dolor á un perjuicio específico. Esta

(1) Véase á Lehmann, *op. cit.*, pár. 201; Höfding, *Psychologie in Umrissen*, 2.ª edición, p. 380.

posición del problema es hábil pero arbitraria. El placer y el dolor son estados esencialmente subjetivos, individuales. No pueden tomar un carácter específico más que por generalización, es decir, á título de concepción de nuestro espíritu, la cual no tiene realidad y valor sino como extracto de los casos particulares.

Ateniéndonos al hombre y sin preocuparnos del antagonismo entre el individuo y la especie, hay casos en los que la reducción á la ley es bien difícil. Un grano de arena en un ojo, una neuralgia dentaria, causan un dolor cuya desproporción es enorme con el daño sufrido por el organismo. Por el contrario, la disolución de ciertos órganos esenciales á la vida se produce á menudo casi sin dolor. El cerebro puede ser cortado, cauterizado, casi sin sufrimiento; puede formarse una caverna en el pulmón, un cáncer en el hígado, sin que nada nos avise del peligro. El dolor, ese «centinela vigilante» de las causas finales, queda mudo y no nos informa más que cuando el mal es de larga fecha, profundo é irremediable. Más todavía; nos lleva con frecuencia al error sobre el sitio verdadero del mal; los ejemplos abundan de falsas localizaciones; una picazón de la nariz, es debida á las lombrices, una cefalalgia á un estado morbosos del estómago, un dolor del hombro derecho á una enfermedad del hígado; hay muchas otras de este género que los médicos han estudiado bajo el nombre de sinestias dolorosas ó sinalgias.

Schneider es, creo, el único que ha tratado de explicar estas derogaciones de la fórmula generalmente admitida (1), reduciendo el problema á las dos cuestiones siguientes: 1.^a El desenvolvimiento de una viva sensibilidad de los órganos internos, es decir, de una relación de causalidad entre sus lesiones y el sentimiento del dolor, ¿es posible en general? 2.^a Si este des-

(1) *Freud und Leid des Menschengeschlechts* (1883), p. 35 y siguientes.

envolvimiento hubiera tenido lugar, esta facultad de sentir las lesiones de los órganos internos como dolor, ¿podría ser un medio de protección como sucede con la piel?—Los órganos interiores no están en contacto más que con un medio interior casi uniforme; si se produce lo contrario, si las lesiones profundas los ponen al desnudo, se sigue ordinariamente la muerte, á lo menos en los animales y en el hombre primitivo; los progresos tardíos de la cirugía únicamente han permitido remediar estos accidentes. Si, por variación espontánea, se hubiera producido un caso de sensibilidad de los órganos internos, habría sido inútil, no se habría podido fijar, ni transmitir por la herencia, puesto que la lesión, al causar la muerte, habría hecho imposible toda evolución de esta cualidad. Por otra parte, aunque esta facultad sensitiva de los órganos interiores hubiera existido, quedaría inútil, puesto que no hubiera podido llegar á ser eficaz más que á condición de estar ligada á los movimientos de protección, de readquisición de órganos que, en razón misma de la constitución del animal, no pueden producirse. De hecho la sensibilidad está concentrada toda entera en las partes exteriores del cuerpo, que al protegerse á sí mismas protegen en la medida posible los órganos internos.

He insistido sobre las excepciones (ciertamente que no se producen sin causas, ya se acepten las de Schneider ú otras), porque hay gran tendencia á olvidarlas. La conexión del placer y de lo útil, del dolor y de lo perjudicial es una fórmula que debe su origen á los filósofos, es decir, á los espíritus que exigen ante todo y sobre todo la unidad. La psicología debe proceder de otra manera: confrontando sin cesar la fórmula con los hechos, inspeccionándolos por la experiencia, notando las excepciones. Se contenta con leyes empíricas que abrazan la generalidad, nunca la totalidad de los casos.

CAPÍTULO VII

NATURALEZA DE LA EMOCIÓN

Analogía de la percepción y de la emoción. — Elementos constitutivos de la emoción. — Exposición sumaria de la teoría de James-Lange. — Aplicación de esta teoría á las emociones superiores (religiosa, moral, estética, intelectual). — Confusión ilegítima entre la cualidad y la intensidad de la emoción. — Examen de un caso tipo: la emoción musical. — La más emocional de todas las artes es la que más depende de las condiciones fisiológicas. — Pruebas: su acción sobre los animales, sobre el hombre primitivo, sobre el hombre civilizado; su acción terapéutica. — Por qué ciertas sensaciones, imágenes, ideas, despiertan estados orgánicos y motores, y por consiguiente la emoción. — Van unidas á condiciones de existencia naturales ó á condiciones de existencia sociales. — Diferencias y semejanzas entre los dos casos. — Antecedentes de la teoría fisiológica de la emoción. — Posición dualista ó de relación de causa á efecto. — Posición unitaria; sus ventajas.

I

Al abordar la materia indicada en el título de este capítulo, pasamos de las manifestaciones generales de la vida afectiva (placeres y dolores) á sus manifestaciones especiales; descendemos de la superficie á las capas profundas para llegar al hecho fundamental é irreducible, que es la raíz de toda emoción; una atracción ó una repulsión, un deseo ó una aversión; más breve, un movimiento ó una suspensión de movimiento.

Ya, en la introducción, hemos notado el lugar de la

emoció en el desenvolvimiento de la vida afectiva, y más tarde, en la segunda parte de este libro, estudiaremos separadamente cada una de las emociones primitivas, con los caracteres propios que la determinan y la fijan; por el momento, no se trata más que de los caracteres generales que se encuentran en toda emoción.

Este término, en el lenguaje de la psicología contemporánea, ha reemplazado las palabras pasiones, afecciones del alma (*passiones, affectus animi*), usadas en el siglo XVII. Además de estar consagrado por el uso, tiene la ventaja de poner de relieve el elemento motor incluido en toda emoción (*motus, Gemüths-bewegung*). «Esta palabra es una inducción que resume la experiencia del género humano y el término conmoción, antes usado para designar estos fenómenos, expresa el hecho más claramente todavía» (Mandsley).

A primera vista y sin entrar en el análisis, toda emoción, aun la poco intensa, nos aparece como invadiendo el individuo entero y expresando, bajo su forma completa, lo que Bain ha llamado la ley de difusión. Exteriormente: movimientos de la cara, del tronco y de los miembros. Interiormente: modificaciones orgánicas numerosas que causa y domina la función orgánica por excelencia, la circulación. Los experimentos de Lombard, Broca, Bert, Gley, Mosso, Tanzi, etc., han mostrado que toda forma, sea cualquiera, de actividad del espíritu, vá ligada á un aumento en la circulación; pero ésta es siempre superior á la media cuando se produce una emoción. «La actividad emocional de una especie dada produce un aumento de temperatura en todas las regiones, es en general más rápida y más fuerte que la que proviene de la actividad intelectual» (Lombard). Mosso que, con experimentos muy conocidos, ha podido estudiar las más ligeras modificaciones de la circulación de la sangre, expone la conclusión de que «las emociones ejercen una acción mucho más manifiesta sobre la circulación cerebral que el trabajo inte-

lectual por muy grande que sea su energía».—La emoción no presenta solamente estos caracteres vagos y difusos, cada una de ellas es un complejo. Tomemos las más simples y más comunes, el miedo, la cólera, la ternura, el amor sexual: cada una de ellas es un estado complejo, un haz psico-fisiológico constituido por un grupo de elementos simples que difiere según cada emoción, pero que comprende siempre: un estado de conciencia particular, modificaciones particulares de las funciones de la vida orgánica; movimientos ó tendencias al movimiento, suspensiones ó tendencias á la suspensión de movimientos particulares. Toda emoción primaria es un complejo innato que expresa de una manera directa la constitución del individuo; las emociones son manifestaciones *organizadas* de la vida afectiva; son las relaciones del individuo en lo que toca á su conservación ó mejoramiento, á su ser ó á su bienestar. En cierto modo, las emociones primarias son análogas á las percepciones que exigen un organismo psico-fisiológico adaptado á una función especial en relación al mundo exterior; con esta diferencia, que la visión, la audición, la olfacción, etc., tienen su órgano propio, inalienable, mientras que el miedo, la cólera, etc., tienen un organismo difuso, cuyos elementos, combinados de una ú otra manera, llegan á ser el organismo de otra emoción diferente.

Se sigue de aquí que el estudio de las emociones, desde el punto de vista de la psicología pura, no puede dar resultado. La observación interior, por muy sutil que sea, no puede hacer más que describir el fenómeno interno y notar sus matices: no se apodera más que de una emoción sin cuerpo, de una abstracción. No hay ninguna manifestación de la vida psíquica, sin exceptuar las percepciones, que dependa más estrechamente que ésta de las condiciones biológicas. El gran mérito de James y de Lange es el de haber demostrado los dos al mismo tiempo, y de una manera independiente, la

importancia capital de los factores fisiológicos en la emoción.

No tengo la intención de exponer ampliamente la tesis de estos dos autores, aunque haya sido la que más ha contribuído desde hace mucho tiempo á la psicología de las emociones. Comienza á ser muy conocida, y en todo caso es fácilmente accesible (1). Reducida á lo esencial, puede resumirse en dos proposiciones principales:

1.^a La emoción no es más que la conciencia de todos los fenómenos orgánicos (exteriores é interiores) que la acompañan, y que son considerados generalmente como sus efectos; en otros términos, lo que el sentido común considera como los efectos de la emoción son precisamente su causa.

2.^a Una emoción difiere de otra emoción según la cantidad y la cualidad de estos estados orgánicos, según sus combinaciones diversas, no siendo más que la expresión subjetiva de sus diversos modos de agrupamiento.

Para tratar una cuestión científicamente, dice Lange, es necesario atenerse á notas objetivas: el estudio de los colores no llegó á ser científico hasta que Newton descubrió un carácter objetivo, la diferencia de refrangibilidad de los rayos coloreados. Hagamos otro tanto para las emociones; esto es posible. Cada una de ellas se traduce por gestos, aptitudes, fenómenos orgánicos, que se consideran secundarios, accesorios, consecutivos, cometiendo con ello un gran error; estudiándolos, sustituímos la introspección con un procedimiento objetivo de investigación. Como es conveniente empezar por lo sencillo, el autor se atiene «á algunas de

(1) El libro de Lange, *Sur les emotions*, apareció primero en dinamarqués, y fué traducido al alemán (1885) por el Dr. Kurella, y al francés (1895) por el Dr. G. Dumas. — W. James expuso su teoría primero en un artículo del *Mind* (1884), y más ampliamente en su *Principles of Psychology* (1890), t. II, cap. XXV.

las emociones más claras y mejor caracterizadas: la alegría, el miedo, la pena, la cólera, la timidez, la espera»; se ha abstenido de estudiar «aquellas en que los hechos físicos son poco salientes y poco accesibles».

Sigue una descripción minuciosa de las emociones ya enumeradas y de sus síntomas físicos, para lo cual remito á la obra citada. Generalizando, se ve que los fenómenos descritos son reductibles á dos grupos: 1.º Modificaciones de la inervación muscular; ésta disminuye en el miedo y la pena, y aumenta en la alegría, en la cólera y en la impaciencia. — 2.º Modificaciones vasomotoras: constricción en el miedo y en la tristeza, dilatación en la alegría y en la cólera. — Estos dos grupos ¿tienen la misma importancia, son primitivos por los mismos títulos, ó uno de ellos está subordinado al otro? En cuanto nos es posible responder, según el estado actual de nuestros conocimientos, dice Lange, los cambios vasculares deben ser considerados como primitivos, pues las más ligeras variaciones circulatorias modifican profundamente las funciones del cerebro y de la médula.

¿Cuál es la significación de todo esto para las emociones? Según la psicología corriente, un estado emocional sometido al análisis se descompone de la manera que sigue: 1.º un estado intelectual, percepción ó idea como punto de partida (una mala noticia, una aparición terrorífica, una injuria recibida); 2.º un estado afectivo, la emoción, tristeza, miedo, cólera; 3.º los estados orgánicos y los movimientos resultantes de esta emoción. Pero el segundo momento, la emoción así concebida, no es más que una entidad, una pura hipótesis. Ahora bien; para ser aceptable una hipótesis, debe explicar todos los fenómenos y ser necesaria para su explicación. Aquí no es este el caso. Hay en la vida normal y patológica emociones que no se derivan de ninguna idea, sino que, al contrario, la engendran: el

vino da la alegría, el alcohol el valor, la ipecacuana causa una depresión vecina á la del miedo, el haschich produce la exaltación, y las duchas la calman. Los asilos están llenos de enfermos, en los cuales la irritabilidad, la melancolía, la angustia, son «sin causa»; es decir, no resultan de ninguna percepción ó imagen. De este modo, tomamos en vivo la verdadera causa; está en la influencia física. Desembaracémonos, pues, de una hipótesis inútil, cual es la de una entidad psíquica — la emoción — que vendría á intercalarse entre la percepción ó la idea y los acontecimientos fisiológicos; é invirtiendo el orden admitido por el sentido vulgar, decimos: al principio un estado intelectual, después perturbaciones orgánicas y motoras, y después la conciencia de esas perturbaciones, que es el estado psíquico que llamamos nosotros la emoción.

W. James, de distinta manera y con otros argumentos, sostiene la misma tesis: «los cambios corporales que siguen inmediatamente á una percepción, y nuestra conciencia de estos cambios, en tanto que ellos se producen, es la emoción.» En contra del sentido vulgar, es menester decir: estamos tristes porque lloramos; sentimos la cólera porque golpeamos; tenemos miedo porque temblamos. Suprimid en el miedo los latidos del corazón, la respiración anhelosa, el temblor, el debilitamiento muscular, el estado particular de las vísceras; suprimid en la cólera la ebullición del pecho, la congestión de la cara, la dilatación de las narices, el rechinamiento de dientes, la voz cortada, las tendencias impulsivas; suprimid en la pena las lágrimas, los suspiros, los sollozos, la sofocación, la angustia; ¿qué queda? Un puro estado intelectual, pálido, incoloro, frío. Una emoción descorporalizada (*disembodied*) es un no ser.

Esta es sin duda una hipótesis sin prueba decisiva. El experimento *crucial* no podría ser suministrado más

que por un hombre atacado de anestesia total, externa ó interna, sin parálisis: ¿experimentaría todavía alguna emoción? El caso es irrealizable absolutamente; James no ha encontrado más que tres que se aproximen, de los cuales uno es muy conocido, el de Strumpell: los sujetos son apáticos; pero la vida emocional no está totalmente ausente; Strumpell ha notado la sorpresa, el miedo y la cólera en algunas ocasiones (1).

Renunciemos á la experiencia positiva y decisiva. La tesis tiene por sí misma un giro tan paradójico, que se le hacen muchas objeciones.

1.^a ¿Hay pruebas reales de que ciertas percepciones producen, por un influjo físico inmediato, efectos corporales anteriores á la aparición de la emoción? Seguramente. La lectura de una poesía, una narración heroica, la música, pueden evocar instantáneamente un estremecimiento de todo el cuerpo, latidos cardiacos, lágrimas. Frotad dos pedazos de acero, uno contra otro, y se exasperará toda la organización nerviosa. Ya se sabe que sólo la vista de la sangre produce desmayos á ciertas personas. Finalmente, James alega los casos patológicos mencionados anteriormente por Lange, en que «la emoción no tiene objeto»; es decir, depende evidentemente de una causa puramente física.

2.^a Si la teoría es cierta, al producir voluntariamente las manifestaciones de una emoción especial, debemos suscitar la emoción misma. — En la mayoría de los casos este criterio es inaplicable, porque la mayor parte de los fenómenos orgánicos que manifiestan la

(1) Después de la publicación del libro de James, el Dr. Berkeley ha dado cuenta en el *Brain* (IV, 1892) de dos casos de anestesia general cutánea y sensorial: los sujetos son apáticos; se ha comprobado la vergüenza, la pena, la sorpresa, el miedo y la repulsión «como sustituto de la cólera.» — El Dr. Sollier, en un artículo de la *Revue philosophique*, Marzo 1884, ha dado cuenta de experimentos hechos sobre sujetos en estado de hipnotismo profundo, en los que está abolida, por congestión, la sensibilidad periférica y visceral; llega á la misma conclusión de James y de Lange.

emoción no pueden producirse á voluntad; luego la experiencia es parcial. Sin embargo, en la medida en que es posible, corrobora la hipótesis, más bien que la debilita. Permaneced mucho tiempo sentados en una actitud melancólica, y la tristeza se apoderará de vosotros. Si estáis tristes, tomad una actitud alegre, mezcláos con una sociedad alegre, y dejaréis la tristeza en el camino. Se objeta que muchos actores ofrecen en su papel la perfecta apariencia de una emoción, y no la experimentan. James da los resultados de una curiosa investigación sobre este punto, practicada en América: las respuestas no están acordes; unos dicen que trabajan con el cerebro, otros con el corazón; los unos experimentan la emoción de su personaje, los otros no. Parece que James hubiera podido mencionar lo que se verifica en ciertos hipnotizados: si se da á sus miembros la actitud de la oración, de la cólera, de la amenaza, del amor (lo que constituye una sugestión por el sentido muscular), se evoca la emoción correspondiente.

3.^a La manifestación de una emoción, en lugar de aumentarla, la hace desaparecer; así, un abundante raudal de lágrimas disminuye la pena.—Esta objeción no distingue entre lo que se siente *durante* la manifestación y lo que se siente *después*. La emoción se experimenta siempre mientras persiste la manifestación; pero cuando se agotan los centros nerviosos, naturalmente sobreviene la calma. ¿No se dice de ciertos hombres que sentirían más si no fuesen tan «demostrativos»? Es que la exuberancia de su modo de expresión los agota rápidamente, y no permite que dure la emoción, mientras que un temperamento bilioso, que no se gasta, queda como un «volcán dormido».

Sólo he tomado de James y de Lange lo que era estrictamente necesario para hacer comprender su teoría. Declaro que la acepto en el fondo, pero sin admitir la posición dualista que parecen haber adoptado. Me explicaré sobre este punto en la continuación

de este capítulo; por el momento sólo nos queda demostrar que la teoría fisiológica se aplica al dominio entero de la emoción.

II

Hemos visto, en efecto, que Lange se refiere expresamente á algunas emociones simples, y rehusa aventurarse más lejos. W. James concentra su esfuerzo sobre las emociones burdas (*coarse*); las otras (*the subtler emotions*) sólo las menciona de paso, y se limita á algunas observaciones sobre la emoción estética. Me parece, sin embargo, necesario tratar este objeto de otro modo que por preterición. En efecto, los adversarios (y son numerosos) han sostenido que la teoría fisiológica, aceptable en rigor para las formas inferiores de la emoción, se hace insuficiente á medida que nos elevamos, y que cualquier intento para aplicarla á las formas superiores daría lugar á un fracaso.

Es preciso, ante todo, entenderse sobre el valor de estos términos, inferior y superior, burdo y fino; sólo pueden significar grados en la evolución. Las emociones inferiores ó burdas se han llamado también «animales», porque son comunes al hombre y á la mayor parte de los animales. Las emociones superiores ó finas son propiamente «humanas», aunque se encuentran en germen en los animales más elevados.

Las primeras están ligadas á sensaciones y percepciones ó á sus representaciones inmediatas; tienen una relación estrecha y directa con la conservación del individuo ó de la especie. Las segundas van unidas á imágenes cada vez menos concretas, ó á conceptos; tienen una relación más vaga ó indirecta con las condiciones de existencia del individuo ó de la especie.

Se puede decir además, que inferior es sinónimo de primitivo, sencillo; que superior es sinónimo de derivado, complejo. ¿Cómo se produce el paso de las formas

inferiores á las formas superiores? Por el momento no importa saberlo, basta consignar que se verifica (1).

En resumen, de igual modo que en el orden intelectual hay una escala ascendente que conduce desde lo concreto hasta las formas inferiores, después medias y después superiores de la abstracción; igualmente en el orden afectivo hay una escala que sube desde el miedo ó la cólera, hasta las emociones más ideales, y de la misma manera que el concepto más elevado conserva la señal de los concretos de donde procede, á menos de ser sólo una palabra vacía, así los sentimientos más etéreos no pueden perder totalmente los caracteres que hacen de ellos una emoción, so pena de desaparecer como tal.

No insistiré sobre estas notas teóricas; la observación directa de los hechos es preferible y responde más claramente.

Las formas superiores verdaderamente humanas de la emoción, se pueden reducir á cuatro grupos: sentimiento religioso, moral, estético é intelectual. Aunque los caracteres somáticos que acompañan á cada uno de ellos deben observarse con el mayor cuidado en la segunda parte de esta obra, es necesario desde ahora y de antemano señalar los principales. Sobre todo hay que ponerse en guardia contra el error común, que consiste en buscar la emoción donde sólo queda su supervivencia y su sombra. Por ejemplo, si se toman las formas más intelectualizadas del sentimiento religioso ó estético, costará mucho trabajo encontrar las condiciones fisiológicas de su existencia. No hay nada que deba asombrarnos; en este caso no tenemos más que un abstracto ó extracto de emoción, una simple señal, un esquema emocional, un sustituto afectivo equivalente á los sustitutos intelectuales que ocupan el lugar de lo concreto. Lo que hay que estudiar es la

(1) Véase más adelante, 2.^a parte, c. VII.

emoción verdadera, experimentada, no recordada pobremente, reducción pálida de lo que *ha sido* una emoción.

1.º El sentimiento religioso, quizá más que ningún otro, va unido á condiciones fisiológicas, porque está estrechamente ligado al instinto de conservación, á la salvación, cualquiera que sea la forma en que el creyente la conciba. La *intensidad* de la emoción es lo único que nos importa; su cualidad es cuestión de apreciación crítica; nosotros tomamos el hecho en bruto, observable, legítimo ó no. Ahora bien, el creyente, cualquiera que sea su grado de cultura, cualquiera que sea su religión, en el momento que experimenta la emoción ¿no tiene el estremecimiento, la palidez, el *sacer horror*, el aniquilamiento, que puede convertirse en desfallecimiento, la actitud prosternada? Los místicos, ¿no han descrito mil veces la perturbación violenta que los agita, la tempestad interior que los estraga, hasta que, restablecida la calma, se expresan en un lenguaje que recuerda muy á menudo el del amor sexual? La calificación de histérico, dada con ó sin razón á muchos de ellos, se apoya en los síntomas físicos descritos. Y los procedimientos empleados para suscitar, reavivar ó reforzar la emoción religiosa, desde el vino de las bacanales antiguas hasta los ruidosos conciertos del «Ejército de salvación» ¿no tienen una acción directa y fisiológica sobre los órganos? ¿Y la acción de los ritos, que sólo son la expresión fija de una forma particular de creencia? Y los milagros que se producen en todas las religiones, en los que tienen «la fe que cura.» ¿no se verifican en el organismo? Se llenarían largas páginas con sólo la enumeración de las condiciones materiales que envuelven, sostienen ó evocan el sentimiento religioso tal como se ve que existen *en realidad*, actualmente ó en la historia. Nada más quimérico que concebir la emoción religiosa como un acto puro, como una

entidad psicológica que existe en sí misma y por sí misma, independientemente de sus concomitantes fisiológicos. Suprimid todos estos; ¿y qué queda? Una pura idea, fría y descolorida. Es evidente que los factores fisiológicos que brillan tan vivamente en la emoción intensa, se atenúan por efecto del temperamento, de la repetición, de la rutina; pero en la misma medida también la emoción se debilita y se atenúa; una alta *concepción* religiosa y una profunda *emoción* religiosa son dos fenómenos psíquicos muy diferentes: en otra parte insistiremos sobre este punto.

2.º La emoción moral no debe confundirse tampoco con la idea moral. La noción abstracta de justicia, de deber, de imperativo categórico, obra sobre unos y carece de influjo sobre otros. La emoción moral, no facticia y convencional, sino realmente sentida y experimentada, es una sacudida y un arrastramiento; se traduce siempre por movimientos interiores y exteriores; obra como un instinto. La simpatía, que nos pone al unísono con los demás, que nos hace sentir su bien y su mal, es (ya lo veremos más tarde) una propiedad de la vida animal que exige imperiosamente condiciones fisiológicas, y no puede existir sin ellas; ahora bien, el papel de la simpatía en la génesis de las emociones no es dudoso. El que corre para detener á un ladrón ó á un asesino — cuando ha sido simple testigo y no ha sido robado ni atacado—¿no es presa de una conmoción fisiológica? En las explosiones del amor maternal, en los actos de abnegación brusca, ¿no hay un *raptus* que sacude á todo el individuo de pies á cabeza? Si estos hechos, entre tantos otros, no bastan, considérese lo que se verifica en las masas populares en fermentación, en ciertos casos de la psicología de las multitudes. «Si en la palabra moralidad hacemos entrar la aparición momentánea de ciertas cualidades (1), tales

(1) G. Le Bon, *Psychologie des foules*, p. 46 y siguientes.

como la abnegación, el sacrificio, el desinterés, el sacrificio de sí mismo, la necesidad de equidad, podemos decir que, á veces, las multitudes son susceptibles de una moralidad muy alta..... mucho más elevada que la de que es capaz el individuo aislado. Sólo las colectividades son capaces de grandes desintereses y de grandes sacrificios.» Pero en este estado de aumento enorme de la emoción moral, ¿es creíble que los factores fisiológicos sean despreciables? ¿No son los vehículos naturales y necesarios del contagio moral?

3." Seré breve en cuanto á la emoción intelectual, porque es rara y ordinariamente templada. Sin embargo, cuando surge con los verdaderos caracteres de la emoción intensa, no se aparta de la regla. Ni la investigación ni el descubrimiento de la verdad pura apasionan á la mayoría de los hombres, como tampoco se afligen de estar privados de ella; pero los poseídos por este demonio le pertenecen en *cuerpo* y alma. Su emoción no es más independiente que otra de las condiciones fisiológicas; la biografía de los sabios da ejemplo de ello á voluntad: los perpetuos sufrimientos físicos de Pascal, Malebranche sofocado por las palpitaciones del corazón al leer á Descartes, Humphry Davy bailando en su laboratorio después de descubrir el potasio, Hamilton sintiendo bruscamente «como si se cerrase un circuito galvánico» en el momento en que descubre el método de los cuaterniones, etc. No hay necesidad de subir más; la vida corriente suministra á cada instante ejemplos que no por ser prosáicos prueban menos. El instinto de la curiosidad es la raíz de toda emoción intelectual, por trivial ó por alta que sea; ahora bien, el que vigila y espía la conducta de su vecino y los mil pequeños detalles de su vida, cuando se frustra su curiosidad pueril, ¿no experimenta la angustia *física* del deseo no satisfecho?

4." A creer á ciertos refinados, la emoción estética tendría el privilegio de moverse en el dominio de la

contemplación pura. Esta afirmación está fundada en el error señalado anteriormente, que consiste en no tener en cuenta más que la *cualidad* de la emoción, y no su intensidad. Es una emoción de crítica, purificada, sublimada, despojada en la medida posible de su resonancia somática, con la que sustituyen á la emoción verdadera y primitiva, de la cual han salido todas las demás, y que ellos han experimentado en su origen, como el resto de los hombres, porque ni los más delicados pueden comenzar por el fin. Es una manera abstracta de sentir que sustituye á la manera concreta. W. James hace excelentes observaciones sobre este punto, y á ellas remitimos al lector (*op. cit.*, p. 468 y siguientes). La emoción estética completa, sin acepción de su cualidad, no exige siempre una gran cultura. El hombre primitivo que, junto con sus compañeros, se emborracha con su danza y sus cantos, se embriaga de sonidos y movimientos; el espectador cándido, que se conmueve todo por la representación de un melodrama burdo; el campesino español, que contempla su iglesia resplandeciente de adornos *rococo* y de santos extravagantemente vestidos: todos estos tienen la emoción concreta que sacude, hace palpitar el corazón, reír ó llorar, gritar, gesticular.

Por lo demás, basta recordar las investigaciones inauguradas por Fechner en su *Vorschule der Aesthetik*, y continuadas después, sobre todo en Alemania, bajo el nombre de «estética elemental» (1), que ponen tan bien de relieve el papel del elemento sensorial en la génesis del placer y el dolor estéticos. Vamos á resumirlas en dos palabras. Hay en la constitución del sentimiento estético dos factores: uno directo, ligado con las sensaciones y percepciones; otro indirecto, uni-

(1) Wundt, *Physiolog. Psychologie*, cuarta edición (alemana), capítulo XX; Külpe, *Grundriss der Psychologie*, p. 257, párr. 38; J. Jully, *Sensation and Intuition*, segunda parte; Grant Allen, *Mind*, July, 1879, art. SYMMETRY.

do á las representaciones (imágenes y asociaciones de ideas); uno ú otro predominan según las artes: el factor directo en la música y las artes plásticas, el factor indirecto en la poesía. El factor directo, por su definición misma, depende del organismo. Los colores no son simples sensaciones: tienen un tono afectivo que les es propio. Según Wundt, el blanco inspira la alegría, el verde un gozo tranquilo, el rojo responde á la energía ó la fuerza, etc. Se puede admitir ó no estas determinaciones (Scripture da otras); varían probablemente de un individuo á otro; pero el principio permanece inatacable. Los experimentos de Féré, citados anteriormente sobre los colores excitantes y depresivos, van en el mismo sentido. Igual ocurre con los sonidos: según que son graves, agudos ó medios, producen una disposición particular. — Si de la simple sensación pasamos á las percepciones, la acción física directa no es dudosa: en el arreglo de los colores, en los fenómenos de contraste, en los contornos y formas de ciertas líneas, en el placer innato de la simetría, de la regularidad; en el ritmo, la medida, la cadencia, en la percepción de la armonía y de las disonancias, etc. — A la verdad, los autores citados han insistido más bien sobre la acción sensorial que sobre las modificaciones orgánicas y motoras que la acompañan; pero siempre queda indiscutible que el sentimiento estético está necesariamente ligado á condiciones fisiológicas.

Puesto que la tesis que sostenemos es que la intensidad de las emociones, aun las superiores, está en razón directa de la cantidad de sucesos fisiológicos que la acompañan, me propongo en lo sucesivo examinar una sola separadamente, pero con algunos detalles.

¿Cuál es la más emocional de todas las artes? La música. No hay duda posible en la respuesta, excepción hecha de los que son refractarios á su acción, y que deben ser recusados. Ningún arte tiene una potencia de penetración más profunda, ninguna puede tra-

ducir matices de sentimiento tan tenues que se sustraen á cualquier otro modo de expresión: esto se admite por unanimidad.

El arte más emocional ¿es también el más dependiente de las condiciones fisiológicas, como lo exige nuestra tesis? Sí; y para demostrarlo, son tan numerosas las pruebas de hechos, que sólo hay la duda de la elección. Dejemos á un lado todo elemento intelectual, las representaciones vagas ó claras que evoca la música; apartemos todas las disertaciones metafísicas sobre su naturaleza y su revelación del infinito, ó sobre su origen en la especie humana, para referirnos sólo á su aspecto físico y afectivo y apercibir su lazo de unión.

Ante todo la música obra sobre muchos animales. Aunque se encuentran sobre este punto desde la antigüedad, «cuentos de nodriza» y anécdotas maravillosas, queda, excepción hecha de historias apócrifas, un gran número de observaciones ó de experimentos que se deben considerar como exactos; se los encontrará en diversos músicos ó musicógrafos (Grétry, Fétis, etc.). Los perros, los gatos, los caballos, los lagartos, las serpientes, las arañas, sin hablar de muchos pájaros, son los ejemplos citados con más frecuencia. Se han mencionado muchas veces experimentos hechos en el Jardín de plantas de París, en particular sobre los elefantes; son variados y concluyentes (1). ¿Hay que deducir de esto que estos animales son melómanos? Algunos autores parece que no tienen duda sobre este punto, porque tienen una tendencia natural á despreciar el lado físico del fenómeno y á interpretarlo en un sentido casi humano. Es mucho más verosímil que las sensaciones de sonido y de movimiento (el ritmo al cual son muy sensibles los animales) obran directamente sobre el or-

(1) Se los encontrará en Beauquier, *Philosophie de la musique*, p. 65.

ganismo é indirectamente sobre las funciones vitales y producen un estado físico de placer ó de dolor; quizá en los más elevados, como el elefante, un cierto estado afectivo que se parece á la emoción. En una palabra, la música obra como una quemadura, como el calor, el frío ó un contacto acariciador. He consultado sobre este punto á escritores de reconocida competencia en la psicología musical. «Las consonancias ó disonancias relativas, compuestas de terceras mayores ó terceras menores, me escribe M. Dauriac, producen en el organismo efectos agradables ó dolorosos independientemente de toda impresión ó de todo juicio estético.» M. Stumpf ha tenido la bondad de contestarme en una larga carta, muy documentada, en la cual deduce que «der Grund hiervon dürfte ein rein physiologischer sein».

Pasemos al hombre primitivo. La cuestión no es tan sencilla, pero el elemento físico continúa preponderando. La música casi consiste sólo en el ritmo, marcado por instrumentos groseros y ruidosos, cuyo principal efecto es aumentar la conmoción del sistema nervioso. Los aborígenes de América pueden, durante cuatro horas consecutivas, embriagarse con sonidos medidos, sin ninguna significación melódica. En diversos pueblos, los adivinos, los brujos emplean el tambor para producir en sí mismos una especie de éxtasis (1) es una verdadera intoxicación por el sonido y sobre todo por el movimiento, ó sea un estado afectivo suscitado directamente por sensaciones externas ó internas: aquí asistimos á la génesis de la emoción.

El hombre civilizado es sensible á la música (salvo las excepciones) en grados diversos, desde el hombre del pueblo que prefiere como el salvaje los aires muy rítmicos, hasta el más refinado melómano; pero para todos el primer efecto es físico. «La vibración musical

(1) Para los detalles sobre este punto consúltese la interesante obra de Wallaschek. *Primitive Music*.

no es más que una manera particular de percibir la vibración universal, la música de la vida que anima á todos los seres y á todos los cuerpos, desde el más ínfimo hasta el más elevado. Desde este punto de vista, el arte musical puede llamarse el arte por excelencia de la sensibilidad, porque regula el gran fenómeno de la vibración, en el cual se resumen todas las percepciones exteriores, porque lo trasporta desde el dominio inconsciente donde se hallaba oculto, hasta el dominio de la conciencia (1).» La música obra sobre el sistema muscular, sobre la circulación, la respiración y sus anejos. Los sonidos intensos (bombo, timbales) producen una sacudida en todo el cuerpo; los sonidos sobreagudos causan contracciones musculares; yo conozco una música á quien una disonancia muy fuerte producía convulsiones. Añádanse los efectos muy conocidos de horripilación, estremecimientos en la espalda, en el cuero cabelludo, sudores súbitos, cosquilleo, constricción en el epigastrio. Grétry había ya notado que el pulso es sensible á la medida, y ha referido muchas observaciones hechas sobre él mismo, en que las pulsaciones se retardan y se aceleran, según los movimientos de un canto interior. No se acabaría nunca de enumerar los efectos puramente físicos de la impresión musical.

Lo que se deduce de aquí es que mientras ciertas artes despiertan primeramente ideas que dan á los sentimientos una determinación, ésta obra inversamente. Crea disposiciones dependientes del estado orgánico y de la actividad nerviosa, que traducimos por las palabras vagas: alegría, tristeza, ternura, serenidad, tranquilidad, inquietud; sobre este bastidor el intelecto borda á su gusto, según los individuos.

Se podría ir más lejos y pasar de lo general á lo particular. Si la música crea, por sus efectos sobre el organismo, disposiciones, situaciones afectivas momen-

(1) Beauquier, *op. cit.*, p. 53.

táneas, la diferencia de las voces, de los instrumentos, de los timbres, debe despertar disposiciones diferentes y especiales: esto no se discute. La tonalidad de una pieza debe obrar igualmente; cosa que es admitida todavía por muchos compositores. Es cierto que apenas se ponen de acuerdo sobre la determinación y la significación de cada tono, y que se descubrirían en ellos desacuerdos muy divertidos. (Así el tono de *mi bemol*, que para Gevaert es potente, magestuoso, para Grétry indica una catástrofe futura.) Aquí más que en cualquier otra parte perjudica el exceso de determinación.

Una última observación sobre los efectos físicos de la música, es su acción terapéutica. Sabemos por numerosos testimonios que era conocida en la antigüedad. Desde los médicos griegos hasta Leuret, que la empleaba en su tratamiento moral de la locura, sería larga la historia de las curas que se le atribuyen. Un fisiólogo ruso muy conocido, Tarchanoff, ha preconizado y aconsejado recientemente su empleo racional en los desórdenes del sistema nervioso; pero no obra por influjos ocultos, misteriosos, espirituales; obra físicamente, y es un caso de la medicina vibratoria. Las investigaciones de Boudet, de París, de Mortimer Granville, de Buccola, de Morselli, de Vigouroux, dan pruebas de ello.

Aunque hay otras muchas cosas que decir sobre este punto, esto basta para demostrar que la más emocional de las artes es la que depende más rigurosamente de las modificaciones del organismo, cosa que me ha parecido un argumento de hecho, que no es despreciable, en favor de la teoría fisiológica de la emoción (1).

(1) Gurney, en una crítica de la hipótesis de James (*Mind*, IX, 425), dice: «Hay muchas piezas de música cuya representación silenciosa (es decir, la pura audición interior en la lectura de las notas) me ha producido tanta emoción como su ejecución por la mejor orquesta; en este último caso, casi exclusivamente, mi emo-

III

Acabamos de demostrar que las formas llamadas superiores de la emoción no se sustraen á la necesidad de las condiciones fisiológicas; pero hay otra cuestión que queda oscura y como en suspenso, y que debe dilucidarse en razón de su importancia. La cuestión es esta: ¿por qué ciertas sensaciones internas ó externas, ciertas imágenes, ciertas ideas, tienen el privilegio de suscitar ciertos estados orgánicos y motores, y por consiguiente la emoción? ¿Cómo se establece este lazo, este *nexus*? Porque la experiencia nos enseña que no es necesario. En el mismo individuo, la misma percepción, la misma idea, pueden en un caso despertar una emoción, y en otro no suscitar nada. En otros términos: hay percepciones, imágenes y conceptos que permanecen siendo estados puramente intelectuales, sin ningún acompañamiento afectivo, por lo menos accesible á la conciencia, y los hay que en seguida quedan envueltos y como sumergidos en la emoción que provocan. Nótese que la cuestión se presenta siempre, cualquiera que sea la opinión que se adopte sobre la génesis de la emoción. Según la opinión corriente, el orden es este: estado intelectual, estado afectivo, estados orgánicos. Según la hipótesis fisiológica, el orden es este: estado intelectual, estados orgánicos, estado afectivo. Al pasar de una tesis á la otra, el problema sólo sufre una variante: ¿por qué un cierto estado intelectual va á veces acompañado de un estado afectivo y otras no? Esto en cuanto á la primera tesis. Por lo que toca á la segunda: ¿por qué un cierto estado intelectual va acompañado de modificaciones orgánicas y motoras, y á veces no?

ción se ha asociado al estremecimiento y otros fenómenos físicos.» James me parece que ha respondido á esta objeción (*Psych.*, II, páginas 469-470), que, en mi opinión, se refiere al problema de la memoria afectiva, que examinaremos más adelante.

La respuesta es la misma en los dos casos: el estado intelectual va acompañado de un estado afectivo siempre que hay una relación directa con las condiciones de existencia, naturales ó sociales, del individuo. — Para justificar esta proposición debemos examinar sucesivamente estas dos formas de condiciones de existencia.

Primer período. Sensaciones ó imágenes unidas á las condiciones de existencia naturales.

Se trata de una cuestión de génesis: debemos, pues, comenzar por los fenómenos más humildes. El sentido primordial, el único en ciertos animales, es el tacto unido á las sensaciones internas. Obsérvese que, en su origen, el «conocimiento», que consideramos en su grado más bajo, sólo tiene un valor *práctico*; la sensación es un monitor, una ayuda, un instrumento, un arma que sólo tiene un fin único, la conservación del individuo, y que está por completo subordinada á este fin: sin esto, sólo es una manifestación inútil, un lujo. El *nexus* entre la sensación y las reacciones orgánicas y motoras es, pues, innato; es decir, que resulta de la constitución misma del animal: si falta, las condiciones de existencia faltan también. El tejido primordial, dice Spencer, se debe afectar distintamente, según que está en contacto con materias nutritivas (ordinariamente solubles) ó con materias no nutritivas (ordinariamente insolubles). «La contracción, por medio de la cual un rizópodo absorbe un fragmento de materia asimilable, está causada por un comienzo de absorción de esta materia»; es decir, que contacto y absorción todo es uno. La acción de ciertos agentes va seguida de un movimiento de retirada, ó por el contrario, de movimientos propios, para asegurar la continuación de la impresión. «Estos dos géneros de movimiento son respectivamente los fenómenos y las señales del placer y del dolor. El tejido obra, pues, de modo que asegure el placer y evite el

dolor, por una ley tan física y natural como aquella por la cual una aguja imantada se dirige hacia el polo ó un árbol hacia la luz.» Sin indagar si hay placer y dolor — lo que es una pura hipótesis — hay, por lo menos, fenómenos objetivos que denotan, entre la sensación y los movimientos de expansión ó retracción, un lazo de utilidad.

Subiendo desde estos organismos inferiores á los que están provistos de varios sentidos, no cambia nada. Cada orden de sensación obra lo mismo. El animal está mejor informado, y por consiguiente, mejor guardado y mejor armado; esto es todo. Por último, cuando ciertas imágenes (es decir, recuerdos de placeres y dolores experimentados) suscitan un estado emocional, el mecanismo sigue siendo el mismo y tiende hacia el mismo fin. No sin razón, pues, hemos asimilado anteriormente cada forma de emoción primaria á un organismo psicofisiológico adaptado á un fin particular.

Es inútil pasar revista á las emociones primarias y demostrar que la sensación, la percepción ó la imagen no producen perturbaciones orgánicas y motoras sino cuando está interesada la conservación del individuo ó de la especie. El estado intelectual (sensación, percepción ó imagen) puede producir instintivamente, es decir, por un mecanismo innato, la inmovilidad, el estrechamiento, el replegarse sobre sí mismo, la huída — el miedo; ó por el contrario, los movimientos ofensivos, el ataque — la cólera; ó movimientos de atracción, acompañados de los fenómenos particulares á cada especie — el amor sexual.

En resumen, todo suceso de este género, reducido á su más sencilla expresión, consiste: 1.º En un hecho intelectual, análogo á un resorte, que conmueve toda la máquina; 2.º Una reacción inconsciente, semiconsciente ó consciente del instinto de conservación, no siendo éste de ninguna manera una entidad, como ya se ha dicho, sino el organismo mismo bajo un aspecto dinámico.

2.º período. *Percepciones, imágenes ó ideas, ligadas con las condiciones de existencias sociales.*

Hasta aquí sólo hemos considerado la reacción emocional en sus relaciones con la naturaleza, es decir, con el medio ambiente físico. Su dominio es mucho más extenso; en el hombre y en muchas especies de animales, está adaptada al medio social. En el fondo, el mecanismo es el mismo. Una percepción, una imagen ó una idea suscitan una emoción porque tienen una relación directa ó indirecta (en este último caso, la relación es concebida, inducida, deducida) con las condiciones sociales del individuo. El yo natural tiene sus necesidades y sus tendencias; lo mismo pasa con el yo social, injertado sobre el otro, ó más bien formando una sola unidad con él; por consiguiente el mecanismo se pone en juego en mayor número de ocasiones: la circunferencia se extiende, pero el centro sigue siendo el mismo.

Nótense las diferencias entre los dos períodos. Hay en éste: 1.º Una preponderancia de las representaciones y de los conceptos, es decir de las formas superiores del conocimiento. 2.º En lugar de una asociación natural, innata, entre ciertas percepciones y ciertas reacciones emocionales—asociaciones que se pueden llamar anatómicas, pues están fijadas en el organismo del individuo,—hay asociaciones secundarias, adquiridas, fijadas con menos solidez, á veces enteramente artificiales que resultan de la experiencia, de la educación, del hábito, de la imitación. A continuación van algunos ejemplos, á título de aclaración y para evitar las repeticiones.

El sentimiento de la propiedad se deriva de una condición de existencia natural, la nutrición. Se manifiesta al principio bajo la forma de una provisión en algunos animales, que reservan alimentos para el porvenir. En el hombre primitivo se extiende á los vestidos, á las armas, á la gruta, ó á la caverna que habita; más tarde, con la vida nómada, á los rebaños; después, á los pro-

ductos agrícolas, al oro, á la plata, al papel moneda, y, finalmente, á esa cosa impalpable y hecha toda de opinión que se llama el crédito. Así reviste poco á poco un carácter social. El conocimiento de cualquier pérdida ó ganancia, actual ó posible, produce en el individuo una emoción, porque le muestra que su adaptación á las condiciones sociales disminuye ó aumenta.

El sentimiento del amor propio (*self feeling*) es innato, primitivo. Trasportémonos á una sociedad en que las cuestiones de rango, de precedencia, de etiqueta, tienen una importancia capital, en una monarquía aristocrática como la de Luis XIV, y veremos qué efervescencia de emociones se produce á propósito de un acontecimiento fútil y sin alcance para nosotros. Leed las *Memorias* de Saint-Simon: se quieren conceder indebidamente á un cortesano los privilegios de un duque y un par, y á su mujer un taburete junto á la reina. Escandaliza, se indigna, prodiga visitas incesantes, forma coaliciones, remueve á los ministros y al Parlamento, y, finalmente, goza de su victoria. Por facticia y pueril que parezca esta agitación, su emoción resulta del mismo mecanismo fisiológico que las emociones más sencillas, el instinto de conservación de su persona, no de su yo natural, sino de su yo cortesano del gran rey. Si fracasa queda afectado, disminuído, empequeñecido en sus condiciones de existencia sociales.

El caso de Malebranche, citado anteriormente, á quien el *Traité de l'homme* de Descartes, «causó palpitations de corazón tan violentas, que se veía obligado á dejar el libro á cada momento para respirar,» ha hecho decir á Fontenelle: «La invisible é inútil verdad no está acostumbrada á encontrar tanta sensibilidad entre los hombres.» Sin duda alguna, pero para el verdadero sabio, encontrar la verdad es una de las condiciones imperiosas de su existencia; para los demás es un lujo; por eso son indiferentes.

Creemos haber respondido á la cuestión plantea-

da arriba — por qué ciertas sensaciones, imágenes, ideas, tienen el privilegio de suscitar cambios orgánicos y motores, que traducidos al lenguaje de la conciencia constituyen el estado emocional — y haber justificado nuestra respuesta. La sensación, la imagen, la idea, no son más que causas ocasionales incapaces por sí mismas de engendrar ninguna emoción: ésta brota del fondo íntimo del individuo, de su *organización*, la expresa directamente, participa de su estabilidad y de su inestabilidad.

IV

La hipótesis de James y Lange, considerada al principio como una paradoja, ha promovido tantas observaciones, críticas, objeciones, respuestas, partidarios en pro y en contra, que renunció á resumirlos (1). Sin embargo, tenía precedentes. Lange, en sus *Addenda*, menciona, á título de precursores, á Malebranche, Spinoza y otros autores menos célebres. Se han hecho después reivindicaciones legítimas en favor de Descartes, en su tratado sobre las *Pasiones del alma* (2). Conven-

(1) A continuación van, un poco al azar, los principales documentos de esta polémica: Wundt, *Philosophische-Studien*, VI, 3, página 349 (sólo crítica á Lange); Gurney, *Mind*, t. 35, Julio 1884; Marshall, *ibid*, t. 36, Octubre 1884; Stalley, *ibid*, t. 41, Enero 1886; Worcester, *Monist.*, Enero 1893; *Psychological Review* (de Baldwin), Setiembre y Noviembre 1894, Enero 1895. etc.

(2) «Aunque escrito en los primeros días de la ciencia moderna, este libro sostiene la comparación con todo lo que se ha producido en estos últimos años. Sería, en efecto, difícil encontrar un tratado de las emociones que sea superior en originalidad, en profundidad, en sugestión. La posición que ha tomado Descartes es la de James; pero no se contenta con sostener de un modo general que la emoción está causada por un cambio físico. Después de haber deducido que hay seis posiciones primitivas, trata de demostrar que hay un conjunto especial de estados orgánicos afecto á la producción de cada una de ellas.» — Irons, *Philosophical Review*, Mayo 1895, página 291.

dría no olvidar á los fisiólogos: Maudsley había indicado esta tesis, sin insistir en ella (1). La superioridad de James y de Lange está en haberla planteado claramente y en haberse esforzado por apoyarla con pruebas experimentales. Ya he dicho que me parece la tentativa de explicación más verosímil para los que no se representan las emociones como entidades psicológicas. El único punto en que difiero de estos autores es relativo al planteamiento de la tesis, no á su fondo.

Es evidente que nuestros dos autores, inconscientemente ó no, se colocan en el punto de vista dualista, tanto como la opinión corriente que combaten; la única diferencia está en la inversión de los efectos y de las causas: la emoción es una causa cuyas manifestaciones físicas son los efectos, dicen unos; las manifestaciones físicas son la causa cuyo efecto es la emoción, dicen otros. Según mi opinión, se ganaría mucho con eliminar del problema toda noción de causa y de efecto, toda relación de causalidad, y con sustituir la posición dualista con una concepción unitaria ó monista. La fórmula aristotélica de la materia y de la forma me parece convenir mejor, entendiendo por materia los hechos somáticos, y por forma el estado psíquico correspondiente; los dos términos, por otra parte, no existen más que el uno para el otro, no siendo separables más que por abstracción. Era una tradición en la antigua psicología, estudiar las relaciones «del alma y del cuer-

(1) «Cuando una gran pasión causa perturbaciones físicas y morales, hé aquí lo que yo creo que se produce: una impresión física, hecha sobre el sentido de la vista ó sobre el sentido del oído, se propaga por un camino físico hasta el cerebro, donde suscita una conmoción física de las moléculas. De este centro de conmoción, la energía libertada se propaga por vías físicas á otras partes del cerebro, y finalmente se descarga por las vías físicas apropiadas, sea por movimientos, sea modificando las secreciones y la nutrición. La pasión que se siente es el lado subjetivo de la conmoción cerebral, es su paso de una base física á la conciencia.» — (*Pathol. of Mind.*, 1879.)

po»; la nueva psicología no lo menciona. En efecto, si la cuestión toma una forma metafísica, esto no pertenece á la psicología; si toma una forma experimental, no hay ocasión de tratarla separadamente, porque está tratada en todas partes. Ningún estado de conciencia debe estar dissociado de sus condiciones físicas; componen un todo natural que es preciso estudiar como tal. Cada especie de emoción debe ser considerada de esta manera: lo que los movimientos del rostro y del cuerpo, las perturbaciones vaso-motoras, respiratorias, secretoras, experimentan objetivamente, los estados de conciencia correlativos, que la observación interior clasifica según sus cualidades, lo experimentan subjetivamente: es un sólo y único hecho traducido en dos lenguas. Anteriormente hemos asimilado las emociones á los organismos psico-fisiológicos; este punto de vista unitario, más conforme con la naturaleza de las cosas y las tendencias actuales de la psicología, me parece que en la práctica elimina muchas objeciones y dificultades.

Por lo demás, que se adopte ó no esta teoría, siempre habremos conseguido que las manifestaciones orgánicas y motoras no son accesorias, que su estudio forma parte de la emoción; así, pues, debemos hablar de esto con algunos detalles.

CAPITULO VIII

CONDICIONES INTERIORES DE LA EMOCIÓN

Estados confusos de esta cuestión. — Psicología popular y psicología médica. — Función del cerebro, centro de la vida psíquica. — Hipótesis sobre el «asiento» de las emociones. — Función del corazón, centro de la vida vegetativa. — Metáforas populares: su interpretación fisiológica. — Las sensaciones internas ¿son reducibles á un proceso único? — Función de las acciones químicas en la génesis de las emociones. Caso de la ingestión de sustancias tóxicas, de auto-intoxicación, de modificaciones durante las enfermedades mentales.

El *substratum* fisiológico de la emoción ó su materia (como se quiera) comprende las funciones orgánicas ó interiores y las funciones motoras que se traducen al exterior; nosotros seguiremos esta división. Aunque pueda parecer artificial no lo es completamente: las manifestaciones interiores están, la mayor parte, fuera de la acción de la voluntad; las exteriores la reciben en muchos casos. Por otra parte, esta separación, un poco arbitraria, no ha hecho más que aclarar la exposición.

I

La relación de las diversas emociones con las funciones internas es un estudio todavía en la infancia, confuso, mal desarrollado. Está en la misma situación que el problema de la expresión de las emociones antes de Ch. Bell, Darwin y sus sucesores, es decir, reduci-

do á una afirmación puramente empírica, sin explicación. Sin duda alguna, sabemos con seguridad que las perturbaciones vaso-motoras ó respiratorias varían según las emociones, pero el *porqué* de las diferencias de un caso á otro es con frecuencia ignorado ó inexplorado. Aunque Lange haya hecho mucho en este sentido, no se puede vanagloriar de ofrecer un cuadro completo de todas las manifestaciones orgánicas y funcionales que acompañan á las emociones simples, sin hablar de las formas complejas. Se sabe todavía menos, clara y positivamente, por qué tales manifestaciones se producen y no otras. Así, Hack Tuke pretende «que es una señal común, que mientras que el rubor de la vergüenza comienza por las mejillas y las orejas, el de la coléra comienza por los ojos y el del amor por la frente.» Aun suponiendo el hecho perfectamente establecido, quedaría averiguar por qué, en cada caso, tal territorio vascular se afecta con preferencia. En suma, el estudio de las condiciones interiores de la emoción permanece, por ahora, fragmentario y descriptivo.

El papel de las vísceras en la vida afectiva, emociones, pasiones, es tan evidente que en todo tiempo ha sorprendido el espíritu de los hombres. Sobre este punto, durante siglos, se encuentra: de una parte, una psicología popular fijada en el idioma, llena de errores y prejuicios, pero también de muy buenas observaciones; de otra, tentativas científicas, que varían con la fisiología de la época, y que están expresadas en las doctrinas médicas. Se puede durante este largo período, distinguir dos tendencias principales: una que consiste en localizar las pasiones en las vísceras exclusivamente, sobre todo en el corazón; otras en colocarlas en el cerebro. Sin forzar los hechos se podría encontrar en estas dos tendencias la forma anticuada é inconsciente de las dos teorías reinantes en la psicología afectiva: la una orgánica, la otra intelectualista.

No tendría interés recordar esta larga historia, decir

que Platon colocaba el valor en el pecho y los apetitos sensuales en el vientre; que la Escuela de Salerno atribuía la cólera á la hiel, la alegría al bazo, el amor al hígado. La teoría orgánica ó visceral continuó durante largo tiempo muy preponderante, y á principios de este siglo, Bichat, (año VIII, 1800) no vacilaba en escribir que: «el cerebro no está nunca afectado por las pasiones que tienen por sitio *exclusivo* los órganos de la vida interna; el hígado, el pulmón, el corazón, el bazo, etc.» A partir del siglo XVII, la teoría cerebral se acentúa; con Gall y Ch. Bell el corazón se encuentra completamente desposeído y, por reacción, el papel de las vísceras queda casi olvidado.

Actualmente nadie sostiene que el corazón, ú otro cualquiera órgano de la vida vegetativa, sea el sitio de una emoción, en el sentido recto de la palabra; la conciencia afectiva no existe más que en el cerebro, en el cual las sensaciones internas, que parten de las vísceras, están representadas del mismo modo que las sensaciones externas: es un eco. El cerebro, decía Hunter, sabe perfectamente que el cuerpo tiene un hígado y un estómago, ó, como se expresaba Carus, cada órgano tiene su *psychische Signatur*. Lo ideal sería determinar por medio de un análisis elemental, bien conducido y completo, la parte con que contribuye cada víscera y cada función interna en la constitución de una emoción particular. Nada semejante puede intentarse; no existen sobre este punto más que materiales dispersos y conjeturas apoyadas sobre todo en el estado morboso. Nosotros trataremos de esto más tarde (2.^a parte). Nos limitaremos en este momento á los dos órganos dominadores: el cerebro centro de la vida psíquica y el corazón centro de la vida vegetativa.

I. El cerebro no es solamente el eco de las sensaciones internas: recibe y reacciona según su disposición; centraliza, pero tomando su parte en el concier-

to; las impresiones que recoge llevan su marca. Antes (cap. I, párr. 1.º) hemos examinado las hipótesis emitidas acerca del «sitio» ó «centro» del dolor y del placer: bulbo, protuberancia, lóbulo temporal, lóbulo occipital, etc. Naturalmente, cada autor ha relacionado su hipótesis con las emociones propiamente dichas. Sin embargo, la investigación de «centros emocionales» parece todavía más quimérica. Una emoción particular no tiene un centro determinado, un sitio localizado, en el encéfalo, al que se pueda referir. Aparte de que ni la observación ni el experimento indican nada parecido, basta considerar la complejidad de una emoción cualquiera para comprender que exige la actividad de varios centros cerebrales é infra-cerebrales: 1.º los centros sensoriales de la vista, del oído, del olfato, etc.; 2.º los centros diseminados en la zona motora que rigen los movimientos de las diversas partes del cuerpo; 3.º por último, los centros que corresponden á los fenómenos de la vida orgánica, y que constituyen varias capas: en la médula, los centros respiratorio, acelerador de los movimientos del corazón, génito-espinal, vésico-espinal (se sabe que la vejiga es tan buen estesiómetro como el iris), etc.; en el bulbo, los centros respiratorio, vaso-motor, de la inhibición cardíaca, térmica; en la capa cortical, hay muchas discusiones no terminadas aún, acerca de la posición de los centros vasculares, térmicos, tróficos, glandulares, de los movimientos orgánicos que determinan la contracción de los intestinos, de la vejiga, del bazo, etc. Esta enumeración, aunque incompleta y confusa, basta para nuestro objeto: demostrar que es necesario hablar, no de un centro, sino de la acción sinérgica de varios centros diferentemente agrupados, según los casos (1).

(1) En sus *Leçons sur l'hystérie*, t. I, lec. XXI, Pitres examina incidentalmente si existen centros encefálicos de los estados afectivos, y concluye diciendo «que los cambios moleculares que corresponden á la actividad de los elementos celulares, conmovidos por

Se sabe que los vaso-motores de la cabeza, de los miembros superiores, de los miembros inferiores, de las vísceras, están formados en parte por filetes nerviosos del simpático, en parte por nervios raquidianos procedentes de diferentes partes de la médula. Supuesto esto, un antiguo experimento de Claudio Bernard (1852) demuestra que la sección del gran simpático produce en el mismo lado del cuello dilatación de los vasos, aumento de temperatura, de nutrición, de tonicidad muscular y de sensibilidad. Por el contrario, la galvanización del mismo nervio produce la constricción de los vasos y fenómenos inversos de los anteriores. Féré hace notar que las manifestaciones del primer caso son, en general, las de las emociones esténicas, como las del segundo son la traducción de las emociones asténicas (1).

Cualquier cosa que se piense de estas relaciones, el carácter indiscutible y tantas veces mencionado de toda emoción — la difusión — nos demuestra que está en todas partes; que si se pudiese ver con los ojos el mecanismo cerebral que la sostiene, seríamos espectadores del trabajo coordinado de múltiples centros; que, por lo tanto, la hipótesis de una localización, de un lugar, en el sentido estrecho de la palabra, no está justificado por nada.

II. Es inútil recordar que la mayor parte de los idiomas hacen del corazón la encarnación de la vida afectiva, y que la diferencia que existe entre la razón

las pasiones, irradiando en todos los sentidos, estimulando ó deprimiendo la excitabilidad de los elementos vecinos, repercuten sobre los centros motores y sensitivos, sobre los núcleos de origen de los nervios viscerales, y finalmente determinan el estado de emoción, es decir, el estado psico-fisiológico, que es la expresión especial de la reacción de los centros nerviosos en las excitaciones psíquicas».

(1) *Op cit.*, p. 490-491.

y la pasión es, en lenguaje corriente, la del cerebro y la del corazón. No todo es prejuicio en esta opinión: los fisiólogos contemporáneos lo han demostrado.

¿Por qué el corazón, músculo desprovisto de conciencia, se encuentra erigido en órgano esencial y central de las emociones y de las pasiones? Es por razón de la tan conocida ley fisiológica, que nos hace transferir nuestros estados psíquicos al órgano periférico que los comunica á nuestra conciencia. De todos los choques que nos hieren, sufre el rechazo; refleja las impresiones más fugaces; en el orden de los sentimientos, ninguna manifestación está fuera de él, nada se le escapa: vibra incesante, aunque diferentemente.

Claudio Bernard, y después de él Cyon, han tomado con gran interés el justificar las expresiones populares acerca del corazón, para demostrar que no son simples metáforas, sino el resultado de una observación exacta, y que pueden traducirse en el lenguaje fisiológico. Resumo sus principales observaciones.

El corazón, centro de la vida orgánica, y el cerebro, centro de la vida animal, los dos órganos culminantes de la máquina viviente, mantienen relaciones incesantes de acción y reacción, que se traducen en dos estados principales: el síncope y la emoción; el primero, producido por la cesación momentánea de las funciones cerebrales, por interrupción en la llegada de la sangre arterial; la segunda, debida á la trasmisión al corazón de una modificación circulatoria. Siempre existe una impresión inicial que detiene ligeramente este órgano (según Claudio Bernard), produciendo una palidez fugaz, después una reacción que el corazón, á causa de su extremada sensibilidad, siente el primero; porque del mismo modo que el cerebro es el más delicado de los órganos de la vida animal, el corazón es el más sensible de los órganos de la vida vegetativa.

Cuando se dice que el corazón está *despedazado* por el dolor, esto responde á fenómenos reales. El corazón

se ha detenido á causa de una impresión repentina, originando algunas veces síncope y crisis nerviosas. El corazón *grueso* responde á una prolongación de la diástole, que comunica á la región precordial un sentimiento de plenitud y de encogimiento. El corazón que *palpita* no es solamente una fórmula poética, sino una realidad fisiológica; las palpitaciones son rápidas y sin intensidad. La facilidad con que el corazón se vacía, la regularidad de la circulación, que se mantiene por una presión insignificante, responde al corazón *ligero*. Dos corazones *unidos* palpitan al unísono, bajo el influjo de iguales impresiones. En el corazón *frío* las palpitaciones son lentas y tranquilas, como bajo el influjo del frío; en el corazón *caliente* sucede lo contrario. «Cuando se le dice á uno que se le ama con *todo el corazón*, significa que, fisiológicamente, su presencia ó su recuerdo despiertan en nosotros una impresión nerviosa que, transmitida al corazón por el neumogástrico, hace reaccionar dicha víscera del modo más conveniente para provocar en nuestro cerebro un sentimiento ó una emoción. En el hombre, el cerebro debe, para expresar sus sentimientos, tener el corazón á su servicio» (1).

Recordemos las tan conocidas observaciones de Mosso, que ha podido estudiar directamente la circulación sanguínea del cerebro en tres individuos cuyo cráneo se había destruído por diversos accidentes. Ha comprobado que el solo hecho de mirar á uno de sus enfermos con atención, el entrar un extraño ú otro hecho de poca importancia, eleva inmediatamente el pulso cerebral. En una mujer, la amplitud de las pulsaciones aumenta bruscamente, sin causa aparente: es por-

(1) Para más detalles, véase Cl. Bernard, *La science expérimentale. Étude sur la physiologie du coeur*, 1865, y Cyon, Discurso en la Academia de San Petersburgo. *Le coeur et le cerveau*, trad. en la *Revue scientifiq.*, 22 de Noviembre de 1873. — Mosso, *Sulla circolazione del sangue nel cervello* (1880), y *El Miedo*, edición española.

que acaba de percibir en el cuarto una cabeza de muerto que le ha causado algún miedo. Igual fenómeno se produce en otro que oye dar las doce; es porque no se siente en buenas condiciones para decir su oración. No digo nada de sus investigaciones con el pletismógrafo, que se refieren sobre todo al trabajo intelectual.

Se comprende, pues, cómo la opinión popular ha podido considerar al corazón como el sitio ó el generador de las emociones. Es la expresión instintiva de un punto de vista muy justo: la soberana importancia para la vida afectiva de la acción de las vísceras resumida en un órgano fundamental.

II

Puesto que por el momento eliminamos los movimientos para ocuparnos de las condiciones *interiores* de la emoción, es fácil ver que estas condiciones se reducen á lo que se designa con el nombre de sensaciones internas, orgánicas, vitales. No es este el lugar de enumerar las modificaciones de cada una de ellas en el caso de cada emoción especial (véase la 2.^a parte); la cuestión, tomada actualmente en su generalidad, se plantea así. Las sensaciones internas ¿son reductibles á un *processus* único, fundamental? Si la respuesta es afirmativa, las condiciones interiores de la emoción se encontrarían de igual modo determinadas bajo su forma más general. Se puede por lo menos ensayarlo.

La primera dificultad consiste en que no tenemos de las sensaciones internas una enumeración completa, invariable de un autor á otro, como en el caso de las sensaciones especiales. Beaunis ha dado una clasificación muy detallada en ocho grupos: Kroener adopta otra bastante diferente: ambos incluyen en ellas el placer, el dolor y las emociones. Eliminemos este último

grupo (las manifestaciones afectivas) para limitarnos á las sensaciones vitales propiamente dichas, unidas á las necesidades puramente fisiológicas, á los órganos y funciones indispensables en la vida: las sensaciones diversas del canal alimenticio (hambre, sed, malestar, náuseas, etc.), las del aparato respiratorio (aire sano y fresco, disnea, asfixia), del aparato circulatorio, de las excreciones y secreciones, de los órganos sexuales en el estado normal ó en las fases transitorias (pubertad, menstruación, embarazo, menopausia, etc.), la necesidad de movimiento muscular, de reposo, sueño, la sensación de fatiga,—tenemos casi todos, si no todos, los elementos de la cenestesia, es decir, de la conciencia de nuestro cuerpo en tanto que vive y obra.

Estas sensaciones múltiples, ¿tienen una causa común, son las modalidades de un mismo *processus*; suponen en su origen un mismo estímulo, un mismo género de excitación, como las variedades de la sensación visual suponen todas las vibraciones luminosas y las variedades de las sensaciones auditivas las vibraciones sonoras?—Para todas las sensaciones internas, sostiene Krøener, la excitación inicial es de naturaleza *química*. «Toda sensación orgánica descansa en un *processus* químico y se produce según las leyes de la difusión y de la osmosis» (1). El autor justifica su aserto por la exposición de un gran número de hechos para los que enviamos al lector á su libro. La acción química, según él, se produce, bien bajo la forma gaseosa (paso del exterior á una habitación cargada de miasmas deletéreos), ó bien bajo la forma líquida (alcohol, sustancias tóxicas en estado de solución en los líquidos del organismo y lanzadas en el torrente circulatorio).

No es seguro, aunque lo diga Krøener, que todas las

(1) Krøener, *Das körperliche Gefühl*, in-8, Breslau, 1887, páginas 102 y 112.

sensaciones internas tengan por causa una acción química, bajo una ú otra de las formas antes citadas, y que su localización vaga se deba á esta causa solamente, y no, como por lo general se admite, á las que se produzcan en los órganos desprovistos de movimientos. Así el atolondramiento, el vértigo, las sensaciones musculares (que Krøener y Beaunis colocan en este grupo) parecen descender de excitaciones mecánicas más bien que de causas químicas. Algunas veces no se puede negar que las sensaciones internas fundamentales — unidas á la nutrición y á sus condiciones inmediatas, á la fatiga y al sueño, que resultan una y otro de un envenenamiento de los músculos y de los centros nerviosos en la vida sexual — son debidas á excitaciones de causa química. Desde luego se puede dar un paso más en el camino de James y de Lange, y decir que las emociones no dependen solamente de las condiciones fisiológicas, sino todavía más profundamente de las *acciones químicas* que se producen en los tejidos y los líquidos del organismo.

En apoyo de esta condición extrema de la génesis de las emociones no se pueden aducir más que algunas notas fragmentarias que, sin embargo, las presentan estrechamente dependientes de las variaciones del medio interior, intra-orgánico.

1.^a Tenemos desde un principio el grupo de las sustancias excitantes, tónicas, deprimentes, tóxicas: el vino, las diversas bebidas alcohólicas, el haschich, el opio, la coca, los afrodisiacos, etc. Aunque son productos artificiales, introducidos del exterior, no engendrados en el organismo ni por él, sabido es cuánto modifican el medio interior, y por tanto, el humor, el carácter, la intensidad y la dirección de las pasiones.

2.^a Pero hay sustancias que el cuerpo vivo fabrica ó modifica él mismo. Se dice que el organismo es un receptáculo y un laboratorio de venenos: en el estado

de emoción, el único que nos ocupa, el papel de este trabajo químico se manifiesta á cada instante. Se habla sin cesar de la disminución ó del aumento de la circulación sanguínea; no obstante, las disposiciones ó modificaciones emocionales no están unidas solamente á variaciones de cantidad, sino también de *cualidad* de la sangre (anemia, aglobulia, paludismo, etc.) El dicho popular de que las emociones «pudren la sangre» no es tan ridículo como parece. La cólera, el miedo, la fatiga, van acompañadas con frecuencia de cambios en la constitución íntima del líquido sanguíneo. Notemos incidentalmente las relaciones comprobadas entre ciertas afecciones cardiacas y las disposiciones afectivas; en los aórticos, anemia, excitación, irritabilidad; en la insuficiencia mitral, congestión, humor taciturno y melancolía. — Más adelante tendremos ocasión de relacionar hechos que demuestran la correlación de ciertas emociones con cambios tóxicos en la saliva y la secreción láctea. El sudor, en ciertos estados afectivos, toma un tinte rojo, amarillo, verde, azul: sin hablar de sus variaciones de olor, que son, seguramente, de origen químico. — Aun fuera de las emociones mentales, la secreción urinaria suministraría un gran contingente de cambios químicos (azoturia, oxaluria, fosfaturia, etcétera), coincidiendo con variaciones del orden afectivo, tales como la aprensión, melancolía, irritabilidad. En los gotosos y reumáticos, las modificaciones de humor, que dependen más bien de la nutrición general que del sufrimiento actual, se han señalado con frecuencia. — Se conocen las relaciones entre la secreción del jugo gástrico y los estados agradables ó penosos; los dispépsicos tienen la reputación bien establecida de no ser ni alegres ni agradables para el trato. Beaumont notó en su famoso Canadiense «que, bajo el influjo de la cólera ó de otras emociones muy fuertes, la túnica interior del estómago se irritaba, se ponía roja, seca, muy sensible, de lo que resultaba un acceso de indi-

gestión». — En la época del celo, el eretismo sexual va acompañado, en un gran número de animales, de profundas modificaciones, que se traducen al exterior por cambios de color y de olor, y que interiormente no se limitan á los órganos sexuales, sino que se extienden al cuerpo entero; se sabe que la carne de la caza es mala durante el celo, y que muchos pescados, en la época del desove, se convierten en tóxicos. No olvidemos que el animal, durante este mismo período, se vuelve perverso, violento, agresivo, peligroso. Sería fácil extenderse sobre este punto, aun por lo que se refiere al hombre (pubertad, gestación, lactación, menstruación).

3.ª Se ha observado desde hace mucho tiempo que, en la gran mayoría de los casos, las enfermedades mentales comienzan por desórdenes afectivos, y que las aberraciones intelectuales no aparecen sino más tarde. Muy recientemente se ha constituido una doctrina que tiende á buscar la causa primitiva de estos trastornos afectivos en una auto-intoxicación, es decir, en los «desórdenes provocados en el interior del organismo por la formación exagerada ó la retención morbosa de los venenos normales, en particular por los que provienen del tubo digestivo y de la orina»: desarreglos de la nutrición por aceleración, disminución ó perversión; tal es la causa tenida como la más general. Se invoca en su apoyo las relaciones de la melancolía, de la hipochondría, del humor pesimista con la hipercloridria estomacal, y los buenos resultados de un lavado del estómago; las numerosas modificaciones mentales, que coinciden con las modificaciones químicas del organismo; por ejemplo, ciertos accesos de locura en los artríticos. «Un carácter del estado mental de los diabéticos es la concordancia de las fluctuaciones del estado mental con las del azúcar, y el influjo, por decirlo así, barométrico de la composición de la orina sobre las disposiciones morales.» Este líquido, en la manía, cesa en

gran parte de ser tóxico, á consecuencia de la retención morbosa de los venenos normales que no se han eliminado (1).

Una enumeración larga de hechos acerca de esta cuestión, todavía por estudiar, estaría fuera de su sitio. Además no sería verdaderamente instructiva sino á condición de ser sistemática, es decir, de agrupar bajo el título de cada emoción todos los estados fisiológicos que le acompañan invariablemente, y todas las modificaciones químicas que le son propias exclusivamente. Siguiendo nuestro estudio hasta las condiciones químicas, hemos querido solamente penetrar todo lo posible en las condiciones más generales de la vida afectiva y mostrar una vez más por qué traduce la constitución íntima del individuo.

A propósito del placer y del dolor hemos observado que se les atribuye muy exclusivamente á la intensidad de la excitación (que se dice excesiva para el dolor y moderada para el placer), y que se olvida su *cualidad*. Puesto que nos referimos á las hipótesis sobre el papel de las condiciones químicas en la vida afectiva, y puesto que son las más generales, y el placer y el dolor tienen también este carácter de generalidad, se nos permitirá arriesgar una suposición. Consistirá en admitir que el placer se produce, ya cuando la excitación aumenta la actividad química en el organismo sin producir toxinas, ya cuando este aumento de actividad produce la disgregación de los venenos normales; que el dolor se produce, ya cuando la excitación crea un medio apropiado para la formación de las toxinas, ó bien cuando directamente y de una vez suscita su aparición general ó local. Pero no quiero insistir sobre este simple punto de vista sin pruebas, enunciado de

(1) Bouchard, *Leçons sur les auto-intoxications; Leçons sur les maladies par ralentissement de la nutrition*. — Régis, *Traité des maladies mentales*, pp. 112, 415, 423, etc. — Féré, *Pathologie des émotions*, 264, 495 y siguientes.

paso y á título de sugestión sobre una cuestión inexplorada.

Hemos hablado siempre de las modificaciones químicas como *coincidiendo* con los cambios emocionales. ¿Son efectos ó causas, ó lo uno y lo otro según los casos? Claro es que esta cuestión no es nueva para nosotros. Es la antítesis entre la teoría psicológica y la teoría fisiológica de la emoción que se ofrece bajo otro aspecto; no hay lugar á insistir sobre ella.

CAPITULO IX

CONDICIONES EXTERIORES DE LA EMOCIÓN

Período de empirismo — Períodos de las investigaciones científicas antes de Darwin. — Examen de los tres principios de Darwin. — Wundt y sus fórmulas explicativas; modificación directa de la inervación; asociación de las sensaciones análogas; relación del movimiento con las representaciones sensoriales.

Los movimientos de los ojos, de la boca, del rostro, de los miembros inferiores y superiores, del tronco, las modificaciones de la voz, constituyen la expresión exterior de la emoción reductible principalmente á acciones musculares. Desde hace medio siglo este asunto se ha estudiado en obras tan conocidas, que conviene ser muy breve. Me limitaré á un resumen del estado actual de la cuestión.

Durante millares de años esta cuestión ha permanecido en la fase del empirismo puro ó de especulaciones científicas que apenas tenían mejor apelativo que el de alquimia, astrología ó quiromancia: Juan Müller, en nombre de la fisiología, declaraba totalmente inexplicable la expresión de las emociones. Sin embargo, el trabajo que debía darle un mentís había ya comenzado: Lavater con su raro talento de observación personal; Ch. Bell con procedimientos más objetivos. Después Duchenne (de Boulogne) fué más lejos y substituyó la experimentación con la observación pura. Se sabe que un viejo, atacado de anestesia facial, conseguía, con ayu-

da de la electricidad, contraer un músculo aislado, produciendo así ciertos modos de expresión de la fisonomía: de esto deducía que bastaba muchas veces con la contracción de un sólo músculo para expresar una pasión, «que cada emoción tiene, por decirlo así, su nota exacta, precisa, única producida por una modificación local única.» De este modo el frontal es para él el músculo de la atención, el orbicular superior de los labios, el de la reflexión; el piramidal (interciliar) expresa la amenaza; el gran zigomático, la risa; el pequeño zigomático, el llanto; el triangular de los labios, el desdén, etcétera.

A pesar del carácter un poco artificial de los experimentos y de los exclusivismos de las conclusiones, se había dado un gran paso (1).

Por último, apareció la obra de Darwin, que hace época. Apoyado en los resultados de una larga investigación, que comprendía á los adultos, á los niños, á los enajenados, á los animales, á las diversas razas humanas, Darwin es el primero que plantea la cuestión fundamental, única, de ¿por qué y cómo tal emoción está ligada á tal movimiento y no á tal otro? Y se esfuerza en responder: el problema está planteado en su forma científica (2).

(1) Lavater (1781-1803), *Essai sur la physionomie destiné à faire connaître l'homme et à le faire aimer*; Ch. Bell (1806), *Anatomy and philosophy of expression*; Duchenne (1862), *Mécanisme de la physionomie humaine ou analyse électro physiologique de l'expression des passions*. Sobre las antiguas obras, acerca de la fisonomía, consultar el libro de Mantegazza sobre la expresión de los sentimientos. — (*Bibliot. Scient. Intern.*)

(2) En Duchenne se encuentra el curioso pasaje que sigue: «El Creador no tuvo que preocuparse de las necesidades de la mecánica. Pudo, según su sabiduría, ó (perdóneseme esta manera de hablar) por una divina fantasía, mover tal ó cual músculo, uno solo ó varios músculos á la vez, cuando quiso que los signos de las pasiones, aun las más fugaces, estuviesen escritos transitoriamente en el rostro del hombre. Una vez creado este lenguaje de la fisonomía, le bastó, para convertirle en universal é inmutable, dar á todo ser

En la obra de Darwin hay dos cosas: una descripción detallada y completa de cada emoción ó estado afectivo particular (más tarde lo utilizaremos) y la exposición de las leyes generales de la expresión, reducidas á tres principios muy conocidos. ¿Qué queda de estos tres principios, después de las críticas que han sufrido? Este es el único punto que tenemos por el momento que examinar.

1.º El principio de la asociación de los hábitos útiles es el que permanece más firme. Consiste en admitir que los movimientos útiles, para satisfacer un deseo ó separar una sensación penosa, se convierten en habituales y continúan produciéndose, hasta cuando su utilidad llega á ser nula ó dudosa. En otros términos: hay actitudes, gestos, movimientos que se explican directamente, porque no son más que la emoción actualizada, objetivada, que toman cuerpo, como los movimientos de contacto, en la ternura, de agresión en la cólera, de estivamiento ó hinchazón en el orgullo. Pero hay otros que no se explican directamente. ¿En qué nos son útiles el fruncimiento de cejas en la perplejidad, las lágrimas en la pena, el enseñar los dientes en la cólera? Según Darwin, estos actos, en otro tiempo útiles, siguen existiendo á título de supervivencia. Aquí, los sucesores de Darwin lo reprochan legítimamente, de no ser bastante psicólogo, y encuentran una explicación mejor: el hecho importante no es la supervivencia de los movimientos útiles, sino la trasferencia de un modo de expresión primitivo á una emoción análoga.

humano la facultad instintiva de expresar siempre sus sentimientos por la contracción de los mismos músculos.» Así, la cuestión queda para él en el dominio de las primitivas causas. Consigna una relación de coexistencia entre una emoción determinada y ciertos movimientos de los músculos; pero sin buscar la razón y la explicación natural de este *nexo*. Es sabido que ciertos filósofos han sostenido la tesis de la institución divina de la palabra; esto es su equivalente; esta es la tesis de la institución divina del lenguaje de los gestos.

2.º El principio de la antítesis está decididamente abandonado; es hipotético, y no explica nada. Según Darwin, hay una «disposición primitiva y general para acompañar ciertos sentimientos con gestos contrarios á los que expresan el sentimiento opuesto». Léon Dumont ha hecho una crítica muy lacónica, y que prueba esta aserción. Toma, uno á uno, los hechos invocados por Darwin, y demuestra que pueden explicarse de otro modo distinto (1).

3.º El principio de la acción directa del sistema nervioso no puede colocarse en la misma línea que los otros dos, porque los aventaja con mucho en generalidad, y porque en relación con él están subordinados y no coordinados. Antes de Darwin, Spencer (*Psych.*, II, §§ 475, 502) había establecido un principio análogo, al cual reducía la expresión de las emociones. Le llama ley de la descarga nerviosa. Esta puede producirse bajo dos formas: difusa ó restringida. La primera depende de la cantidad ó intensidad de la emoción, y le sirve de medida. Sigue en su propagación una marcha invariable: afecta los músculos en razón inversa de su masa y del peso de las partes en que se insertan. En el hombre actúa primero sobre los músculos delicados de la voz y los músculos delgados del rostro; después invade sucesivamente los brazos, las piernas, el tronco del cuerpo. Los movimientos de la cola en el perro y el gato, de la oreja en el caballo y otros muchos análogos en los animales, son ilustraciones de esta ley. La descarga restringida depende de la cualidad ó de la naturaleza de la emoción: se debe á las relaciones establecidas en el curso de la evolución entre sentimientos particulares y series particulares de músculos, puestos de ordinario en juego para su satisfacción. Esto me parece que casi no difiere del principio de los hábitos útiles de Darwin.

(1) L. Dumont, *Théorie scientifique de la sensibilité*, cap. VI, página 236. — Fouillée, *Psychologie des idées forces*, I, 167, admite el principio de Darwin, pero lo interpreta de otra manera.

El libro sobre la *Expression des émotions* ha suscitado otros: los de Piderit, Mantegazza, Warner, que en su *Physical Expression* (1885) ha ensayado un estudio puramente objetivo, y por consecuencia extra-psicológico del sujeto. Pero entre los ensayos hechos para conducir la expresión á sus principios fundamentales y reemplazar la teoría, muy conmovida, de Darwin, me parece el mejor el de Wundt (1). Admite, como su predecesor, tres principios, pero muy diferentes que pueden obrar simultáneamente y concurrir á la producción de un movimiento aislado.

1.º El principio de la modificación directa de la inervación; es decir, que la intensidad de los movimientos musculares y de los vasomotores depende de la intensidad de las emociones; á este principio obedecen sobre todo los movimientos que más se sustraen del dominio de la voluntad. Este es el equivalente del tercer principio de Darwin, puesto aquí en su lugar al frente, como conviene.

2.º El principio de la asociación de las sensaciones análogas consiste en que las disposiciones del espíritu que tienen una analogía con ciertas impresiones sensoriales, se traducen de la misma manera. Al principio no tenemos más que placeres, dolores, necesidades del orden físico, cuyo modo de expresión es innato, y, por decirlo así, anatómico. Más tarde, vienen los placeres, dolores, deseos del orden moral que se apoderan de los modos de expresión preexistentes para traducirse al exterior: esto es un lenguaje sustraído de su acepción primitiva, que en el orden de los gestos es equivalente á una metáfora. Este principio, mucho mejor que el de las supervivencias de Darwin, permite explicar con facilidad un gran número de modos de expresión, en apariencia embarazosos. Si el hombre per-

(1) *Physiolog. Psychologie*, t II, cap. XXII. Ha tratado también la cuestión en una colección especial de artículos titulada *Essays*.

plejo se rasca la cabeza, tose, se frota los ojos, es que un ligero malestar de origen físico y una pequeña molestia de origen psíquico tienen una profunda analogía que se traduce en los mismos movimientos expresivos. Wundt ha descrito muy bien la mímica de la boca en la degustación de las sustancias dulces, ácidas y amargas; en cuanto se produce alguna emoción que tenga alguna afinidad con estas sensaciones gustativas (alegría dulce, dolor amargo, reconvenciones acerbadas), la expresión de la boca, de la nariz, de la cara, reaparece. Porque en ambos casos el estado afectivo, el tono emocional es el mismo, es por lo que los movimientos expresivos son idénticos. Hay, como dice con razón Mantegazza, *sinonimias mímicas*.

3.º El principio de la relación de los movimientos con las representaciones sensoriales, consiste en que los movimientos musculares de expresión se refieren á objetos imaginarios. Wundt considera como justificante principal de este principio la mímica de los ojos, de los brazos y de las manos. Representamos lo que es grande, levantando la mano; lo que es pequeño, bajándola; lo futuro, por un movimiento hacia delante; lo pasado, por un movimiento hacia atrás. Se podría objetar que estos gestos traducen estados mentales más bien que afectivos, pero es cierto que muchas emociones tienen una mímica que se dirige á objetos ausentes. Gratiolet (1857) ha recogido un gran número de ellos. El hombre indignado, aun cuando esté sólo, aprieta el puño contra un enemigo ausente. Se cierran los ojos, se vuelve la cara para no ver un objeto desagradable; otro tanto se hace para desaprobación una opinión. Cuando se aprueba, se inclina la cabeza hacia delante como para contemplar. En la negación, movemos la cabeza de derecha á izquierda, exactamente lo mismo que hacen los niños y los animales cuando se les pone ante la boca un objeto que les disgusta. La expresión del desdén, del desprecio, de la repugnancia, reproduce la fisonomía

de un hombre que rechaza un manjar nauseabundo.

No me parece muy seguro que el tercer principio de Wundt tenga la importancia de los otros dos, ni que sea irreductible. Pero su teoría, que acabamos de resumir, con algunos ejemplos tomados de otros lados, se presenta como la que mejor hace resaltar la importancia de los factores psicológicos, que los fundadores habían olvidado demasiado.

Todos los trabajos sobre esta cuestión, sean cuales quieran actualmente sus lagunas, han demostrado que la expresión de las emociones no es un hecho adventicio, puramente exterior, extra-psicológico, cuyo estudio no incumbiría más que al fisiólogo, como ciencia, y al fisonomista como arte; es la emoción misma objetivada, es su cuerpo, del cual es inseparable. A mi parecer, de las tres numerosas modalidades del movimiento muscular que expresan las emociones, hay que distinguir dos capas: una primitiva, que depende de la constitución anatómica y fisiológica; otra secundaria, que depende de la constitución psicológica. La relación de una con otra es la que, en toda lengua desarrollada, existe entre el sentido primitivo y el derivado de las palabras. La analogía es el gran artesano del lenguaje intelectual; su acción es más restringida, en cuanto al lenguaje emocional. Pero cuando á la emoción del primer momento, que tiene ya su modo de expresión fijo, ha sucedido una emoción nueva, que la conciencia, con razón ó sin ella, siente como análoga á la primera, el mecanismo expresivo preestablecido ha servido para un nuevo fin, lo mismo que una palabra antigua cuyo significado se extiende y se modifica. En ambos casos, el espíritu sigue el mismo procedimiento y obedece á una misma ley inconsciente que le rige.

CAPÍTULO X

LAS CLASIFICACIONES

Sus desacuerdos. — Reducción á tres tipos: 1.º clasificación de los placeres y de los dolores;—2.º clasificación de las emociones: dos formas: empírica, analítica y comparativa;—3.º clasificación de las representaciones, forma intelectualista. — Observaciones críticas. — Imposibilidad de toda clasificación.

El estado de incoherencia de la psicología afectiva y lo vago de su terminología aparecen en toda su plenitud con el problema de las clasificaciones. Aunque creo imposible, por razones que expondré al final del capítulo, una clasificación satisfactoria y completa, no han faltado tentativas en este sentido, y hay que admitir que no son ilegítimas, por lo menos á título de aproximación y de esfuerzo hacia un orden provisional.

En el espacio de los últimos cincuenta años, y á pesar de lo moderado del celo de los psicólogos hacia el estudio de los sentimientos, se encuentran unas veinte, suscritas por nombres conocidos, sin hablar de las variantes (1). Distan mucho de estar acordes, salvo en algunos puntos, y cuando se las reune para confrontarlas y conciliarlas si es posible, la primera impresión es

(1) Para una historia sumaria de esas clasificaciones, consúltese especialmente: J. Sully, *The Human Mind*, t. II, apéndice F, página 357, y Bain *Émotions*, apéndice B.

la de una confusión inextricable y de divergencias irreductibles. Examinándolas con más atención, se hace la luz. Se ve que si concuerdan tan poco es porque difieren en cuanto á los objetos que clasifican y en cuanto á los métodos que siguen; en una palabra, se puede intentar una clasificación de esas clasificaciones, y desde luego se nota, á mi ver, que se refieren á tres grupos que las comprenden todas: 1.º Unas no clasifican de hecho más que los placeres y los dolores, y refieren toda la vida afectiva á sus modalidades; 2.º Otras clasifican las emociones propiamente dichas, y en éstas hay que distinguir dos grupos, según que el método empleado sea puramente empírico y fundado en la observación corriente, ó recurra al análisis y á la investigación genética, á la manera de las clasificaciones llamadas naturales; 3.º Otras, por último, clasifican pura y simplemente estados intelectuales, y de rechazo los estados afectivos que las acompañan; este es el método intelectualista.

Para justificar nuestra distinción, vamos á examinar sucesivamente estos tres tipos. Esta incursión por un terreno ingrato no dejará de tener su utilidad, cuando menos negativa.

I

Como es una tendencia común á muchos autores reducir toda la vida afectiva á los placeres y los dolores, considerados como fenómenos esenciales y fundamentales, es natural que hayan servido de base á una categoría de clasificaciones.

«En la ciencia del placer y del dolor, dice Léon Dumont, no nos encontramos ya, como en las demás ciencias, en presencia de órganos y de funciones separadas, porque el placer es de todos los órganos y de todas las funciones lo mismo que el dolor. También pensamos que, reproducir en esta ciencia la clasificación de las

facultades de percepción, de inteligencia y de voluntad, es entregarse á una redundancia psicológica, que no ofrece, sin duda, muy graves inconvenientes, pero que arroja, en todo caso, muy poca luz sobre el análisis» (*ob. cit.*, segunda parte, cap. I). ¡No se puede decir mejor. Sin embargo, para clasificar hay que tener un principio director; ¿de dónde tomarlo? «Esta base nos la proporciona nuestra misma definición del placer y del dolor, puesto que el placer es el aumento de la fuerza en el conjunto de la individualidad consciente y el dolor su disminución.» De aquí deduce Dumont la división que se encuentra en muchos autores: el dolor es positivo cuando resulta de un aumento de gasto, negativo cuando depende de una supresión de excitación; el placer es positivo cuando hay un aumento de excitación, negativo cuando hay una disminución de gasto. En otros términos, si asimilamos la «fuerza» á un capital en estado de renovación continua, tendremos más gastos ó menos ingresos, más ingresos ó menos gastos.

Pero Dumont no se detiene en esto, y va á los detalles; en estos cuatro títulos generales quiere clasificar especies, y tenemos: Dolores positivos: el esfuerzo, la fatiga, lo feo, lo horrible, lo inmoral, lo falso; — Dolores negativos: debilidad, agotamiento, inanición, dolor físico propiamente dicho, aburrimiento, turbación, duda, impaciencia, espera, pena, temor, tristeza, compasión; — Placeres negativos: reposo, alegría; — Placeres positivos: de los sentidos, de actividades tales como el juego, fantasías, pasatiempo; del gusto, del espíritu, de lo sublime, de la admiración, de lo bello y de sus variedades.

He transcrito esta clasificación tal como él la da. No opondré ninguna dificultad, ni á un procedimiento de repartición tan arbitrario que clasifica los dolores físicos entre los negativos, ni al abuso de una palabra vaga: «la fuerza», que L. Dumont tiende marcadamen-

te á tomar en un sentido trascendente. No considero más que un solo punto: el paso que se hace *subrepticiamente*, de una clasificación de placeres y penas á otra de emociones, ó cosa análoga. El autor no mantiene su promesa de no clasificar «las facultades de percepción, de inteligencia y de voluntad», ni puede mantenerla. En efecto, lo que sigue es la antigua división clásica (placeres y dolores de los sentidos, del corazón y del espíritu), que puede servir para una exposición didáctica, pero para ninguna otra cosa.

Beaunis ha propuesto una clasificación de los dolores y placeres que tiene también por base un principio único: los diversos modos de movimiento. Distingue tres clases de dolores: los centros nerviosos pueden estar inactivos por insuficiencia de movimiento; su actividad puede ser excesiva por exageración del mismo; su actividad puede ser cortada bruscamente por suspensión del movimiento. La misma clasificación en lo que concierne á los placeres: inacción, actividad, detención. — Esta división me parece muy preferible. Ha intentado también una clasificación de pormenor de los dolores físicos (p. 176) y de los dolores morales (p. 235); pero no da ninguna de los placeres (1).

Por mi parte, me inclino á creer que una clasificación (en el sentido exacto de la palabra) de los placeres y de los dolores es cosa imposible. Como son caracteres muy generales, no se puede establecer más que divisiones muy generales. En cuanto se va más allá, lo que se clasifica, en realidad, son sensaciones internas ó externas, percepciones, imágenes, conceptos, modos de acción, que van acompañados de un estado agradable ó desagradable, positivo, ó negativo, debido á la actividad, á la sobreactividad ó á la suspensión; pero las modalidades de lo agradable y de lo desagradable que, por otra parte, son infinitas, no están clasificadas en sí

(1) Beaunis, *Sensations internes*, cap. XXI.

mismas y por sí mismas. Las variedades del dolor físico, las más sencillas de todas, las más comunes, las mejor estudiadas, las más fáciles de aislar, las más desprovistas de representación concomitantes, no han podido sufrir una clasificación fija, desde Hahnemann, que contaba 73, hasta Beaunis, que enumera 83.

En una palabra, «la ciencia del placer y del dolor», para emplear la expresión un poco enfática de L. Dumont, es de la categoría de las ciencias que no proceden por clasificación, porque no tienen materia para ella. Sólo se pueden proponer divisiones muy generales, y después proceder por *enumeración incompleta*.

II

Las emociones, por lo menos las más sencillas y mejor determinadas, se presentan como estados psíquicos, que tienen sus caracteres propios, específicos. Difieren entre sí, no como un modo del dolor ó del placer difiere de otro, sino como una cosa difiere de otra; bajo este respecto, parecen *objetos* susceptibles de clasificación. Más arriba hemos dicho que se procede de dos maneras.

1.^a Se asemeja mucho la primera á las clasificaciones llamadas artificiales, que se podrían llamar también concretas, sintéticas. Toma las emociones como realidades, y se coloca frente á ellas como el zoólogo y el botánico frente á la variedad de los animales y de las plantas. Es empírica, es decir, que no tiene ningún principio director; clasifica según la sola observación, según las semejanzas y diferencias exteriores.

Puede citarse á Bain como uno de los principales representantes de este modo de proceder. No quiero insistir en un trabajo indigno de un filósofo semejante que, sin embargo, lo ha hecho dos veces distintas, sin llegar á ponerse de acuerdo consigo mismo.

Su clasificación más antigua da como fundamenta -

les la emoción de la relatividad (sorpresa, admiración), el terror, la ternura, la estima de sí mismo, la cólera, la emoción del poder, de la actividad, del ejercicio del espíritu, la emoción estética, la emoción moral.

La más reciente comprende once grupos: el amor, la cólera, el temor, el sentimiento de la propiedad, del poder, el orgullo, la vanidad, la emoción de la actividad, el sentimiento intelectual, la emoción estética, la emoción moral. Entre ellas, tres son «sencillas»: el amor, la cólera y el temor; pero poco más adelante se llama al amor y á la cólera los «dos gigantes, los miembros que dominan el sistema emocional», de suerte que el temor parece eliminado.

La incoherencia y la inconsistencia de esta tentativa resaltan por sí mismas. No insisto. (Notemos que en ambos casos se omite el sentimiento religioso.) No encuentro en ellas más que una buena observación: que los placeres y los dolores están contenidos en todas las clases, del mismo modo que, en las plantas, un mismo género puede contener plantas alimenticias y venenosas, de un aroma delicioso ó de un olor nauseabundo. No he copiado esta clasificación más que para mostrar cómo, por su naturaleza misma, está condenada á un fracaso. Flotando á la ventura, sin principio fijo, no puede menos de ser arbitraria, cuando no contradictoria.

Herbert Spencer ha hecho de ella una crítica muy conocida, y si la recuerdo en algunas palabras, es porque sirve de transición á la segunda forma de clasificación y la aclara (1). Bain no ha visto que referirse á los caracteres más manifiestos de las emociones es seguir el método de los antiguos naturalistas, que clasificaban los cetáceos entre los peces. Toda clasificación debe ir precedida de un análisis riguroso. Para esto

(1) H. Spencer, *Essays*, t. II. La clasificación de Bain se encuentra en *The Emotions*, cap. III.

hubiese sido preciso, ante todo, estudiar la evolución ascendente de las emociones á través del reino animal, buscar las que aparecen primero y coexisten con las formas inferiores de la organización y de la inteligencia; notar las diferencias que existen, en cuanto á las emociones, entre las razas humanas inferiores y superiores; las que son comunes á todas, que pueden ser consideradas como simples, y las que son propias de las razas civilizadas, como ulteriores y derivadas.

2.º Inspirándose en estas observaciones, el Dr. Mercier ha elaborado una clasificación que yo pondría como tipo del método analítico y comparativo: es, en todo caso, la más reciente y la más trabajada en los detalles (1). Procediendo á la manera de los zoólogos y de los botánicos, divide en clases, subclases, géneros, especies, formando 17 cuadros. Cuento en ellos seis clases y 23 géneros, en los cuales vienen á alinearse (deducción hecha de toda repetición y doble empleo) 128 manifestaciones afectivas, tales como se encuentran en la experiencia común y traducidas al lenguaje corriente. No es posible ni útil presentar aquí en detalle esta clasificación; indicaré sólo las seis grandes clases con algunas subdivisiones que permiten comprender su espíritu:

La primera clase comprende los sentimientos que se refieren á la conservación del organismo físico ó mental. Abraza dos subclases (según que la excitación primitiva provenga del medio exterior ó que nazca en el organismo mismo): dos órdenes y nueve géneros.

La segunda es la de los sentimientos que se refieren á la perpetuación de la especie, considerados como simples necesidades. Dos subclases: primaria (emoción sexual y sus variedades); secundaria (sentimiento paternal, maternal, filial, etc.)

(1) Ch. Mercier, *The Nervous System and the Mind* (1888), p. 279 á 364.

Con la tercera clase traspasamos la región de los sentimientos primitivos y fundamentales. Comprende los que se refieren al bienestar común (colectividad, familia, etc.). Comprende dos órdenes (que suponen muchos géneros): sentimientos patrióticos y sentimientos morales.

La cuarta clase (vagamente diferenciada de la precedente) es la de los sentimientos que se refieren al bienestar de los demás: simpatía, benevolencia, compasión y sus contrarios.

La quinta clase comprende los sentimientos, que no son ni conservadores ni destructores; es decir, que pasamos de la región de la pura utilidad individual ó social. Dos órdenes y cinco géneros, que son: la admiración, la sorpresa, el sentimiento estético, el sentimiento religioso.

La sexta y última clase es la de los sentimientos que corresponden á puras relaciones (en la nomenclatura ordinaria se les designa con el nombre de sentimientos intelectuales): convicción, creencia, duda, perplejidad, escepticismo. No comprende ninguna subdivisión.

Aun con la omisión de todo pormenor, el espíritu general de este trabajo debe aparecer con bastante intensidad al lector. Aunque conducida según un método fijo, no escapa á las dificultades inherentes á toda clasificación de las emociones. Primeramente, el orden de filiación no siempre está bien marcado. El autor mismo reconoce que la disposición en series no es posible; pero que esta dificultad se ha presentado igualmente en la zoología y en la botánica. Se advierten en ella repeticiones, es decir, formas de sentimientos que figuran varias veces con varios títulos. También esto es inevitable. Las emociones complejas (algunas cuando menos) están formadas por anastomosis: se parecen á confluente cuyos diversos arroyos proceden de diversas fuentes y de muy distintas direcciones; se pueden, legí-

timamente, referirlas á uno ú otro de los orígenes; pero la atribución será parcial y arbitraria. El sentimiento religioso, por ejemplo, está comprendido en la clase de las emociones intelectuales. Pero su carácter social es innegable: volveremos sobre ello al estudiarle; recordemos de pasada el culto de los antepasados, de los héroes divinizados, las religiones estrictamente nacionales en la antigüedad; las comunidades, órdenes; cofradías, corporaciones, las obras de propaganda en los tiempos modernos, y sobre todo, su carácter contagioso. Es falso, por otra parte, que no sea «ni conservador ni destructor del individuo». Con tanta — ó con tan poca — razón se le podría, pues, colocar en la tercera clase. En cuanto se pasa de las emociones simples á las complejas, lo que importa determinar no es tanto la filiación, como la composición; ahora bien, este procedimiento toca más bien á la química que á la clasificación zoológica.

III

Un tercer tipo de clasificación, propio de los intelectualistas, consiste en clasificar según los estados intelectuales, en tanto que van acompañados de elementos afectivos. Ha nacido de la psicología de Herbart; se apoya en ella, y se encuentra en los principales representantes de esta escuela, Waitz, Drobisch, y sobre todo Nahlowsky, en *Das Gefühlsleben* (p. 44 y siguientes). Este método es propio de Alemania, y su influjo se deja todavía sentir hasta en Wundt, y más recientemente en el libro de Lehmann (*ob. cit.*, p. 338 y siguientes). En Inglaterra, Shadworth Hodgson se aproxima á este tipo.

Aparte del procedimiento, que es común á todas, estas clasificaciones concuerdan todavía menos en los detalles que las de los dos primeros tipos. Tomadas en general, tienen un aspecto escolástico; se desmenuzan

en divisiones, subdivisiones y distinciones de donde sale más oscuridad que luz. Hay, sin embargo, una dicotomía que les es propia, que responde á una realidad, que no se encuentra en los dos tipos precitados, y que, en este concepto, es digna de mención.

Las clasificaciones de este género establecen primeramente dos grandes categorías de emociones: las que dependen del *contenido* de las representaciones, y las que dependen del *curso* de las mismas. Asimilamos el flujo de los estados de conciencia á un río que, según la naturaleza del suelo ó el estado del cielo, corre unas veces límpido, otras fangoso, ya azul ó verde, ya gris. Además de estas variedades de aspecto, las presenta de otra especie, que dependen del movimiento de sus aguas, aquí lentas, allá rápidas, más allá estancadas ó quebradas por los recodos bruscos de las orillas. Lo uno responde al contenido, lo otro al curso de las representaciones que sostienen los estados afectivos.

La primera clase (contenido) comprende las emociones *cualitativas*, que dividen generalmente en inferiores ó sensoriales y superiores, que son intelectuales, estéticas, morales ó religiosas, según que las ideas que suscitan estos sentimientos sean la verdad, ó lo bello, ó el bien, ó lo absoluto.

La segunda clase (curso de las representaciones) comprende las emociones *formales*; es decir, las que dependen de las formas diversas del curso de las ideas, de las relaciones que existen entre ellas. Nahlowsky distingue cuatro especies: 1.º Sentimiento de espera y de impaciencia; 2.º De esperanza, de ansiedad, de sorpresa, de duda; 3.º De fastidio; 4.º De confortación y de trabajo.

El único mérito de esta clasificación es mostrar que hay manifestaciones afectivas que no dependen más que de relaciones, de transiciones de un estado intelectual á otro. Este mérito se deriva de su defecto esencial, que consiste en operar sólo sobre las percepciones,

representaciones é ideas, no sobre los estados afectivos tomados en sí mismos y directamente. Como este modo de proceder es, en definitiva, una clasificación intelectual, debe no omitir ninguna forma del conocimiento, ni aun aquellos estados fugitivos y borrosos — las relaciones — que unen, separan, excluyen, aproximan, alejan, subordinan; en una palabra, que indican *movimientos* del pensamiento, y que á veces se ha cometido la torpeza de olvidar. Faltaría saber si muchas relaciones son ó no estados de naturaleza afectiva más bien que intelectual; es un punto que examinaré en otro lugar.

Para consolarse de esta multiplicidad y de este desacuerdo de las clasificaciones, se puede decir que los naturalistas no son más afortunados. Se concederá sin dificultad que es más fácil clasificar los animales que los estados afectivos; y, sin embargo, con sólo mirar á nuestro siglo, ¡cuántos «sistemas» desde Lamarck, Cuvier, Oken, pasando por Blanville, Geoffroy Saint-Hilaire, Siebold, Ehrenberg, Robert Owen, von Baer, Vogt, Agassiz, para terminar en Hæckel y no citar más que los principales!

Hemos indicado de pasada por qué es imposible una verdadera clasificación de las emociones, es decir, una distribución en órdenes, géneros y especies, según los caracteres dominantes y subordinados. Toda clasificación, si no es puramente empirica, expresa una teoría general de la vida afectiva, un «sistema»; por consiguiente, una hipótesis. Además, no puede vanagloriarse jamás de haber agotado la materia, porque cada emoción simple ó compuesta lleva consigo variedades sin número, según los individuos, las razas, la época y el curso de la civilización. Las hay que se han extinguido, y otras que acaban de nacer. Por último, la existencia de las emociones mixtas — y son muy numerosas — es un obstáculo continuo para toda tentativa de repartición en serie lineal. El único camino que se pue-

de seguir es de la filiación genérica: presentar las emociones simples, primarias; después investigar por qué procedimientos conscientes ó inconscientes del espíritu han podido salir de aquéllas las emociones derivadas; procuraremos determinarlos en otro capítulo (1). Pero ese trabajo no es tampoco una clasificación.

(1) Véase la segunda parte, cap. VII.

CAPÍTULO XI

LA MEMORIA AFECTIVA

Las imágenes afectivas, ¿son susceptibles de reviviscencia espontánea ó voluntaria? — Resumen de los hechos esparcidos sobre este asunto. — Investigación de esta cuestión; método seguido. — Imágenes afectivas y gustativas. — Sensaciones internas (hambre, sed, fatiga, disgusto, etc.). — Placeres y dolores; observaciones. — Emociones; tres formas distintas de reviviscencia según las observaciones. — Reducciones de las imágenes á tres grupos: reviviscencia directa y fácil, indirecta y relativamente fácil, difícil y tan pronto directa como indirecta. — La reviviscencia de una representación está en razón directa de su complejidad y de los elementos motores que comprende. — Reservas sobre este último punto. — ¿Hay una memoria afectiva real? Dos casos: memoria falsa ó abstracta, memoria verdadera ó concreta. — Caracteres particulares y diferencias de cada caso. — Transformación del recuerdo afectivo en recuerdo intelectual. — La amnesia afectiva: sus consecuencias prácticas. — Hay un tipo afectivo general y tipos afectivos parciales. — Observaciones en su apoyo — Reviviscencia comparada de los estados agradables y de los estados desagradables. — Resentir vivamente y reavivar vivamente, son dos operaciones distintas.

I

Según las numerosas investigaciones hechas desde hace unos veinte años, acerca de la naturaleza y de la reviviscencia de las imágenes visuales, auditivas, tacto-motoras y verbales, parece paradójico sostener que existe todavía en el dominio de la memoria una región no explorada. Sin embargo, apenas si se encuentran algunas

notas dispersas acerca de las imágenes que se derivan de la olfacción, de la gustación, de las sensaciones internas, de los placeres y los dolores, y de las emociones en general. La cuestión de la memoria afectiva permanece poco menos que intacta (1). El objeto de este capítulo es comenzar su estudio.

Las impresiones del gusto y del olfato, nuestras sensaciones viscerales, nuestros estados agradables ó penosos, nuestras emociones y pasiones, dejan, ó pueden dejar recuerdos, como las percepciones de la vista y del oído; esto es un hecho de experiencia vulgar sobre el cual es inútil insistir. Estos resíduos, fijados en nosotros, pueden volver á entrar en la conciencia, y se sabe que la reviviscencia de las imágenes puede producirse de dos maneras: ser provocada ó espontánea.

La reviviscencia provocada es la más sencilla de todas. Consiste en que un suceso *actual* suscite las imágenes de sucesos anteriores semejantes, y tiene lugar, sin duda posible, en la categoría de imágenes que nos ocupa. La sensación actual de fatiga, de olor á azucena, de sabor de pimienta, de dolor en una muela determinada, me aparece como la repetición de las sensaciones experimentadas anteriormente, semejantes á la presente ó que al menos lo parecen; por consiguiente las reaviva.

Pero las imágenes de las sensaciones olfativas y gustativas, de las sensaciones internas, de los placeres y los dolores pasados, de las emociones experimentadas, ¿pueden renacer en la conciencia *espontáneamente* ó á *voluntad*, con independencia de todo suceso actual que las provoque? Sabido es que en algunos pintores, la visión interior es tan clara, que pueden hacer un retrato

(1) No creo que haya que citar más que á Herbert Spencer, *Principles of Psychology*, I, párr. 69 y 96; Bain, *Emotions*, cap. V; W. James, *Psychology*, II, 474, 475, y Fouillée, *Psychol. des idées forces*; Höfding, *Psychologie*, 3.^a ed. (trad. alemana), VI, B. 3; Lehmann, *Hauptgesetze*, pag. 361-263.

de memoria; que, en algunos músicos, la audición interior es tan perfecta, que pueden, como Habeneck, oír idealmente una sinfonía que se acaba de tocar, recordando todos los detalles de la ejecución y los menores errores en la medida. ¿Existen, en el orden de las representaciones afectivas, casos análogos? Tal es, en forma precisa, la cuestión que vamos á examinar al pormenor. Se verá, por lo que sigue, que tiene alcance práctico, y que no es una simple curiosidad psicológica.

Antes de entrar en materia, resumiré los principales hechos relativos á esta cuestión, que se encuentran dispersos en diversos autores. Los clasifico en cuatro grupos:

1.º Reunamos el gusto y el olfato. Este último sentido es mucho más extenso, más rico y variado que el otro; el lenguaje común los confunde muchas veces y enriquece al gusto á costa del olfato. Aunque poco científica, esta confusión es para nosotros de gran importancia.

Todo el mundo sabe que los catadores, los cocineros y ciertos químicos ó perfumistas distinguen los tonos más delicados y los identifican sin error con sensaciones anteriores; pero esto es un recuerdo provocado. ¿Existe una relación espontánea ó voluntaria entre estos dos grupos de imágenes? Si se consultan las monografías más copiosas de los fisiólogos (1), se las encuentra casi mudas en este punto. Cloquet, Müller, Valentin han referido casos de sensaciones subjetivas, que atribuyen á causas internas; pero otros fisiólogos, como Ludwig, sin negarlas, piensan que partículas sápidas en la boca, ó moléculas olorosas en la mucosa nasal, pueden obrar en esos casos; de suerte que las pretendidas imágenes serían de hecho sensaciones.

(1) Véase von-Vintschgau, art. *Geruch y Geschmack* en el *Handbuch der Physiologie* de Hermann, t. III; Gley, art. GUSTATION; François-Franck, art. OLFATION, en el *Diction. encycl. des sciences médicales*.

Los sueños pueden proporcionar mejor punto de apoyo. Entre los numerosos autores que han escrito acerca de esta cuestión, algunos niegan resueltamente la existencia de representaciones del gusto y del olfato. Es imposible aceptar esta opinión. Aunque aquéllas sean relativamente raras, se encuentran ejemplos que parecen á cubierto de toda crítica. Una persona que, por razones de salud, se abstuvo completamente de vino durante muchos años, me afirma haber sentido muy claramente el sabor de esa bebida durante un sueño. Recordemos las alucinaciones hipnagógicas, tan bien descritas por A. Maury, que las padecía mucho: menciona el sabor del aceite rancio, el olor á quemado, que sobrevenían independientemente de toda causa objetiva.

En cuanto á las alucinaciones propiamente dichas, sabido es que las del olfato son muy frecuentes. Muchos autores dudan si admitir las del gusto, que reducen á puras ilusiones; pero sabido es que la distinción establecida en otro tiempo entre estas dos manifestaciones patológicas es muy discutida en nuestros días.

2.º Las sensaciones internas desempeñan un papel capital en la vida afectiva. En estado normal, ¿son susceptibles de reviviscencia espontánea ó voluntaria? No he encontrado ningún dato preciso sobre este punto. En estado patológico se encuentran abundantes ejemplos en los hipocondriacos, histéricos y neuróticos, en los locos que se quejan de órganos suprimidos, de estómago intervertido, etc. Quedaría, en todo caso, por determinar el papel del órgano mismo y de su estado actual en la mayoría de estos casos de reviviscencia; lo cual es muy difícil.

3.º En lo que toca á los placeres y los dolores, en su doble forma física y mental, no cabe duda. El recuerdo de una luz deslumbradora, de una disonancia ó de un sonido estridente, de la extracción de una muela ó de una operación más grave; la perspectiva de una buena

comida para el glotón, de las próximas vacaciones para el escolar, todos estos estados de la vida psicológica, que se designan en general con el nombre de placeres y dolores de la imaginación, muestran cuán frecuente es la reviviscencia de las imágenes afectivas. Así, la dificultad no está en establecer su existencia, sino en determinar su naturaleza.

Recordemos también con qué facilidad se puede, en los hipnotizados, hacer nacer por sugestión estados agradables ó penosos de todas clases.

Por último, en ciertos casos la imagen afectiva puede hasta llegar á ser completamente alucinatoria; es decir, que por su intensidad iguala á la misma realidad. «Un estudiante, dice Gratiolet, dió un golpe con el mango del escalpelo en un dedo extendido de un compañero. Este sintió un dolor tan vivo, que creía que el instrumento le había penetrado hasta el hueso.» Durante un motín, en el reinado de Luis Felipe, un combatiente recibió en un hombro la ligera contusión de una bala perdida; «sintió una ola de sangre que le brotaba de la herida sobre el pecho», y la piel no tenía ni un arañazo. Bennett cuenta que un carnicero quedó suspendido por un brazo en el gancho de colgar las reses. Le descolgaron aterrizado, dando gritos espantosos, quejándose de que padecía cruelmente; ahora bien, el gancho sólo había atravesado el traje, y el brazo estaba indemne (1). Se podría dar á este estado el nombre de *alucinación afectiva*.

4.º Sobre la reviviscencia de las emociones y de las pasiones, la psicología está muy pobre de observaciones y documentos; bien es verdad que se puede admitir que lo que precede sobre placeres y dolores es aplicable á este último grupo. Pero la atención de los psicólogos no se ha concentrado sobre la cuestión de

(1) Hack Tuke, *L'Esprit et le corps*, traducción francesa, página 104. Se encontrarán otros casos de este género.

hecho. Su preocupación es teórica, y se refiere á la naturaleza de la memoria afectiva. Para la mayoría de ellos, el recuerdo es simplemente el de las circunstancias concomitantes con la emoción. Para los demás, existe un recuerdo de la emoción misma como tal. Siendo este el punto principal de mi asunto, y debiendo discutirse extensamente más adelante, me limito por el momento á indicar las dos opiniones.

En suma, ateniéndose al estado normal,—y dejando á un lado los estados patológicos,—los hechos reunidos me parecen en absoluto insuficientes para responder á la cuestión planteada anteriormente.

II

Me he propuesto, en vista de ello, recoger nuevos documentos é investigar si existen, de un individuo á otro, grandes diferencias en la memoria afectiva; lo cual explicaría los disentimientos de los autores en ese punto.

Hecha la eliminación de las respuestas dudosas, vagas ó poco instructivas, he recibido unos sesenta documentos. Cada persona (adultos de ambos sexos y de diversos grados de cultura) ha sido interrogada por mí directamente, y sus contestaciones han sido anotadas en seguida. He recibido además algunas largas comunicaciones escritas, que incluyo en el número de las mejores. La naturaleza de las cuestiones propuestas resaltará lo suficiente de la exposición que sigue, que es el resumen de mi investigación, y que da los principales resultados de ella. Me limito por el momento sólo á los hechos; la interpretación vendrá más tarde.

1.º *Imágenes gustativas y olfativas.* — Estaba dispuesto á admitir que no eran susceptibles de ninguna reviviscencia espontánea, cuanto más voluntaria; pues era, por mi parte, incapaz de hacer revivir una sola, ni en el grado más débil. Las respuestas me han desen-

gañado completamente: las negativas son 40 por 100, las positivas 60 por 100. Con más exactitud: 40 por 100 no reviven ninguna imagen, 48 por 100 lo hacen con algunas, 12 por 100 se dicen capaces de revivirlas todas y á voluntad, ó casi todas.

La mayoría de los casos supone, pues, la reviviscencia espontánea de algunos olores solamente. Los citados con más frecuencia son: clavel, la nuez moscada, la violeta, el heliotropo, el ácido fénico, el olor á campo y á hierba, etc. En cuanto á las condiciones en que aparece la imagen, son muy variadas. Para unos, no va acompañada de ninguna representación visual, táctil ó de otra clase. En la mayoría, el olor imaginado suscita ulteriormente la imagen visual correspondiente (de una flor, de un frasco de esencia). Muchos tienen que anteponer la representación visual, y «con el tiempo», llegar á suscitar la imagen olfativa. Dos personas afirman que, leyendo una descripción de paisaje, sienten inmediatamente los olores característicos. Aquí, el signo basta. Una de ellas, que es un novelista, experimenta algunas veces la sed en las mismas condiciones.

En las dos observaciones que siguen, la imagen olfativa no existe más que para un caso único, y parece suscitada por el conjunto de circunstancias concomitantes. :

Observación primera. — «Había ido á ver en el hospital á mi amigo B., enfermo de un cáncer en la cara... Cuando él habla, hay necesidad de aproximarse todo lo más posible para coger los intentos de palabras, y entonces, á despecho del vendaje antiséptico, se os llenan las narices de un olor acre, fétido... Debía ir á volver á verle, así se lo prometí; pero esta perspectiva me repugnaba. Paseando en los alrededores de París por un sitio donde no faltan ni aire, ni espacio, me hacía el reproche de no ir á visitar al pobre enfermo.....

En el mismo momento percibí, como si estuviera cerca de él, aquel mismo olor acre, muy conocido, del tumor canceroso. Tan brusca como instintivamente aproximé la manga á mi nariz para olfatear y ver si mi vestido había conservado el olor; pero al momento reflexiono que hacía cinco días que había estado en el hospital y que, además, llevaba otro gabán.»

Observación segunda.—«Yo no recuerdo más que dos olores: uno asociado invenciblemente al recuerdo de la alcoba de un enfermo; olor insípido de farmacia, de aire viciado, verdaderamente desagradable cuando renace como en este momento.

«Me ha ocurrido encontrar en un magnetizador (M. R.) un olor muy particular é indefinible cuando me dormía y no había llegado al estado de aletargamiento. Noté después que muy á menudo—no siempre—la memoria de este olor extraño acompañaba al recuerdo del magnetizador. Esto me pareció tanto más probatorio, cuanto que el olor, siendo ya muy sutil cuando M. R. está cerca de mí, es necesario para que la sensación renazca, por muy débil que sea, que la reviviscencia sea absoluta.»

Dudaría en admitir la reviviscencia espontánea ó voluntaria de casi todos los olores, si no se me hubiera afirmado esto por personas instruídas, competentes y de buena fe. Doy algunos extractos de su declaración: «Siento casi todos los olores característicos, y lo hago á voluntad; en este momento pienso en un país riniano y siento su olor.»—Recuerdo la mayor parte de los olores, no todos, espontánea ó voluntariamente (en este último caso necesito tiempo).—¿Sentís *kic et nunc* el olor de rosa y de qué clase? Yo le huelo *in genere*, pero, insistiendo, es un olor de rosa marchita. La representación visual viene en seguida.» El único que me ha dicho que podía sentir todos los olores á voluntad, tuvo

siempre necesidad de una representación visual previa (1).

Sobre el recuerdo de los sabores solos, las respuestas son bastante vagas. Uno recuerda «fácilmente y á voluntad, el gusto de la sal, con una impresión visual muy clara,» pero menos fácilmente los otros tres sabores fundamentales. Otro que usa para la garganta de tres clases de bombones, «se le presenta el sabor cuando experimenta la necesidad, cuando los ve ó cuando los toca.» En general la reviviscencia de los sabores me ha parecido que va asociada sobre todo á la de los alimentos usuales y al estado del canal alimenticio (hambre).

2.º *Sensaciones internas.* — Mi interrogatorio no las comprende todas, sino solamente las más comunes y más fáciles de observar (2).

Para el hambre, de 51 respuestas claras, 24 pueden representársela y 27 no pueden. (La pregunta ha sido hecha en una hora en que la sensación real no existía, y algunos me han dicho que en el estado normal no experimentan ni hambre ni sed). Esta es descrita ordinariamente «como una sensación táctil en el exófago ó un desfallecimiento de estómago.» Uno sólo me ha afirmado poder «á capricho sentir el hambre y la sed aun después de haber bebido y comido».

La sed es imaginada más frecuentemente y al pare-

(1) Recientemente Galton, en una nota intitulada «La aritmética por el olfato», ha descrito un procedimiento con ayuda del cual asegura que se pueden practicar algunas operaciones aritméticas mediante imágenes olfativas, como se ha hecho ya con representaciones visuales ó auditivas. Se ejercita en asociar dos o faciones de menta con una de alcanfor; tres de menta con una de ácido carbónico: hace pequeñas adiciones; más tarde opera con sus imágenes solamente (excluyendo las representaciones visuales y auditivas). Para los detalles, véase *Psychological Review*, número de Enero de 1894.

(2) La memoria de las sensaciones internas, aunque distinta de la de los estados afectivos propiamente dichos, se aproxima de tal suerte, que las dos cuestiones me parecen inseparables.

cer más claramente (36 que sí y 15 que no). Se la describe como sequedad de la garganta, calor, etc.

Para la representación de la fatiga, la respuesta ha sido afirmativa, sin excepción alguna. Los modos de representación difieren. Los unos la sienten (idealmente) en los músculos, los otros bajo forma cerebral. Hé aquí algunos ejemplos: «desfallecimientos musculares en las pantorrillas, las espaldas y los hombros, los ojos cargados, pero ninguna pesadez en la cabeza»; «sensación de relajamiento, de peso, localizada en los hombros, porque en el estado normal me es muy penoso inclinarme»; «lentitud en los movimientos con sensación de peso en la cabeza»; «laxitud general, estado difuso, sobre todo pesadez en la cabeza y fatiga de espíritu»; «dolores en las articulaciones y pesadez cerebral». Aunque todos mis individuos se representan la fatiga, tres ó cuatro no lo hacen sino «difícil y débilmente».

Los mismos resultados para la representación del mal sabor. No encuentro más que tres respuestas negativas con esta nota: «Yo tengo un buen estómago.» Uno de estos casos es tanto más singular, cuanto que el sujeto ha estado mareado. Bajo su forma viva la representación es descrita «como un comienzo de náusea». Para otros, es «un mal en el corazón, con movimiento de vacuidad asociado á la idea de aceite de hígado de bacalao ó de carne corrompida». Entre los que han experimentado el mareo, no encuentro ninguno que no se lo represente con facilidad (vértigo, sensación de balanceo, que los invita á no persistir en su reviviscencia). — M. X. (muy competente en cuestiones psicológicas), me dice: «soy bastante buen visual, no tengo ninguna memoria auditiva, ni para la música, ni para las lenguas; no puedo hablar idiomas extranjeros. Salva la memoria muscular, que es nula en mí—jamás he podido tener buen éxito en ningún ejercicio corporal ni tocar ningún instrumento—hago revivir todas las sensaciones internas: hambre, sed, mal sabor, fatiga, vér-

tigo, disnea; no quiero insistir sobre este último estado; pensando en ella mucho tiempo, la tendría» (1).

3.º *Dolores y placeres.*—A la pregunta: «¿Podéis resucitar en vosotros el recuerdo de un dolor físico ó de una pena, de un placer ó de una alegría?» la respuesta es casi siempre afirmativa; pero en esta forma seca no nos enseña nada. Son necesarias descripciones más precisas. Volvemos aquí al punto capital de nuestro asunto, y me encuentro obligado á anticipar algo sobre mis conclusiones. Las observaciones, hechas con cuidado, muestran que hay dos formas distintas de memoria afectiva, la una *abstracta*, la otra *concreta*. Insistiré después sobre sus diferencias; por el momento continúo relatando los hechos.

Estados penosos.—El dolor de muelas, muy común, me ha suministrado muchas respuestas. Noto en casi todas el predominio de los elementos motores: arrebatos, latidos, contorsión de las mandíbulas. Cuando se recuerda la extracción de una muela: sacudimiento de la cabeza, sensación de torsión, crujido de dientes, ruidos. Para muchos, el elemento doloroso aparece poco ó nada reavivado; en otros lo es claramente.

Observación tercera.—«Os envío una observación personal que he hecho en estos últimos días. Había sufrido dolores de muelas muy vivos y ciertamente más intensos que la sensación desagradable que se experimenta cuando el dentista os limpia la dentadura con su máquina rotativa. Sin embargo, cuando ahora pienso y trato de representarme, de una parte, el dolor, y de otra, el frotamiento de los dientes con la máquina, este último aparece en mi representación mucho más desagradable. Me explico este hecho, porque ese frota-

(1) Un gran nadador ha tenido sofocaciones que se representa muy bien.

miento va acompañado de un ruido que me represento muy vivamente, y esta representación auditiva sola basta ya para evocar una sensación desagradable; el dolor de muelas está también ligado á diferentes accesorios: inclinación de la cabeza, cerramiento del ojo correspondiente, movimiento de la mano para aplicarla á la mejilla que corresponde, etc.; pero estos accesorios no ejercen gran influjo sobre mí: no caracterizan tanto el dolor de muelas como el ruido particular de la limpieza con la máquina. Esta última representación es muy viva; cuando pienso mucho en ella, siento frío en la espalda y un ligero temblor de brazos. La representación del dolor de muelas es en mí mucho más vaga, más difusa; tengo que ayudar la descripción con palabras; no obra sobre mí tan desagradablemente como la primera.»

Se recuerdan bastante bien las cortaduras, quemaduras, etc. «He recibido en mi juventud un pistoletazo: recuerdo muy bien el choque, que produjo primero una sensación táctil, que se irradiaba, y después el dolor; pero recuerdo mal el elemento doloroso.» Otro recuerda bien las contracciones vesicales de una cistitis; pero tiene necesidad de elementos motores para este caso y para el dolor de muelas. M. B., que parece pertenecer al tipo afectivo (explico después lo que entiendo por esto), siente en su estado naciente una neuralgia punzante sobre el ojo, un calambre en el estómago, un escozor en el ano, una mordedura en la lengua.—Otro (del mismo tipo) dice: «Si yo insistiera, sentiría una neuralgia; pero no me represento los dolores de un forúnculo.» —Otro: «Hay dolores que me los puedo representar á capricho: ó no se produce nada, ó la representación es tan viva que es casi actual; esto pasa, sobre todo, con los dolores cardiacos.»

Tenía el proyecto de interrogar á los que han sufrido grandes operaciones; pero como se practica de ordi-

nario la anestesia, había poco que esperar de esta parte. Quedaba un caso muy frecuente: los dolores del parto. Las respuestas son contradictorias. He aquí una que ha tenido cinco hijos, y que declara «que, un momento después, no pasa nada». Es una mujer de una salud que no se altera y de un optimismo inquebrantable. Otra: «Desde que el dolor ha pasado, tengo el poder de olvidarlo todo al momento.»

El médico de una casa de maternidad me decía: «Casi todas, durante el alumbramiento, gritan que no volverán más, y casi todas vuelven.» Otras dicen que tienen «una sensación muy clara y muy precisa de los dolores del parto». Por contradictorias que sean estas respuestas, veremos después cómo se concilian.

Observación cuarta. — Casos de memoria afectiva, nula para los dolores del parto. — Mujer nerviosa. Memoria visual, buena; memoria auditiva, nula. No puede representarte ni un olor ni un sabor. Se ha estudiado á sí misma, en vista de la cuestión que nos ocupa, y ha hecho que me trasmitan la observación que sigue:

«Los primeros dolores muy vivos han comenzado á aparecer cada quince ó veinte minutos; durante estos intervalos de reposo todo desaparece: no queda ningún rastro del dolor. Esta mujer trataba, durante los intervalos, entre las dos crisis, de representarse el dolor que acababa de experimentar, lo cual le era absolutamente imposible; podía describir muy bien el dolor con palabras: eran los dolores en la espalda, los lados, etcétera, y esta descripción con palabras era la que volvía siempre que trataba de representarse el dolor. Después, los dolores comenzaban á devenir cada vez más frecuentes, y ya no hacía más observaciones. Cuando eran excesivamente vivos, gritaba y hablaba al mismo tiempo. Es curioso notar que no pronunciaba, como de ordinario, las palabras, cada sílaba era enunciada

muchas veces; por ejemplo: «ça, ça, ça, ça, fait, fait, fait, fait, très, très, maaaaal» (esto hace mucho daño). Suplicaba á su marido que la matara, que la cortara en trozos pequeños, que la hiciera pedazos, etc., con tal de que todo acabara. Después de cinco horas de sufrimiento, el médico declaró que los dolores no habían adelantado la situación, que todo estaba como al comienzo. Esta declaración provocó un vivo sentimiento de desesperación que se añadió á los dolores. Cinco horas después había acabado todo. Al día siguiente, cuando intentó representarse los dolores, vino solamente á su espíritu la descripción por medio de palabras, después el sentido de las cosas que decía durante el alumbramiento; recordó que no podía absolutamente contenerse; comprendió que era absurdo todo lo que decía á su marido; pero al mismo tiempo pensaba: «Se hacen á veces cosas absurdas; ¿por qué no hizo lo que yo le pedía?» Recordó muy bien que, después de la declaración del médico, había tenido un sentimiento de desesperación; pero esto lo recordó con palabras, no como sentimiento.

Cito, en fin, con motivo del dolor físico, una interesante observación de Fouillée, hecha sobre sí mismo.

«Para recordar un determinado dolor de muelas es necesario que me represente las muelas en que he localizado siempre el dolor; después la palabra dolor, que le sirve de signo; pero ¿cómo llegar á representarme este dolor *en sí mismo*? Es uno de los filósofos que declaran la cosa imposible, y pretenden que se reproducen solamente las percepciones y los estados intelectuales, así como las palabras. Esto es, en efecto, lo que tiene lugar de ordinario; pero se puede también, según nuestra opinión, reproducir incompletamente en la conciencia el elemento *doloroso* del dolor de muelas. Para

esto es necesario emplear un procedimiento indirecto, y este procedimiento consiste en evocar primero las imágenes y reacciones motoras que acompañan ó siguen al dolor de muelas. Yo he hecho el experimento: fijo intensamente mi pensamiento sobre uno de los molares de la derecha, localizo después el dolor que trato de evocar, y aguardo. Lo que primero se renueva es un estado vago y general, común á todas las sensaciones dolorosas. Después esta reacción se precisa, á medida que fijo mi atención sobre mi muela. A la larga, siento una afluencia mayor de sangre en las encías y los mismos latidos. Después me represento un cierto movimiento, que se realiza de un punto al otro de la muela ó de la encía; este es el trayecto del dolor. Me represento también la reacción motora causada por el dolor, convulsión de la mandíbula, etc. En fin; si pienso intensamente, en todas estas circunstancias, acabo por sentir, de una manera más ó menos sorda, los rudimentos de la picadura. En un experimento que acabo de hacer he provocado un dolor real en una muela que está, por lo demás, enferma... Saco del experimento una dentera general y un impulso á pasar la lengua por las encías» (1).

Salvo algunas observaciones muy claras, que diré más adelante, no tengo más que respuestas vagas sobre la reviviscencia de la pena ó del dolor moral, hecha abstracción de las condiciones ó circunstancias en las cuales se produce. Uno se representa «una inercia general y un estado febril». Otro, que durante su período de servicio militar ha atravesado períodos de depresión y de tedio, «un año después, cuando tiene el recuerdo de esta vida, lo ve todo con un tono gris». Veremos después que hay gentes en los que la reviviscencia del dolor moral es tan viva como el estado inicial.

(1) Fouillée, *op. cit.*, t. I, p. 200 201.

Estados agradables. — Los mismos resultados que para el grupo que precede, *mutatis mutandis*. Yo noto un predominio muy claro de los elementos motores. Los placeres citados más frecuentemente son los de patinar, de la natación, del trotar ó del galopar á caballo, y de los diversos ejercicios del cuerpo. Los que reavivan *realmente* los recuerdos agradables, acusan: un estado general de excitación, un ensanchamiento del pecho, una dilatación del rostro, una tendencia á hacer gestos de niño. El uno, al pensar en sus carreras á caballo, siente el placer de la velocidad, el viento que acaricia sus mejillas, etc. Los músicos reavivan fácilmente su placer con la sola audición interior. Uno de ellos no puede pensar en la Cabalgata de las Walkirias sin sentirse como soliviantado por impulsos motores.

4.º *Emociones.* — Los fenómenos de este grupo, aunque más complejos, no son de hecho más que una prolongación de nuestro tercer grupo. Pero para estar fijo sobre la naturaleza de su reviviscencia, no es necesario proceder por generalidades. Preguntar á alguno si es capaz de reavivar sus emociones pasadas sería una cuestión sin objeto. He rogado siempre que se recuerde un caso *particular* de una emoción particular (miedo, cólera, amor, etc.) Las respuestas se pueden reducir á tres categorías, que expongo en su orden de frecuencia.

Los más no recuerdan más que las condiciones, circunstancias y accesorios de la emoción; estos no tienen más que una memoria *intelectual*. El suceso pasado se reaviva en ellos con un cierto tono emocional (á menudo aun éste falta), una nota afectiva, vaga de lo que ha sido, pero que no resucita ya. En el orden afectivo son los análogos á los visuales y auditivos mediocres en el orden intelectual. — C..... que ha estado expuesto á quedar envuelto sobre una roca por la marea, vuelve á ver las olas que suben, su carrera desordenada hacia la playa, en la que se encuentra en seguri-

dad; pero la emoción, como tal, no vuelve.—En Constantina me he librado hace pocos años de despeñarme en las gargantas del Rummel; cuando pienso en esto, veo muy claramente el paisaje, el estado del cielo, los detalles; la única reminiscencia afectiva es un ligero estremecimiento en la espalda y en las piernas.

Los otros (bastante menos numerosos), recuerdan las circunstancias, *mas* el estado afectivo mismo, que es reavivado. Estos tienen la memoria *afectiva* verdadera; corresponden á los buenos visuales y á los buenos auditivos. Se encuentran en la mayor parte de los temperamentos emocionales. Como tocamos aquí al punto oscuro y cuestionado de nuestro asunto, conviene que demos ejemplos.

Las gentes irascibles, con el solo nombre, con el solo pensamiento de su enemigo, sienten la cólera en su estado naciente. El miedoso se estremece y palidece con el solo recuerdo del peligro corrido. El enamorado que piensa en su amada, reaviva el estado completo del amor. Que se compare el recuerdo de una pasión extinguida con el recuerdo de una pasión actual, y se verá claramente la diferencia entre la memoria intelectual y la memoria afectiva, entre el simple recuerdo de las circunstancias y el recuerdo de la emoción como tal. Es un gran error pretender que no se pueden recordar más que las condiciones de la emoción y no el estado emocional mismo. No hago en este momento más que desflorar la cuestión; volveré sobre ella.

Muchas personas me afirman que el recuerdo de una emoción las sacude tan vivamente como la emoción primitiva, y no me cuesta trabajo creerlo. ¿Es que el solo recuerdo de una necesidad no hace enrojecer? Una de ellas pretende «que su representación de las emociones es más viva que la emoción misma, y que se las recuerda mejor que las sensaciones visuales, auditivas y otras». Pero algunas observaciones detalla-

das harán mejor comprender la naturaleza de la memoria afectiva verdadera.

Litré cuenta que él perdió á la edad de diez años una hermana joven en circunstancias muy penosas, y que sintió un vivo dolor; «pero la pena de un muchacho no dura mucho». En una edad muy avanzada, este dolor revivió en él bruscamente sin causa exterior: «De golpe, sin quererlo ni buscarlo, por un fenómeno de automnesia afectiva, este mismo acontecimiento se ha reproducido con una pena no menor ciertamente que la que yo experimenté en el momento mismo, y que llegó hasta á llenarme los ojos de lágrimas.» Se repitió muchas veces en el trascurso de los días siguientes, después cesó y cedió su puesto al recuerdo habitual (1) (es decir, bajo su forma puramente intelectual).

Era natural suponer que entre los poetas y los artistas, la reviviscencia afectiva debiera ser muy frecuente. M. Sully-Prudhomme, cuyas aptitudes filosóficas son conocidas, ha tenido á bien remitirme, sobre nuestro asunto, una comunicación escrita, de la cual tomo algunos pasajes con su autorización:

«..... Tengo el hábito de apartarme de los versos que hago antes de terminarlos, de dejarlos algún tiempo en mis cajones. Los olvido muchas veces, cuando me ha parecido que eran malos, y suelo encontrarlos muchos años después. Entonces los recompongo y *tengo la facultad de evocar con una gran claridad el sentimiento que los había sugerido*. Este sentimiento lo pongo, por decirlo así, en mi fuero interno, como un modelo que copio con la paleta y el pincel del lenguaje. Esto es exactamente lo contrario de la improvisación. Parece que trabajo entonces sobre el recuerdo de un estado afectivo.

»Cuando me acuerdo de la emoción que me causó la entrada de los alemanes en París, después de nuestras

(1) *Revue positive*, 1877, p. 660.

últimas derrotas, me es imposible de un modo indiviso y al mismo tiempo, *no experimentar de nuevo esa misma emoción*; mientras que la imagen mnemotécnica del París de entonces permanece en mi memoria muy distinta de toda percepción actual. Cuando yo recuerdo la especie de afección que experimenté en mi infancia por mi madre, me es imposible no volver á ser en cierto modo un niño en el momento mismo en que evoco este recuerdo; no dejar á mi corazón de hoy participar de mi ternura antigua, debida al recuerdo. Vengo casi á preguntarme *si todo recuerdo de un sentimiento no reviste un carácter de alucinación*.

«Cuando yo era estudiante, tuve unas relaciones en que fuí engañado: fenómeno muy vulgar para que la observación no pueda ser comprobada por mis semejantes, en ellos mismos. Mi amor no tenía nada de profundo, la imaginación lo hacía casi todo, y perdoné la injuria que no interesaba apenas más que á mi vanidad. El rencor y la afección desaparecieron hace ya mucho tiempo. En estas condiciones: si evoco los recuerdos, primero me reconozco ageno á los sentimientos que evoco; pero noto bien pronto que no permanezco extraño más que en tanto que estos recuerdos permanecen vagos y confusos. Desde que, por un esfuerzo de reminiscencia, los preciso, cesan por esto mismo de no ser más que recuerdos, y *me sorprende sentir en mí renovarse los movimientos de la pasión juvenil y de los celos furiosos*. Esta misma reviviscencia es la que únicamente me permite retocar los versos que aquella aventura, tan antigua, me hizo *perpetrar* y aprovecharme de la experiencia que he adquirido en mi arte para la expresión de mis sentimientos de otras veces.»

Observación quinta.—H. (20 años). Sobre la memoria del sentimiento de fastidio experimentado el primer día de llegada al cuartel.

«Para *representarme* bien este sentimiento de fastidio, que ha sido muy intenso y ha durado medio día entero, cierro los ojos y me absorbo. Experimento primero un ligero estremecimiento en la espalda, un cierto malestar, un sentimiento de algo desagradable que no quisiera sentir de nuevo. Después de este primer momento, sobreviene un cierto estado penoso, una ligera opresión en la garganta; este sentimiento penoso está ligado á ciertas representaciones vagas que no quedan fijas; en el experimento que aquí describo, me represento primero el patio del cuartel, donde me paseo, después esta representación del patio es reemplazada por la del aposento en el tercero, me represento allí delante de una ventana mirando á la campiña, esta campiña la veo con muchos detalles; pero esto no dura largo tiempo; bien pronto esta representación desaparece, no queda más que una representación muy vaga de que yo estoy así delante de la ventana y después un sentimiento de opresión, de fatiga, de abatimiento, una cierta pesadez en las espaldas; en este momento interrumpo el experimento, abro los ojos, tengo todavía un sentimiento de malestar general que desaparece bien pronto.»

El experimento total ha durado un poco más de diez minutos.

En resumen: primero sentimiento de pesadez y de opresión, estremecimiento en la espalda, pero sin representación clara de los objetos que le rodean, después un sentimiento penoso que llega á ser cada vez más intenso; representaciones visuales que cambian, sea de naturaleza, sea de intensidad, en fin, desaparición casi total de estas representaciones visuales y el sentimiento de fastidio persistiendo siempre.

Observación sexta.—Una mujer (28 años). «Hace tres años que yo visitaba en un establecimiento de los al-

rededores de P... á uno de mi familia que se encontraba sujeto á tratamiento. Estas visitas muy frecuentes, principiaban siempre por una larga espera en un salón que daba á un jardín. Si yo quiero pasar por todas las impresiones de esta espera que me era extremadamente penosa, no tengo más que sentarme en un sillón como allí estaba, cerrar los ojos y ponerme en la misma disposición de espíritu en que me encontraba entonces, lo cual me es fácil. No se pasa medio minuto entre la evocación y la reconstitución clara, absoluta de la escena. Lo primero es el tapiz que *siento* bajo mis pies, después lo veo con su semillero de flores rojas y pálidas, después la mesa delante de mí con los libros que están encima, sus tapas y su color; después las ventanas con las ramas de árboles detrás de los cuales *oigo* su rozamiento con los cristales; después, por último, la atmósfera particular de la sala, su olor sobre el cual no me engañaría; después todos los enervamientos de la espera los siento como otras veces, complicándose con una aprensión intensa de la llegada del médico, aprensión que se termina con un violento latido del corazón: el latido del corazón me es imposible evitarlo. Cuando he entrado por este camino, es *necesario* que llegue hasta el fin volviendo á pasar por la serie entera de los estados por los cuales pasé. Si quisiera eliminarlos no podría, estoy segura; como en un sueño cuando se trata de evitar una caída desagradable que se prevé, sin conseguirlo jamás.»

Aquí no falta nada, ni las circunstancias, ni la repetición de la emoción misma, la cual nos muestra que la reviviscencia completa de una emoción, es la emoción que comienza.

Queda, en fin, una tercera categoría de respuestas de las que no tengo más que cuatro casos, los cuales menciono á título de curiosidad y para no omitir nada. Estos se representan la emoción *objetivamente* y colocán-

dola en otro. El uno no se representa la cólera más que bajo la forma de un hombre determinado, que está colérico. Otro encarna el miedo y el odio en un determinado personaje cuya fisonomía y actitud expresan el miedo y el odio. El estado afectivo no se presenta para ellos más que bajo la forma de su expresión corporal.

¿Es esto porque ellos mismos han experimentado poco, por su parte, estas diversas emociones?

III

Esta exposición de hechos, de manifestaciones múltiples y á menudo contradictorias, deja tal vez al lector en perplejidad. Sería esta más grande todavía, si las enumerara todas. Tratemos de ponerlas en orden y de comprender su significación.

Si colocándonos en el punto de vista de la cuestión planteada más arriba—la posibilidad de una reviviscencia no provocada por un acontecimiento actual—nos proponemos clasificar todas las imágenes, cualquiera que ellas sean, vemos que se distribuyen en tres grupos:

Las de reviviscencia directa y fácil (visuales, auditivas, táctiles, motoras, con reserva para estas últimas).

Las de reviviscencia indirecta y relativamente fácil: placeres y dolores, emociones. Son indirectas, porque el estado afectivo no es evocado más que por el intermediario de los estados intelectuales á los cuales va asociado (1).

(1) Un carácter propio de la reviviscencia afectiva, es la lentitud con que se produce y el tiempo que exige. Mientras que la imagen visual ó auditiva puede ser evocada inmediatamente y por un orden, la representación afectiva se constituye lentamente. Esto pasa porque recorre dos momentos. El primer momento (intelectual) consiste en la evocación de las condiciones y de las circunstancias; de un dolor de muelas, de una quemadura, de una pasión. Muchos no lo rebasan, y por eso el tono afectivo concomitante es débil ó nulo. El segundo momento (afectivo) añade estados nacientes de excitación, de exaltación y de abatimiento ó disminución de

Las de reviviscencia difícil, tanto directa como indirecta. Este grupo heterogéneo y refractario comprende los sabores, olores y sensaciones internas.

¿Cuáles son las razones de estas diferencias? Las reduzco á dos principales que las resumo así:

La reviviscencia de una representación está en razón directa de su complejidad, y por consiguiente en razón inversa de su simplicidad.

La reviviscencia de una representación está en razón directa de los elementos motores que encierra (salvo las reservas que serán motivadas después).

1.º Es un hecho incontestable que un estado de conciencia aislado, sin relación con el que precede, le acompaña ó le sigue, tiene pocas probabilidades de quedar fijo en la memoria. Si oigo una palabra de una lengua desconocida, se desvanece al momento; pero si la leo y la escribo, y si la asocio á un objeto y á diversas circunstancias, entonces se fija. Es más fácil recordar un grupo ó una serie que un término aislado y sin relaciones. Ahora bien, por su misma naturaleza, las imágenes visuales se ordenan en agregados complejos; las imágenes auditivas en sucesiones (y en simultaneidades como en la armonía), las imágenes motoras se asocian en series, en las que cada término suscita y encadena los demás. Así cumplen, pues, las condiciones de la reviviscencia inmediata y fácil. Lo mismo pasa con los placeres, dolores y emociones. Siempre ligados á estados intelectuales (percepciones, representaciones ó ideas), forman parte de un agregado y son arrastrados en su movimiento de resurrección.

Todo lo contrario pasa con las imágenes de nuestro tercer grupo. Estas no se asocian entre sí; tienen un carácter de aislamiento y de individualismo; no contraen relaciones entre sí, ni en el espacio ni en el tiempo.

la vida. Este requiere condiciones orgánicas, una difusión en el organismo, una excitación de los centros motores, vasculares, respiratorios, secretorios, etc.

Tomemos los olores. El uno excluye al otro; no se asocian en la imaginación como las imágenes visuales en el recuerdo de un paisaje. Una de las personas que he interrogado, resucita á capricho el olor del clavel que le gusta mucho, y ha intentado reavivarla paseándose en un bosque lleno de las hojas secas del otoño y de su olor; sin éxito, porque un olor excluía al otro. No se ordenan, además, en series. No ignoro que un químico inglés, Piesse, ha pretendido clasificar los olores en serie continua como los sonidos, «el patchulí respondía al *do* bajo de la clave de *fa* y la algalia al *fa* alto de la clave de *sol*», todo esto con tonos y semitonos; pero nadie, que yo sepa, ha tomado en serio esta fantasía.

Otro tanto para los sabores. Estos pueden asociarse á otras imágenes, por ejemplo, al hambre (no recuerdo más casos), lo que hace su reviviscencia menos difícil. Entre ellos no forman asociaciones, pero sí combinaciones; ó si se encuentran algunas asociaciones, son sumamente restringidas y raras.

El hambre y la sed son estados especiales, indescomponibles. El mal sabor y la fatiga se reavivan con bastante facilidad, y como lo hemos visto, por casi todo el mundo; pero es necesario notar que estos estados están compuestos de elementos bastante heterogéneos — sensoriales y motores — y que se asemejan á los agregados.

Esta antítesis entre los dos primeros grupos y el de los sabores, olores y sensaciones internas, dependen, sin duda, de ciertas condiciones fisiológicas. Como no se podrían aventurar sobre este punto más que hipótesis, vale más abstenerse.

2.º La segunda tesis enunciada más arriba — que la reviviscencia está en razón de los elementos motores incluídos en la imagen — es más discutible. Yo no la doy más que como una explicación *parcial*, *secundaria*, *subsidiaria*, que conviene á muchos casos, no á to-

dos, y que tiene muchas excepciones. Puesto que se trata de una ley empírica, de una pura generalización de la experiencia, es necesario insistir sobre los hechos, para con ello fijar su alcance y valor. Este rápido examen justificará mis restricciones y reservas.

Entre todas nuestras representaciones, las de la vista y las del oído son las más fáciles de reavivar. Ahora bien; si la visión dispone de un aparato motor muy rico, muy variado, muy delicado, no pasa lo mismo con la audición. Para ser un sentido superior, es muy pobre en elementos motores (movimientos de la cabeza, acomodación de la membrana del tímpano; en rigor, movimientos de los órganos vocales; y según las últimas hipótesis, un cierto papel de los canales semicirculares). Entre los dos sentidos, la diferencia es notable bajo el aspecto motor.

El olfato es más variado y más extenso que el gusto; le es superior como medio de información, y sin embargo, es inferior á éste en cuanto á la suma de movimientos de que dispone para funcionar.

Los placeres, dolores, emociones, agradables ó penosas, encierran todas elementos motores. Esto es evidente; y sin embargo, notemos lo que sigue: si nosotros establecemos en los estados afectivos una división grosera, pero que baste á nuestros designios, en dos grupos: de una parte los dolores y emociones dolorosas, de otra los placeres y emociones agradables, se presenta una dificultad. El primer grupo, el de los estados «asténicos», se manifiesta por una disminución de los movimientos, de la circulación, de la respiración, etc. El segundo grupo, el de los estados «esténicos», se manifiesta por fenómenos inversos: aumento de los movimientos, de la circulación, etc. ¿Se dirá que el segundo grupo — que contiene más elementos motores — se reaviva más fácil y más frecuentemente que el primero? La conclusión sería conforme á la lógica; pero contraria á la experien-

cia. Se encontrarían, yo creo, más partidarios de la opinión contraria (1).

Las sensaciones orgánicas parecen depender principalmente de acciones químicas que pasan en el organismo: así el hambre, la sed, el sueño, la sofocación, el mal sabor, la fatiga, etc. Aquí, el elemento motor es débil. Como su reviviscencia es vaga, este grupo parece conformar con la ley enunciada más arriba.

En suma, examinada en los pormenores, nuestra fórmula no es más que una explicación parcial, una generalización de alcance restringido.

IV

Llegamos ahora á la cuestión principal: todo lo que precede no tenía otro fin que prepararla. ¿Hay una memoria afectiva real? Aunque la mayor parte de los psicólogos no se pongan esta cuestión ó no la traten más que de paso, la mayoría está ciertamente por la negativa. Sostienen que nosotros recordamos las condiciones y circunstancias de un acontecimiento de un orden afectivo, pero no el estado afectivo mismo.

Yo rechazo completamente esta tesis, la cual no se habría sostenido si esta cuestión no hubiera sido tratada *a priori*, á la ligera, y sin observaciones suficientes. Un estudio más ceñido, apoyado sobre los hechos que he citado y sobre otros que siguen, muestra que hay dos casos bien distintos. Los unos tienen una memoria afectiva *falsa ó abstracta*; los otros una memoria afectiva *verdadera ó concreta*. En los unos, la imagen afectiva se reaviva poco ó nada; en los otros, se reaviva en gran parte ó totalmente. Para hacer comprender la diferencia de estas dos formas de memoria, examinemos separadamente los elementos constitutivos y el mecanismo de cada una de ellas.

(1) Esta opinión se examinará más adelante.

1.º La memoria afectiva falsa ó abstracta consiste en la representación de un acontecimiento, mas una *nota* afectiva — yo no digo un *estado* afectivo. Esta es ciertamente la más frecuente. ¿Qué queda de los pequeños accidentes de un largo viaje? El recuerdo de los lugares en que se han producido, los detalles, y además, que ello *ha sido* desagradable. ¿Qué queda de un amor extinguido, sino la imagen de una persona, de las asiduidades para con ella, de las aventuras, y además, que ello *ha sido* alegría? ¿Qué queda al adulto de los juegos de su infancia? ¿Qué queda de sus opiniones políticas ó religiosas de otras veces á aquel que ha llegado á ser indiferente? En todos los casos de este género, y hay millares, la nota afectiva recordada es *conocida*, no sentida ni experimentada; ésta no es otra que un carácter intelectual más, que se añade á lo demás como un accesorio; poco más ó menos, lo mismo que al representarnos una ciudad, un monumento, un paisaje que hemos visitado otras veces, añadimos el recuerdo de un cielo luminoso ó gris, de una lluvia ó de una niebla que lo envuelve.

Yo la llamo memoria afectiva «abstracta», y justifico este término. Los estados afectivos son susceptibles de abstracción y de generalización, como los estados intelectuales. Aquel que ha visto muchos hombres, que ha oído ladrar á muchos perros y cantar á muchas ranas, se forma una imagen genérica de la forma humana, del ladrido del perro y del canto de la rana. Es una representación esquemática, semi-abstracta, semi-concreta, formada por la acumulación de semejanzas groseras y de la eliminación de las diferencias. Lo mismo que el que ha tenido muchas veces dolor de muelas, cólicos ó jaqueca; que ha tenido accesos de cólera ó de miedo, de odio ó de amor, se forma una imagen genérica, una representación esquemática de estos diversos estados, por el mismo procedimiento. He aquí el primer paso. Estaría fuera de mi propósito

seguir aquí al detalle la marcha ascendente del espíritu hacia generalizaciones cada vez más altas. En su grado más elevado, los conceptos, tales como la fuerza, el movimiento, la cantidad, etc., suponen dos cosas: una palabra que los fija y los representa, un saber potencial, latente, oculto bajo la palabra, y que la impide ser un puro *flatus vocis*. Aquel que no posee este saber potencial, que es incapaz de resolver las abstracciones superiores en abstracciones medias, después en inferiores, por último en datos concretos, no posee más que un concepto vacío. Otro tanto pasa con los detalles afectivos: los términos emoción, pasión, sensibilidad, etc., no son más que abstracciones, y para vivificar tales términos y darles una significación real son menester experimentos del orden afectivo, datos concretos. Las gentes que hablan de un estado afectivo que no han experimentado jamás, que no conocen más que de oídas, tienen un concepto vacío. Los estados afectivos tienen un contenido que puede sufrir todos los grados de la abstracción, como el contenido sensorial.

El recuerdo afectivo, falso ó abstracto, no es más que un signo, un simulacro, un sustituto del acontecimiento real, un estado intelectualizado que añade á los elementos puramente intelectuales de la representación, y nada más.

2.º La memoria afectiva, verdadera ó concreta, consiste en la reproducción *actual* de un estado afectivo anterior con todos sus caracteres. Esto es necesario, á lo menos teóricamente, para que sea completa. Cuanto más se aproxima á la totalidad, más se aproxima á la exactitud. Aquí el recuerdo no consiste solamente en la representación de las condiciones, circunstancias, brevemente, de los estados intelectuales, sino de la reviviscencia del estado afectivo mismo como tal, es decir, *resentido*. Ya he referido casos más arriba: el experimento de Fouillée, los casos de Littré, de Sully-Prudhomme, las observaciones tercera y cuarta, tan

precisas, tan claras, muestran que la memoria afectiva verdadera, independientemente de su acompañamiento intelectual, no es una quimera.

Bain nos dice: «Las emociones, en su carácter estricto de emoción propiamente dicha, tienen el *mínimum* de reviviscencia; pero como forman un cuerpo siempre con las sensaciones superiores, participan de la reviviscencia de las percepciones visuales y auditivas.» Sobre lo cual W. James hace la reflexión siguiente: «Pero se olvida mostrar que las sensaciones visuales y los sonidos reavivados pueden ser imágenes, sin cesar de ser distintas, mientras que la emoción, para ser distinta, ha de llegar á ser real de nuevo. Bain parece olvidar que una emoción ideal y una emoción real causada por un objeto ideal son dos cosas muy distintas» (1).

Yo sostengo, por el contrario, que no tenemos aquí más que dos grados de la misma cosa, dos fases: la primera frustrada y abortada, y la segunda completa, de un mismo acontecimiento; y es necesario que la materia que nos ocupa sea muy confusa ó haya sido tratada con mucha negligencia, para que un espíritu tan perspicaz como el de W. James no haya visto que los recuerdos afectivos, como los otros, tienen por ideal volver á ser actuales. No se debiera, por consiguiente, olvidar el hecho incontestable de que nuestra conciencia no vive más que en el presente. Para que un recuerdo, por lejano que sea, exista para mí, es necesario que entre en el campo estrecho de la conciencia *actual*, si no es sepultado en la sima de lo inconsciente é idéntico á la nada. Tenemos así (sin hablar del presente futuro) un presente presente y un presente pasado, el de la memoria, y este no se distingue del otro más que por ciertas notas adicionales que no importa enumerar, pero que consisten, sobre todo,

(1) *Psychology*, II, 474.

en que aparece como una repetición de un estado inicial, y generalmente con una intensidad menor. Ahora bien; estas condiciones indispensables de la memoria son las mismas para los estados intelectuales y para los estados afectivos. Si con los ojos cerrados me represento á San Pedro de Roma (si fuera arquitecto y buen visual, volvería á ver todos los detalles), mi representación es actual, y no deviene un recuerdo más que por la adición de notas secundarias, entre otras, la de la repetición y la menor intensidad. Si al recuerdo de una agonía, de la cual he sido testigo, me invade la pena; si corren mis lágrimas (el caso de Littré citado antes no tiene nada de raro), mi representación es *actual*, y no deviene recuerdo más que por la adición de notas secundarias, entre otras, la de la repetición y la menor intensidad. Los dos casos son semejantes; en el uno, como en el otro, la representación, siguiendo la ley formulada por Dugald Stewart y Taine, va acompañada de una creencia momentánea que la considera como realidad actual. Pero el recuerdo afectivo, se dirá, tiene este carácter propio de que se acompaña de estados orgánicos y fisiológicos, que hacen de él una emoción real. Respondo á esto que *debe* ser así, pues una emoción sin una resonancia en todo el cuerpo no es más que un estado intelectual. Exigir que se represente realmente un estado afectivo sin que sus condiciones orgánicas renazcan también, es exigir lo imposible; esto es poner el problema en términos contradictorios. Lo que se producirá entonces es simplemente su sustituto, su abstracción, es decir, la memoria afectiva falsa, que es una variedad de la memoria intelectual; la emoción será *reconocida*, no *resentida*.

En fin, el ideal de todo recuerdo es, conservando la nota ya comprobada, el ser adecuado en la medida posible á la impresión original. La representación es una operación interior cuyo límite extremo es la alucinación. Para las dos formas del recuerdo intelectual afec-

tivo, el ideal es el mismo; solamente que cada uno tiene su mecanismo especial para llegar á él.

Hay aquí todos los grados posibles de transición de la simple representación seca de la palabra placer ó dolor, amor ó miedo, á la representación viva, llena y completa, sentida, de estos estados. En una masa de hombres tomada al azar, se podría con informaciones suficientes fijar todos estos grados de lo abstracto á lo concreto. Hay más; pueden encontrarse en el mismo individuo. Cuando el poeta dice que;

«Sur les ailes du temps la tristesse s'envole»,

esto significa en lenguaje psicológico que poco á poco la memoria afectiva se transforma en memoria intelectual. Se sabe que ciertos artistas, para desembarazarse del recuerdo de una pena ó de una pasión, la fijan en una obra de arte. Este fué el procedimiento de Goethe: todo el mundo conoce la historia de *Werther*, para no citar más que ésta. Una de las personas á quien yo he interrogado, emplea el mismo medio y tiene buen éxito; es decir, que se trata, en el caso que nos ocupa, de transferir la emoción al dominio de la imaginación objetiva, y, por consecuencia, de intelectualizarla.

Hemos dicho que entre ciertas personas, la reviviscencia del estado afectivo parece completa. ¿Lo es de hecho? Me parece imposible responder rigurosamente á esta cuestión, y hé aquí un punto por donde la memoria afectiva difiere de la memoria intelectual.

Tal recuerdo es tenido como exacto; pero esto no es con mucha frecuencia más que una ilusión. Casi siempre en la reviviscencia hay menoscabos y pérdidas, algunas veces adiciones, tanto de *más*, tanto de *menos*. Sin embargo, en el orden intelectual hay ciertos casos en los que se puede decir que es perfecta, impecable, sin la menor laguna, y la afirmación es legítima, porque puede comprobarse. Basta comparar la copia con el original. Si yo entro con los ojos cerrados en una sala

de la Alhambra, puedo comprobar si la visión interior que he guardado de la primera visita es adecuada á la realidad. Puedo comparar mi recuerdo de un pasaje musical con su audición efectiva. El pintor Wigan, que hacía sus retratos de memoria, Mozart, reconstituyendo el *Miserere* de Allegri, son ejemplos clásicos de casos perfectos, en los que la representación es de una exactitud irreprochable.

Pero en el orden afectivo, esta comparación es imposible, porque dos estados subjetivos, de los que uno es el original y otro la copia, no pueden coexistir en el mismo individuo; y es que aquí la impresión primera no puede ser objetivada. Yo no veo más que un medio para apartar la dificultad, para llegar á una respuesta aproximativa. Consistiría en comparar el estado afectivo reavivado con un documento escrito en el momento mismo de la primera impresión, y todavía este procedimiento es de una seguridad dudosa. J. J. Rousseau, á propósito del entusiasmo excitado por las cartas de amor de su *Nouvelle Héloïse*, nos dice que estaban inspiradas por su propio amor hacia Mme. d'Houdetot, y añade: «¡Qué se hubiera dicho si se hubieran leído los originales mismos!» Puede que Rousseau se engañe en más ó en menos; pero es una confrontación de este género la que yo propongo. Una persona muy apta para las observaciones psicológicas, y que nota día por día sus impresiones desde hace muchos años, me había prometido intentar esta comparación entre el recuerdo actual y el documento escrito: razones múltiples se lo han impedido. Se podría sin gran trabajo, pero por casualidad, encontrar una carta escrita bajo la impresión del momento y compararla con el recuerdo afectivo actual, que, con razón ó sin ella, se considera como bien conservado. Por mi parte me inclino á dudar que haya jamás conformidad completa entre el original y la copia cuando se trata de sentimientos; pero esto no es más que una hipótesis.

Me quedan por decir algunas palabras sobre el olvido en el orden afectivo. La amnesia afectiva se produce bajo dos formas: la una patológica, la otra normal.

Paso en silencio las manifestaciones morbosas. Su estudio sería largo y curioso, pero me apartaría de mi fin principal, que es *práctico*: se encuentran numerosos ejemplos de la pérdida de los sentimientos altruistas, morales, religiosos; de indiferencia parcial y total para el pasado, de insensibilidad completa; el *Gemüthslosigkeit* de los alienistas alemanes.

Me atengo á la amnesia afectiva bajo su forma simple, corriente, vulgar. Nada más frecuente. Desde luego, el solo hecho de que la mayor parte de los psicólogos descuidan la memoria afectiva, ó la niegan, es una presunción de que no representa con frecuencia más que un papel oscuro. Además, esta memoria afectiva, que yo he llamado falsa ó abstracta, puede, sin prejuicios, ser considerada como una forma mitigada del olvido. En fin, eliminando los temperamentos no emocionales que no son apropiados á nuestro estudio, sucede que aun entre los emocionales, muchos vuelven á sentir vivamente, pero no lo conservan todo. Todo el mundo conoce gentes que se conmueven de pies á cabeza por la pena, la alegría, el amor, la indignación; parecen dominadas por mucho tiempo; algunas semanas más tarde, no queda de todo ni vestigio. Las emociones resbalan sobre ellos como una lluvia de tormenta sobre los techos. Ahora bien, esta amnesia afectiva tiene un gran influjo sobre la conducta.

Hé aquí, en efecto, dos verdades generales derivadas de la experiencia y que me parecen incontestables:

De una parte, lo agradable y lo desagradable son los móviles más poderosos de la actividad humana, si no son los únicos.

De otra, hay gentes en quienes la reviviscencia afectiva es fuerte, débil ó nula.

La conclusión es que esta porción de la experiencia individual que resulta de los placeres y de las penas experimentadas será, en cuanto á su eficacia, fuerte, débil ó nula, según los individuos. El pródigo que está arruinado y que una casualidad inesperada lo vuelve á la opulencia, si no ha conservado un recuerdo vivo de sus privaciones, comenzará otra vez su vida derrochadora; si sus reviviscencias penosas son estables, obrarán sobre sus tendencias naturales como un freno, como un poder de inhibición. El borracho y el glotón no reincidirán en tanto les dure la representación viva, en los días siguientes, de la crápula y de la indigestión. El niño, insensible al recuerdo de las recompensas y de los castigos, no presenta, todo el mundo lo sabe, ningún resorte para el educador. He contado precedentemente las reflexiones que siguen á menudo á los partos peligrosos, lo cual es un caso de amnesia afectiva. La falta de simpatía entre muchos hombres no es á menudo más que la imposibilidad de reavivar los recuerdos de los males que ellos mismos han sufrido, y por consecuencia de volverlos á sentir en otros. Hé aquí hechos bien conocidos de los cuales es inútil alargar la lista; pero cualquiera que sea su insignificancia, me parece que no se ha tenido siempre en cuenta la razón psicológica, porque la importancia de la memoria afectiva ha sido desconocida.

La amnesia afectiva juega pues, en la vida humana, un papel mucho más importante de lo que se piensa; explica á menudo el secreto de los modos de conducta extraños, aunque no quiero sostener que ella sola lo explique siempre todo.

V

El estudio que se acaba de hacer parece conducir á las conclusiones siguientes:

- 1.^a Existe un *tipo afectivo* tan distinto, tan claro

como el tipo visual, el tipo auditivo y el tipo motor. El cual consiste en la reviviscencia facilitada, completa y preponderante de las representaciones afectivas.

No he hecho más que aplicar á una parte casi inexplorada de la memoria los procedimientos de investigación inaugurados para las sensaciones objetivas por Taine y Galton, continuada por muchos otros, y que han logrado éxito en sus manos. Se me objetará tal vez que el tipo afectivo completo es raro; pero seguramente los tipos visual, auditivo y motor, en el estado puro, no son muy frecuentes. Esto, por otra parte, importa poco; lo esencial era repararlo. Aquellos que pertenezcan á este tipo lo reconocerán bien. Preveo que los que están en el polo opuesto rehusarán admitirlo; pero los sabios de la Sociedad real y los de la Academia de Ciencias, interrogados por Galton — no visuales en su mayor parte — no comprenderían nada sus preguntas y rechazarían probablemente sus conclusiones. Es una tendencia incurable en muchos hombres querer que todo el mundo sea hecho como ellos, y no admitir lo que los separa, y por tanto, en psicología más que en otra cosa, es necesario desconfiar de las generalizaciones demasiado extensas.

2.^a No existe solamente un tipo afectivo general: contiene variedades y aun es probable que los tipos *parciales* sean los más frecuentes. Aquí noto una semejanza entre mis investigaciones y las que han sido hechas sobre las representaciones de origen objetivo. Se sabe que uno tiene una excelente memoria de las figuras, de las formas, de las cosas concretas; no de los colores ni de los signos visuales (letra de molde, escritura); otro tiene una memoria excelente para las lenguas y ninguna para la música, ó inversamente. Por otra parte, numerosos hechos patológicos ¿no nos han demostrado que en una categoría determinada de imágenes puede desaparecer todo un grupo sin perjuicio notable para los otros?

No tengo al presente bastantes documentos para entrar en el estudio de las variedades del tipo afectivo: pero es cierto que existen, que, para el uno, la reviviscencia clara y frecuente no tiene lugar más que para las representaciones alegres, en otro no más que para las imágenes tristes ó eróticas. He obtenido declaraciones muy afirmativas sobre este punto; transcribo además una observación relativa al temor solo.

Observación sétima. «No soy lo que pudiera llamarse un tipo general afectivo, tengo una memoria afectiva especial, la del temor, que la tengo muy pronunciada... He tenido en mi vida muchos momentos de alegría como todo el mundo; diré francamente que cuando recuerdo los incidentes de mi vida que me han causado una gran alegría, no vuelvo á sentirla. Además me es muy difícil recordar los momentos en los cuales he estado alegre—los incidentes mismos que han producido mi alegría — probablemente porque la memoria representativa no ha sido reforzada por la memoria afectiva. Yo no sé nada de esto. De mi caso no quiero inducir nada, y no hablo más que de mí.»

«He tratado de recordar uno de los momentos de mi vida en el cual sentí la alegría más viva: era en Abril de 1888. (Sigue una larga descripción del acontecimiento en que el autor obtuvo un éxito y los aplausos inesperados para su edad (veinte años), delante de un público imponente.) Recuerdo bien los incidentes que acabo de describir, que son muy exactos; puedo recordar la causa á la cual, con razón ó sin ella, he atribuido mi éxito; podría repetir casi todo lo que dije; recordaría más difícilmente el salón y las figuras; pero hoy no siento ninguna alegría al pensar en todo esto.»

«En lo que concierne á la tristeza, mis disposiciones son análogas á la alegría, en cuanto á la memoria afectiva.»

«Volvamos al temor. Tengo dos casos muy concluyentes de mi memoria afectiva especial. Cuando yo estaba interno en el liceo S... en Bucarest, temía á todo el personal del internado á causa de un castigo que me imponían á menudo, la retención en la escuela los días de fiesta. Recuerdo que temía de tal manera ser encerrado, que cuando había salido, difícilmente habría pasado por delante de la puerta del liceo; tanto era el miedo de ser detenido. Más tarde, habiendo acabado mis estudios, y habiendo conservado relaciones amistosas con todo el mundo, volví al liceo; pero nunca dejé de sentir al entrar una especie de estremecimiento de temor.»

«Además, he estado tres años en París sin volver á mi país. Al volver á Bucarest, fuí á ver á un nuevo provisor con quien yo estaba en muy buenas relaciones. Aun entonces, al aproximarme á la puerta del internado, sentí una especie de malestar, el cual no era otro que mi antiguo temor atenuado».

«El primer año de mi llegada á París, me inscribí para seguir los cursos superiores del liceo L... No estuve allí más que una semana. En la sala de estudio sentía malestar; temía alguna cosa sin saber qué; tenía horror al personal, aunque me llenaran de atenciones para mi edad (veintidos años). ¿Miedo de qué, si podía marcharme cuando quisiera? Aunque habituado á trabajar muchas horas en la biblioteca, no podía hacer nada en la sala de estudio. Creo que este estado era una reminiscencia del antiguo temor, el del liceo de Bucarest... Mucho tiempo después, frecuentando la Facultad de derecho como estudiante, mi camino era por delante del liceo L... y lo pasaba velozmente, experimentando el mismo temor que en el tiempo en que pasaba por delante de la puerta del liceo de Bucarest».

«Soy muy motor, no del todo visual y muy poco auditivo.»

Se podría decir que, en esta observación, la reviviscencia es á menudo provocada y asociada á circunstancias particulares; pero me ha parecido de tal modo clara, que he creído que debíar dar cuenta de ella.

No tengo necesidad de hacer notar que estas diferencias individuales en la reviviscencia de los estados afectivos juega ciertamente un gran papel en la constitución de las diversas formas de carácter. Además la existencia de las variedades del tipo afectivo corta de golpe una cuestión discutida con insistencia por algunos autores: «si se recuerdan más fácilmente los dolores que los placeres.» Optimistas y pesimistas han batallado alrededor de este fantasma de problema; pero esta es una cuestión facticia y vana en tanto que se suponga que no tolera más que una sola respuesta. No hay, no puede haber aquí una respuesta general.

Ciertas personas reavivan las imágenes alegres con una facilidad sorprendente; los recuerdos tristes cuando surgen, son rechazados al momento y fácilmente. Yo conozco un optimista decidido á quien todo le sale bien y que le cuesta mucho trabajo representarse las escasas penas que ha experimentado. «Recuerdo mucho mejor las alegrías que los estados dolorosos». es una respuesta que encuentro muchas veces en mis notas.

Por el contrario, muchos dicen: «recuerdo más vivamente las penas que los estados agradables». En mi información, he visto que estos son los más numerosos, pero no puedo ofrecer conclusión alguna. Uno de ellos me dijo: reavivo más fácilmente las emociones desagradables, y de aquí mi tendencia al pesimismo. Las impresiones de alegría son fugitivas. Un recuerdo penoso me vuelve triste en un momento gozoso; un recuerdo alegre no me hace alegre en un momento penoso.»

He aquí los casos claros. Aparte de ellos, la cuestión planteada más arriba no puede ser resuelta más

que al azar y conforme á un simple punto de vista del espíritu.

3.^a La reviviscencia depende de condiciones cerebrales é internas (cualesquiera que sean, conocidas ó desconocidas), mucho más que de la impresión primitiva misma. Volver á sentir vivamente las emociones y reavivarlas vivamente, son dos operaciones diferentes; la una no implica la otra. Ya hemos visto que, en muchos, la reviviscencia aparece en razón inversa de la intensidad del fenómeno inicial. Esto nos lleva á la cuestión de los caracteres. No basta que la impresión sea viva; es menester que se fije. A menudo se refuerza por un trabajo de incubación latente que depende del temperamento individual. Chateaubriand, hablando de un guarda al cual profesaba mucho cariño, y que fué muerto por un cazador furtivo, nos dice: «Mi imaginación (tenía entonces dieciséis años), me representaba á Raul sosteniéndose sus entrañas con las manos y arrastrándose hacia la choza en donde espiró. Concebí la idea de la venganza; hubiera querido batirme con el asesino. Bajo este aspecto soy desde mi nacimiento muy singular: en el primer momento de una ofensa *apenas si la siento*, pero se graba en mi memoria; *su recuerdo en vez de decrecer aumenta con el tiempo*; duerme en mi corazón años enteros; después se despierta á la menor circunstancia con nueva fuerza, y mi herida llega á ser más viva que el primer día (1).» Todavía hay una analogía con lo que pasa en el orden de las representaciones objetivas. No basta tener buenos ojos para tener una buena memoria visual y yo conozco miopes en los que la visión interior es excelente.

Termino esta exploración, que no es más que un bosquejo más bien que un estudio del asunto, recordan-

(1) *Memoires*, t. I, p. 77. Las palabras que aquí están con letra cursiva no lo están en el texto.

do que lo que ha sido reconocido para la otra parte de la memoria—la memoria intelectual—no lo ha sido por obra ni de un hombre ni de un día (1).

(1) Este capítulo ha sido publicado primero en la *Revue philosophique*, en Octubre de 1894. Esto me ha valido nuevas comunicaciones. Entre ellas no he escogido nada más que dos que han sido añadidas al texto primitivo. La afirmación de un tipo de memoria afectiva ha levantado, como yo esperaba, críticas y negaciones. Mi principal contradictor, Titchener, ha publicado sobre este motivo, un artículo bastante extenso en la *Philosophical Review* (1895 t. IV, p. 65-77), en el cual me reprocha no haber citado ni un solo ejemplo de memoria afectiva pura, es decir, donde todo elemento de sensación y de representación esté ausente, en que haya una reviviscencia del sentimiento como tal (*as such*). Un ejemplo de este género bien comprobado, parece casi imposible. Un placer, una pena, una emoción van siempre asociadas á una sensación, una representación ó un acto; la reviviscencia lleva consigo necesariamente el estado intelectual que forma parte del complejo y de que es soporte. Pero la cuestión es otra: ¿la reviviscencia, á lo menos en ciertas personas, es una notación á secas ó un estado *sentido*? En este último caso (y éste se encuentra), hay un recuerdo del estado afectivo como tal.

Otra objeción: ¿se puede decir que una emoción es la reproducción de una emoción antecedente y no una nueva emoción? La reproducción de una emoción no puede ser más que una emoción, pero que lleva la señal de una repetición. Sin volver sobre lo que se ha dicho más arriba, noto que los psicólogos contemporáneos que estudian con una paciencia admirable el mecanismo de la memoria, descuidan aquellas de sus condiciones más generales. Ahora bien, la principal es que todo recuerdo debe ser una *reversión* por la cual el pasado vuelve á ser presente y nosotros vivimos presentemente en el pasado. El recuerdo de una emoción como tal no escapa á esta ley, es necesario que devenga actual, que sea una emoción real, viva ó débil.

Según las críticas y los documentos nuevos que me han sido entregados, resumo una vez más mi afirmación. 1.º La memoria afectiva es nula en la mayor parte de las gentes. 2.º En otras hay una memoria semi-intelectual, semi-afectiva, es decir que los elementos emocionales no son reavivados más que con esfuerzo, parcialmente, y con ayuda de los estados intelectuales á los cuales van asociados. 3.º Otras, las menos numerosas, tienen la memoria efectiva verdadera, es decir, completa; el elemento intelectual no es más que un medio de reviviscencia que se borra rápidamente.

CAPÍTULO XII

LOS SENTIMIENTOS Y LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS

Papel de los sentimientos como causa de asociación.—Ley de asociación afectiva concebida, ya como general, ya como parcial.— I. Papel del sentir inconsciente: inconsciente hereditario ó ancestral; inconsciente personal que proviene de la cenestesia; inconsciente personal que proviene de los sucesos de nuestra vida.— Ley de traspaso: por contigüidad; por semejanza, estrecha, amplia.— II. Papel de los sentimientos conscientes: casos accidentales, casos permanentes, casos excepcionales ó raros.

Se trata todavía en este capítulo de la relación de los sentimientos con la memoria, pero bajo una forma completamente distinta; vamos á estudiarlos como *causa*. En lugar de establecer, como antes, que hay una memoria afectiva real, nuestro fin actual es el de determinar el papel de los estados afectivos en el llamamiento de los recuerdos y la asociación de las ideas. Su importancia como factor oculto de la reviviscencia ha sido reconocida por muchos autores contemporáneos (1); algunos tienen hasta propensión á exagerarla.

(1) Particularmente: Horwicz, *Psychologische Analysen*, t. I, 108 y siguientes; 265, 330, 369 y siguientes; Fouillée, *Psychologie des idées forces*, t. I, 221 y siguientes; J. Sully, *The Humand Mind*, tomo II, 76-80; Shadworth Hodgson, *Time and Space*, 266; W. James, *Psychology*, I, 571; Höffding, *Psychologie* (segunda edición, p. 331).

Se sabe que la asociación de las ideas ha sido reducida á dos leyes fundamentales: la de la contigüidad y la de la semejanza. Recuerdo, sin insistir, que no son de la misma naturaleza: la primera, puramente mecánica, es el resultado de los experimentos; la segunda supone otro trabajo del espíritu, pues una semejanza completa entre dos estados se encuentra raramente, y no puede ser observada más que por una especie de disociación ó abstracción operada sobre los materiales brutos. Estas dos leyes son puramente intelectuales; son principios reguladores extraídos de los hechos, y nada más. Son más bien descriptivas que explicativas. Revelan el mecanismo, no el motor. Suponen alguna cosa encima, á menos de admitir que las ideas son átomos psíquicos dotados de una abstracción ó afinidad misteriosa. Son mudas sobre las razones determinantes. Ahora bien: no se puede dudar que en muchos casos (no siempre) la causa de la asociación se encuentra en una disposición afectiva, permanente ó momentánea.

Los autores que han señalado este influjo, á menudo latente, pero eficaz, han concebido esa ley superior, que se podría llamar *ley afectiva*, de dos maneras: los unos como universal y absoluta; los otros como parcial. Yo me encuentro entre estos últimos.

1.º Fouillée (y según parece, Horwicz) ha sostenido la primera tesis. «La asociación de las ideas presupone la de emociones, y bajo esta de las emociones la de los impulsos. El impulso dominante despierta por asociación los impulsos secundarios dirigidos en el mismo sentido. El lazo que los une es la unidad de un fin, por relación al cual los impulsos son medios; la unidad de un efecto por relación, al cual aquellos son fuerzas cooperantes..... Lo que domina la asociación de los sentimientos son las leyes de la analogía y del contraste» (*Loc. cit.*, 121). No se me supondrá hostil al espíritu fundamental de esta tesis, puesto que el presente libro no es más que una larga reivindicación

en favor de la primordialidad de las tendencias. Pero, á menos de dejarse engañar por el señuelo de la unidad á todo precio, me es imposible admitir que *toda* asociación suponga un factor afectivo como razón determinante. Sin hablar de aquellas que resultan de la contigüidad (y son numerosas), en las que el papel de los sentimientos es muy dudoso; yo encuentro una categoría importante de asociaciones puramente intelectuales, en la que la intervención de los sentimientos me parece imposible de demostrar. El matemático y el metafísico que encadenan una larga serie de abstracciones, ¿tienen un estado emocional por sostén y vehículo de su pensamiento, discursivo ó constructivo? Yo no veo en la teoría y en el hecho ninguna razón para admitirlo, á menos de que se quiera invocar el amor de la verdad; y, en todo caso, esto no sería más que un *primum movens*, no la causa directa é inmediata de las asociaciones.

2.º El influjo de los estados afectivos debe ser considerado como causa principal, pero no exclusiva. Se resume en lo que Shadworth Hodgson ha llamado «la ley del interés». En un acontecimiento pasado no es todo igualmente interesante; en su reviviscencia, todos los elementos no son igualmente activos: los más emocionales arrastran á los otros. «Dos procesos están constantemente en juego en toda reintegración: el uno es proceso corrosivo, de disolución; el otro un proceso de renovación, de retorno...» Las partes del objeto que ofrecen algún interés resisten á esta tendencia gradual hacia la disolución del objeto total. «Coleridge decía, con razón, «que la ley general *práctica* de la asociación es esta: todo aquello que hace ciertas partes de una impresión total más vivas ó más distintas que el resto, determinará su llamamiento en el espíritu, con preferencia á las otras que le son igualmente asociadas, por la condición común de coexistencia en el espacio ó en el tiempo. Pero la voluntad misma, reforzando y limi-

tando la atención, puede conferir arbitrariamente á un objeto cualquiera la actividad y la claridad» (1). El poder que Coleridge atribuye á la atención y á la voluntad se resuelve finalmente en un estado afectivo como causa última: solo de éste puede provenir un acrecentamiento de intensidad.

No insistiré más sobre estas generalidades. Será más instructivo fijar con algunos pormenores el influjo de la vida afectiva sobre la memoria. Para esto, divido nuestro estudio en dos partes: papel del sentir inconsciente, papel de los sentimientos conscientes.

I

No es siempre fácil determinar positivamente en qué medida influye el sentir inconsciente sobre la memoria para suscitar y para encadenar las ideas. Empleo á propio intento este término vago: «sentir inconsciente», porque no prejuzga nada en cuanto á su naturaleza. Se puede formar la concepción que se quiera: considerarlo como puramente fisiológico ó asignarle un carácter psicológico, el de una conciencia indefinidamente decreciente; estas dos hipótesis tienen sus partidarios; ésto no tiene importancia para lo que sigue. En este inconsciente distingo tres capas, marchando de la profundidad á la superficie, de lo más oscuro á lo menos.

1.º *Lo inconsciente hereditario ó ancestral.* — Lo menciono para no omitir nada. Consiste en el influjo de ciertos modos de sentir heredados y fijos en una raza, que ejercen una dirección sobre nuestras asociaciones sin saberlo nosotros. Esta dirección me parece, bajo esta forma á lo menos, muy hipotética. Uno de los fundadores de la fisiología de lo inconsciente, Laycock (1844), ha pretendido explicar por esto ciertos gustos

(1) *Biographia Litteraria*, según James, I, 572.

nacionales ó individuales: las llanuras gustarían á los Húngaros, porque evocan el recuerdo ancestral de las etapas de la Mongolia, su patria primitiva (?). Herbert Spencer, que apenas si se ha preocupado del influjo de los sentimientos sobre la asociación de las ideas, dice incidentalmente que en la impresión causada por un paisaje, además de las sensaciones inmediatamente recibidas, «hay millares de sensaciones causadas en tiempos anteriores por objetos parecidos á aquellos que se tienen delante de los ojos... en fin, se despiertan también probablemente ciertas combinaciones de estados más profundos, aunque más vagos sin embargo, que existían en estado orgánico en la especie humana desde los tiempos bárbaros, cuando su actividad para el placer se desplegaba, sobre todo, en medio de los bosques y de las aguas» (1). Schneider supone esta reviviscencia ancestral en toda percepción estética; ya volveremos sobre este asunto (segunda parte). Los gustos depredadores del hombre primitivo explicarían ciertas asociaciones agradables (por ejemplo, el placer de construir un drama sangriento) que contrasta con los hábitos del hombre civilizado, etc.

Estos hechos me parecen reductibles á una explicación única. Hay en todo hombre tendencias latentes; éstas pueden dormir durante toda la vida, pero también un acontecimiento fortuito puede despertarlas y revelarlas. Se las puede llamar hereditarias, puesto que están en un organismo heredado; sería también exacto llamarlas innatas. En todo caso, es bastante difícil de mostrar que son una supervivencia y sobre todo una resurrección de tendencias que han existido en edades lejanas.

2.º *Lo inconsciente personal, que proviene de la cenestesia*, es decir, del conjunto de las sensaciones internas:

(1) Lavcock, *A Chapter on some organic Laws of personal and ancestral Memory*, 1872; H. Spencer, *Psychology*, I, párr. 214.

esto nos aproxima insensiblemente á la conciencia, desde el momento en que el estado afectivo puede comprobarse sin inducción. Una cierta disposición, una cierta manera de sentir es la causa directa é inmediata de las asociaciones. Es permanente ó transitoria. Permanente, responde al temperamento ó al carácter: según que se está alegre, melancólico, erótico, ambicioso, se produce una selección inconsciente entre las ideas que surgen en la conciencia; un artista y un hombre práctico, enfrente del mismo objeto, tienen dos modos totalmente distintos de asociación. Transitoria, responde en el mismo individuo á los estados de salud ó de enfermedad, á los cambios de la edad; cada uno de estos estados distintos produce una selección distinta. La unidad de ciertos ensueños, á pesar de la apariencia disparatada de las asociaciones, tiene su causa (la cual se descubre fácilmente), en una disposición orgánica ó afectiva: fatiga, depresión, opresión, perturbaciones de la circulación, de la digestión, excitación sexual. La simplicidad y la frecuencia de estos hechos dispensan de la insistencia.

3.º *Lo inconsciente personal, residuo de los estados afectivos ligados á percepciones anteriores ó á acontecimientos de nuestra vida.* Este residuo emocional, aunque queda latente, no obra menos y puede ser descubierto por el análisis. Este caso, uno de los más importantes de nuestro asunto, ha sido estudiado recientemente por Lehmann (1) bajo el nombre de mutación (*Verschiebung*), de los sentimientos y por J. Sully bajo el nombre de transferencia de los sentimientos: esta segunda denominación me parece más clara y más exacta.

Bajo su forma más general—pues su mecanismo no es siempre el mismo—la ley de transferencia consiste en

(1) Lehmann, *Hauptgesetze*, etc., p. 268 y 250 á 357. J. Sully, *op. cit.*, II, 76.

atribuir *directamente* un sentimiento á un objeto, el cual no lo causa. No hay transferencia, en el sentido de que el sentimiento sea separado del acontecimiento primitivo para concedérselo á otro; pero hay un movimiento de generalización ó de ampliación del sentimiento que se extiende como una mancha de aceite. Esta transferencia puede ser figurada simbólicamente. Representemos por *A* un estado intelectual y por *S* el estado afectivo que le acompaña; *A* por asociación suscita *B*, *C*, *D*, *E*, etc.; *S* es transferido sucesivamente á *B*, *C*, *D*, *E*, etc.; así tenemos:

$$\frac{A, B, C, D, E, \text{ etc.};}{S} \quad \text{después} \quad \frac{A. B. C. E.}{S} \quad \text{etc.}$$

De suerte que *C* ó *D* ó *E*, etc., pueden suscitar *S* directamente tanto como *A* y sin *A*. El sentimiento es evocado sin el intermediario de la representación á la cual estaba ligado en su origen (Sully). Esta ley de transferencia merece detenernos un poco, porque representa un papel bastante importante en la formación de las emociones complejas, las cuales tendremos necesidad de recordar más de una vez. Por otra parte, no opera siempre de la misma manera: yo distingo dos casos principales, según que la transferencia se hace por contigüidad ó por semejanza.

Transferencia por contigüidad.—Cuando los estados intelectuales han coexistido, han formado un complejo por contigüidad, y cuando uno de ellos ha sido acompañado de un sentimiento particular, uno cualquiera de estos estados tiende á suscitar el mismo sentimiento.

La vida corriente suministra ejemplos muy numerosos y muy sencillos. El amante trasfiere el sentimiento causado primero por la persona de su amada, á sus vestidos, sus muebles, su casa. Por la misma razón, la envidia, el odio, ejercen su rabia sobre los objetos inanimados que pertenecen al enemigo. En las monarquías absolutas, el culto para la persona del rey se tras-

fiere al trono, á los emblemas de su poder, á todo lo que se relaciona de cerca ó de lejos con su persona. El hermoso pasaje siguiente de Herbert Spencer, se relaciona con un caso menos sencillo, pero de la misma naturaleza: «El grito de los cuervos no es en sí mismo un sonido agradable; musicalmente es, en efecto, todo lo contrario. Sin embargo, estos graznidos producen ordinariamente impresiones agradables, impresiones que muchos atribuyen á la naturaleza del sonido mismo. Únicamente las pocas personas que se entregan al análisis de su propia conciencia, saben que este grito les agrada, porque ha estado unido á una multitud innumerable de sus mejores placeres; con la recolección de flores silvestres en la infancia, con las excursiones de las tardes de asueto, con las partidas de campo en pleno estío, cuando se dejaban los libros y se reemplazaban las lecciones por los juegos y las aventuras á través de los campos, con las mañanas frescas y soleadas de la edad madura, cuando un paseo les hacía descansar deliciosamente de su tarea. Y ahora, este sonido, aunque no esté ligado como una causa á todos estos placeres pasados tan numerosos y tan diversos—simplemente porque les ha sido asociado, despierta una conciencia oscura de estos placeres, como la voz de un antiguo amigo que aparece ante nosotros de improviso, despierta repentinamente una oleada de emociones resultante de nuestro compañerismo pasado» (1). Se debe notar que en la transferencia por antigüedad, que por su naturaleza es automática, los estados intelectuales obran como causas, puesto que la extensión de los sentimientos les está subordinada.

Trasferencia por semejanza. — Cuando un estado intelectual ha sido acompañado de un sentimiento vivo, todo estado semejante ó análogo tiende á suscitar el mismo sentimiento.

(1) *Physiologie*, II, párrafo 519.

Este hecho psicológico es el que constituye el secreto del sentimiento del amor, de la ternura, de la antipatía, del respeto que se experimenta por una persona á primera vista, sin razón aparente, lo cual se inscribe á cuenta del instinto. Pero los «que se entregan al análisis de su propia conciencia» descubrirán en muchos casos una semejanza más ó menos cercana con una persona conocida, que nos inspira ó nos ha inspirado amor, ternura, antipatía, respeto. Una madre puede sentir una brusca simpatía por un joven que se parezca á su hijo muerto, ó que sea de la misma edad sencillamente. La explicación de muchos de estos casos está en un estado inconsciente que no se deja fácilmente sorprender, pero que si vuelve á ser consciente (la voluntad no ayuda aquí sino de un modo muy indirecto), lo aclara todo. Hay también miedos que se llaman instintivos, sin motivos conscientes, que una observación un poco penetrante puede referir á la misma explicación (1).

Esta trasfendencia puede operarse de dos maneras: la una, estrecha; la otra, amplia. La manera estrecha descansa sobre la pura semejanza; B se asemeja á A, pues la percepción ó la representación está ó ha estado otra vez acompañada de tal sentimiento; la trasfendencia no va más allá. La manera amplia descansa sobre la analogía, y tiene un alcance mucho más alto; pasa de un individuo á muchos, á una clase, á las clases. Uno de mis amigos, dice Lehmann, odiaba los perros; las circunstancias le obligaron á tener uno; se le hizo atractivo, y poco á poco su sentimiento se extendió á toda la especie canina (*loc. cit.*). Esta posibilidad, de una trasfendencia ilimitada, ha sido un factor social y moral de primer orden; ha permitido la extensión de los sentimientos simpáticos del pequeño clan

(1) Este punto ha sido muy bien tratado en Lehmann (*op. cit.*, p 244).

cerrado á grupos cada vez más distintos: tribu, nación, humanidad. La transferencia amplia ha sido el gran agente del paso del particularismo al universalismo (1).

II

De los estados inconscientes á los estados afectivos, de los cuales se tiene plena conciencia, se hace la transición por grados y por formas ambiguas; pero oscuro, semi-oscuro ó claro, su influjo permanece el mismo. Entre los casos numerosos en que la asociación de las ideas depende de una disposición afectiva consciente, se pueden establecer tres grupos:

1.º Los casos individuales, accidentales, efímeros. Son reductibles á una sola fórmula: cuando dos ó muchos estados de conciencia han sido acompañados de un mismo estado afectivo, tienden á asociarse. La semejanza afectiva reúne y encadena representaciones desemejantes. Este es un caso de asociación por semejanza, *pero no intelectual*; las representaciones se asocian, porque todas se reúnen por un tono emocional común, no en tanto que representaciones. No se pueden dar ejemplos abundantes. L. Ferri (en su *Psychologie de l'association*, y sin notar, por otra parte, esta ley emocional) nos dice que un día, picado por una mosca, recordó bruscamente un niño que, siendo él joven, había visto tendido en su lecho de muerte. ¿Por qué esta visión súbita? «En primer término, yo estaba acostado sobre mi cama en este momento; después, había sido picado por una mosca; en fin, la vista del cadáver me había causado una profunda tristeza, y en este momen-

(1) El mecanismo de la supresión de los intermediarios entre A, estado inicial, y los estados lejanos G, H, I, etc., ha sido estudiado por J. Sully (II, 76). No insisto sobre este punto, que pertenece más bien á la psicología de la asociación que á la de los sentimientos.

to yo estaba también muy triste.» La asociación por identidad ó semejanza emocional es muy frecuente en los sueños, como se ha dicho más atrás. Yo recuerdo, entre otros muchos, un sueño en el que la unidad, á pesar de la incoherencia aparente de las asociaciones, era debida á un sentimiento general de fatiga: un camino sin límites se extendía delante de mí antes de llegar á mi última etapa, las montañas abruptas surgían sin cesar, mis ojos se fatigaban por descubrir la ciudad deseada en el horizonte; en fin, á cada instante, para orientarme, me era menester hablar una lengua extranjera que poseo muy mal, y en la que me es muy penoso expresarme; me desperté en un estado de cansancio intenso y general. J. Sully da cuenta de un sueño en que la unidad está en una situación de ansiedad y de despecho. Fué llamado de improviso para dar una lección sobre Herder: comenzó balbuceando generalidades; después fué apostrofado por una persona de su auditorio, que le presentó dificultades; después, el auditorio entero se volvió tumultuoso, etc. Uno de sus hijos, que vió por primera vez, con dos días de intervalo, el reloj de la catedral de Estrasburgo y los glaciares de Suiza, soñó la noche siguiente que los personajes del reloj se paseaban sobre la nieve; el fondo del sueño está en un estado de admiración ó de asombro.

2.º Casos permanentes, estables, que se encuentran por todas partes, porque se relacionan con la constitución del espíritu humano. Estos se han fijado en las lenguas. En un capítulo precedente sobre la expresión de las emociones (c. IX) hemos encontrado «el principio de asociación de las sensaciones análogas» formulado por Wundt. Adaptándole á nuestra cuestión actual, podemos decir: Las sensaciones dotadas de un tono afectivo semejante se asocian fácilmente y se refuerzan. Nada más diferente, por su naturaleza, que nuestras sensaciones externas (salvo el gusto y el olfa-

to) y las cualidades que necesitamos conocer: los datos de la vista y del oído no se reúnen de ningún modo, en tanto que conocimientos del mundo exterior, y sin embargo, nosotros hablamos de voces sombrías, de voces claras, de colores chillones, de música coloreada. Asociamos la vista á las sensaciones térmicas: colores fríos, colores calientes. El gusto juega su papel; reproches amargos, crítica agridulce. En fin; el tacto — como lo ha hecho notar Sully-Prudhomme — es tal vez la fuente más abundante de las asociaciones entre la idea de la sensación física y un estado emocional: blando, duro, tierno, pesado, sólido, firme, áspero, penetrante, punzante, picante, etc. En el fondo de todas estas asociaciones hay un tono afectivo común, que es su causa y su soporte. Tal vez fuera más exacto clasificarlos entre los casos de influjo afectivo semi-consciente; pero ya hemos dicho más arriba que nuestra división en factores inconscientes y factores conscientes es superficial y sin gran importancia.

3.º Casos excepcionales, raros. Flournoy, en su importante obra sobre la audición coloreada, explica con razón esta anomalía por «una sensación afectiva». Se sabe que se han hecho muchas hipótesis sobre el origen y la causa de este fenómeno: — embriológica, sería el resultado de una diferenciación incompleta entre el sentido de la vista y el del oído y la supervivencia, puede decirse, de una época primitiva en la que tal estado habría sido la regla; — anatómica, suponiendo anastomosis entre los centros cerebrales de las sensaciones visuales y auditivas; — fisiológica ó de irradiación nerviosa — psicológica ó de la asociación. No examinaré si todos los casos son reductibles á una sola y única explicación; pero el mayor número parecen ciertamente reductibles á la asociación. Sin embargo, no se trata de una forma cualquiera de asociación; debe ser la afectiva, como ha notado el primero Flournoy. «Por asociación afec-

tiva entiendo aquella que se efectúa entre dos representaciones, no á causa de una semejanza cualitativa (pueden ser diversas como un sonido y un color), ni en virtud de su encuentro regular ó frecuente en la conciencia, sino por consecuencia de una analogía de su carácter emocional. Cada sensación ó percepción posee, en efecto, al lado de su cualidad objetiva ó de su contenido intelectual, una especie de coeficiente subjetivo, que viniendo de las raíces que sumerge en nuestro sér y de la manera enteramente particular con que nos impresiona, nos agrada ó desagrada, nos excita ó nos apacigua, en un momento nos hace vibrar por entero..... Se concibe que dos sensaciones absolutamente heterogéneas é incomparables por su contenido objetivo, tales como el color y el sonido *i*, puedan ser comparables y asemejarse más ó menos por esa resonancia que ambas tienen en el organismo; y se concibe al mismo tiempo que este factor emocional pueda llegar á ser entre ellas un modo de unión, un lazo de asociación por el cual la una despierte á la otra» (1).

Añadamos que se encuentran — bastante más raramente — casos de olores y de sabores coloreados, y según parece, de dolor coloreado (2). Esta asociación anormal entre colores determinados y sabores, olores, dolores determinados, puede explicarse de la misma manera.

¿Es necesario atribuir á la misma causa un hecho comprobado por excepción en algunos histéricos en estado de hipnotismo (algunas veces despiertos), y que consiste en lo siguiente? La excitación de regiones circunscritas del cuerpo hace surgir inmediatamente en el espíritu, sean ideas, sean sentimientos que se imponen imperiosamente á la conciencia y duran tanto como la excitación que los ha provocado. Pitres, que ha estu-

(1) Th. Flournoy, *Des phénomènes de Synopsie* (1883), p. 20.

(2) Suárez de Mendoza, *L'audicion colorée* (1890), p. 58-59.

diado bastante ampliamente estas «zonas ideógenas,» (1) ha notado hasta una veintena esparcidas sobre diversas partes del cuerpo en un mismo sujeto. El efecto de su excitación (por frotamiento ó compresión) es siempre el mismo en el mismo individuo; pero varía de un individuo á otro, lo cual excluye la hipótesis de un mecanismo anterior. Entre los sentimientos suscitados por este procedimiento, he notado: la tristeza, la alegría, la cólera, el miedo, el erotismo, la piedad, el éxtasis.

Se limitan todos á comprobar el hecho, sin ensayo alguno de explicación. Unicamente Pitres propone la de una auto-sugestión, lo cual no está lejos de una asociación de ideas. ¿Es necesario admitir en el origen una coincidencia fortuita entre una modificación corporal local y un cierto estado emocional (ó una idea), de donde una asociación por contigüidad que se habría fijado y reforzado por su misma repetición para devenir indisoluble? ¿O bien la fricción, la compresión, producirán en ciertos sujetos reacciones orgánicas particulares que suscitarían un estado afectivo particular? No se pueden aventurar más que conjeturas.

Para concluir, el influjo de las disposiciones afectivas sobre la memoria es grande y de cada momento; contribuye á resucitar las ideas y á asociarlas. Ahora bien, los estados afectivos no son entidades, sino modos de la conciencia, el equivalente psíquico de ciertas reacciones orgánicas, viscerales, vaso-motoras, musculares: de suerte que el influjo afectivo se reduce á todo esto. Y todo esto ¿se reduce á movimientos? Es una tendencia bastante marcada en muchos contemporáneos inclinarse en este sentido. Fouillée llevaba más alto toda asociación á la de los impulsos, é igualmente Horwicz bajo otra forma (*loc. cit.*) Pone en los

(1) *Leçons cliniques sur l'hystérie et l'hypnotisme*, t. II, lección 59. Se encontrará aquí la historia de esta cuestión (Braid, Chambard, Féré) y las observaciones personales del autor.

sentimientos la base de toda memoria de conservación y en el movimiento la base de todo sentimiento. «Nosotros recordamos un estado afectivo en la medida en que nos podemos reproducir los movimientos que implica.» Por otro camino, el de la experimentación, Münsterberg se ha esforzado por mostrar que la asociación llamada sucesiva se reduce á una simultaneidad rápida y que si se suprime el ejercicio de los movimientos, mientras se reciben las impresiones, la memoria se disminuye mucho y la reproducción se dificulta (1). Es verdad que sus experimentos se han limitado á los movimientos de las articulaciones.

Indico de paso esta hipótesis general. Que se admita ó no, la relación entre los sentimientos y la asociación de las ideas (aunque se la haya desconocido á menudo) queda establecida conforme á una masa de hechos que, á pesar de su naturaleza heterogénea, conducen todos á la misma conclusión.

(1) Sommer (*Zeitschrift für Psychologie*, t. II) da cuenta de una observación de afasia que permite una interpretación análoga.

CAPÍTULO XIII

LA ABSTRACCIÓN DE LAS EMOCIONES

Los estados afectivos, ¿pueden llegar á ser materia de abstracción conservando su caracter emocional? — Pruebas afirmativas tomadas de la vida usual. — La abstracción emocional en los simbolistas. — Predominio de las disposiciones afectivas bajo forma abstracta. — La palabra como instrumento, no de la inteligencia sino del sentimiento. — Tres procedimientos: cambiar el sentido ordinario, usar arcaísmos, actuar por su sola sonoridad. — La abstracción emocional no puede exceder de un grado muy inferior; el de las imágenes genéricas.

Para terminar la psicología general de los sentimientos, nos queda considerarlos en el momento de su evolución que responde al de los conceptos, en el desenvolvimiento de la inteligencia.

Cuando se habla de abstracción ó de generalización, se ha de entender implícitamente que se trata de una operación del espíritu que se aplica á los datos de los sentidos, que no sale del orden intelectual. Evidentemente este es el caso ordinario, el más frecuente y el más importante de todos. Pero los estados afectivos, las emociones, en tanto que emociones—la alegría, la tristeza, el miedo, la cólera, el amor, etc., para citar sólo las más comunes — ¿pueden también servir de materia para un trabajo análogo del espíritu y en qué límites? Yo no creo que esta cuestión haya sido planteada ó á lo menos estudiada por los psicólogos. Ferrero, en su

libro sobre *Les Lois psychologiques du symbolisme*, ha consagrado un capítulo (1.^a parte, V) á los símbolos emocionales: entiende por este término los signos que representan no percepciones ó ideas, sino emociones; y que no solamente las representan, sino que pueden comunicarlas á los demás: así, la corona real, símbolo de autoridad y de poder, inspira respeto; la bandera despierta el sentimiento del patriotismo militar ó social, etc. Estos hechos y sus análogos son casos de *asociación*, no de *abstracción*: hay una conexión establecida entre un objeto material, un signo y un estado emocional; de suerte que el signo evoca no una idea sino un sentimiento. La cuestión que nosotros nos proponemos examinar es del todo diferente; no se trata aquí de *asociación*, sino más bien de *disociación*.

Teóricamente se puede decir que todo estado de conciencia concreto, compuesto, puede llegar á ser materia de *abstracción*; pero se trata de saber si, en efecto, se produce esto, principalmente con las emociones; es decir, si el espíritu puede hacer extractos sin que ellas pierdan su carácter afectivo, sin que se conviertan en una simple anotación fijada por una palabra, pero desnuda de todo tono emocional. Me propongo establecer que esto se produce en realidad, apoyándome primero sobre observaciones de la vida común; después sobre procedimientos empleados algunas veces en las bellas artes. Y terminaré mostrando que esta forma de *abstracción* es muy limitada y se eleva muy poco por encima del nivel de las emociones concretas.

Sin entrar en una disertación inútil sobre la naturaleza de la *abstracción* y de la generalización que la sigue y de ella depende, basta recordar que nosotros tenemos el poder, en un acontecimiento complejo, de considerar aisladamente un carácter esencial ó accidental que llega á ser para nosotros el sustituto de la totalidad; y que en muchos acontecimientos, en parte semejantes, en parte desemejantes, tenemos la facultad de operar

una disociación y, por consecuencia, de unificar las semejanzas y de eliminar las diferencias. Este trabajo de simplificación es posible — ahora vamos á verlo — para con las emociones.

I.—Se encuentra de ello un ejemplo sencillo y vulgar en este estado afectivo particular que se produce en nosotros cuando recorremos un país. Se le expresa en términos un poco vagos, diciendo que sentimos «el alma» de este país. Algunos autores admiten que todas nuestras sensaciones y representaciones, sin excepción alguna, tienen un coeficiente afectivo; que aun toda forma especial (tal como una vertical, una horizontal, un ángulo agudo ú obtuso, un círculo) «conserva algo de los diversos sentimientos que nos inspiran los objetos en que la encontramos eminentemente representada en la vida cotidiana (1)», es decir, no nos es completamente indiferente y tiene su resonancia en nuestro yo orgánico. Se puede objetar que esta tesis es un poco teórica y que, en muchos casos, la cualidad emocional, si existe, es despreciable y no se la puede señalar; pero en muchos otros casos, no sucede así. Aquel que, aun con dotes de observación mediocres y una facultad de sentir regular, visita un país, sobre todo si es muy lejano, muy diferente del suyo, en la raza, costumbres, vestidos, religión, paisaje, fauna y flora, experimenta de hecho dos cosas: sensaciones y emociones. Lo que hay en el espíritu no es solamente una visión de los hombres y de la naturaleza, sino también un residuo condensado de los estados afectivos que se suscitan. En muchos, esta impresión emocional queda en estado indistinto; otros, más fáciles de emocionar ó más sagaces, la separan, la reducen á un sentimiento general y predominante que es, según los casos, me-

(1) Esta tesis ha sido sostenida, en todo su rigor, por Flournoy, *Des Synopsies*, p. 31 y siguientes.

lancolía, alegría, fastidio, esplendor, severidad, calma, reposo, indiferencia de vivir (como en ciertos países de Oriente). Este sentimiento general es un *extracto* de la masa de las impresiones particulares; está formado por la fusión y el predominio de los estados afectivos más frecuentemente repetidos en la experiencia. Este es un carácter emocional general y un resumen. Recordado más tarde, resucita en nosotros la nota sentimental que el país nos ha dejado; y puede aun suscitar la emoción completa, en aquellos que tienen una buena memoria afectiva.

Lo que acaba de decirse para un país se encuentra, bajo otras formas menos complejas, en la vida ordinaria. La impresión que nos da la visita de un monasterio bien regido, no consiste únicamente en lo que es percibido, visto, comprendido, no viene simplemente de su arquitectura, de su iglesia, de sus claustros, de sus ceremonias; sino que sale de los hombres y de las cosas un tono emocional común que nos penetra: calma, recogimiento, silencio, piedad, misticismo. Esta emoción, abstraída del conjunto, puede llegar á ser todavía más abstracta y más general, si nuestra experiencia es más extensa, si resulta de la impresión de muchos monasterios, de reglas diferentes, de países diversos. Lo mismo que en el orden intelectual, nos formamos la representación abstracta de un monasterio que es, ó el resumen de los caracteres esenciales comunes á todos, ó la representación de uno solo que deviene el sustituto de todos los demás, lo mismo, en el orden afectivo, una impresión general surge de los casos particulares que son en sí mismos una condensación de impresiones, y llega á ser la nota emocional que se aplica á todos en conjunto y á cada uno.

Cuando hemos oído una ópera (dejando á un lado el argumento y tales trozos ó fragmentos que han llamado nuestra atención), podemos sacar una impresión general que está formada de las emociones predominantes.

Podemos abstraer todavía más, y, de las diversas obras del mismo músico, extraer uno ó muchos caracteres afectivos que nosotros le atribuimos como propios y que son para nosotros su marca como evocador de emociones.

Sin insistir sobre otros hechos de la vida cotidiana, notemos que estos términos empleados con frecuencia: «medio moral», «atmósfera moral», expresan una condensación de emociones. Todo grupo humano, sobre todo, si sale un poco de la trivialidad — deja al que lo visita una impresión de tristeza, de alegría, de disipación, de austeridad, de inmoralidad, etc. Esta atmósfera moral que juega tan gran papel en la educación y en la vida social, es una resultante del sentimiento evocado: ella expresa el predominio de algunos, constantemente repetidos en la experiencia, y la eliminación de los otros; es decir, una abstracción; es una nota fundamental extraída del conjunto, una simplificación.

II.—Examinemos ahora nuestra cuestión bajo una forma mas precisa y más limitada. Me ha parecido que un estudio sobre la emoción abstracta encontraría un punto de apoyo bastante sólido en ciertas obras estéticas, principalmente en las de los autores contemporáneos conocidos bajo el nombre de *simbolistas*. Sabido es que son bastante numerosos: en Bélgica, sobre todo, luego en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos: no conozco los de otros países, pero con estos basta.

No tiene importancia para nosotros que se considere la forma del arte simbólico como superior, inferior ó igual á las otras formas: no tenemos para qué tomar un partido en este debate. Sus procedimientos, su técnica, están también fuera de nuestra competencia. Esta no entra aquí más que á título de documento psicológico, siendo los simbolistas, de intención y de hecho, traductores sutiles de la subjetividad y de la emoción. Su su-

tilidad misma y su refinamiento los predispone á la abstracción; son casos singulares cuya interrogación es útil. Me atenderé á los literatos, porque expresándose por palabras sus maneras de sentir, puede tal vez establecerse una comparación entre la abstracción intelectual y la abstracción emocional.

Vamos á considerar lo que sus obras nos enseñan: 1.º Sobre su estado interior: 2.º Sobre el papel de la palabra como medio de expresión.

1.º Los simbolistas pretenden expresar no ideas, como los clásicos, no imágenes, como los románticos, que «no tienen más que el exterior de la emoción», sino sobre todo y ante todo la emoción misma. Mientras que el realista describe cada objeto con una minuciosidad inagotable y pone su ideal en lo concreto, el simbolista, dice uno de ellos, «en lugar de describir y de nombrar, hacer sentir en el lector la emoción particular, grande ó fuerte, sencilla ó complicada, pero única, por la cual nos comunicamos con todo objeto». Procede por *sugestión*: «Más bien que el nombre de un color, dirá el efecto general ó particular que produce; ni describirá una flor, ni la enunciará sin objeto: pero la aparición obtenida de la flor añadirá el sentimiento producido por ella». Nordau, que no ha juzgado siempre á los simbolistas con bastante imparcialidad, dice con razón: «despiertan en el lector emotivo é innatento una emoción general, como hace una serie de notas musicales en tono menor; y el lector se imagina comprender la estrofa, mientras que, de hecho, interpreta solamente su propia emoción conforme á su grado de cultura, su carácter y sus reminiscencias» (1). Hay una impresión natural ó artificial; todo flota en un sueño, hombres y cosas, á menudo sin señal en el tiempo ó en el espacio; pasa alguna cosa, no se sabe dónde ni

(1) *Dégénérescence*, t. I, p. 168 — Todos los demás pasajes entre guiones están tomados de los autores ó críticos de la escuela simbolista.

cuándo; no es de ningún país, de ninguna época; esto es *la Floresta, la Ciudad, el Bosque, el Caballero, el Peregrino*; algunas veces menos todavía: *Él, Ella, Uno*: en suma, todos los caracteres vagos é inestables del estado afectivo puro y sin contenido. Este procedimiento de «sugestión,» á veces sale bien y á veces sale mal; me temo que este último caso sea el más frecuente.

Este estado mental puede interpretarse como sigue: ineptitud para la abstracción intelectual, la del matemático, del metafísico, del sabio; ineptitud para la representación exterior, clara, precisa, completa, coloreada (la de los románticos). Predominio de las disposiciones afectivas. Como es una ley psicológica bien conocida que el conocer y el sentir no pueden coexistir con igual intensidad, que el estado afectivo no puede agrandarse más que si la representación se borra, las condiciones son singularmente favorables al predominio de la emoción, puesto que ni la idea ni la imaginación tienen un poder suficiente para establecer el equilibrio.

Pero importa notar que su emoción es abstracta. Ella no es la emoción de un acontecimiento particular de hecho experimentado ó imaginado simplemente; está sin objeto, es decir, sin principio de determinación; no es tal amor, tal alegría, tal pena, sino una disposición interior hecha de sus principales elementos, una abstracción, un esquema de la alegría, del amor, de la tristeza. Todas las emociones no se individualizan más que fijándolas en un objeto. Esta es ciertamente una de las razones (y hay otras) de la vaguedad de la poesía de los simbolistas; está formada de emociones abstractas.

2.º La palabra es el signo por excelencia, el que fija y expresa la emoción. Como para los simbolistas, se deben expresar con ella emociones, más bien que ideas é imágenes, y debe llegar á ser el instrumento de la su-

gestión, el vehículo del sentimiento, no del pensamiento, es necesario que pierda parcialmente su función intelectual y que sufra una nueva adaptación.

Para esto uno de los procedimientos primeros consiste en emplear las palabras usuales cambiando su acepción ordinaria, ó bien asociarlas de tal modo que pierdan su sentido preciso; que se presenten borrosas, misteriosas; estas son «las palabras escritas con profundidad». «Nombrar un objeto es suprimir las tres cuartas partes del placer del poema, que está compuesto del goce de adivinarlo poco á poco; sugerir, hé aquí el sueño» (Mallarmé).

Un segundo procedimiento es el empleo de palabras nuevas ó caídas en desuso (1). Las palabras usuales conservan á pesar de todo algo de su sentido tradicional, de las asociaciones y los sentimientos condensados en ellas por una larga costumbre; las palabras olvidadas desde hace cuatro ó cinco siglos escapan á esta necesidad; son una moneda sin valor fijo.

En fin, un procedimiento más radical consiste en tratar de dar á las palabras un valor exclusivamente emocional. Inconscientemente, ó por reflexión, algunos simbolistas han venido á esta tentativa extrema que la lógica de las cosas impone fatalmente. Por lo general, el pensamiento se expresa por la palabra, el sentimiento por los gestos, los gritos, las interjecciones, las diferencias de entonación; éste encuentra su expresión completa y sabia en la música. Los simbolistas quieren transferir á la palabra el papel del sonido, hacerla el instrumento que traduce y sugiere la emoción por la pura sonoridad; las palabras deben obrar, no como signos, sino como sonidos; deben ser «notas musicales á voluntad de una psicología pasional». La poesía devie-

(1) Cito algunos al azar: *hilaré, aprilin, révolver, gracile, fragant, idoine, orée* (de los bosques), etc. Rossetti, en sus poemas ingleses, usa mucho el vocabulario de la Edad Media.

ne una forma particular de la música; es necesario «la música antes que toda otra cosa».

No he expuesto, ni lo que los teóricos de esta escuela han escrito sobre la cuestión (1), ni las tentativas múltiples de sus poetas para conseguirlo; no examino si han tenido buen ó mal éxito, si no han emprendido una lucha contra lo imposible; pero convenía mostrar que la emoción abstracta ha buscado, si no ha encontrado, un modo de expresión, un instrumento que le fuera propio.

He insistido sobre el caso de los simbolistas, porque es completo y sistemático; esta forma de arte, que pretende ser el de la emoción, expresarla, sugerirla, y muy raramente bajo la forma concreta, individual.

Nos queda por determinar la *naturaleza* de estos abstractos emocionales. Para esto, lo mejor es compararlos con los abstractos intelectuales, cuya naturaleza está mejor fijada. En el orden del conocimiento, la abstracción y la generalización siguen una marcha ascendente, en la que se pueden notar los principales estados como sigue: las imágenes genéricas, simple condensación de los concretos, formados por la fusión casi pasiva de las semejanzas evidentes, y que no tienen necesidad de palabras para fijarse; — los abstractos fundados sobre semejanzas menos groseras, que van asociados á la palabra, pero que pueden pasar sin ella (ej.; la numeración de los niños y de los hombres primitivos que se ayudan de los dedos ó de los objetos para contar); — los abstractos, que no se pueden fijar más que por la palabra, pero que pueden despertar todavía alguna vaga imagen concomitante (ej., vertebrado): en fin, el simbolismo, por el cual la palabra existe sola en la conciencia y llega á ser el sustituto de la representación imposible (2).

(1) René Ghil, *Traité du verbe*, y los «Instrumentistes».

(2) Para más pormenores sobre este punto, remitimos al lector á nuestro libro sobre *La evolución de las ideas generales*.

La abstracción emocional no pasa apenas del primer estado — el de las imágenes genéricas. — Para existir en el espíritu, tiene necesidad la imagen genérica de condensarse en un signo, pero no es necesario que este signo sea una palabra: puede ser una imagen visual, táctil, auditiva (no verbal). Los animales, y los niños antes de la palabra, tienen abstracciones de esta naturaleza, que les sirven en la práctica. Las abstracciones emocionales se forman también por la adición de semejanzas manifiestas, de caracteres comunes á todas las alegrías, tristezas, miedos, cóleras, etc.

Nuestras emociones forman todos complejos, pero refractarios al análisis. No se dejan disociar en sus elementos constitutivos, como hacen las percepciones; de aquí la imposibilidad de extraer un carácter esencial, que sustituya al resto, y después de operar de nuevo sobre este extracto y de subir así por la escala de la abstracción. Desde que traspasamos un grado muy inferior, no podemos tener un abstracto de emoción *como tal*, es decir, conservando todavía algunos de sus caracteres afectivos. La abstracción llega á ser intelectual. Así, los más altos conceptos estéticos, morales, religiosos (Belleza, Bien, Infinito), aunque tengan su origen en los datos concretos, en los estados de conciencia compuestos de sensaciones, de representaciones y de emociones, llegan á ser simples palabras, cuya resonancia afectiva es nula ó muy débil, á menos que en el espíritu que las piensa no se trasformen en un caso particular.

Este estudio es el complemento natural del que precede sobre la memoria afectiva. Hemos tratado de mostrar que existe en muchos hombres una memoria afectiva *verdadera*, es decir, un recuerdo de la emoción misma, no simplemente del objeto y de las circunstancias en que aquella se produce. En estos hombres únicamente hay los materiales de una abstracción emocional. En efecto, las emociones se producen (pri-

mer momento); dejan residuos susceptibles de ser reavivados como recuerdos (segundo momento); los recuerdos particulares pueden fusionarse en un estado de conciencia único (tercer momento), y constituir así un abstracto de emociones. Por otra parte, la memoria afectiva, por su misma naturaleza, es un primer paso hacia la abstracción, porque la imagen afectiva, como la imagen sensorial, renace casi siempre empobrecida, parcial y reducida á sus caracteres principales.

SEGUNDA PARTE

PSICOLOGIA ESPECIAL



Notas sobre la edición digital

Esta edición digital es una reproducción fotográfica facsimilar del original perteneciente al fondo bibliográfico de la Biblioteca de la Facultad de Derecho de la Universidad de Sevilla.

Este título contiene un ocr automático bajo la imagen facsimil. Debido a la suciedad y mal estado de muchas tipografías antiguas, el texto incrustado bajo la capa de imagen puede contener errores. Téngalo en cuenta a la hora de realizar búsquedas y copiar párrafos de texto.

Puede consultar más obras históricas digitalizadas en nuestra [Biblioteca Digital Jurídica](#).

Nota de copyright :

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones :

1. Debe reconocer y citar al autor original.
2. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
3. Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Universidad de Sevilla.
Biblioteca de la Facultad de Derecho.
Javier Villanueva Gonzalo.
jabyn@us.es